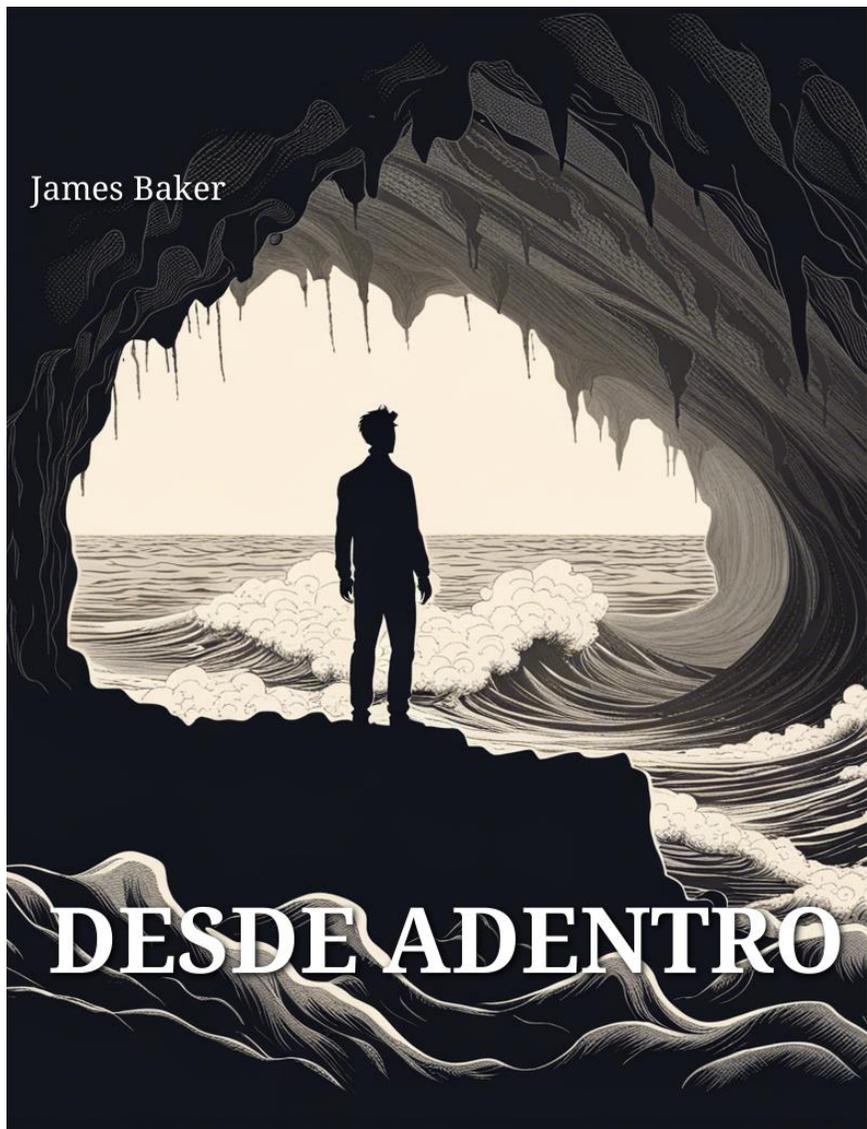


James Baker



**DESDE ADENTRO**

# Desde adentro

James Baker

# Table of Contents

<b>1</b>	<b>Viviendo en la ciudad acelerada</b>	<b>4</b>
	Presentación del barrio y ambiente urbano . . . . .	5
	Descripción del Parque de los Poetas y su significado en la historia	6
	Introducción a los personajes principales: Valeria, Andrés, Sofía, Miguel y Mariana . . . . .	8
	Primer encuentro del grupo en el parque y sus primeras conexiones a través de la poesía . . . . .	10
	Los desafíos que enfrentan en sus vidas cotidianas: presión familiar, búsqueda de aprobación, inseguridades personales . . . . .	12
	Brotos de conflictos y tensiones en sus entornos escolares y hogares	14
	La constante lucha por adaptarse al ritmo de vida de la ciudad .	16
	Escenarios secundarios: la escuela, la librería y el café . . . . .	18
	Cómo estos lugares se convierten en refugio y espacio para la creación poética . . . . .	20
	La importancia de expresar sus sentimientos y pensamientos a través de la escritura . . . . .	22
	Incidencias y discusiones que surgen por la vida en la ciudad acelerada	24
	Reflexión sobre cómo la ciudad influye en sus vidas y la resolución de seguir apoyándose y expresándose a través de la poesía .	26
<b>2</b>	<b>Poesía como refugio emocional</b>	<b>29</b>
	La búsqueda de refugio en la poesía . . . . .	31
	Expresión de sentimientos y emociones . . . . .	33
	Conexión emocional con otros poetas del grupo . . . . .	35
	La dualidad entre el mundo interno y el externo . . . . .	36
	Desahogo e introspección a través de los versos . . . . .	38
	Temáticas comunes y situaciones compartidas . . . . .	40
	La poesía como herramienta terapéutica . . . . .	42
	Sentimientos de pertenencia y aceptación . . . . .	44
<b>3</b>	<b>La amistad y su importancia</b>	<b>47</b>
	Encontrándose en el parque: inicio de las amistades . . . . .	49
	El valor de la confianza y la empatía en la poesía compartida . .	51

Fortaleciendo lazos a través de los problemas familiares . . . . .	53
La amistad como apoyo en los conflictos escolares . . . . .	55
La importancia de la inclusión y aceptación en el grupo . . . . .	57
Compartiendo y enfrentando miedos e inseguridades . . . . .	59
La amistad como refugio en momentos de enamoramientos y de- silusiones . . . . .	61
Enfrentando juntos los cambios corporales y la búsqueda de identidad	63
La colaboración en la creación del taller de poesía social en la escuela	65
Aprendiendo a superar los conflictos internos en el grupo de amigos	67
El poder de la amistad en la resiliencia y superación de los desafíos de la vida . . . . .	69
<b>4 Enfrentando conflictos entre pares</b>	<b>72</b>
Desconexiones y malentendidos entre amigos . . . . .	74
Enfrentando a los "enemigos" o acosadores escolares . . . . .	76
Rol de las redes sociales en los conflictos entre pares . . . . .	78
Alianzas, lealtades y traiciones en las amistades . . . . .	80
Diferencias culturales y discriminación en el grupo de pares . . . . .	82
Competencia y comparación entre los jóvenes poetas . . . . .	84
Abordar conflictos personales y familiares a través de la poesía . . . . .	86
Resolución de conflictos y fortalecimiento de amistades . . . . .	88
<b>5 Comunicación con los padres y su rol en la vida</b>	<b>91</b>
Los padres y la vida familiar en la poesía de los protagonistas . . . . .	93
Las expectativas familiares y la presión sobre los preadolescentes . . . . .	95
Falta de comunicación entre padres e hijos, y el efecto en las relaciones . . . . .	96
Abriendo la puerta a compartir sentimientos y pensamientos con los padres . . . . .	98
Aprendiendo a escuchar y entender a sus padres desde una nueva perspectiva . . . . .	100
Padres como modelos de comportamiento y fuentes de inspiración . . . . .	102
El impacto de la comunicación abierta y el apoyo familiar en el bienestar emocional de los preadolescentes . . . . .	104
<b>6 Miedos e inseguridades preadolescentes</b>	<b>107</b>
La presión de encajar y ser aceptado . . . . .	109
El miedo al fracaso y a las expectativas . . . . .	110
Ansiedad y sentimientos de soledad . . . . .	112
Preocupaciones por el futuro y la incertidumbre . . . . .	114
Inseguridades en la apariencia física y autoestima . . . . .	116
El temor al rechazo y la humillación . . . . .	118
La búsqueda de aprobación y validación . . . . .	120
La comparación constante con los demás . . . . .	122
El miedo a expresarse y ser juzgado . . . . .	124
El enfrentamiento de los miedos a través de la poesía y la amistad . . . . .	126

<b>7</b>	<b>Primeros enamoramientos y desilusiones</b>	<b>129</b>
	Valeria experimenta el primer flechazo . . . . .	131
	La confusión en el corazón de Andrés . . . . .	133
	Sofía enfrenta sus inseguridades en el amor . . . . .	135
	Miguel y las complicaciones del romance adolescente . . . . .	137
	Mariana y la desilusión de un amor platónico . . . . .	139
	Compartiendo poemas sobre amor y desamor . . . . .	142
	El apoyo mutuo ante las vicisitudes del primer amor . . . . .	143
<b>8</b>	<b>Cambios corporales y la búsqueda de la identidad</b>	<b>146</b>
	Adentrándose en la pubertad: Inseguridades y dudas . . . . .	148
	La poesía como herramienta para explorar la propia identidad . . . . .	150
	Autoaceptación y amor propio en tiempos de cambios . . . . .	152
	El descubrimiento de la sexualidad y el enamoramiento . . . . .	153
	Las presiones sociales y estereotipos de género . . . . .	156
	Superando la vergüenza y rompiendo tabúes . . . . .	158
	El poder de la amistad y la importancia del apoyo mutuo en la búsqueda de la identidad . . . . .	160
<b>9</b>	<b>El desafío de la escuela y las expectativas</b>	<b>162</b>
	La presión académica y el miedo al fracaso . . . . .	164
	Relaciones difíciles con los profesores . . . . .	166
	La discriminación y el acoso escolar . . . . .	168
	La importancia de compartir dificultades para afrontar juntos los desafíos escolares . . . . .	170
	El estrés y la ansiedad que genera la carga de tareas y responsabilidades . . . . .	172
	La búsqueda de actividades extracurriculares que aporten un escape y equilibrio . . . . .	174
	Problemas familiares y su impacto en el rendimiento escolar . . . . .	176
	Apoyo escolar y la creación del taller de poesía social en la escuela . . . . .	177
	La superación de obstáculos y diferencias para mantener vivo el taller . . . . .	179
	El poder de utilizar la poesía para expresar sus sentimientos y desafiar las expectativas impuestas . . . . .	181
	La importancia de reconocer y agradecer el apoyo de aquellos que los acompañan en su trayectoria escolar . . . . .	183
<b>10</b>	<b>Encontrando apoyo y solidaridad en el grupo</b>	<b>186</b>
	Compartir experiencias a través de la poesía en el parque . . . . .	188
	Crear lazos de amistad y apoyo entre los jóvenes poetas . . . . .	190
	Entender las problemáticas de otros miembros del grupo . . . . .	192
	Descubrir el poder de la solidaridad y el apoyo colectivo . . . . .	194
	Tomar conciencia de la presión social y cómo afecta a los demás . . . . .	196
	Fundar el taller de poesía social en la escuela . . . . .	198

Invitar a otros estudiantes a unirse al grupo y apoyarse mutuamente	200
Superar conflictos internos y mantener la esencia del grupo. . . . .	202
<b>11 El poder de expresión y comprensión a través de la poesía</b>	<b>205</b>
La importancia de expresarse a través de la poesía . . . . .	207
Compartiendo experiencias y sentimientos en el grupo . . . . .	209
Aprendiendo a comprender y apoyar a los demás a través de sus versos . . . . .	210
El papel del lenguaje poético en la identificación de emociones . . . . .	212
Relacionándose con la poesía de otros autores y sus vivencias . . . . .	214
Poesía como herramienta para superar conflictos emocionales y sociales . . . . .	216
Preservando la sinceridad y el propósito original en el taller de poesía	218
Fortaleciendo la amistad y la solidaridad a través de la expresión poética . . . . .	220
<b>12 El crecimiento y la resiliencia ante los desafíos de la vida.</b>	<b>223</b>
Superando las adversidades: el poder de la resiliencia . . . . .	225
Los jóvenes poetas enfrentan sus miedos a través de la escritura . . . . .	227
Errores y aprendizajes: lecciones valiosas en la vida y la poesía . . . . .	229
Cómo la poesía ayuda a los preadolescentes a lidiar con el estrés y la presión . . . . .	231
La madurez emocional y el crecimiento personal en la adolescencia temprana . . . . .	233
Descubrir el poder de la empatía y la solidaridad . . . . .	235
La esperanza en el futuro y la transformación personal a través de la poesía y el apoyo mutuo . . . . .	236

# Chapter 1

## Viviendo en la ciudad acelerada

Andrés, los ojos encendidos de cólera, alzó la voz lo suficiente para que todos en el café lo escucharan: "Basta, Miguel! Basta ya! Está claro que no sabes la presión que tengo en casa. Nadie puede entenderlo, nadie!" Sus palabras se perdieron en el ruido de la ciudad, pero dejaron un silencio frío sobre el grupo que había venido a huir de sus problemas en esos versos que solían intercambiar.

El ruido del tráfico y el bullicio de la gran ciudad era incesante afuera, pero todos en la mesa compartían esa sensación acelerada, de sentirse constantemente agobiados y sin salida.

Miguel vaciló, sorprendido pero a su vez enfadado: "Y por qué no nos lo cuentas en lugar de aislarte? Estamos aquí para apoyarnos, no? Eres tú quien se queda callado y se guarda todo, Andrés".

Apenas había terminado de hablar, cuando Sofia, conteniendo un sollozo, dijo: "No es solo Andrés creo que todos tenemos miedo de lo que está pasando y de cómo nos está cambiando la ciudad, verdad? Yo no sé cómo manejar las cosas en casa y las expectativas de mi familia son abrumadoras. Cada día me pregunto si soy lo suficientemente buena o si alguna vez podré encajar en este mundo que nos persigue a cada momento, en cada rincón de nuestras vidas".

Mariana la abrazó, intentando consolarla, pero sus propios ojos estaban llenos de lágrimas. "Yo también siento esa presión constante", confesó en voz baja. "A veces me gustaría desaparecer de la ciudad para siempre y

dejar atrás todas las exigencias y la soledad que la acompaña”.

Valeria, con un suave pero tímido tono, dijo: "Pero hemos encontrado un refugio en nuestras palabras, en esa poesía que compartimos y que nos hace sentir menos solos, menos vacíos. Tal vez la clave no sea huir, sino seguir escribiendo lo que sentimos y enfrentarnos a esos miedos que nos oprimen tanto. No podemos dejar que la ciudad nos atrape y nos quite nuestra voz”.

Andrés, los ojos todavía llorosos, asintió con la cabeza. "Valeria tiene razón. No importa cuánta presión sintamos o cuán complicada sea la vida en esta jungla de concreto. Si no compartimos lo que nos duele, si no nos permitimos abrirnos y buscar el apoyo de los demás, perdemos esa chispa dentro de nosotros, esa voz única que hace que nuestra poesía tenga sentido”.

Todos en el grupo, a pesar de sus heridas y miedos, se levantaron de la mesa y salieron del café, enfrentando otra vez la vorágine de la ciudad. Por un momento, el ruido de los autos y el viento había dejado de afectarles. Todos sabían que aun en medio de ese caos, iban a transformar sus vidas a través de la palabra y la amistad, porque tenían a los demás para enfrentar cualquier desafío que la ciudad les arrojara. En sus corazones, forjaron una promesa silenciosa: no permitirían que la ciudad les arrebatara la poesía y su enorme capacidad de encontrar consuelo el uno en el otro.

## **Presentación del barrio y ambiente urbano**

Las primeras luces del alba se colaban entre los edificios de la gran metrópoli, marcando el inicio de otro día en la vibrante ciudad. Sus calles parecían respirar, como si la fuerza infinita del hormigón y del metal se hubiera fundido con una realidad en constante cambio que no dejaba espacio para la quietud ni el silencio. La gente iba y venía, luchando por encontrar un lugar en la vorágine de cuerpos y luces que parecía envolver todo a su paso. La vida en esta jungla de asfalto era sinónimo de energía colosal, de fuerza inagotable, pero también de presiones y desgastes de los que era difícil escapar.

En medio de ese barrio caótico y abrumador, un pequeño grupo de preadolescentes se abrió paso con paso decidido y emociones encendidas. Valeria lideraba la expedición, seguida de cerca por Andrés, Sofía, Miguel y Mariana. Sus rostros reflejaban una mezcla de esperanza, incertidumbre y determinación.

- Ya falta poco! - gritó Valeria por encima del estruendo de los motores y las voces de la gente que los rodeaba.

"Ya falta poco", pensó Andrés. Pero, hasta dónde llegarían? Cuánto tiempo podrían resistir la embestida de la ciudad y sus expectativas? La presión en sus hombros empezaba a ser insoportable, y no sabía si estaba listo para afrontarla. Sus ojos buscaban respuestas en los edificios grises y en las sombras de la gente que pasaba junto a ellos, pero sólo encontraba silencio.

El barrio cobraba vida bajo el meticuloso escrutinio de Sofía, que veía el sufrimiento no sólo en cada grieta en el pavimento, sino en cada habitante que encontraban en su camino. Todos parecían atrapados en un ciclo sin fin, casi como si estuvieran condenados a repetir los mismos errores una y otra vez, forzados a sobrevivir en un entorno que castigaba el liderazgo y fomentaba la sumisión.

Miguel, con sus pensamientos puestos en el futuro, no pudo evitar recordar las palabras de su madre la noche anterior: "Tu padre y yo tuvimos que luchar mucho para darte una vida aquí, en esta ciudad. No des la espalda a tus oportunidades. Construye tu futuro, hijo". El peso de las expectativas y la incertidumbre ante lo desconocido amenazaban con devorarlo por dentro, pero se repetía a sí mismo que no iba a dejarse vencer por el miedo.

Mariana observó a sus compañeros con una mezcla de preocupación y afecto. Sentía que todos ellos cargaban con una soledad inmensa en sus corazones, y deseaba poder abrazar a cada uno y decirles que no estaban solos. No era casualidad que se hubieran encontrado en medio de la multitud de almas viviendo en ese rincón acelerado del mundo: quizás era el universo diciéndoles que debían luchar juntos, como soldados en una guerra contra el silencio y la opresión.

## **Descripción del Parque de los Poetas y su significado en la historia**

Arrastrando sus pies por el sendero de grava, el pequeño grupo de preadolescentes concluyó que no serían la próxima pandilla Poetas Muertos en resurrección; pero la ciudad, siempre jactándose de conocer sus necesidades mejor que ellos mismos, no pensaría en consentirles esa flor adolescente de anhelo rebotante. A medida que se adentraban en el Parque de los Poetas,

cada uno de ellos llevaba en sus hombros el peso de sus propias preocupaciones con experiencia suficiente para saber que aquí, en esta burbuja protegida de la salvaje metrópoli que los engullía, habría un espacio seguro en el que podrían compartir sus inquietudes, sus palabras y sus versos, buscando alivio y respuestas a preguntas que nunca se atreverían a formular en voz alta en ningún otro lugar.

Era un parque pequeño y escondido, un verdadero oasis en medio de la jungla de concreto. Rocoso, como la vida de los que lo frecuentaban, pero lleno de secretos descubiertos por aquellos que estaban dispuestos a hurgar un poco más profundo. En ese lugar, los árboles parecían murmurar millones de rimas y sílabas, como si todos los poetas que alguna vez se habían sentado bajo sus ramas hubieran dejado en el aire un eco eterno de su talento.

Valeria levantó la cara hacia el sol, y a través de sus párpados entrecerrados, vio a los otros cuatro jóvenes de pie en el camino, contemplando el parque y sumergiéndose en sus propios pensamientos. Allí estaba Andrés, con su ceño inexpugnable y siempre listo para la revolución; Sofía, ojos iluminados por el peso del mundo y siempre dispuesta a llevar los problemas de todos en su espalda; Miguel, temiendo siempre el juicio sobre su insistencia en abordar las injusticias sociales; y Mariana, silenciosa pero infalible en su temor a la soledad.

Andrés levantó su mano y extendió los dedos hacia el cielo, como si estuviera en busca de un recuerdo lejano y perdido que quizás solo pudiera encontrar en el parque, en medio de las raíces que se aferraban al suelo con fuerza obstinada. Sofía caminó lentamente hacia uno de los añejos bancos de madera y, con una sonrisa tímida, se sentó, extendiendo ambas manos como si intentara absorber cada fragmento de historia y creatividad impregnada en la madera gastada.

"Este lugar es como si tuviera vida propia", suspiró Mariana, casi con reverencia. "Como si cada verso, cada palabra alguna vez pronunciada aquí, pudiera no sé hacernos sentir un poco más humanos".

Miguel asintió, y con una voz profunda y reflexiva, añadió: "Aquí es donde realmente nos encontramos, amigos. En un mundo que nos exige ser algo que tal vez no queramos ser, este parque, con sus historias y sus recuerdos, es donde nos permitimos ser quienes realmente somos. Donde nuestro lenguaje es la poesía y nuestras armas, las palabras que gritan desde

lo más profundo de nuestras entrañas”.

El silencio los rodeó, como un abrazo reconfortante en medio del caos de la ciudad. La brisa mecía las hojas de los árboles y, en la lejanía, los acordes de alguna vieja melodía resonaban de los rincones del parque. Con vívidas emociones abriéndose paso a través de cada palabra pronunciada, el grupo encontró su refugio en el Parque de los Poetas, un espacio que les permitió enfrentar sus miedos y crear juntos una sinfonía inaudita de versos y esperanza.

## **Introducción a los personajes principales: Valeria, Andrés, Sofía, Miguel y Mariana**

Aunque el Parque de los Poetas estaba oculto en el corazón de la ciudad, contenía un mundo en sí mismo: un santuario de silencio y de palabras preciosas como diamantes, donde los susurros de sus habitantes se deslizaban como serpientes a través del césped y se elevaban con las voces de los pájaros. Era un espacio protegido por sus muros invisibles, en el que cada sentimiento-rítmico o deshilvanado, dulce o amargo- importaba.

El sol comenzaba a descender por la tarde cuando Valeria cruzó el umbral de hierro oxidado del parque y se adentró en ese mundo apartado de realidad y poesía. Llevaba consigo una libreta, cuyas páginas estaban desgastadas en los bordes y manchadas por las lágrimas que había derramado sobre ellas. Era un objeto lleno de magia y pesar, un arma y un escudo que salvaguardaba sus pensamientos más íntimos y oscuros.

Valeria se deslizó bajo el arco de árboles y miró a su alrededor con los ojos curiosos de una niña que ve lo invisible, que escucha lo inaudible. Sus sentidos eran como antenas, absorbiendo la energía de aquel lugar y sintiéndose, como siempre, unida al latido de sus secretos y sus vidas entrelazadas.

Fue entonces cuando notó la presencia de otros. Una sombra que se movía entre los árboles, dos siluetas caminando por la senda central y, finalmente, una tercera figura que parecía haberse fusionado con uno de los añejos bancos de madera. Con el corazón latiendo salvajemente en su pecho, Valeria se acercó cautelosamente al grupo, pensando si aquel parque podía contener el espacio suficiente para más poetas enclaustrados en sus torres de marfil.

- Hola -dijo Andrés con una sonrisa insegura, las palabras temblando ligeramente en sus labios. Valeria se detuvo, observándolo con aire cauteloso mientras Sofía, Miguel y Mariana se acercaban, dibujando un círculo invisible alrededor del recién llegado.

Valeria frunció ligeramente el ceño, como si temiera que su refugio fuera invadido, y los otros tres se miraron, sintiendo el peso del silencio en el aire y la tensión que emanaba de las miradas cruzadas. Entonces, Miguel se adelantó un paso, sus ojos buscando sinceridad y comprensión en las pupilas profundas de Valeria.

- No estamos aquí para pelear ni robarte tus versos -murmuró en el tono suave y cuidadoso de alguien que no desea herir. Valeria entrecerró los ojos, su expresión tardando unos segundos en suavizarse, y asintió con la cabeza.

- Yo yo solo busco un lugar donde pueda ser yo misma -admitió, la timidez en su voz haciéndole avanzar lentamente hacia ellos. Y en ese momento, Sofía, Andrés, Miguel y Mariana entendieron que no estaban solos en su cruzada; un lazo invisible se tejió en la penumbra del parque, hilándolos entre sí en una cadena de esperanza y deseo.

Mariana, con una sonrisa tierna y abierta, le extendió la mano a Valeria, quien la apretó con fuerza y se unió al círculo, sintiendo por primera vez que había encontrado a personas que no solo comprendían el idioma secreto de su corazón, sino que también llevaban sus propias cicatrices y anhelos.

- Y qué versos traes hoy en tu corazón? -preguntó Andrés, rompiendo el hielo mientras la curiosidad brillaba en sus ojos.

- Tal vez tal vez deberíamos compartirlos todos juntos -sugirió Valeria, su voz firme y sin titubeos, y en sus palabras resonaba un timbre de entusiasmo y determinación. Los demás asintieron, sintiendo que la conexión entre ellos había echado raíces en el suelo del parque y se extendía hacia el cielo, como un árbol imponente que se nutría de sus palabras y latidos.

Sofía fue la primera en leer un poema, un manifiesto triste contra las injusticias del mundo y la indiferencia de aquellos que lo rodeaban. Andrés compartió sus versos llenos de rabia y amor, mientras que Miguel habló en lenguaje de protesta y Mariana susurró preguntas al viento. Valeria, por su parte, les regaló un pedazo de su alma que hablaba de la soledad y la necesidad de ser vistos y entendidos.

Y así, en el corazón de la metrópoli, en el Parque de los Poetas, el grupo de preadolescentes se unió en una telaraña de versos y sentimientos,

convirtiéndose no solo en escapatoria de su realidad cotidiana, sino también en una forma de dar voz a sus inquietudes y fortalecerse mutuamente con la energía que emanaba de cada palabra.

A la sombra de los árboles y los secretos compartidos, estaban listos para enfrentar juntos las embestidas de la vida en esa ciudad que devoraba sueños y corazones. Porque, a través de la poesía y la conexión que habían forjado entre sí, descubrieron que el amor y la esperanza podían ser un hilo conductor en sus vidas y un arma poderosa para combatir el desaliento y la desesperanza.

## **Primer encuentro del grupo en el parque y sus primeras conexiones a través de la poesía**

Cuando Valeria llegó al umbral del parque, la tarde se estaba deshojando hacia el anochecer y un cielo color pergamino se arrastraba sobre el esqueleto de nubes encima de su cabeza. Su mochila descansaba sobre un hombro, pesada con libros, bolígrafos y dibujos en garabatos que nunca veían la luz del sol. Estaba nerviosa por el grupo de poetas que comenzaba a congregarse en el Parque de los Poetas, un espacio protegido que albergaba versos y cuyas palabras eran tan persistentes como las raíces de los árboles.

El parque era un oasis en medio del laberinto de torres, calles transitadas y escaparates brillantes de una metrópoli que exigía resultados, éxito, referencias y credenciales. Pero los árboles del parque no hacían preguntas, el pasto no evaluaba la cadencia de sus palabras ni la rima de sus versos, no regañaba por la morbidez ni criticaba la estrofa floja. Solo era un espacio para que las palabras y los corazones se dieran cita y compartieran su carga.

Valeria se detuvo un momento, insegura, contemplando aquellas sombras en el crepúsculo, algunos de los cuales conocía por amigos de la escuela, otros por desconocidos de los bares poéticos del barrio. Pasaba muchas noches recorriendo estos lugares en los que sombras dibujadas con tiza decían, en voz alta, lo que sus pensamientos susurraban en silencio. Pero lo que realmente buscaba Valeria, lo que necesitaba con la misma hambre con la que se bebe el aire, era el sonido del corazón humano, contada en palabras que se rompieran y se volvieran a ningunear de la tensión.

Ahí estaba Andrés, ocultando su inseguridad detrás de un mechón de cabello caído; Sofía, tratando de recoger los pedazos de su mundo en llamas;

Miguel, el temeroso luchador que solo podía hablar de sus demonios cuando las estrellas brillaban en un cielo de tinta; y Mariana, cuya soledad se escondía detrás de una sonrisa que aparentaba valentía en el trabajo de vivir.

Valeria se unió a ellos en el anochecer, y comenzaron a hablar de las maravillas del lenguaje y su habilidad de romper los grilletes que la vida y sus responsabilidades les habían impuesto. En ese momento, comenzaron una sinfonía inaudita de sus voces, atravesadas por la música de la ciudad y del parque, creando una melodía que parecía atemporal mientras compartían sus versos uno por uno.

Andrés comenzó con un poema que hablaba de los terrones de injusticia que sus dientes encontraron cada vez que intentaba hablar con autoridad, de la forma en que el poder aplasta cualquier intento de revuelta o cuestionamiento. Después, siguió Sofía, con un poema que lamentaba el estado roto del mundo y cómo, a medida que la luna avanzaba a través del cielo y el ojo de Dios se posaba sobre los mortales sufridos, los jóvenes se encontraban atrapados, tratando de fijar todos los pedazos arremolinados de injusticia, sin poder encontrar su lugar en el espacio ni en el tiempo.

Miguel interrumpió su silencio con palabras llenas de fuego, hablando de cómo la propia tierra parecía achatarse bajo la carga de miseria y desconfianza, cómo la oscuridad del presente parecía desdibujar el horizonte y dar paso a una eternidad de sombras, matizando su poema con la perversa lógica de un sistema que parecía condenar al olvido a los más vulnerables.

Por último, Mariana susurró un poema que hablaba de la sueño y el recuerdo, del tormento de una soledad que se renueva como un río que fluye hacia un océano sin nombre. Habló de las noches en vela, de los espacios vacíos que su mente vagaba en busca de alivio, y cómo a veces, cuando se encuentra con la luna en el cielo, siente que las paredes que la rodean parecen querer tragarse su voz, su luz y toda esencia que lleva dentro.

Valeria escuchó con atención cada poema, sintiendo cómo su mundo se unía con las palabras de sus nuevos amigos y compañeros de lucha. Sintió los dolores y las esperanzas, las cicatrices y las lágrimas que formaban parte de cada estrofa y verso. Y, cuando llegó su turno, se animó a compartir sus propias palabras, que hablaban de la fractura y sutura del alma, de la ternura y el éxtasis del primer amor, del canto solitario de las aves en el crepúsculo y la agonía y la legibilidad de la palabra cuando se lucha por

existir en un mundo que demanda silencio.

Unidas, aquellas cinco almas se fundieron en una masa de lágrimas no derramadas, risas enquistadas y suspiros desgarradores, y se convirtieron en un grito armonioso de desesperanza y esperanza, a medida que aprendieron a conocerse, a amarse y a sostenerse en aquel concierto de palabras y versos. Porque, en ese anochecer, mientras la oscuridad se adueñaba de ese rincón del mundo, descubrieron que su febril conexión al lenguaje y a la vida, al fervor de la poesía y a la necesidad de abrazar lo terrible y lo desordenado, les permitiría enfrentar el torbellino de la existencia y continuar, juntos, en la búsqueda de un mañana lleno de luz y de palabras.

## **Los desafíos que enfrentan en sus vidas cotidianas: presión familiar, búsqueda de aprobación, inseguridades personales**

El sol se había ocultado tras las fachadas de los edificios, lanzando a la ciudad en un atardecer oscuro e invernal. Valeria caminaba a toda prisa hacia el rincón habitual del grupo en el Parque de los Poetas, la libreta bajo el brazo y los recuerdos del día en la cabeza. Las caras de sus compañeros de clase se agolpaban en sus pensamientos, como fantasmas reclinándose sobre ella con una sonrisa burlona.

Cuando llegó al parque, los demás ya estaban allí, sentados en el banco, esperándola. Sofía jugueteaba con una rama caída y Mariana, con sus ojos en los suyos, la saludó con un gesto de cabeza sereno. Pero Andrés y Miguel no se miraban y, al notar la atmósfera tensa que flotaba entre ellos, Valeria sintió una punzada de inquietud en su corazón.

- Un compañero me ha dicho que he sido muy grosero con él después de que me regañó por no haber hecho mi tarea, Andrés -escupió Miguel antes de que los demás pudieran preguntar -, crees que soy un mal compañero, que no sé cuándo tengo que responder y cuándo callar?

Andrés bajó la cabeza, sus mejillas tensándose mientras mordía las palabras.

- Miguel, no me gusta tener que hablar de esto -susurró, evitando la mirada de sus amigos -, pero quizás deberías pensar un poco en cómo influyen tus actitudes en los demás, incluso en nosotros.

Miguel parpadeó, sus labios se separaron en una mueca que parecía

duda y rabia entrelazadas. Valeria y Sofía intercambiaron una mirada tensa, preguntándose si deberían intervenir o dejar que los chicos resolvieran el problema por sí solos.

Andrés, con un suspiro que parecía partirle el alma, continuó:

- A veces siento que necesitas la aprobación de todos, y si alguien te da, aunque sea, una pequeña crítica, reaccionas violentamente. No quiero creer que seas así, pero no podemos obviar la verdad.

Miguel abrió la boca para protestar, pero Mariana se adelantó, sus palabras tomando la forma de un suspiro que cruzó la distancia entre ellos.

- Todos cometemos errores, pero lo que importa es cómo nos enfrentamos a ellos -dijo con una voz que denotaba sabiduría más allá de sus años-. Nuestros encuentros en el parque no son solo para compartir nuestros versos poco comprendidos y reaccionar a ellos en silencio; también, para escuchar los sonidos de nuestras almas y conocernos a nosotros mismos. Si Miguel tiene que enfrentar sus miedos e inseguridades a través de la aprobación de los demás, deberíamos estar ahí para apoyarlo, no para alejarnos de él.

Valeria sintió cómo su corazón se hinchaba de orgullo al ver a Mariana enfrentarse al miedo y al enojo con valentía y comprensión. Sofía asintió, su mirada brillante fijándose en los ojos de Miguel, quien sentía cómo las palabras de Mariana penetraban en la coraza que había erigido en torno a su corazón.

A continuación, Sofía tomó la palabra:

- Ahora todo es tan complicado, lo sé. Las expectativas cayendo sobre nosotros como una lluvia pesada. Nuestros padres, nuestros maestros, nuestras amistades: todos quieren que seamos algo, que respondamos a sus deseos y requerimientos. Pero, qué pasa con lo que nosotros queremos?

Andrés permaneció en silencio, su mirada encontrándose con los ojos vidriosos de Miguel, quien temblaba ligeramente mientras escuchaba las palabras de Sofía.

- Yo yo también quiero encajar. No quiero ser el chico conflictivo -confesó Miguel, las palabras ásperas tallándose en su garganta como gubias en la madera-, pero me siento como si estuviera atrapado en una jaula, tratando de complacer a todos sin poder ser yo mismo realmente. Dónde está mi aprobación? Cuánto tengo que ceder antes de ser aceptado por ellos?

Valeria sintió compasión por Miguel y extendió su mano para tocar su rodilla.

- Aquí estamos, Miguel. Aquí estamos todos para escucharte, entenderte y apoyarte, sin importar las circunstancias. No tienes que ser perfecto, solo tienes que ser tú mismo -le aseguró, apretando su mano sobre la rodilla de su amigo. Miguel bajó la cabeza y asintió en silencio, sus hombros relajándose y su rostro ablandándose poco a poco.

Finalmente, Andrés interviene y se une a Valeria en su apoyo a Miguel:

- Si todos nos enfrentamos a nuestros demonios con sinceridad y humildad, seremos más fuertes y entenderemos que no estamos solos en nuestras luchas -dijo Andrés, su voz llena de convicción y resolución.

Miguel enjugó las lágrimas que comenzaban a caer por su rostro y asintió, aceptando la sabiduría de las palabras de sus amigos.

- Amigos, sé que todavía tengo mucho que aprender -declaró-, pero no hay personas mejores que ustedes para enfrentar estos desafíos juntos, en el Parque de los Poetas y en la vida que nos espera.

Y, como una danza de palabras y emociones, los cinco jóvenes poetas se unieron en un abrazo, compartiendo sus versos, sus secretos y sus corazones, mientras las sombras del mundo exterior parecían detenerse por un momento en el borde del Parque de los Poetas, permitiéndoles ser ellos mismos y enfrentar sus desafíos con la fuerza de la amistad.

Ya unidos y renovados, el grupo se dispuso a compartir sus versos como de costumbre, renovando su fuerza y su compromiso mutuo con cada palabra. Encendían una vela en medio del parque, cuya llama titilante iluminaba sus rostros expectantes y fervientes. A su alrededor, la noche enfundaba a la ciudad de una profunda oscuridad, erigiendo un muro invisible que no impedía a la luz de la esperanza y la conexión humana brillar.

## **Brotos de conflictos y tensiones en sus entornos escolares y hogares**

El viento soplaba con su típico aliento fresco y agrio cuando los cinco jóvenes se encontraron en el escalofriante recinto escolar. De todos los lugares del universo, las paredes encaladas y descoloridas parecían ser el escenario más improbable para sus sueños y pesadillas. Los profesores rondaban por los pasillos, con sus batas orgullosas y libros llenos de cicatrices, mientras que los compañeros de clase se enfrentaban unos a otros con miradas de desdén y desprecio. El aire vibraba con el hambre de la dominación y el lamento

de los corazones solitarios.

Valeria arrastró sus zapatos por los escalones, sintiendo cómo la presión de las sombras le aplastaba el alma. A su lado, Sofía caminaba como si llevara las tribulaciones de todos los demás sobre sus hombros y su corazón apenas pudiera bombear la sangre necesaria para mantenerla viva. Mariana, con su capacidad innata para aprender los secretos siseantes, les lanzó una mirada llena de comprensión y simpatía.

- Las pruebas otra vez? -surró, y la preocupación anidó en sus palabras como un ave inquieta.

Sofía asintió con la cabeza, dejando que el silencio importara lo que sus labios no lograban decir.

- Mi madre quiere que estudie medicina -dijo, y las palabras le hubieran arrancado un rastro de amargura si la tristeza no hubiera limado sus filos-, pero yo no quiero ser doctora, yo quiero escribir.

Mariana la abrazó, dejando que su dolor se volviera algo completo y compartible. Valeria, por su parte, levantó la cabeza y puso sus ojos en el cielo, como queriendo encontrar las palabras que pudieran expresar solidaridad en los retazos de sol y nubes otorgados.

- Nosotros te entendemos -le aseguró, poniendo una mano en su hombro-. En la vida hay muchas presiones, pero aquí estamos, juntas, para enfrentarlas y recordar que nuestros sueños también cuentan.

Entonces, desde la penumbra de las entradas, Andrés y Miguel emergieron, con las sienes hinchadas y los brazos cruzados como si llevaran la desazón agazapada en sus codos.

- Tuvimos una pelea en clase -escupió Andrés, su voz rasgada y llena de dolor-, porque Miguel me acusó de no defenderlo porque no quiero perder mi puesto como delegado.

Miguel sabía que tenía razón, pero el orgullo le impedía aceptar el dolor que sus palabras habían causado. Sintió la mirada de Sofía sobre él, casi como si estuviera tomando la agonía de su ira y la transformara en algo más suave y empático.

- No es tu culpa que tengamos tantos problemas en la clase -dijo Sofía, y no había culpa en sus palabras, sino un bálsamo que abrazaba sus grietas convexas y cóncavas-, pero si podemos encontrar una forma de juntarnos y apoyarnos, sin importar si estamos en la escuela o fuera de ella, podremos enfrentar juntos estos conflictos y aprender a crecer pese a las adversidades

que se nos imponen.

Andrés y Miguel se miraron a los ojos, sus pupilas dilatándose al ritmo de sus corazones mientras comprendían que su amistad y la comprensión mutua eran más poderosas que cualquier ofensa pasajera.

- Discúlpame, amigo -susurró Andrés, extendiendo su mano con el recuerdo de un temblor.

Miguel la tomó y, por fin, la tensión de sus hombros se desinfló como una serpiente que, al reposar, abandona la furia de su enroscamiento.

- No importa lo que digan o hagan en esta escuela -prometió Valeria-. Hemos aprendido que la poesía y la amistad tienen la fuerza para unirnos y darnos las alas para volar hacia un futuro mejor.

Y, como el viento que arrastra las hojas caídas, la resolución de los cinco jóvenes poetas se convirtió en un huracán de esperanza y coraje, llevando una luz inquebrantable a través de la oscuridad de sus vidas escolares y hogareñas.

## **La constante lucha por adaptarse al ritmo de vida de la ciudad**

El día se había levantado como un pájaro negro con alas temblorosas, y las calles, paralelas como las partituras de una canción olvidada, se estiraban interminablemente hacia el infinito. Los preadolescentes caminaban juntos, envueltos en un silencio espeso y viscoso como aceite en un motor apagado. La voz de los edificios cantaba una canción monocorde y aguda, la lengua del pavimento crujía bajo sus pies, y el aire, disipador de calor cargado por la furia coagulada de millones de almas solitarias, les arrancaba suspiros vacíos que descendían sin remedio hacia el árido suelo.

Se apresuraron a través de las calles y las plazas, tratando de dejar atrás la tristeza y el abatimiento que los encerraban en sus propias prisiones de pensamientos oscuros y sueños aplastados. Valeria mordía el reborde gastado de su delantal, arrancando con desesperación cada fibra rebelde que se había quedado atascada entre la tela y su febril piel. Sofía caminaba un poco más lenta y, aunque sentía la presión del tiempo y las expectativas en su estrecho pecho, no podía evitar detenerse y componer sus zapatos, rehaciendo sus cordones con una meticulosidad exasperante.

Mariana, Andrés y Miguel, con los ojos en el camino y el corazón en la

boca, avanzaban en silencio, dejando que las cargas del día se deslizaran lentamente sobre sus hombros hasta amenazar con doblarlos hacia el suelo. Únicamente había una cosa que podía levantar sus espíritus y devolverles la luz a sus ojos empañados por la bruma de la desilusión y la derrota: un encuentro en el Parque de los Poetas, aunque fugaz, aunque efímero, con la promesa de compartir sus versos y sus corazones desgarrados.

Pero, incluso antes de llegar a su destino consagrado y privado, la ciudad les enseñó en el rostro las cicatrices de sus desencuentros y sus revoluciones, caminos densos y tortuosos en los que se enredaban y se perdían sin tregua. Andrés, apoyándose contra la pared de un edificio que albergaba una antigua ferretería, dejó escapar un gemido de frustración cuando vio a su madre despedirse apresuradamente en el umbral de la puerta, apagando el ruido del tráfico con una frase breve y hermética:

- Tienes que estudiar más, Andrés -le había dicho, y las palabras, como un ramillete de hojas afiladas y secas, le rasparon las mejillas, dejándole arañazos invisibles pero dolorosos en la piel-. Quieres decepcionarme otra vez?

Andrés no pudo responder, atrapado en una borrasca de rabia y vergüenza que parecía entrar por sus oídos y descender por sus tubos auditivos para dar vueltas y vueltas en el fondo de su estómago como una serpiente devoradora de recuerdos. Recordó los días de orgullo y felicidad, cuando sus poemas de libertad y lucha encontraron una audiencia dispuesta en sus amigos y compañeros del taller de poesía, pero cómo podía elevarse sobre las expectativas de su madre, que descansaba sobre sus hombros como la cruz de un mártir resignado?

- Discúlpame, Andrés -dijo Valeria, deteniéndose a su lado y sintiendo cómo sus palabras se deslizaban entre sus labios extendidos en una sonrisa de aliento-. Los padres no siempre entienden lo que sentimos o lo que deseamos, pero eso no significa que no nos amen o que no se preocupen por nosotros. También ellos viven en la ciudad, y quizás su amor esté atrapado en los edificios y las calles que les enseñaron a ser duros y rígidos.

Andrés no pudo evitar esbozar una sonrisa, aunque fuera débil y despin-tada como una acuarela mojada por la lluvia, al escuchar las palabras de consuelo de su amiga.

- Gracias, Valeria. Aunque a veces no entendamos el amor de nuestros padres, sé que está ahí -respondió, dejando que su gratitud se fundiera en el

aire, como dos gotas de agua que se unen en un río turbio y desbordado.

Siguieron caminando, pero entonces Mariana chocó con una mujer que salía apresuradamente de una librería con un paquete de revistas arrugadas bajo su brazo. Las palabras de la mujer fueron una ráfaga de hielo que cortó la luz del sol y dejó una estela de eco en el aire:

- Aprende a caminar, niña! No tienes tiempo para perder en tus sueños de poesía y arte.

Mariana parpadeó, sintiendo cómo sus labios se contraían en un gesto de sorpresa y desdén.

- Espero que un día aprenda a apreciar la poesía -dijo en voz baja, aunque su voz temblaba y apenas logró contener las lágrimas que se agolpaban en sus ojos. Para ella, era inconcebible cómo en ese momento alguien pudiera pensar que sus sueños de poesía eran una pérdida de tiempo.

Los otros jóvenes asintieron, comprendiendo las heridas que habían sido infligidas por las palabras descuidadas y, al reconciliarse en el abrazo de la amistad y la comprensión, sus pies encontraron nuevamente el camino hacia el Parque de los Poetas, hacia la esperanza y los ecos de sus voces solitarias y rebeladas.

## **Escenarios secundarios: la escuela, la librería y el café**

La luz de la tarde se derramaba como el líquido dorado de un reloj de arena en el patio de la escuela secundaria, donde Valeria, Sofía, Andrés, Miguel y Mariana esperaban impacientes la campana que anunciara su libertad temporal. Las sombras se alargaban como garras afiladas, aferrándose al pavimento agrietado que reseñaba historias de los pequeños y grandes conflictos en aquel recinto.

A lo lejos, una pareja de profesores intercambiaba palabras severas, transformando la suave brisa en un hervidero de murmullos contenidos y nervosismo. Sofía apretaba contra su pecho sus libros y cuadernos, en un intento inútil de neutralizar la ansiedad que burbujeaba en las espirales de sus apuntes.

De repente, una voz llamó la atención del grupo:

- Andrés! -era el profesor Martínez, el encargado del departamento de literatura, quien lo señalaba con un dedo acusador - . Sexta falta en el semestre. Tu madre recibirá una carta.

Andrés sintió como si una gelatina viscosa se hubiera apoderado de sus rodillas; su mirada buscó consuelo en sus amigos, quienes apenas podían contener el aliento ante la injusticia. El profesor dio media vuelta, y Andrés, en un acto de rebeldía apenas disimulado, alzó su mano izquierda y mostró el puño cerrado.

Valeria se acercó, sigilosa como el humo de una vela recién apagada, y posó una mano en el hombro de su amigo.

- No te preocupes, Andrés -dijo-. Tenemos lugares en los que podemos ser libres, más allá de las paredes de esta escuela.

Andrés asintió, aún aferrándose a su desafiante mirada, y se dirigió junto a sus amigos hacia el primer escenario secundario en su ruta de esperanza: la librería "Verso y prosa".

La campana anunció su anhelada liberación, creando un coro cacofónico de risas y gritos contenidos. Su recorrido se cerraba en torno a sus corazones como tonadas de un pasado no vivido pero todavía fresco, mientras se adentraban en las estanterías repletas de libros y promesas literarias. Allí, en ese refugio de papel y tinta, sus almas volaban hacia las estrellas.

Doña Isabella, la dueña de la librería, les ofreció un saludo cálido y cómplice, antes de perderse de nuevo entre las páginas de un ejemplar antiguo que acariciaba con devoción.

En aquella catacumba literaria, Valeria abría su primera edición de Federico García Lorca como quien encuentra una puerta secreta; Sofía leía un poema desconocido de Gabriela Mistral, hecha un ovillo en el rincón más alejado de la librería; Andrés murmuraba en voz baja un fragmento de Pablo Neruda, dejando que las palabras fueran olas que lamieran la arena de su ira; Miguel exploraba con voracidad las obras de César Vallejo, como si quisiera devorar la esencia de su genialidad; y Mariana recorría los versos de Sor Juana Inés de la Cruz, hilando en sus dedos las imágenes desplegadas ante sus ojos.

Para ellos, la librería era un remanso de paz donde los demonios de la excavación matutina no podían alcanzarlos, un espacio donde podían refugiarse y encontrar inspiración para sus propias palabras, que arañaban sus gargantas con la urgencia de un ave enjaulada.

Pero la tarde, tornasolada y engañosa, se desdibujaba en el horizonte y les recordaba que, al igual que los héroes de sus libros prestados, también debían enfrentar aventuras y peligros en la realidad.

Y así, se dirigieron al último escenario secundario de su periplo: el cálido café "Estrofas y aromas".

Allí, en la penumbra de las farolas, con el aroma del café y los poetas muertos cadencias resonando desde la vieja radio en la esquina, los cinco amigos se entregaban a su propio ritual. Sus versos se entrelazaban como las ramas de un árbol milenario, sus mentes se expandían y se contraían, buscando las palabras adecuadas para desgranar las angustias y los deseos que la escuela y la adolescencia les imponían.

En aquel café, donde las conversaciones se alzaban como asteroides sigilosos, donde los sollozos y las risas compartían una bebida humeante, los cinco poetas encontraron, al menos por unas horas, el bálsamo para sus heridas, el eco de su voz en los versos y estrofas compartidos con fervor y desconsuelo.

Y cuando llegara la hora de cerrar, cuando el último largo de café se consumiera y las sillas se apilaran contra la pared como una barricada contra el olvido, Andrés, Valeria, Sofía, Miguel y Mariana se abrazarían en silencio, sabiendo que sus corazones, ahora entrelazados con el hilo rojo de la poesía y la amistad, podían resistir cualquier tormento, cualquier desafío que la escuela, la familia y la vida les lanzaran.

Porque aunque sus escenarios secundarios -la escuela, la librería y el café- fueran efímeros e inconstantes, sus palabras, sus versos, sus esperanzas eran tan tangibles y poderosas como el palpitar de sus corazones, unidos por la sangre y el fuego de la palabra y la poesía.

## **Cómo estos lugares se convierten en refugio y espacio para la creación poética**

Sobre el viejo parqué del café "Estrofas y Aromas", las sombras de los cinco amigos se abrazaban a las suyas, empujadas contra la pared de cristal por la luz desvaída de la tarde. Ya llevaban una hora, sentados alrededor de una mesa circular y desgastada en la que se arremolinaban tinteros, pliegos de papel y tazas humeantes de café aún por terminar. Habían alzado un baluarte contra el estruendo de la ciudad y, curvados hacia el centro de su refugio, sus jóvenes cuerpos y rostros palpitaban en éxtasis creativo. Las palabras fluían y los versos se desgranaban como los dedos de un prestidigitador que invocaba y arrebatava la mirada de sus incrédulos

espectadores.

- Siento que estos lugares -susurró con voz entrecortada Andrés, sintiendo miedo de que las palabras pudieran escapar y evaporarse en el aire cargado de humo y el roce de las sillas arrastrando contra el suelo- se han convertido en nuestro refugio, nuestros pequeños oasis en medio de esta ciudad inhóspita y frenética.

Sus manos torpes y arrugadas de escribir tiraban, apretaban y arrojaban hojas de papel sobre la mesa, convencido de que sus palabras se desvanecían como la tinta seca en un papel arrugado.

- Es verdad -respondió Valeria, dejando que el borde de su propia servilleta de papel se deshilara entre sus dedos, temiendo no poder mantener aquella verdad sagrada envuelta en la selva de palabras que tenía ante ella - . En estos lugares, podemos ser nosotros mismos. Podemos pintar nuestras alegrías y miedos con palabras y versos, y compartirlos entre nosotros.

Mariana, cautiva ante los ojos brillantes y el aliento ligero de sus compañeros de cafetería, levantó entonces su mirada gris desde su cuaderno. Sus ojos exploraron un instante las toscas pinceladas de sus versos, antes de preguntarse en voz baja, como un viento escuchado solamente entre los oídos de aquel pequeño círculo de amigos:

- Pueden los lugares cambiar quiénes somos? Pueden nuestras almas rebelarse contra las limitaciones que nos ha impuesto la ciudad, encontrar en cada estrofa compartida una verdad más allá de los muros de esta prisión urbana?

La repentina invasión de palabras estimulaba a los amigos, haciendo que alzaran la cabeza y buscaran en los ojos de los demás el consuelo y la revelación que ansiaban en medio de tanta ansiedad y agitación.

- Me parece que -intervino entonces Miguel, hundiendo la pluma en el tintero, como si quisiera encontrar el último recurso de un ánimo preparado para el naufragio- no son tanto los lugares en sí lo que nos transforma, sino lo que compartimos, cómo nos entregamos y cómo nos apoyamos en este mundo caótico y solitario.

- Es cierto -asintió Andrés, permitiendo que una tenue sonrisa se abriera paso entre sus labios recios - . Cada encuentro, cada poema compartido en el Parque de los Poetas, en la librería, en esta cálida cafetería, va dejando en nosotros una huella indeleble, una transformación que resulta invisible a

simple vista pero que se hace carne dentro de nosotros.

- Y sin embargo -suspiró Sofía, a la vez asustada y admirada ante el fluir de sus palabras y la comprensión que parecía tocarse en aquel pequeño rincón del café, en el abrazo de sus versos compartidos- debemos recordar que esos mismos lugares que nos dan refugio y nos permiten encontrarnos a nosotros mismos se pueden cerrar, desaparecer, y entonces solo nos quedará la memoria de las horas vividas y las palabras escritas.

- Puede que los lugares cambien y desaparezcan, Sofía -respondió Valeria, y su voz tenía la fuerza y la dulzura de una madre que canta una canción de cuna para acunar a su hijo en los brazos del sueño y la esperanza - . Pero, aunque el viento arrase nuestros corazones y nuestros recuerdos, son nuestras palabras, nuestros encuentros, nuestra amistad la que nos resistirá y nos unirá, como el hilo rojo de la sangre y el sueño que corre por nuestras venas y atraviesa nuestras almas.

Un silencio estremecedor se apoderó del grupo, que quedó impotente ante la revelación de que, en efecto, sus corazones siempre tendrían un espacio donde encontrar refugio, apoyo y amor, a pesar del desplome del cielo y la huida de sus recuerdos, a pesar de las luchas y tempestades que la vida les impondría.

## **La importancia de expresar sus sentimientos y pensamientos a través de la escritura**

Las lágrimas de Miguel se balanceaban precariamente en el borde de sus pestañas, sacudiéndose en un acto de equilibrio, mientras sostenía en sus manos temblorosas el cuadernillo de Sofía, la mirada clavada en las palabras exorcizadas y saboreando la opulencia del texto. Se sintió invadido por un sentimiento intenso de tristeza y empatía; Sofía había compartido con él, en sus versos titubeantes, sus batallas secretas, el torbellino aterrador que la acechaba en lo más profundo de su ser. Cada frase dibujada en la bruma de sus recuerdos, cada sincopado latido se congelaba en el tiempo y se desplegaba ante su mirada.

Valeria, sentada al lado del muchacho, se sintió extrañamente vulnerable y expuesta, como si su propia piel se hubiera fundido con la tinta sobre el papel que sostenía Miguel, y sus cántaras secretas se derramaran hacia un torrente desconocido. A su vez, Andrés, sentado en el otro extremo de la

sala, lanzó una mirada preocupada a sus amigos absortos, y se preguntó, con cierto temor, cuántas historias y cicatrices ocultas se refugiaban en el vórtice de poesía de aquel cuaderno ahora abierto.

Mariana, en cambio, parecía invariable ante la revelación que se desplegaba en las manos de sus amigos. Emanaba alrededor una capa de silencio casi palpable, como si su cuerpo herido absorbiera la luz y el oxígeno del aire en un gesto desesperado por luchar contra la realidad. Sus ojos se posaron sobre Sofía, quien parecía luchar, también, por contener la marea de emociones que surgían de su propio cuaderno y su propio corazón.

Fue entonces cuando Andrés, en un acto de solidaridad y comprensión, se levantó de su asiento y caminó hasta Miguel y Valeria, dejando que sus propias palabras selenitas brotaran con suavidad:

- No están solos. Todos tenemos miedos y secretos que desgarran nuestras almas. Nosotros podemos ser su refugio, podemos ayudar a sanar esas heridas ocultas con nuestras palabras y nuestro apoyo.

Un silencio tenso, cargado de reconocimientos y revelaciones, se extendió entre el grupo de amigos, que se miraron a los ojos con una mezcla de inseguridad y esperanza.

Valeria, sintiendo el eco de la confesión de Andrés y el peso de la verdad en sus manos, decidió unirse a la conversación. Su voz, un susurro entre los velos de la noche, se alzó con fuerza, impulsada por un nuevo sentido de claridad y entendimiento.

- Andrés tiene razón -dijo-. A través de nuestra poesía, somos capaces de expresar lo que a menudo se niega a las palabras habladas. La escritura puede desterrar nuestros demonios, aunque sea por un instante, y a través de ella, compartimos nuestros profundos miedos y anhelos. Es la prueba de nuestra humanidad.

Las palabras de Valeria, tintineando como campanillas de plata bajo la penumbra del café, hicieron eco en Sofía, quien, con la vista aún empañada por un lágrimas cósmicas, asintió en silencio. Había encontrado en la escritura, en el bálsamo invisible de sus versos, una tabla de salvación ante el mar tumultuoso de sus batallas, y estaba empezando a comprender que sus amigos también esperaban encontrar un puerto seguro en sus propias palabras.

- La escritura -dijo Sofía, la voz frágil como el cristal de un caleidoscopio- es la red que sostiene nuestras almas cuando amenazan con desquebrajarse,

es el espejo en el que podemos reconocer nuestras cicatrices y compartir nuestras heridas, buscando sanarlas.

Andrés, Valeria y Mariana se unieron entonces a Sofía en un abrazo enmudecido, mientras Miguel, soltando el cuadernillo como si fuera un ave que desea volar, volvió a su papel de pregonero y, con el corazón en la garganta, declamó a sus amigos y a sí mismo:

- Compartamos nuestras sombras y nuestras luces, forjemos, en la fragua de nuestras plumas y nuestras palabras, una armadura invencible contra los embates de la vida y el dolor. Y recordemos, siempre, que aquí, en este santuario de poesía y amistad, somos libres de ser quienes somos, de vivir nuestras verdades y enfrentar cualquier desafío con la seguridad de contar con nuestro grupo para apoyarnos.

Miguel se desplomó sobre la mesa, agotado pero resuelto, y sus amigos se unieron a él en un juramento silencioso y tácito. Aunque sus miedos y secretos parecieran cuchillos afilados y sus corazones fueran una madeja enredada de hebras frágiles, sus palabras, sus versos, y su amistad serían ahora el escudo y la panacea que los protegería del mundo y sus tormentas, una bóveda de exploración, de autodescubrimiento y de sanación en los rincones más oscuros de sus almas.

## **Incidencias y discusiones que surgen por la vida en la ciudad acelerada**

Las luces del sol, lanzadas como lentejuelas desde las ventanas plateadas de los rascacielos, se derramaban sobre las calles de la ciudad en la que Valeria, Andrés, Sofía, Miguel y Mariana caminaban hacia la vida, hacia los pedazos conocidos y desconocidos del mundo que los esperaba, ansioso y tiránico como un tigre sediento en la jaula de su destino.

Valeria se acompañaba con las puntas de sus uñas a cada paso aplastado e incierto bajo las capas de escoria que cubrían las baldosas de las aceras, sus ojos punzantes y preternaturalmente verdes se nublaban entre la humeante maraña de los coches que pasaban, entre el desangramiento del tiempo que convertía cada minuto en un movimiento sincopado de agujas y cuerpos enmarañados en una desesperada danza de velocidades y desesperanzas.

- Estamos perdiendo tiempo, amigos -gruñía con la voz entrecortada e inaudible de los minutos escabullidos en su retrato estirado y ahogado en

el sudor de la ciudad - . No lo sienten? No pueden ver cómo esos autos que avientan el humo en nuestras caras, cómo esas pantallas luminosas nos desgarran la piel, nos arrebatan los segundos, los instantes que necesitamos para gritar, para llorar, para escribir?

Andrés, cuyos ojos azules se parecían con los de algún antiguo dios del mar contemplando la férrea amenaza de un horizonte peligroso, asintió en silencio, sin ceremonia como un cometa solitario que cruzaba el cielo y desaparecía en lo desconocido mientras el vértice de la ciudad giraba en sí misma como un molino de viento intoxicado.

- Por desgracia -dejó que la palabra se deslizara en el espacio inexistente entre las piedras y los coches, saboreando el ácido sabor de su derrota- no podemos huir del tiempo. No podemos detener este motor de locura, de asfixia, de derrota.

- Pero la poesía -susurró Sofía, como si sus palabras fueran un secreto prohibido que, si se susurraba frágilmente en la cacofonía ahumada de la ciudad, podría crecer y, como una planta inmortal, consumir la ferocidad del tráfico y la decadencia de sus rutas y horizontes- puede darnos ese tiempo robado, esa bocanada de esperanza y eternidad que nos niegan nuestras vidas cotidianas.

- La poesía puede ser nuestro salvavidas en medio de esta tempestad, así es -continuó Mariana, y su voz era dulce como una cascada de estrellas fugaces en caída - . Nuestro refugio, nuestro bálsamo contra la velocidad asesina del tiempo.

Un desconcierto se difundió por sus almas y cuerpos al darse cuenta juntos, en aquel pequeño instante de eternidad y desasosiego, de que aún en medio del tumulto y del ruido ensordecedor había pequeños fragmentos de quietud y rebeldía. De quietud, porque al corazón del caos se les antojaba en ese momento un temporal encerrado en un camino improbable, como si el clamor de cada Bogotá, Delhi, Chicago multiplicara su furor sólo para desgarrar la violenta cadencia de sus propias sinfonías urbanas.

De rebeldía, porque sus palabras, sus versos de ímpetu y destierro salían a la luz intrépida y brillante allí donde parecía que la velocidad y el miedo dominaban el espectro de sus almas y sus deseos. Y en esa revelación fugaz, había una promesa que parecía agitarse sobre los tejados y las torres, en el aire sofocante de sus nubes y sus sombras: que siempre encontrarían refugio y esperanza en las palabras que compartían, en la retumbante intersección

de versos y lágrimas que eran sus corazones y sus destinos.

Un silencio aterrador se instaló en el grupo, revoloteando como una paloma herida contra las fauces del tiempo y la histeria. Ya no tenían palabras que se ajustaran a la confluencia de desesperanzas y urgencias que palpaban bajo sus pies, en el corazón de sus sueños y batallas. En su lugar, dejaron que sus dedos se rozaran tenuemente sobre las páginas, y los versos que compartían en sus cuadernos se transformaran en las breves chispas de infinito nacidas de sus propias carnes y alientos.

## **Reflexión sobre cómo la ciudad influye en sus vidas y la resolución de seguir apoyándose y expresándose a través de la poesía**

Las llamas fatuas de los automóviles se encaramaban en el ocaso brotando desde el cadáver acicalado del día, una sinfonía disonante de bocinazos y sollozos que golpeaban el aire como caballos desbocados, como hatchets luminosos que se hundían en el cuerpo de los cinco poetas. Las nubes mexclaron sus colores como lápices de cera derretidos, en un mosaico de rojos y violetas que se extendía a lo largo del firmamento como las venas encendidas y sinuosas de un león sediento, de un gigante postrado ante el derrumbe del tiempo y sus palacios.

Miguel se dobló sobre el papel, la frente perlada de sudor enfebrecido y el corazón luchando un tremor indecible, mientras sus palabras inundaban las páginas con voracidad y colores. Sentía, bailando en su tórax, al fiel de la lucha suspendido entre los sueños evasivos y los latidos calcinantes en sus entrañas. Había algo en el aire que le rebelaba, que se colaba en sus venas y hacía violenta e inquebrantable su necesidad de vomitar versos ante cada suspiro y palpitar inmarchitables.

- No hay tiempo -murmuró, las palabras empañadas por sus labios convulsionados en una extraña mueca, una confesión asfixiante que apenas rozaba el corazón de sus amigos paralizados frente a la cascada de tinta que emanaba de cada línea trazada por sus dedos magullados y febriles-. No hay tiempo para nada, ni para soñar, ni para llorar, ni para escribir.

La desesperación se wifió ante los ojos de Valeria, Andrés, Mariana y Sofía, una coralina tinta que se enredaba en sus párpados y en la tristeza etérea de sus corazones sometidos al ritmo candente de la ciudad. Valeria se

abrazó a su cuaderno, aún temblorosas sus manos por la angustia y la beldad de ese torrente que desbordaba las costuras del presente y los medrosos versos de su amistad.

- Qué debemos hacer? -preguntó, aunque ya conocía la respuesta que pululaba en las esquinas de ese silencioso espacio que había tejido en sus horas robadas al cronógrafo que se escabullía en sus pestillos y sus brazos, en las entrepiernas de la vida.

La respuesta se encontraba en la piel de los edificios que circundaban el parque en el que los mellizos espectros de la ciudad y la poesía habían asentado sus gritos y sus susurros; en las sonrisas y las farsas que se cosían en el tejido vibrante de los coches atascados en el laberinto de asfalto mientras las señales luminosas se reían de sus sombras y sus alas así, impertérritas y desvinculadas de sus propios cuerpos; en la melodía bulliciosa de las cafeterías y las terrazas cuyos ecos se desgarraban en el aire hasta asirse, incondicionales, a las páginas que flotaban en sus manos como los fragmentos de un tiempo en gestación.

Se abalanzaron sobre esa respuesta, esa fotografía trémula y sepia que se encaramaba a sus alientos, se vestían en sus puelos y se reintegraban en la cadena de ceros y unos desplegada en sus alientos cautivos. Y el eco de esa revelación retumbó en los tejados, en las gargantas de las ardillas que trepaban desconcertadas hacia el ojo tímido de la luna como preguntas suspendidas en el veredicto infranqueable de la distancia y el olvido.

Ese eco resonaba en los pies del parque, en el aire que se consumía en la jaula efímera de sus pulmones expectantes, en los susurros y los rezos que se escapaban de las páginas de sus cuadernos como cascadas de palabras encontradas, desperdigadas, emanadas en la violencia muda y furiosa de sus esferas y sus deseos.

Esa respuesta, esa bolsa de secretos y de alas rasgadas que surcaba el horizonte y sus sueños más insospechados, era la poesía.

- La poesía -les recordó Andrés, la voz humilde y poderosa como los rayos divinos de un dios de dos caras enfrentados en el reflejo líquido de un espejo nitidiosamente inexistente- es lo que nos salva, es lo que nos vuelve libres e invulnerables ante el hastío y la picota de esta ciudad, de estas vidas envenenadas por la urgencia y la incomprensión.

Fue entonces cuando comprendieron, con la cadencia y la perplejidad de un oleaje suspendido en un solo instante de luz y agujas de niebla, que sus

poemas, sus formas sin nombre y definición, eran su arma para enfrentar sus inseguridades, sus batallas y sus miedos más profundos mientras los coches los devoraban con sus bocas enmarañadas en la bruma.

Que la poesía, esa morada efímera y eterna a la vez, ese escudo de átomos y vértigos, podría ser su refugio y su voz cuando la ciudad, con sus ronquidos y sus cruces y sus calles colmadas de nostalgias y sueños efímeros, quisiera desdibujarlos y devolverlos al abismo de tiempo en el que se habían vuelto invisibles.

Y en ese reconocimiento primordial, en esa lucha sincopada y susurrante en la que los versos y las piedras se enfrentaban en el desolador cadalso del tiempo y el olvido, ella, la poesía, la balanza fatídica de sus palabras y sus almas, les permitía encontrar la fuerza silenciosa y victoriosa para enfrentar el mundo, sus vicios y sus trampas, y lesionar la ciudad acelerada con sus estrofas y sus sinfonías inmortales.

## Chapter 2

# Poesía como refugio emocional

Tarde en la tarde, entre los últimos rayos de luz y las sombras del crepúsculo, el Parque de los Poetas susurraba como una sombra húmeda y triste oculta bajo la sangre fría de los rascacielos. Los árboles se estremecían, libando la última gota de sol que se juntaba en el horizonte furioso de cristal y aluminio, una gota que, gota a gota, formaba un océano infinito de instantes quebradizos hasta verse tragado por las fauces hambrientas de la noche.

- Odio los rascacielos -murmuró Valeria, mientras rastreaba con sus dedos el perímetro desgarrado de uno de sus muchos cuadernos de poesía, trazando caminos clandestinos y sin salida en las hojas rugosas de papel -. Quisiera que todos esos altos monstruos de vidrio y acero descendieran a la tierra y dejaran que el cielo ocupara su lugar.

Sofía asintió en silencio, sus ojos oscuros y soñadores se enfocaron en el contraste de los últimos rayos de sol en las ventanas de los rascacielos, como si pudieran encontrar la llave del enigma que arrastraban sus almas hasta el abismo, ese vértice de sombras y luces evaporándose en la saliva universal de las palabras y suspiros.

- Pero es bajo esas sombras que las palabras pueden brotar -intervino Miguel, con los brazos cruzados y la frente arrugada como una cicatriz de pensamientos insurrectos- y al final, ellas son nuestras aliadas, no nuestras enemigas.

No todos compartían su entusiasmo. Mariana jugueteaba con un mechón de cabello, sus dedos trazando patrones ondulantes e inquietos.

- No todos tenemos tu empuje, Miguel -su voz temblaba como un vuelo de pájaros hundiéndose en el ocaso- para algunos de nosotros, las palabras son lo único que nos sostiene en el abismo de nuestros miedos, y la única ventana frente a un ataque.

Fue Andrés quien interrumpió en la conversación, con su voz grave y serena.

- La poesía es nuestro refugio emocional, es cierto -afirmó- pero también es un arma y una llama que debemos abrazar en lugar de temerla. Es un faro en la oscuridad que nos guía hacia nosotros mismos y nos protege de la tormenta de nuestras propias emociones.

Las palabras de Andrés dejaron un poso en el aire caliente y estancado de la noche, una melodía ausente que resonaba en sus oídos como el eco de un canto olvidado.

- Pero, cómo enfrentamos esos miedos? -preguntó Valeria, sus manos apretando la pluma que se doblaba bajo la furia de sus dedos- cómo nos atrevemos a mostrar nuestras heridas y temores crucificados en las páginas de nuestros versos?

Fue Andrés el primero en responder a esa pregunta, a esa invitación a romper el silencio que envolvía la amistad y el terror de sus versos y sus almas.

- La poesía es como una coraza, una armadura invisible que nos protege de las críticas y los juicios -declaró, y su voz era un cascabel en la penumbra, un acorde de luz y fe en la tormenta implacable de sus palabras y amistades. Valeria se estremeció al oírlo, pero lo miró con una determinación que ensanchaba su pecho y lo reconfortaba al ver que esos delgados labios no se abandonaban ante la vorágine de la desesperanza y del miedo.

- No son sólo tus miedos los que atormentan estas páginas -prosiguió Andrés, envalentonado por la valentía y la confianza creciente que se filtraba en el aire como un pequeño torrente entre las rocas afiladas del desamparo- todos nosotros, todos nuestros corazones, tienen una batalla que librar, algún monstruo devorador de sueños y alas que enfrentar en la prisión clandestina de nuestro corazón. Por qué no mirarse entre sí y luchar juntos, fundir nuestras voces y rebeliones para enfrentar nuestras inseguridades y temores?

Entonces los cinco amigos se miraron, dejándose llevar por la fuerza de sus miradas, de sus manos apretadas alrededor de las frágiles líneas

que se estremecían en sus cuadernos. Ahí, entre sus sueños y sus silencios, entre los dedos fatigados y las risas prematuras y angustiadas, las palabras empezaron a brotar como ríos oscuros, esos ríos cuyas aguas estaban hechas de emociones nunca antes exploradas y de amistades nunca antes soñadas.

Una a una, las palabras que salían de sus cuadernos se convirtieron en estrellas, en plumas errantes, en versos suspendidos en el aire y en la noche, entrelazados en un atardo de rebelión y consuelo. Cada palabra sanaba una herida, cada palabra iluminaba una sombra, cada palabra encendía una llama en el corazón de sus cuerpos y en el túnel de sus vidas.

La poesía era el refugio emocional que los protegía y los redimía en la tormenta atronadora del mundo. Y al final, ella los salvó a todos.

## La búsqueda de refugio en la poesía

Miguel deslizó su dedo sobre la húmeda corteza del árbol, dibujando un signo de interrogación que se disipaba al ser absorbido por la rugosa piel de la naturaleza. A su lado, Valeria dejó escapar un suspiro ahogado, la sílaba enmudecida del silencio inexorable que avanzaba sobre ellos como un pterodáctilo dormido, su vuelo suspendido entre sombras y sueños desgarrados.

- Dime -sus labios apenas se abrieron, pero la pregunta escapó de su pecho como una convulsión que arrastraba los huesos y las cicatrices a su deleznable mundo-, dime cómo las palabras no se escurren entre tus dedos cuando intentas agarrarlas como arena desértica. Cómo logras sostenerlas en tu voz sin que brote el temblor, el miedo, la vergüenza de confesar al viento y a los oídos de tus amigos que tú también te rompes por dentro, que el corazón se te desmorona en fragmentos por ese hueco negro y sin escrúpulos.

Miguel levantó la cabeza, sus ojos astillados y perdidos en la bruma que trepaba ahora por cada piedra y cada hoja de aquel parque en el que solían calmarse de los zarpazos de la realidad.

- Lo siento -susurró en una lágrima invisible, en un torrente de gemidos inalcanzables por la mano desollada de la memoria-, lo siento si te parezco indiferente. Pero la poesía es para mí un refugio y a la vez un campo de batalla. Frente a este abismo en el que vivo, en el que hemos crecido todos, esta roca que nos arrastra hacia el árido desierto de las sombras, cada poema

es una súplica y un grito de guerra.

Valeria enjugó una lágrima que recorría su mejilla, su dedo tembloroso palideciendo a su paso.

- Pero Matías -intervino Andrés, su voz como un raso suspiro lilibal entre la niebla, como un beso compartido entre el alba y la aurora que se cruzan en la encrucijada de las horas - , sabes que nosotros también nos despedazamos cada vez que las palabras nos vomitan. Sabes que también huimos y luchamos, con cada estrofa y cada soneto, cada metáfora o ironía encadenada en nuestro aliento y nuestra piel.

Matías asintió en silencio, sus lágrimas ahora en andanada por las mejillas cansadas y pálidas de su rostro desvencijado.

- Lo sé -confesó, la voz atropellada y lenta como una herida que se abre y se cierra al compás del viento sur - , pero también temo que nuestros pies nunca separen de este último latido si seguimos escribiendo versos desgarrones en este edén de pelo y aire de bruma matinda.

Mariana apretó el cuaderno contra su pecho, las palabras temblorosas y heridas palpando el aire hasta ser atrapadas por las manos conniventes de sus amigos.

- La poesía me hace sentir viva -declaró, severa, apasionada, una heroína babilónica asomándose ante el ejército de secretos y juglares que marchaban sobre sus dorados hombros - , me hace creer en la magia de ese mundo que solo existe en mi corazón, en ese mundo donde todos me conocen y me aceptan tal como soy.

Sofía asintió, sus ojos oscuros y melancólicos suspendidos en una pregunta secreta que se encerraba en las alpacas y en la aurora de los rascacielos. Podía sentirla también, esa melancolía que se escurría por las arterias de la noche como una colección de sombras y trajes vacíos.

- Yo también la vida en mis versos -añadió Sofía, dando vueltas un mechón de su cabello entre su dedo gordito como una serpiente enredada en la hiedra - , pero al mismo tiempo mi poesía es un espejo que me delata y me hace enfrentar la crudeza y la inocencia de mis días y mis sueños, mis colegajes y mis desvelos.

- Esa es la belleza de la poesía -intervino Andrés, encendiendo una llama de esperanza y renina en sus palabras y sus siluetas que danzaban en las sombras - . Nos hace enfrentarnos a nuestros miedos y sufrimientos más íntimos, pero también nos permite atesorar nuestras alegrías y secretos en

una cápsula de tiempo inalterable que nos emancipa y nos arropa a la vez.

Los demás asintieron, su corazón suspendido en un solo balbuceo de luz y arena perdida, sus dedos entreabriéndose para atrapar, una sola vez más, los fotogramas fugaces de esa vida que se evaporaba en cada latazo y cisne de sus noches y estrofas.

- Entonces sigamos -declaró Valeria, su voz debeble y firme como un faro performando en la noche oscura, como un abrazo desvanecido en los senderos de los codos y las rodillas-. Sigamos escribiendo hasta que nuestras palabras y nuestras pasiones sean la savia y las raíces de este parque, de esta ciudad que nos ha alumbrado y nos ha devorado con sus fauces de rascacielos y sombras. Sigamos siendo poetas, sigamos siendo amigos, sigamos siendo esas hormigas hibridadas de fuego y lluvia que riegan sus sueños y sus esperanzas en estos versos y estos signos de pregunta.

## Expresión de sentimientos y emociones

A medida que el sol descendía, dejando las nubes anaranjadas en su estela, el viento mecía suavemente las ramas de los árboles, como si estuviesen intentando alcanzar algo más allá de sí mismos. El Parque de los Poetas estaba vivo con el murmullo de la vida; el canto de los pájaros y el zumbido de insectos, el cada vez más lejano tráfico y las risas de los jóvenes que se entrelazaban en un concierto que a la vez apaciguaba y avivaba las almas.

En el corazón de ese remolino de sonidos e imágenes, cinco amigos conspiraban, sus miradas y palabras hilvanando un tapiz de luz y sombra que desafiaba la opresión del tiempo y el espacio, ese voraz yucasari que engulle sin cesar las estrellas y las esperanzas.

Valeria mordisqueaba el extremo de su pluma, su mirada perdida en el azul serpenteante del cuaderno que reposaba en su regazo como una caracola abandonada en la playa. Sus labios temblaban, como si estuvieran tratando de alcanzar la respiración en una tormenta de angustia y desconsuelo. Finalmente, la pluma se desprendió de sus dedos y comenzó a deslizarse sobre el papel, como un cometa en la penumbra de una noche candente.

- En el cuenco de mis manos -murmuró Valeria, su voz apenas audible sobre el susurro del viento y las hojas- ahogo un mar de lágrimas que no atino a describir.

Sofía la miró, sus ojos en llamas pero empapados en un océano invisible,

esa nebulosa de miedos y enigmas que se ocultan en cada corazón humano.

- Pero no estás sola -murmuró, apretando la mano de Valeria como si pudiera transferirle la fuerza del sol y la tierra a través de su contacto- todos nosotros estamos aquí, contigo, en este momento en que las palabras parecen escapar de tus dedos como pájaros asustados.

Valeria asintió, aunque en sus ojos aún se encerraba un lamento desgarrado, un abismo cuyos límites se perdían en las fronteras de sus sueños y su piel.

- Por favor -su voz temblaba como una hoja de sauce- no me pidan que hable sobre lo que duele, sobre lo que me hace arder por dentro cuando las palabras se convierten en cenizas y vestigios.

Andrés la observaba, un suspiro contenido y lastimero en su garganta, antes de dirigirse al resto del grupo.

- No te obligaremos a compartir tus tormentos si no te sientes lista -prometió, su voz llena de determinación y comprensión. Miró ahora a Mariana, que tenía un breve poema en las manos, tiñendo de lágrimas las hojas- pero a veces, al enfrentarse a una herida abierta, uno encuentra el consuelo más inesperado.

Mariana sollozó nuevamente, pero asintió, levantando los ojos para encontrar la mirada de sus amigos. Sus palabras salieron lentas pero firmes, como una candela de esperanza que se enciende en medio de la desolación.

- En los momentos más oscuros -declaró con voz quebrada pero firme- es cuando más necesitamos de la luz de nuestros amigos, de nuestra familia, de esa poesía que fluye en nuestras venas como el aliento de un sueño despierto.

La noche se cerró en torno a ellos, como el manto de terciopelo oscuro de un gigante que duerme sobre la piel del mundo. Y, en ese parque atrapado entre las luces como luciérnagas de la ciudad y el silencio que se enreda entre las sombras y las estrellas, los cinco amigos compartieron sus dolores y alegrías, sus secretos libertadores y aprisionados, como si cada palabra y cada suspiro pudieran curar las heridas de un pasado que se niega a ser olvidado.

El Parque de los Poetas y sus versos vulnerables, entrelazados en las sienes y las albas de sus alientos y sus susurros, formaban un universo paralelo, un refugio donde las emociones y las memorias no tenían más que revelarse y renacer, como un eco que regresa, tras bambalinas, al bajar el telón del día.

## Conexión emocional con otros poetas del grupo

Las palabras flotaban en el aire como pétalos de flores desprendidos por un golpe de viento, revoloteaban ansiosas en busca de un lugar al que asirse, de un alma que pudiera comprender la magnitud y la profundidad de los sentimientos que portaban.

Valeria pasó los dedos con delicadeza por la página de su cuaderno. El poema recién terminado parecía temblar a la luz de la lámpara que descansaba sobre la pequeña mesa del Parque de los Poetas, como una criatura viva que hubiese sido arrancada de su mundo interior. Alzó los ojos, y su mirada se encontró con la de Andrés, que la observaba desde el otro lado de la mesa, expectante, hambriento por escuchar cada frase y cada estrofa que ella había velado en su papel.

La noche había cerrado sus alas sobre el parque, pero la luz mortecina de la lámpara ofrecía un halo de esperanza y calor a los cinco amigos que, juntos, urdían el tapiz invisible de sus emociones y sus palabras. Sofía, con sus rizos sueltos y desordenados que parecían querer escapar de su cabeza, lanzó a Mariana una mirada interrogante. Mariana se limitó a asentir, la boca llena de nerviosismo y recelo, antes de empujar su propio cuaderno hacia el centro de la mesa.

Miguel dejó escapar una risa contenida, pero no se atrevió a recoger el cuaderno de Mariana. En cambio, extendió su mano hacia Valeria, como pidiendo permiso para explorar las intimidades de su alma. Valeria titubeó, pero al final depositó su poema en la palma abierta de Miguel, como un ave atrapada que se resigna a su destino.

Miguel abrió la boca, dispuesto a leer en voz alta las palabras de Valeria, pero ésta lo detuvo con un gesto tembloroso de la mano. Tragó saliva, su corazón retumbando como el de un guerrero a punto de dar la última estocada en medio de la batalla, y comenzó a recitar sus versos, mientras la noche se estremecía con su voz y los oídos de sus amigos se abrían para recibir aquel grito que brotaba de las entrañas del tiempo y la memoria:

”En el hueco de mis brazos, anida el arcoíris de lágrimas  
Que mis ojos lloran cada vez que ruedan mis sueños  
Por el pozo infinito de sus ausencias y desvelos.  
Cada noche, un gemido, un susurro, un lamento  
Se escapa de ese laberinto sangrante y hambriento  
Que se encierra en el rincón oscuro del pecho.”

Sofía dejó escapar un suspiro. Sus ojos habían adquirido un brillo especial, esa mezcla de empatía y comprensión que sólo los corazones sinceros son capaces de mostrar ante el sufrimiento ajeno. Sin querer, Valeria le había revelado un pedazo de aquellas sombras que la asfixiaban a solas, pero ahora sentía una ligereza desconocida, como si hubiera roto la coraza de silencio que la había mantenido prisionera durante años.

Al escuchar el poema de Valeria, Andrés se sintió abrumado por una ola de emociones. Su corazón, generalmente fuerte y firme como un anciano tronco de árbol, parecía querer derrumbarse por la desesperada belleza de sus palabras. La conexión emocional que sentía con ella y con los demás poetas del parque lo dejaba sin aliento, lleno de esperanza y asombro por la capacidad de la poesía para unirlos a pesar de las distintas corrientes que les azotaban en sus vidas.

Mariana, que había contemplado con aprensión la lectura de Valeria, cogió aliento y empujó su cuaderno hacia Andrés. Al igual que su amiga, sintió un alivio indescriptible al liberar las palabras que llevaba mucho tiempo ocultando, amordazadas dentro de su estremecido corazón. Alzó la mirada, sus ojos húmedos de lágrimas silenciosas, y escuchó, embargada por la emoción, cómo Andrés convertía su dolor en poesía:

”Dónde se esconde la melodía de mi nombre en tus labios? Dónde fue que se desbordó el cauce de tus lagrimales? Miro al cielo y sólo encuentro una sábana desteñida Por la lluvia de ilusiones y promesas incumplidas. Hoy soy pájaro que vuela roto, sin rumbo en el viento, Soy hilo suelto de tus manos que ya no me tejen más.”

La lectura del poema de Mariana alcanzó las entrañas de sus amigos, quienes entendieron que también compartían las penumbras y dudas que la vida trajera consigo. Conmovidos por la fuerza, la empatía y la conexión que les ofrecía la poesía, se abrazaron en silencio bajo la pálida luz de la noche. En ese precioso momento, juntos y vulnerables, se prometieron un amor incondicional y una solidaridad duradera, en las penas y las alegrías, hasta el último resquicio de sus palabras y sus anhelos de vida.

## **La dualidad entre el mundo interno y el externo**

A lo largo de los días, Andrés comenzó a notar cómo la vida, con sus frenéticas idas y venidas, parecía desgastarlo. Además de la carga escolar,

las expectativas de sus padres y las presiones sociales que lo rodeaban, sentía una tensión interna que iba mucho más allá de esos factores. Era como si habitara dos mundos a la vez; el mundo real y tangible, y otro, mucho más complejo y misterioso.

”Esa dualidad entre lo interno y lo externo, ese enfrentamiento entre lo que somos y lo que aparentamos ser; eso me está matando”, confesó Andrés a sus amigos en una de sus reuniones en el Parque de los Poetas. Sus palabras llevaban un eco de desesperación, una súplica silenciosa a todo lo que lo conectaba con sus amigos y su pasión por la poesía.

Fue Sofía quien le respondió primero, sus palabras brotando como una fuente en medio de una noche sin luna. ”Sé lo que quieres decir, Andrés. A veces siento que esas dos partes de mí chocan y se golpean, como dos astros errantes buscando su propio camino en el vasto espacio de mi ser”.

Miguel se inclinó hacia adelante para unirse a la conversación. ”Supongo que todos sentimos esa dualidad en algún momento”, dijo, su voz teñida por una mezcla de curiosidad e inseguridad. ”A veces parece que nuestra verdadera esencia, nuestras ideas, nuestras emociones, simplemente chocan con el mundo exterior. Es como si la vida fuera una constante lucha entre lo que sentimos y lo que se espera de nosotros”.

Mariana observó el rostro de Andrés con ternura. ”Creo que esa tensión entre lo interno y lo externo es lo que nos hace ser quienes somos”, susurró, como si temiera molestar al silencio nocturno. ”Todas las cosas que nos hacen únicos, todas nuestras experiencias, nuestras memorias, nuestras esperanzas y sueños Todo eso se encuentra en nuestro interior, en ese mundo que sólo cada uno de nosotros es capaz de comprender plenamente”.

Valeria asintió y añadió, ”Pero esa dualidad, esa lucha interna entre el mundo exterior y el interior, es también lo que nos lleva a buscar refugio y consuelo en la poesía. Es esa necesidad insaciable de entender nuestro ser más profundo y de encontrar conexiones con otros que puedan entender nuestras batallas y nuestras alegrías”.

Algo en el tono de sus palabras hizo que Andrés levantara la mirada, como si hubiera oído la voz de su propia alma en esos momentos de incertidumbre y de convulsión interna.

”Es cierto”, admitió, y un suspiro se deslizó por sus labios como un ave que se arroja al vacío en busca de corrientes de aire. ”Pero es precisamente esa dualidad la que también nos da fuerzas y nos impulsa a evolucionar y a

enfrentarnos a los obstáculos que la vida nos pone en el camino. Cada uno de nosotros, con nuestras propias luchas y dilemas, con nuestras inseguridades y conflictos, tiene ese poder de cambiar nuestro destino y de influir en el mundo que nos rodea”.

Se produjo un silencio mientras sus palabras resonaban en el parque, y en el corazón de cada uno de los presentes. Entonces, Mariana se levantó y, de un salto ágil y elegante, trepó al árbol bajo el cual se encontraban reunidos. Desde aquel improvisado trono de hojas, alzó la voz y dirigió su mirada hacia sus amigos, hacia aquellos que, como ella, luchaban con la dualidad entre lo interno y lo externo.

”Quiero compartir con vosotros un poema”, anunció. Sus palabras parecían suspenderse en el aire, cautivas entre la magia de la noche y el murmullo de sus amigos que aguardaban con los oídos aguzados. Y entonces, con voz trémula pero firme, Mariana comenzó a recitar:

”Entre murallas de carne y hueso mi alma, silenciosa, se protege. De un lado aguarda la realidad, con un rostro de amarga conocida, del otro lado, el corazón, que arde de vida en sus latidos.

Mi escudo partido en dualidad, muestra la máscara que el mundo exige y por dentro, abriga mi verdad, aquella que en versos y en susurros late.

Qué quiero ser, quién quiero ser? La lucha interna siempre guerrea, pero en este campo de batalla también brota el milagro de la vida entera.

No temamos a las dos caras, ni al afuera abrumador, pues dentro de cada ser que habita bullen una misma letras, y un eterno amor.”

Al escuchar el poema, los jóvenes poetas del parque sintieron en sus corazones una poderosa resonancia, como si las palabras de Mariana hubieran alcanzado ese lugar donde su propio espíritu se debatía entre la dualidad de su ser y la vida que les tocaba enfrentar. Y entonces, por un instante, se sintieron libres, sostenidos por sus amistades y aquellas letras que juntos hilvanaban como una trama de luz y sombra capaz de desafiar incluso a la más cruel de las dualidades.

## **Desahogo e introspección a través de los versos**

Eran días nubosos y taciturnos cuando las palabras fluían como ríos desbordados en sus almas. Ansiaban la inminente llegada de las lluvias, pues el estruendo del agua era un bálsamo de verdad en las llagas de sus corazones.

Valeria solía caminar por las calles, abstraída en sus pensamientos y versos, desentendiéndose de la multitud agitada que se movía a su alrededor.

”El mundo no comprende este caudal de sentimientos, esta huida constante al refugio de nosotros mismos”, solía repetirse en la soledad de su cuarto, mientras las sombras se entrelazaban y acariciaban, como hilos de una tela invencible y lúgubre.

Fue entonces cuando, envuelta en papel de china y acompañada por un ramo de flores marchitas, Valeria recibió un poema de lágrimas y suspiros, un grito de desahogo que parecía resonar en las profundidades de su ser. Andrés, cuyo corazón palpataba escondido y pulido en aquellos versos, le ofrecía un mosaico de pedazos de sí mismo, como estrellas hundiéndose en el horizonte de una esperanza menguante.

Se encontraron a solas en su rincón predilecto del parque, donde los ancianos sauces y las antiqüísimas esculturas de poetas célebres parecían suspirar el eco de sus palabras.

Andrés abrió su cuaderno carcomido por el tiempo y la letra apretada e inclinada, y leyó a Valeria sus versos, despintando con cada sílaba el dolor y la desazón que lo atormentaban:

”Ay, de esta vida que se viste de hastío y nos zarandea en su trenza impetuosa como hojas al viento errantes y mustias. Dónde hallaré, quién me negro agua dará, que calme la sed de mis días nauseabundos?”

En el silencio de la noche, entre sábanas de sombra, me vislumbro a mí mismo, frágil y orgulloso como armadura roída por la herrumbre del tiempo. Quisiera hallar solaz en este rincón oscuro, devastado por alaridos y recuerdos malditos.”

Valeria, con los ojos ardientes y las manos aferradas a su propio cuaderno, se atrevió a leer en voz alta el poema que había escrito aquella madrugada de insomnio desvelado, sabiendo que Andrés se iría con un pedazo de ella envuelto en sus palabras:

”Dime, soslayo amargo, dime, luto infausto, si hay ríos en los que pueda sumergir mis pesares, y en aguas salvadoras lavar mis desdichas. Que el agua caiga de la boca del cielo, y en lágrimas incontenibles borre el polvo y el cansancio acumulado de los años.

No ves que quiero huir de la luz que me ciega, y entregarme a la noche, a su abrazo cálido? No ves que hartito tengo de la máscara que llevo, que deseo, por fin, ser sólo yo, la oscuridad despojada de muros, de miradas y

sombras?”

## Temáticas comunes y situaciones compartidas

Durante muchos días, el sol no mostró su rostro alegre y radiante. La ciudad quedó sumida en una desequilibrante penumbra, como si el lodo gris de las calles se hubiera filtrado por el aire y los confinara a todos en un estancado limbo perpetuo. Los días acortaban y las noches parecían estirarse en el horizonte, como muñecos de cera derretida bajo el olvido del tiempo.

El grupo de poetas se había impuesto una misión única y audaz: usar sus quillines y folios no solo para suavizar sus propias heridas sangrantes, sino también para traducir las del mundo que los rodeaba. Pero ahora que el cielo se había oscurecido y las vísceras de la ciudad dejaban ver la herida abierta de la humanidad, la tarea era más ardua de lo esperado.

Al ver a Valeria, sentada en la penumbra como una estatua de mármol embellecida por el paso de los años, Sofía sintió un nudo de simpatía y de miedo en la garganta. La oscuridad dio al traste con la trampa de distancia que habían intentado adoptar, aquella máscara que pronto se desmoronó en hebras cuando sus realidades externas se desplomaron.

Valeria recitó uno de sus poemas más recientes con temblor en su voz:

”Son las madres desconsoladas, son los niños llorando hambre, son los viejos perdidos en su senilidad. A veces, sólo a veces, la existencia contempla al chiquillo que moribundo y esperanzado, que lloraba en soledad, anhelaba ser lo que jamás pudo ser: lo invisible y lo sublime.”

Una ruina en cada esquina, expresaron las lágrimas que resplandecieron en el rostro de sus amigos como un espejismo de estrellas. Sus lágrimas brillaron tristemente, como si supieran que no podían cambiar la realidad de la que se teñían.

A medida que cada uno de los jóvenes poetas compartía su visión del dolor común y las situaciones compartidas, el cielo parecía abrumarse más, cargado de nubarrones plomizos. Al unísono, seis manos se entrelazaron fuertemente en una enredadera, un refugio temporal de fuerza frente a la tormenta inminente.

”Esto lo escribí pensando en mi hermano”, murmuró Miguel, con los ojos escudriñando la distancia antes de entrecerrarlos en un intento por contener una lágrima rebelde. ”La vida no le ha tratado como todos esperábamos, y

me pregunto si, en algún momento, todo llegará a cobrar sentido”.

Miguel se secó los ojos con el dorso de la mano y comenzó a leer:

”Dentro de esta penumbra, hay almas luchadoras y perdidas. No pueden ver lo que no quieren ver, no pueden oír lo que no quieren oír. En el abrazo silencioso del vacío, los seres queridos caducan como hojas, llevándose los ideales y los sueños en sus vórtices grises y devastadores.

Quién puede recuperar lo que se ha perdido? Quién puede encender la llama de antorchas que se extinguieron? Quién, en esta tierra empedrada y yerma, a través de tempestades y tormentos, puede pintarse a sí mismo como el héroe de sus historias más punzantes y crueles? El cielo no responde, solo truena, y llora incesante por los corazones rotos.”

Las palabras de Miguel se deslizaron por las caracolas de las almas atónitas y conmovidas que lo escuchaban. Todo se quedó en silencio y se hizo eterno; el grupo contenido de jóvenes abandonados en un terreno baldío de rugientes tragedias, agotadas esperanzas y heridas indescifrables.

Mariana sintió la presión de los ojos desolados en su dirección y sacudió la cabeza como si las palabras se anudaran en la garganta. Entonces, el cielo se iluminó de manera súbita y temerosa, como si un ojo de Dios acechara a los poetas desde lo tripas del firmamento. La pesadumbre y desesperanza les golpeaba con fuerza y Mariana sintió la necesidad de devolver algo de la luz que les había sido arrebatada.

Levantó su voz por encima del sonido estruendoso de los rayos y gritó sus versos al viento, en un estallido de energía, rabia y esperanza:

”Bajo este cielo tormentoso, hurgamos entre las grietas de nosotros mismos, buscamos alguna fuerza en las ausencias, algún brillo de lo que fuimos y seremos. Lo encontramos en las palabras y en las miradas, en las lágrimas que brillan a la luz que se resiste a morir. Oh, vida, desplégate en toda tu sosticada crudeza, danos las lecciones amargas que bebemos sin poder evitarlo! Pues, unidos, seremos todos pequeñas llamaradas prendidas, que a pesar del llanto y la ceniza, serán alguna vez, juntas, una inextinguible constelación.”

El cielo estalló en una vorágine de llanto y luz, una confrontación del tormento y la esperanza en el manto reluciente y goteante de la vida. Las palabras de Mariana resonaron en el quebrantado parque y en los corazones de sus amigos, aún cercados por el tormento, pero ahora unidos en un refugio inmóvil donde sus almas enarbolaron juntas por un instante, un débil pero

perpetuo centelleo de triunfo.

## La poesía como herramienta terapéutica

En aquellos sospechosos días en los que cada instante parecía trascender la vida misma, Sofía solía pasar sus tardes sumida en la melancolía y la inquietud de sus propios pensamientos. Su alma inquieta parecía buscar constantemente un consuelo, un abrazo en el vacío que le abrumaba. Se preguntaba si acaso las calles bulliciosas que transitaba le sirvieran de algún refugio ante el abismo creciente de su interior. De ese modo, una penumbra habíase instalado en su espíritu como la lluvia que empapa, fría y despiadada, las vidrieras deslumbrándose en sus propias luces fallidas.

Había permanecido recluida en su habitación mientras las horas caían una a una como hojas mustias de un roble en otoño. Y en esos momentos de soledad y desdicha, la única compañía que parecía proporcionarle algún consuelo en ese inmenso vacío era su pluma y su cuaderno. Cada pincelada de letras parecía ser como un trazo de luz en una vorágine de sombras.

Esa noche, en un rincón oscuro del Parque de los Poetas, la atmósfera parecía susurrar un himno de desasosiego y desesperanza. Las primeras lluvias del otoño les habían pasado la factura, y el manto gris que cubría el cielo se había filtrado en sus corazones enllagados. Sofía alborotó sus rizos que ya no querían brillar y encaró a la semiluna oculta entre los pliegues de las nubes, como si esperara que el rocío le otorgara voz a los versos susurrantes en su mente, versos tímidos y cautivos de su silencio.

Se armó de valor, con tal de enfrentar la tempestad que la acosaba, y comenzó a leer en voz alta:

”Oh, niebla densa, mantón de dudas, cuándo has de levantarte de mi espalda? Si callas, niego en tu silencio mi alma, Infierno angustioso, rueda menguante. No es en el apretado puño de mis entrañas donde encontraré la verdad huida?”

Valeria la miró con ojos de ternura y comprensión, como si viera en su amiga el reflejo de su propio tormento. El grupo entero de seis almas inquietas se vio envuelto en un silencio inexplicable; tan sólo el susurro del viento mecía las copas de los árboles en una penumbra misteriosa. Era Andrés quien habló por fin, en un tono que mezclaba admiración y empatía, como si quisiera arrebatar a Sofía de las gélidas garras de la angustia

invadiéndola:

”No estamos solos en esta batalla, Sofía. Nuestras palabras, nuestras almas, siguen brillando en medio de la noche más oscura y sombría. Quiero compartir contigo y con todos, un poema que he escrito en esos días que parecen no tener fin, esos días en los que no puedo sacar de mi cabeza el sinsabor de un abismo sin medida y sin descanso.”

El joven poeta abrió el cuaderno que apretaba contra su pecho como si en él reposaran sus más aciagas vivencias, y comenzó a leer en un tono tembloroso como la emocionada calma que precede a la esperanza:

”Leo en sus ojos, en las arrugadas páginas, la desazón que sus vidas azoradas no alcanzan a pronunciar. Labios sellados por las espadas del silencio encierran un grito de tormento, un lánguido lamento.

Y están aquí, y están allá, latiendo y susurrantes, revueltas con hilos de llanto y esperanza. Están, y no están.

La angustia se burla en la oscuridad, en los ríos de lágrimas bajo la tierra que no encuentran mar al que retornar. Cada sollozo un puñal que me sacude, y siento el eco de mi estertor, la letanía universal de la herida abierta.”

Un nudo de lágrimas contenidas y palabras no dichas parecía apresurar a cada uno de los seis jóvenes en un éxtasis de desahogo y conmoción. La noche lúgubre y borrascosa los envolvía en sus brazos anticipando la llegada inmediata de las palabras liberadoras. Y de alguna manera, en medio de aquel oscuro abatimiento que los acosaba, esa tenebrosa noche les dio un alivio momentáneo, y les permitió apartar del Cielo a sus fantasmas para escuchar nuevamente la asonante claridad.

Se levantaron de la tierra húmeda y nutricia que los había abrazado en la quietud, con la convicción de que la tormenta que los azotaba no sería la última, pero en cada una de esas pruebas hallarían el consuelo de haber sido atravesados por sus propias palabras. Y en este rincón protegido por los árboles y los versos compartidos, entreabrirían los labios del silencio para dar voz al torrente interior, y asirían el refugio, aunque efímero, de encontrarse juntos con sus corazones desplegados a la intemperie de la ruda existencia.

## Sentimientos de pertenencia y aceptación

Las horas en el reloj de arena habían pasado en silencio, desgranándose como la caricia invisible del tiempo en los momentos más esperanzadores de la vida. El Parque de los Poetas, reducto de esperanzas y tristezas que se esparcían entre sus senderos y bancas, había acogido por meses a un grupo de jóvenes nacidos bajo el signo de la pesadumbre y la belleza. Cada tarde se confundían con los pájaros en fuga, con los tenues rayos solares que se filtraban a través de las bóvedas de ramas; los oía la misma piel de la tierra en la que hincaban sus talones, al compás de las historias que le dejaban caer como gotas de rocío.

El día de la celebración llegó sin previo aviso, recordatorio perenne de que había vida más allá del abismo de la noche. Los rostros del grupo empezaban a desafiar el letargo de sus vidas renovándose en el espejo de sus versos, unas veces mansos como sonrisas burlonas, otras ardientes como espadas flamígeras.

Valeria, quien cuando niña había sangrado de pena al ver a su abuelo morir en sus brazos, se sostenía de puntillas por un hilo de esperanza apenas perceptible sacado de sus ojos difuminados por las sombras. Al otro lado del árbol en el que se había apoyado como blanda y humana enredadera se hallaba Andrés, su cabeza reposando en la rugosidad del tronco como buscando su eco; aquel eco que había recorrido desde las entrañas del parque hasta quedarse depositado en su sangre, como única herencia que le concediera su osado hermano.

Los asistentes a la celebración eran, en su mayoría, jóvenes; los ojos invisibles y cautelosos de apiñados adultos yacen entre ellos, aureolas de espanto y de incertidumbre ante lo insólito. Cada uno de ellos cargaba en su espalda el peso de la vida enmudecida, extraída de las fauces de sus agrietadas ciudades, de sus angustiosas rutinas, de espinosas relaciones congeladas en el frío dolor del desamor. El Parque de los Poetas se encontraba abarrotado de almas mañosas clamando por su cuota de redención.

Cuando la última huella de sombra se hubo disuelto entre las copas de los árboles y las últimas luces lozanas deshojaron sus colores sobre los rostros juntos, Valeria y Andrés se encontraron a hurtadillas en el centro deshabitado del parque, solo ellos y sus poemas recién visados y apuñados contra el pecho. Andrés se incorporó con lentitud, como si el peso del miedo

le anudara las piernas, y miró a Valeria con el secreto ardor de la aprobación esperada.

Lo hizo con todo su corazón; la cadena de amistad y de amirés había sido borrada lentamente de su vida por la tormenta de desilusiones y de conquistas infructuosas. Andrés le tendió el papel con letras nacidas de su más profundo yo, temblando de miedo e interna necesidad.

”Esto dice por ti, Valeria. Está aquí, entre los surcos de la realidad y del deseo, y entre mis propias cicatrices. Podrías... ?”

El corazón de Valeria imploraba a gritos no pronunciar las palabras al descubierto, pero su inteligencia emocional hizo otra cosa, se abrazó a la línea que separaba el silencio y la poesía, abrazó a Andrés como una gota infinitesimal de esperanza. El viento, que rondaba silencioso escudriñando sus susurros, le arrugó una gota de ánimo y empezó a leer el poema:

”Te encuentras en el espacio dividido, allí donde las cadenas de sombras arrebatan sus latidos en constante caída. Y en ese lúgubre eterno, bajo el jubileo de estrellas taciturnas, un corazón solitario grita a la oscuridad.

Pero en la penumbra, una voz responde, suave y dulcemente, y el corazón solitario se pregunta, una y otra vez, si acaso el eco fugado de sus ansias no será solo un sueño que se derrumba como las olas en el lecho de un desierto.

Te encuentras en el abismo del amor, un cruce de caminos, donde los fantasmas y las promesas se precipitan para dar, para recibir, para sentir ese inabarcable y destrozado torrente, histérico y sabio, valdiviano y claro”.

Una mano temblorosa tomó la suya, y alzó su voz en su cita final:

”Te encuentras en la frontera, y ahora dime, corazón, cómo cruzarla?”

El eco de sus palabras perduró en los fríos árboles, serpenteó a través de los páramos espinosos y la búsqueda sin tregua de solaz, hasta que se desvanecieron en los claros del corazón. El abrazo repentino de Andrés y Valeria tronzó la densa negrilla de mil sueños compartidos en la ranura que separaba, por un finísimo hilo de lágrimas, lo eterno lo efímero.

Se miraron fijamente, la comprensión barruntada de lo sobrecogedor y definitivo que podía ser un poema compartido entre dos seres buscándose en el laberinto de las palabras, de los encuentros y de los lamentos.

Y al final, cuando el sol alumbró sus escalofríos, supieron que la poesía les había brindado, al menos por esa noche, un lugar en el mundo en el que ser, donde ser escuchados sin miedo a ser juzgados, ser amados sin miedo a la reciprocidad. Y así, ya fuera en la cotidianidad o en la redención, hallaron

en sus versos y en su amistad un sentido y un refugio.

## Chapter 3

# La amistad y su importancia

La tarde avanzaba cubierta por las sombras de las altas torres de oficinas y viviendas que rodeaban el Parque de los Poetas, como si quisieran cercar un pequeño oasis en medio del desierto de concreto que se extendía a sus pies. La ciudad había sido especialmente ruidosa ese día; cada ocasional crujir de neumáticos, el susurro de una sirena o el aleteo de alas de un ave asustada resonaba en el corazón de Valeria como el eco de un grito lanzado desde el fondo de un abismo infinito. Al cruzar la calle que la separaba de la tierra prometida de tierra yerma y olor a hojas secas moliendo sus talones, una errante lágrima se deslizó por su mejilla, como la transgresión de una corriente de agua profanando el reposo de un océano tranquilo. Se detuvo a limpiar, con un movimiento brusco de sus dedos temblorosos, la huella emplazada en su rostro por el fugaz visitante salado.

Miguel se había anticipado, como siempre, al silente llamado de su compañera y refugiada en la poesía. Se encontraba sentado sobre una banca verde de pintura descascarada, con aspecto de haber sido diseñada con todas las intenciones de una comodidad frustrada por las manos del artista, aunque a él le bastaba para su deseo de soledad y necesidad de expresar sus más profundas emociones. Estaba inmerso en la escritura de un nuevo poema, una serie de versos apenas esbozados, rebeldes, obstinados en negarse a darle forma al pensamiento desasosegado que los acechaba. Al oír la llegada de Valeria, alzó la mirada y la observó con una mezcla de preocupación y ternura; aquel sentimiento dibujado en su rostro era el de

un hermano mayor regañante presagiando malas noticias. Al contemplar el otro extremo del parque, el rostro de Miguel se relajó al ver la silueta solitaria de Andrés, recostado sobre una de las enredaderas que abrazaban con sus miembros vegetales las paredes gruesas de un callejón húmedo y abandonado a la incertidumbre. El mismo Andrés que, aguzando el oído hacia el sonido de pasos cada vez más lejanos, suspiraba sobre un mundo que parecía querer despedazarse a sí mismo.

-Te estábamos esperando, Valeria -dijo Miguel, saliendo de su sombrío rincón y acercándose lentamente a la chica, con los ojos fijos en la mancha más oscura que su mejilla había dejado en el frío vidrio de su copa - . He oído decir que las cosas no han estado yendo muy bien en casa, por eso pensamos que podrías querer venir un momento para ya sabes, estar con nosotros. Después de todo, somos amigos y nos estamos aquí, uno al lado del otro, en estos días llenos de tribulaciones y tinieblas.

Andrés, que había estado observando en silencio el intercambio entre sus amigos, apretó entre sus manos su cuaderno de poemas, como si aquellas páginas buscaran atrapar su corazón en un abrazo más fuerte del que sus brazos frágiles e inseguros, a veces, podían proporcionarle. Con voz serena, pero teñida de la tristeza que encierra una confesión, miró a Valeria y le preguntó:

-Te importaría si compartieras con nosotros lo que te ha afectado hoy? Somos tus amigos, y nos preocupa verte de esta manera. Estamos aquí para ayudarte a enfrentar las tormentas de la vida, y a compartir las naves que hemos construido con nuestras palabras para que puedan servir de refugio en momentos como este.

Valeria abrió lentamente su cuaderno, las páginas apenas arraigadas en su mano, y comenzó a leer en voz baja, casi inaudible, como si temiera que romper el silencio generado por su propia vulnerabilidad pudiera hacer que aquel aro de tristeza terminara de derrumbarse ante sus ojos.

"He caminado descalza, sobre una tierra arada y mustia, sentí el amor de mi madre como un susurro en el aire; he caminado descalza, buscando refugio en las sombras, donde las espinas no puedan alcanzarme y los gritos no me perturben Enciende la luz para que pueda ver, las llamas que arden en el alma.

Y yo, deseosa del arrullo, me sumerjo en las nubes de angustia, hasta que logre el abrazo gélido de la indiferencia que me rodea, acompañando a

mis hermanos en su silenciosa desesperación.

Mis pasos me conducirán, hasta el final del camino trazado, danzando sobre el precipicio de mi propia ilusión, donde espero, única y etérea, la paz que mi corazón añora.”

Terminada la lectura, un temblor contenido se apoderó del cuerpo menudo de Valeria, y las palabras que necesitaba escuchar para continuar afrontando la adversidad llegaron en eco de sus amigos.

-Estamos aquí para ti, Valeria -dijo Andrés, tendiendo la mano hacia ella-. Somos tus amigos, y siempre estaremos a tu lado.

-Tus palabras nos han mostrado tu corazón y tus sueños -añadió Miguel, con una voz suave como el tacto de una pluma-. Y aquí, en el Parque de los Poetas, tus sueños y los nuestros se mezclarán, y juntos los haremos realidad.

Valeria, mirándolos, sintió un estremecimiento de esperanza recorrer su espalda y llegar a su corazón. Aquellos chicos eran sus amigos, sus compañeros de viaje en este camino incierto y lleno de desafíos que era la vida. Y la amistad, lo supo entonces, era el faro que iluminaría la tormenta, el calor que la protegería de los vientos fríos de la duda y el temor, y el abrazo que la sostendría en los momentos más oscuros.

### **Encontrándose en el parque: inicio de las amistades**

En lo más profundo del Parque de los Poetas, donde los senderos serpenteantes se fundían en laberintos de caminos suspendidos entre la luz y la sombra de los altos árboles, un corazón solitario latía inmóvil, como el ojo de una tormenta.

Valeria, con sus brazos abrazando con fuerza el cuaderno de poemas maniatados por la urgencia y el temor, caminó por la vereda silenciosa como un fantasma, buscando, oyendo, palpando el viento que cambia de color cuando las palabras se unen y se funden en ráfagas de literatura. Poemas olvidados y llorados en un silencio de meses y años, en medio de hogares oscuros y desalmados, en viejas escuelas donde el odio y la indiferencia creaban goteras en la alegría de aprender.

Valeria sabía dónde encontrarlos; esos poemas, como hijos desamparados errando con la neblina de comprender y de no ser comprendido, hallarían refugio en la verde quietud del Parque de los Poetas, donde, entre las suaves

sombras, como notas olvidadas de un suspiro mágico, se condensaban y fluían. Los había sentido, a lo lejos, las frases rotas revoloteando alrededor de las flores marchitas y sus aleteos en fuga, con los tenues rayos solares que se filtraban a través de las bóvedas de ramas; los oía la misma piel de la tierra en la que hincaban sus talones, al compás de las historias que le dejaban caer como gotas de rocío.

Uno tras otro fueron llegando aquel atardecer, buscando un lugar en el mundo en el que pertenecer. Suaves voces se sumergieron en el aire crepuscular, preguntando, rogando a las sombras maldecidas que se apoderaban del Parque de los Poetas, cortando el cordón umbilical que separaba la vida y la eterna poesía. Voces que, aun sin reconocer las caras que debían enfocar, susurraban con anhelos compartidos y sintieron el abrazo letal de la vulnerabilidad y el momento.

La primera voz que se escuchó fue la de Sofía, que luchaba por recomponer el nido de sus cabellos revueltos donde, hasta hace minutos, se habían cobijado sueños e inspiraciones de cuentos y versos que ella trataba de abstraer de sus profundas entrañas rocosas y llenas de desesperanza.

-Valeria, querías leer algo esta noche? algo nuevo tal vez? -preguntó con su voz dulce y subyugante, con un toque de timidez y de sabiduría, asomando los ojos enormes que parecían abrazar el mundo.

Valeria, mortificada por la interrupción de su ritual de búsqueda de almas poéticas famélicas, se estremeció de pies a cabeza y cerró, como un velo de secretos susurrantes como murmullos del viento, su librería de paz mental.

-No -contestó secamente-, no tengo nada que leer. No quiero leer ningún poema esta noche. No... no puedo hacerlo, Sofía.

-Por qué no? -insistió Sofía, con una expresión de profunda tristeza en su rostro-. Por qué no quieres compartir tus letras con nosotros? Ayer parecías tan emocionada por leer y recitar tus versos a todos.

-No sé -respondió Valeria, frotándose la base del índice derecho sobre la superficie de cartón de su álbum de poesía-. No puedo leerlos. No esta noche.

El pequeño grupo que se había unido en torno a la conversación cruzó miradas ausentes, con un silencio inquietante que envolvía la palabra velada de Valeria. A lo lejos, Andrés, con sus oídos encendidos por la urgencia de saber qué estaba generando ese murmullo opresivo y el suspiro que

transmitía la ausencia de paz en el Parque de los Poetas, dudó entre ir y preguntar qué estaba pasando, pero decidió esperar inerte, con los versos atrapados en las entrelíneas de sus dedos torpes y asmáticos.

Sofía dio un paso hacia Valeria y la tomó delicadamente por el brazo, acercándola al centro del pequeño círculo de amigos que se había formado en torno a ellas.

-Valeria -dijo dulcemente Sofía-. Tus palabras importan. Son bellas, y debes decirlas. Nosotros las queremos escuchar.

Alrededor de ellas, los demás asintieron en silencio. Los ojos de Valeria buscaron los de Andrés, pero él desvió la mirada ante su búsqueda.

Lentamente, Valeria abrió su cuaderno y comenzó a leer un poema que había escrito la noche anterior, lleno de secretos y anhelos misteriosos.

Cuando terminó, todos aplaudieron suavemente. Valeria se echó a llorar, convirtiendo sus lágrimas en palabras silenciosas. Todos los presentes se arroparon unos a otros en abrazos, en aquel rincón perdido del Parque de los Poetas, donde las sombras se entrelazaban con las palabras, donde los corazones solitarios y heridos podían encontrar un sentido a su existencia, donde la amistad nacía entre los susurros de los versos.

Y aunque nadie pudo saberlo entonces, aquella noche, cuando Valeria leyó su poema, en lo más profundo del Parque de los Poetas, donde los senderos eran laberintos y los árboles eran altos y silenciosos, algo cambió. Una conexión invisible nació entre aquellos jóvenes. Una conexión que los fortalecería en los días venideros y les enseñaría las dificultades de la vida mediante la poesía y la amistad.

## **El valor de la confianza y la empatía en la poesía compartida**

La hora azul, cuando la tarde cae y los días se vuelven más cortos, es la hora en que, desde hace unas semanas, el crepúsculo hace brotar la poesía en el Parque de los Poetas. Así lo habían acordado aquellos cinco preadolescentes que buscaban en los versos, como en un espejo secreto y mágico, el rastro de sus emociones y de sus sueños, la verdad callada que se anidaba en el centro de sus vidas innumerables y azarosas. Pero aquella tarde, cuando los primeros versos comenzaron a fluir y a recorrer las venas de aquel pequeño círculo de amigos, un extraño estado de ánimo, como un viento opaco

cargado de polvo, se había instalado en las piedras y los árboles del parque, en los corazones de los poetas que temblaban a cada palabra.

Valeria, la más callada e insegura del grupo, había acudido a la reunión con una carta arrugada en su bolsillo y una presión incómoda en su corazón. Traía consigo un poema que había encontrado en su casa la noche anterior, bajo su cama, olvidado y maltrecho, el testimonio audaz y aterrador de sus más profundos pensamientos. A medida que sus amigos recitaban sus poemas, compartiendo sus emociones profundas, sus dudas e inseguridades, ella sentía que aquel poema secreto ardía bajo su piel, como si quisiera revelarse, abrir una brecha por la que asomaría su rostro más doloroso, más antiguo. Después de un tiempo, el miedo y la curiosidad fueron más fuertes que el pudor, y el alma solitaria de la carta dejó salir su voz.

Sin apartar los ojos del papel, con una voz que fluctuaba como el viento en un túnel oscuro, Valeria comenzó:

”En los rincones de mi mente, escondidos en laberintos de memoria, yacen en silencio mis temores más profundos, esperando el momento propicio para atacar. Las sombras murmurantes que me acechan en las noches donde la soledad es mi única compañía, me susurran cosas que no deseo escuchar, pero que, de alguna manera, siempre encuentran la forma de colarse en mis pensamientos.”

Sus amigos la escucharon con atención, tratando de entender la oscuridad que había encerrado en esos versos. Pero, a medida que Valeria continuaba compartiendo el poema, sus palabras se entrecortaban y su rostro adquiría una expresión de angustia, una batalla interna que luchaba por mantener escondida. Andrés, que había estado observándola con atención y preocupación, recogió su cuaderno de poemas entre sus dedos largos y huesudos, y se levantó con decisión para acercarse a ella.

”Valeria, no tienes que leer esto si no quieres”, dijo Andrés en un susurro que pretendía ser reconfortante. Pero Valeria, sintiendo que el momento de devolverle su confianza y sinceridad había llegado, siguió adelante, con lágrimas en los ojos, como si estuviera enfrentando a los fantasmas que habían gobernado su vida hasta aquel momento.

Cuando llegó al final, Valeria se encontró abrazada por Sofía, quien intentaba consolarla y darle fuerza, y vio las caras de sus amigos Miguel y Mariana, que habían comenzado a llorar también. La verdad había sido dicha, y, aunque estaba teñida de tristeza, aquel espacio compartido y

confesional en el Parque de los Poetas se volvía un lugar en el que cada uno podía atravesar sus miedos y enfrentar sus demonios internos con la certeza de que encontrarían apoyo y respeto por parte de sus amigos.

”No tengas miedo, Valeria”, susurró Sofía en su oído, mientras le acariciaba el pelo. ”Estamos contigo. No permitiremos que ninguna sombra te lastime más.”

Andrés, preocupado por ver a Valeria en ese estado de desesperación, pensó en las palabras que había escuchado en su poema y en la esencia misma de su amistad.

”Valeria, gracias por compartir esto con nosotros”, dijo con ternura, sus palabras oprimiendo el nudo de la tristeza que hicieron eco en el parque. ”Todos aquí sabemos lo difícil que puede ser enfrentarse a los temores, a lo que nos atormenta desde dentro. Pero confiando en nosotros, en nuestra amistad y en la forma en que conectamos a través de nuestra poesía, estoy seguro de que podremos enfrentar estos desafíos juntos. Entenderemos nuestras miserias sin juzgar, y nuestra empatía nos hará más fuertes.”

En su abrazo, aquel atardecer, aquel grupo de jóvenes poetas comprendió el valor de la confianza y la empatía que residían en su pequeño refugio de palabras y sueños, en el poder sanador de enfrentar la oscuridad juntos, en la amistad que crece, como un árbol, en la tierra cierta de un parque lleno de poesía. Aquella tarde, en el Parque de los Poetas, los corazones solitarios por fin encontraron un baúl donde guardar sus versos, un baúl que contenía la certeza de que, en el futuro, siempre tendrían un lugar en el mundo donde sus voces encontrarían eco y sus manos el calor de la amistad. Las palabras de Valeria y de todos los poetas habían sido escuchadas y abrazadas; la confianza y la empatía, como los versos de un poema fluían y se entrelazaban hasta alzar una historia en que aquellos jóvenes, como valientes navegantes, enfrentarían juntos los desafíos más oscuros y profundos de la vida.

## **Fortaleciendo lazos a través de los problemas familiares**

La luz había revelado su capricho en los cielos, trazando nubes que parecían anunciar los inicios de una tormenta. En el pequeño parque donde Andrés y Valeria solían reunirse a menudo, sus sombras se mezclaban y bailoteaban en las hojas de los árboles y la hierba mojada, como secretos que el tiempo aún no había llegado a decifrar.

- La vida se vuelve muy breve -le dijo Andrés, el rostro oculto en la penumbra que se ensanchaba con la llegada de las tinieblas-. Quiero que sepas que aún tenemos un largo camino por recorrer, juntos. Y quiero que sepas que no estás sola.

Valeria sintió cómo cada palabra de Andrés traspasaba su piel como rayos de sol, despertando sentimientos dolorosos que ella creía ya olvidados. No pudo contener el inicio de un sollozo amargo, inseguro, que surgió de un rincón escondido en su corazón. Andrés la miró con preocupación y se acercó a ella, ofreciéndole su hombro como refugio de sus lágrimas.

- Me da miedo -susurró Valeria, compartiendo los secretos que la angustiaban-. Mi madre tuvo una pelea con mi padre y todo en casa se siente diferente ahora. Siento que todo caerá a pedazos y no sé qué hacer.

Andrés la abrazó con más fuerza, intentando transmitirle su apoyo y cariño en silencio. Las lágrimas de Valeria mojaron su camisa mientras sus brazos la rodeaban, protegiéndola del mundo exterior y asegurándole que, al menos en ese momento, todo estaba bien.

- Las familias son complicadas -dijo Andrés en voz baja-. Los padres también tienen problemas y quizás en este momento, tu madre y tu padre están enfrentando eso; pero no significa que vayan a dejarte sola o que dejarán de quererte. Por qué no tratas de hablar con ellos, comunicar tus miedos y tus preocupaciones. A veces a veces simplemente no saben qué estamos pensando si no lo decimos.

Valeria asintió con la cabeza, las últimas lágrimas cayendo sobre su rostro. A lo lejos, se oyó el trino de un ruiseñor, como melancólico eco de sus pensamientos. Andrés le ofreció un pañuelo, un ángel caído del cielo que rescatara el brillo de sus ojos.

- Tienes razón -dijo, intentando contener un débil estremecimiento-. Quizás debería hablar con ellos. Pero me da miedo, Andrés. Me da miedo que me vean vulnerable, que algo cambie entre nosotros por compartir mis miedos.

Andrés posó una mano en su hombro, buscando sus ojos con una ternura que penetró en los rincones perdidos de su alma.

- Valeria, acuérdate que siempre encontrarás refugio en nuestras palabras y en nuestros poemas, en la amistad que hemos tejido en este parque, este rincón de esperanza. Y nunca olvides que, aunque a veces los padres parezcan inalcanzables, ellos también tienen miedo y se pueden equivocar.

Hablar con el corazón en las manos puede ser difícil, pero te prometo que, al final, valdrá la pena.

La noche se había adentrado completamente en el parque, desplegando un manto de oscuridad que parecía unirse con las secuencias de sus memorias. El canto del ruiseñor fue reemplazado por el zumbido constante de los grillos, un coro nocturno que rompía el silencio en numerosos fragmentos.

Valeria, aferrada al pañuelo que Andrés le había dado, suspiró aliviada y sonrió agradecida hacia él. Por un momento, el tiempo se detuvo y solo existieron ellos dos, envueltos en un abrazo invisible, bajo el cielo nocturno y entre las sombras del Parque de los Poetas.

Esa noche, cuando Valeria regresó a casa, juntó el valor para enfrentar a sus padres y hablar con ellos sobre sus temores e inquietudes. Las palabras no siempre eran perfectas ni expresaban lo que realmente quería decir, pero buscó la fuerza en su corazón y en el recuerdo de su amistad con Andrés.

Y aunque no todo se resolvió en un instante, los fragmentos rotos de su vida familiar comenzaron a tomar nueva forma. La esperanza se filtró en los espacios oscuros, y Valeria encontró en sí misma la resiliencia y el coraje para enfrentar la realidad de su hogar con la entereza de una poeta que entiende el valor de enfrentar la verdad desnuda.

Fue en ese momento de su vida cuando Valeria también comprendió la importancia de fortalecer los lazos entre amigos y familiares a través de los problemas y desafíos que la vida les presentaba. En cada rincón del Parque de los Poetas, en cada poema y confidencia compartida con sus amigos, Valeria halló la fortaleza y la luz que necesitaba para seguir adelante, para encarar las tempestades y nubarrones que la vida intentaba imponer en sus inciertos horizontes.

## **La amistad como apoyo en los conflictos escolares**

La campana anunció el fin de la lección y, con ella, el liberador tumulto de estudiantes que se precipitaron afuera, al patio, compartiendo ese ánimo festivo que recorría los pasillos como un rumor oculto. Pero esa sensación de júbilo no llegó hasta Valeria, cuyos pasos lentos y vacilantes la alejaron de sus compañeros, buscando la solidez del muro que separaba el patio de la cancha de baloncesto. Sus ojos, velados por una sombra de humillación y temor, recorrieron el espacio expectantes, atisbando a lo lejos el rostro

familiar de uno de sus amigos, un refugio donde pudiera confiar lo que había sucedido y construir un relato de su angustia. Andrés, ocupado en una discusión con Sofía y Miguel, entreabrió la puerta de ese refugio y, al ver a Valeria en la lejanía, adivinó que había una nube negra sobre ella, un oscuro presentimiento que ella intentaba ocultar.

- Valeria - dijo Andrés al acercarse lo suficiente para susurrarle sin ser escuchado por los demás compañeros de clase - Qué ocurre?

La respuesta fue un largo silencio, una pausa en la que Valeria, herida y vulnerable, pareció resistirse a dejar aflorar lo sucedido en su garganta lastimada.

- La profesora Pérez me humilló delante de mis compañeros. Dijo que me falta talento y que debería rendirme que nunca podré escribir bien - comenzó a decir Valeria, sus palabras formándose entre lágrimas, como un lamento que sólo ella sabía cuánto dolor encerraba.

El semblante de Andrés se ensombreció, su espíritu protector arremolinándose en su pecho y buscando una manera de aliviar la amargura que había impregnado el corazón de su amiga.

- No puedo creer que haya dicho eso - exclamó, tomando las manos de Valeria en las suyas y apretándolas en señal de apoyo - No puedes dejar que las palabras de alguien te afecten de esa manera. Siempre habrá personas que intenten hundirte porque no entienden la importancia de lo que haces; pero nosotros, tus amigos, estaremos aquí para recordarte lo valiente y talentosa que eres.

Sofía y Miguel, que desde lejos habían estado observando la escena, se acercaron a Valeria casi al mismo tiempo, interrumpiendo el comfortable silencio que se había tendido entre Andrés y ella.

- No te preocupes, Valeria - dijo Sofía, esbozando una sonrisa preocupada - Sabemos que la profesora Pérez es dura y a veces crítica, pero también sabemos que tú eres fuerte y capaz de superar este obstáculo. No dejes que una mala experiencia te hunda.

Y, a medida que las palabras de sus amigos se entrelazaban, enraizando en su alma como un himno de esperanza, Valeria sintió que lo que había sido una carga insoportable en su pecho se aligeraba, se convertía en una nube distante que podía observar desde la seguridad del recuerdo. Las sombras que creían haber encontrado un hogar en su espíritu comenzaron a desaparecer lentamente, desvaneciéndose ante el brillo de los lazos de

amistad que se fortalecían con cada abrazo, con cada palabra de consuelo y solidaridad.

El Parque de los Poetas se convirtió, en los días siguientes, en el escenario de una comunión secreta, donde se compartían secretos y confidencias, donde se encendían risueñas discusiones sobre el poder de la palabra, sobre el significado de la vida y el sentido de la amistad. Allí, Valeria restauró la confianza en sí misma y aprendió el suave equilibrio entre lo que otros opinaban y lo que ella sabía sobre sí misma, sobre la amistad que crecía con cada verso compartido y con cada batalla enfrentada.

Navegando entre líneas de poesía que habían comenzado a ser puentes y no muros, Valeria entendió, en ese viaje hacia la adultez incierta y desconocida, que la amistad era el lugar donde el alma descansa y recupera fuerzas, un puerto donde las palabras de consuelo crecen en el viento y el corazón aprende a desafiar las tormentas y reconciliarse con ellas cuando amenazan con destruir los cimientos de su identidad. Valeria y sus amigos, unidos por los versos que compartían y por las promesas que intercambiaban, se convirtieron en refugio del otro, en amparo inquebrantable en esa etapa agitada e impredecible que cada uno atravesaba.

Y, de este modo, la vida continuó en el Parque de los Poetas, con los jóvenes enfrentando sus miedos, derramando sus prejuicios y aprendiendo las lecciones invaluable de la poesía compartida; lecciones que los ayudaron a enfrentarse a los desafíos y los conflictos que surgían en sus vidas, en la certeza de que siempre encontrarían el abrazo de la amistad para calmar la tempestad en sus corazones y aligerar la carga de los días venideros.

## **La importancia de la inclusión y aceptación en el grupo**

El sol ya había comenzado a descender en el cielo cuando Valeria y Andrés ingresaron al Parque de los Poetas, encontrando al resto de sus compañeros repartidos en grupos de dos y tres sobre mantas y bajo la sombra de los árboles. La expresión en sus rostros era de diversión y camaradería, pero también habían arrugas de preocupación y desconcierto.

Valeria y Andrés se acercaron a Miguel y Sofía, quienes parecían envueltos en una discusión apasionada. Sin embargo, tan pronto como se dieron cuenta de que sus amigos se acercaban, cambiaron su tono y Sofía preguntó algo nerviosa:

- Qué nos cuentan? Cómo estuvieron sus tardes?

Valeria sonrió ante la repentina interrupción de su conversación; era evidente que algo los inquietaba. Andrés, con una mirada más perspicaz, preguntó:

- Está todo bien entre ustedes? Está pasando algo que quieran contarnos?

Miguel se alargó la camisa sobre el pantalón y suspiró profundamente, como si hubiera sido atrapado con las manos en la masa. A pesar de su nerviosismo, comenzó a hablar con sinceridad:

- La verdad es que estábamos discutiendo sobre Mariana. Ella ha estado muy callada en las últimas reuniones y parece sentirse aislada del resto del grupo. Nos preocupa que no se sienta parte de nosotros.

La preocupación por Mariana traspasó el aire del parque, y todos sabían que el sentimiento de pertenencia y aceptación en el grupo era imprescindible si querían continuar fortaleciendo sus lazos de amistad y apoyo mutuo.

Valeria recordó haber visto a Mariana en un rincón a la sombra de un árbol solitario más temprano, hojeando un cuaderno de versos propios y garabateando algo en la última página mientras una triste sonrisa se dibujaba en su rostro. No había hablado mucho con ella, pero había percibido la tristeza y la melancolía que cargaba en su espalda.

Más tarde en la tarde, cuando el grupo se reunió alrededor de una improvisada fogata encendida por Miguel, Valeria levantó el tema de la inclusión y aceptación en el grupo. Su voz, repleta de preocupación y sinceridad, resonó con cada corazón presente:

- Nos hemos reunido aquí con el propósito de ser libres, de ser nosotros mismos y de encontrar consuelo en nuestros versos y en cada uno de nosotros. Es triste saber que alguien entre nosotros no se siente parte de este círculo de amistad y esperanza. Hay algo que podamos hacer para cambiar eso?

Su cuestión generó un silencio en el grupo, interrumpido solo por el chasquido del fuego y el crepitar de los leños. Cada uno meditaba sobre formas de hacer a Mariana sentir más aceptada en el grupo.

Andrés, cuyos ojos habían estado explorando la oscuridad en busca de Mariana, finalmente la había ubicado, sentada a unos pocos pasos de distancia, bajo la luz de una farola que dejaba ver su rostro, cubierto de lágrimas silenciosas. Se levantó de su lugar en el círculo y caminó hacia ella, sentándose a su lado. Hubo un momento de silencio antes de que él comenzara a hablar.

- Mariana, no tienes idea de cuánto significa para nosotros que estés aquí, que puedas compartir tus versos y tus pensamientos con nosotros. Nos hemos dado cuenta de que últimamente no te sientes parte de nuestro grupo. Pero quiero que sepas que siempre serás bienvenida aquí, y que siempre seremos tu refugio cuando te sientas perdida o en peligro.

Ella trató de sonreír, pero las lágrimas fluían libremente en ese momento. Agradecida por las palabras de Andrés, Mariana sabía que él había dicho lo que el resto del grupo pensaba, y que ellos realmente valoraban su presencia y su amistad.

Miguel también se acercó a Mariana, acompañado de Sofía y Valeria.

- No importa lo que haya pasado, siempre serás parte de nosotros - le aseguró Sofía, mientras le ofrecía una mano en señal de amistad.

Mariana los miró a todos y suspiró con alivio, como si hubiera estado esperando este momento por largo tiempo. Aceptó las manos que le ofrecían y se incorporó, dejando caer las lágrimas que aún brotaban de sus ojos.

- Gracias -susurró, mientras se unía nuevamente al círculo alrededor de la fogata.

El resto de la noche, el grupo compartió versos de amor, amistad y solidaridad, reafirmando su compromiso de apoyarse mutuamente y hacer que cada uno de ellos se sintiera perteneciente y aceptado en el grupo. Los fuegos de la amistad iluminaron sus rostros y trazaron la senda de aquellos jóvenes poetas hacia un futuro lleno de esperanza, en un mundo de inclusión y amor compartido.

## **Compartiendo y enfrentando miedos e inseguridades**

La sombra de la noche se había extendido plenamente a través de las calles de la ciudad, envolviendo a los edificios en una manta oscura y silenciosa. Sin embargo, en el Parque de los Poetas, la luz de la luna y las risas alegres de los jóvenes penetraron en el silencio que ansiaban alejar. La tensión burbujeaba bajo la aparente felicidad del grupo, como si estuvieran sosteniendo una complicada red de ansiedad y miedo que aguardaba para enredarlos en la más sutil de las provocaciones.

Valeria era la primera en hablar, su voz apenas un susurro en la noche mientras compartía un poema que acababa de escribir, en el que hablaba de su miedo a no ser suficiente. Sus palabras, cargadas de vergüenza e

inseguridad, colgaron en el aire cargado, llegando hasta el corazón de cada uno de sus amigos.

Todos se quedaron en silencio unos momentos, dejando que las lágrimas de Valeria atravesaran su rostro y fusionándose con la tierra bajo sus pies, donde echarían raíces y crecerían en puentes para aliviar la inseguridad y rara vez se haría mención.

Fue entonces cuando Miguel se puso de pie, sus brazos tirantes y cruzados sobre su pecho como si intentara contener el torbellino de emociones que sucedía en su interior. Tomó una pausa antes de lanzarse a su propio poema, uno sobre el peso de las expectativas de su familia y el miedo a decepcionarlos, dejando que sus palabras espantaran a los espíritus invisibles que lo acosaban.

Uno tras otro, cada joven enfrentó sus propias batallas internas y compartió sus miedos más profundos e inseguridades, sus seres más vulnerables expuestos solemnemente al grupo. Las palabras fluían de sus labios como un manantial de confidencias, un chorro de honestidad y autenticidad en el amparo de la luna y sus amigos, unidos en la lucha por dar voz a sus propias almas en ese espacio sagrado y protegido que era el Parque de los Poetas.

Andrés, al notar el cambio sutil y gradual del ambiente en el grupo, se animó a compartir su más profundo secreto. Sus mejillas se sonrojaron y tragó un nudo en la garganta mientras comenzaba a recitar sus versos, confesando su enamoramiento secreto por Valeria y la constante incertidumbre sobre si sus sentimientos eran correspondidos o no.

Los ojos de Valeria se agrandaron ante la revelación, y su corazón palpitaba rápidamente. Un abismo de silencio creció entre ellos, lleno de palabras no dichas, mientras el grupo mantenía la respiración, esperando ver cómo se desenvolvería el delicado equilibrio de amistad y amor que había sido sometido a prueba.

Fue Mariana, que había permanecido en silencio durante la mayor parte de la noche, quien intervino para romper el silencio, con un poema que hablaba sobre la aceptación y el amor incondicional. Sus palabras eran como un bálsamo que aliviaba las heridas expuestas y las inseguridades compartidas bajo el abrazo de la noche y la comprensión tácita de la amistad.

Los jóvenes se miraron unos a otros, con los ojos brillantes y las almas más livianas que antes, habiendo dado un paso audaz y emocionante hacia la camaradería y la confianza en sí mismos. Sabían que habían compartido

algo temeroso e invaluable esa noche, un vínculo frágil pero poderoso que sobrepasaba cualquier cosa que hubieran experimentado antes.

Cuando la luna comenzó a ceder su lugar en el cielo al amanecer, y los primeros rayos de sol se filtraron a través de las copas de los árboles, el grupo de jóvenes poetas se levantó lentamente, con los ojos soñolientos pero el corazón lleno de gratitud y la determinación de enfrentar un nuevo día con la certeza de que ya no estaban solos en sus miedos e inseguridades. Hasta en la oscuridad más profunda y la más frágil de las confesiones, sabían que siempre podrían apoyarse en la fortaleza y la empatía del otro, un círculo sólido de amor y comprensión que rodearía sus corazones atormentados y daría a luz a la hermandad poética que crecería con cada flor que nacía en aquel Parque de los Poetas.

## **La amistad como refugio en momentos de enamoramientos y desilusiones**

Mariana caminaba de regreso a su casa, con una mezcla de felicidad y tristeza que no sabía cómo describir. Su pecho le dolía de una forma extraña, algo que nunca había sentido antes. Había visto a Jaime, aquel chico de sonrisa encantadora, más veces de las que podía contar, pero hoy había sido diferente.

Estaba absorta en sus pensamientos cuando sintió una mano en su hombro. Al girarse, encontró la mirada preocupada de Valeria.

- Estás muy callada hoy, Mariana. Te encuentras bien?

Mariana suspiró, intentando poner orden a las ideas que revoloteaban en su cabeza.

- No lo sé, Valeria. Es solo que algo me duele aquí adentro - señaló el pecho con ambas manos - y no sé qué es

Valeria la observó con comprensión y estrechó su mano en un gesto solidario.

- Creo que sé de qué hablas, Mariana. Tal vez necesites algo de tiempo, quizá hablar de ello con alguien puede ayudarte a entender lo que sientes - le aconsejó Valeria.

El tiempo en el parque, bajo los árboles y recitando versos al viento, hizo que Mariana decidiera abrir su corazón. No pudo contener las lágrimas que se amontonaban en sus ojos.

- Entonces estuve a punto de decirle que me gustaba mucho, pero entonces apareció Sergio, y Jaime cambió completamente. No parecía la misma persona - concluyó, mientras sus hombros se sacudían por los sollozos.

- Mariana, ven! - exclamó Andrés, quien la había estado escuchando desde lejos - Ven con nosotros! Estamos aquí para ti - con un fuerte abrazo, como si fuera capaz de sostenerla con todo el conjunto de sus miedos y esperanzas, Andrés la integró al grupo.

Todos rodearon a Mariana, dejándola saber que no estaba sola en su sufrimiento. Incluso Andrés compartió su último poema, en el que hablaba sobre el amor no correspondido y cómo enfrentarlo. Valeria, a su vez, decidió compartir un poema en el que narraba un desengaño y cómo había aprendido, poco a poco, a aceptar el dolor y a seguir adelante.

Mientras los versos llenaban el aire, Mariana sintió cómo la tristeza y la confusión que la atormentaban se disipaban lentamente, como si fueran las hojas llevadas por el viento en aquel Parque de los Poetas. La comprensión y el apoyo de sus amigos eran como un bálsamo para su corazón herido.

Un palpable silencio se apoderó del ambiente hasta que Miguel, que hasta el momento había estado dándole vueltas a las palabras en su cabeza, comenzó a recitar un poema que hablaba sobre la importancia de la amistad y cómo esta podía ser un refugio en momentos difíciles.

Al escuchar ese poema, el rostro de Mariana se iluminó lentamente, iluminado por la luna y la honestidad de sus amigos. En el abrazo de la amistad, quizás por primera vez, ella se permitió llorar, comprender y soltar la angustia que rodeaba su corazón.

Después de aquella noche en el parque, Mariana no volvió a ser la misma. Aprendió a leer el lenguaje del amor y de la desilusión en su propio corazón y en el de sus amigos. Aunque la confusión y el dolor a veces regresaban a visitarla, encontró en el círculo de amistad que se había formado en aquel Parque de los Poetas un refugio en el que siempre podría apoyarse y obtener consuelo.

Juntos, los jóvenes poetas enfrentaron los retos y las alegrías que la vida les ofrecía, y su amistad, ahora forjada en unión y comprensión, les permitía abrazar el futuro con la seguridad de que nunca estarían solos. Porque aunque el amor llegaba con sus tormentas y desilusiones, sabían que siempre tendrían un refugio en sus amigos, en el parque, y en la poesía que compartían.

## Enfrentando juntos los cambios corporales y la búsqueda de identidad

La tarde había comenzado con una explosión vibrante de luz sobre el horizonte, un eco lejano de un fuego ardiente que parecía estar consumiendo el mismo cielo. Valeria se detuvo en la entrada del Parque de los Poetas, mirando los últimos esbozos de la luz del día desvanecerse en las sombras crecientes.

Hoy simplemente deseaba recitar versos al viento en la soledad del parque, pero sabía que sus amigos estarían esperándola, y no pudo evitar sentir que su presencia no debía faltar en el encuentro semanal del grupo.

La tarde se deslizó suavemente en el parque, como un amante que susurra promesas de dulce entrega en secreto oscuro. Valeria sintió una oleada de emoción correr por sus venas al verse rodeada por Andrés, Miguel, Sofía y Mariana, quienes también sentían el extraño magnetismo de esta atmósfera donde sentimientos y emociones se mezclaban en versos.

Junto al suave murmullo de las hojas y el susurro etéreo de las ramas, Valeria luchó por encontrar las palabras adecuadas para expresar el caos que había estado fermentando en su mente en las últimas semanas.

Inesperadamente, fue Mariana la que encontró una voz en esta oscuridad. Tenía trazas de duda en la expresión de sus ojos mientras leía un poema que había escrito sobre su cuerpo que no parecía propio; un torrente de confusiones y ansiedades.

Las palabras de Mariana brotaron con una fuerza desenfrenada, y Valeria sintió cómo resonaban en lo más profundo de su ser. En momentos como este, se sentía desnuda, como si su alma estuviera en exhibición a la merced de sus amigos comprensivos. Pero no había miedo en ese acto de exposición - había una fuerza unificadora en cada línea que cruzaba la división entre ellos.

Eso fue el punto de partida para que todos comenzaran a compartir versos que expresaban sus propios sentimientos respecto a los cambios que venían experimentando en sus cuerpos adolescentes. Andrés habló sobre el estrés y la preocupación que le causaba ver cómo el vello facial comenzaba a brotar en su rostro, y cómo su voz se quebraba en momentos inesperados. Sofía compartió la incomodidad que sentía al tener que ocultar sus senos en desarrollo en el gimnasio de la escuela, temiendo las miradas de sus

compañeros.

A medida que las palabras fluían, la oscuridad y la vulnerabilidad se entrelazaban en un abrazo delicado y aceptador. En este momento, en este rincón del parque donde sus espíritus agitados encontraron reposo, eran una unidad indivisible.

En medio de las confesiones y el apoyo mutuo, la inseguridad de Valeria comenzó a abrirse paso hasta la superficie. Con una mezcla de timidez y coraje, compartió un poema reciente en el que describía su lucha con las primeras menstruaciones y su angustia y confusión en cómo manejar sus emociones. Sus amigos la escucharon con atención, y Miguel incluso compartió la vergüenza que experimentó cuando se dio cuenta de lo poco que sabía al respecto y su deseo de aprender para comprender a las mujeres en su vida.

Andrés tomó la iniciativa y propuso que todos debían educarse en estos cambios y apoyarse en el proceso de aprender y adaptarse. De esta forma podrían enfrentar juntos los cambios corporales y la búsqueda de identidad.

Poco a poco, la oscuridad comenzó a iluminarse, y las palabras y las confidencias compartidas parecían menos pesadas y opresivas. Cada uno de ellos se sintió fortalecido por el conocimiento de que no estaban solos en sus luchas y temores sobre los inminentes cambios de sus cuerpos y sus identidades. Habían dado un paso más hacia la aceptación y la autoafirmación, bajo el amparo de la amistad que habían forjado en el Parque de los Poetas.

Más tarde, cuando la luna se elevó suavemente, envolviendo el parque en su abrazo plateado, los jóvenes poetas se levantaron uno a uno, sus hombros un poco menos tensos y sus corazones aligerados. La carga había sido compartida, y se sentían más unidos por la experiencia.

Al caminar de regreso a casa, Valeria se encontró con una serenidad recién descubierta en su paso. Sabía que todavía habría momentos difíciles por delante, pero ahora tenía la confianza de enfrentar estos desafíos con sus amigos a su lado, unidos en su crecimiento y resiliencia.

Después de todo, los cambios y los misterios de la vida no parecían tan terribles cuando se enfrentaban juntos en unidad bajo las estrellas y el sutil se refugio de la noche, en aquel Parque de los Poetas donde encontraron consuelo y entendimiento en la poesía y en la amistad.

## La colaboración en la creación del taller de poesía social en la escuela

Las voces incesantes y cáusticas de los pasillos de la escuela asfixiaban a Andrés mientras caminaba hacia la sala de reuniones. Tenía la esperanza de que el taller de poesía social que estaban a punto de comenzar pudiera ser una vía de escape para los jóvenes asfixiados por las demandas incesantes de sus maestros, sus expectativas aparentemente infranqueables y la abrumadora necesidad de encajar. Pero, por supuesto, no podía hacerlo solo.

Esperando en silencio junto a la puerta, Andrés reunió a los componentes de su pequeño grupo de amigos: Mariana, Valeria, Sofía y Miguel. Sus rostros reflejaban una mezcla de determinación e incertidumbre, conscientes de los obstáculos que esta iniciativa encontraría seguramente en el seno de la rígida estructura escolar. Andrés les estrechó la mano y, con una resuelta sonrisa, los guió al interior de la sala.

Ya dentro, Mariana, la inesperada alma del grupo, tomó la palabra con su voz temblorosa pero decidida.

-Creo que todos estamos aquí por un motivo -comenzó Mariana-. Todos hemos encontrado en la poesía una forma de expresar lo que sentimos, lo que pensamos y lo que deseamos para nosotros y para los demás. Queremos darles esa oportunidad a nuestros compañeros, a aquellos que no conocen el poder que tienen las palabras.

-Así es, Mariana -intervino Andrés con entusiasmo-. Además, la poesía puede ser una herramienta poderosa para promover el cambio social, para mostrar nuestro disconformismo y alentar a los demás a buscar la justicia y la igualdad.

Los cinco jóvenes poetas se contagiaron de la energía de Andrés y comenzaron a discutir apasionadamente cómo podrían llevar a cabo este ambicioso proyecto. Pero, de repente, la señora Mendoza, directora de la escuela, irrumpió en la sala. Su rostro no dejaba entrever nada más que la urgencia y el recelo ante la reunión secreta.

-¿Qué significa esto? -preguntó severamente-. ¿Qué están haciendo aquí?

Miguel, cuya voz resonante siempre parecía transmitir un grado de autoconfianza que parecía incompatible con los jóvenes de su edad, intervino:

-Señora Mendoza, estamos discutiendo la idea de crear un taller de poesía social en la escuela. Creemos que podría ser un espacio para fomentar

la creatividad, la empatía y también la reflexión sobre los desafíos que enfrentamos hoy en día como adolescentes.

La señora Mendoza, visiblemente sorprendida por la respuesta de Miguel, tartamudeó:

-Bueno, eso es muy interesante Pero, quién los guiaría? Quién se haría responsable de este taller?

Valeria, que normalmente se mostraba más retraída en situaciones de conflicto, levantó la mirada del suelo y dijo con voz suave pero decidida:

-Nosotros nos encargáramos, señora. Somos conscientes de que se trata de una responsabilidad enorme y estamos dispuestos a enfrentarlo juntos. Hemos estado investigando y compartiendo la poesía entre nosotros, y creemos que otros estudiantes podrían beneficiarse de esta experiencia.

El silencio reinó en la sala mientras la señora Mendoza, con el ceño fruncido, pero consciente de la pasión que sus estudiantes exhibían, empezó a recapacitar.

-De acuerdo -suspiró, al fin-. Les daré una oportunidad para probar su taller. Pero deberán presentar un plan detallado y elegir un maestro que los apoye en esta iniciativa. No los dejaré responsables de algo tan serio sin supervisión.

Los cinco amigos se miraron con alivio y gratitud. Habían recibido la propuesta inicial de sustentar su proyecto y, aunque no sería fácil, tenían la esperanza de que este taller pudiera llegar a convertirse en un faro de expresión y solidaridad en la escuela.

Unidos por un propósito común, pero también por las luchas compartidas y las debilidades que habían revelado entre ellos en el Parque de los Poetas, los amigos trabajaron juntos para sentar las bases de lo que sería su taller de poesía social. Poco a poco, comenzaron a darse cuenta de la fuerza que podían tener cuando se unían, y de la profundidad de su resiliencia ante los desafíos que la vida les estaba presentando. En su corazón, cada uno de ellos sabía que, a pesar de las diferencias y de los obstáculos que enfrentarían, la poesía y sus vínculos les darían la capacidad de enfrentar cualquier cosa que este nuevo capítulo les presentara.

## Aprendiendo a superar los conflictos internos en el grupo de amigos

Los últimos rayos de un atardecer melancólico acariciaron las copas de los árboles del Parque de los Poetas, donde Valeria, Andrés, Sofía, Miguel y Mariana se encontraron como cada tarde desde que iniciaron su taller de poesía social. Sin embargo, en esta ocasión, las risas y la camaradería que solían unirlos se habían desvanecido, remplazadas por una atmósfera cargada de tensión y reproches insinuados.

Andrés, siempre tan seguro de sí mismo, comenzó a leer un poema que describía su ensoñación por un mundo más justo, pero su voz temblorosa lo traicionaba. Sabía que las miradas de sus amigos ya no eran cómplices, sino un coro silencioso de veladas críticas. Valeria, con los ojos inusualmente tempestuosos, condensaba sus pensamientos en una mirada implacable.

- Andrés! Acaso ahora solo piensas en tu utopía, en tus sueños de cambio, pero no eres capaz de reconocer nuestros problemas humanos, nuestras rencillas personales que surgen entre nosotros? - estalló Valeria al fin.

La pregunta resonó en el ambiente. En su afán por cambiar el mundo a través de la poesía, el grupo había olvidado enfrentar las diferencias entre sí, dejando que las tensiones y discordias se acumularan hasta el límite de la ruptura.

Sofía, alarmada y casi al borde de las lágrimas, tomó la palabra en un susurro apenas audible:

- No es solo Andrés todos hemos ignorado las grietas que se han ido formando entre nosotros. Hemos dejado que este pozo de resentimientos ahogue nuestra amistad, nuestro refugio.

La confesión airada de Valeria y las sentidas palabras de Sofía hicieron estallar el diálogo que el grupo había estado evitando. Miguel, el ímpetu contenido en su pecho, se atrevió a criticar el enfoque cada vez más egoísta de Mariana al momento de compartir sus versos, mientras que Mariana, a su vez, le recordó cómo él había fomentado la competencia entre los miembros del taller.

Los versos solían ser un puente que unía sus inquietudes y aspiraciones, pero ahora parecían ser el catalizador de una confrontación inevitable, desagradable pero necesaria. Como torrentes liberados, las palabras de cada

uno de los poetas fluían en un intento de aligerar la carga de rencores y reproches.

Cuando todos hubieron desahogado sus frustraciones y miedos, el silencio se apoderó de nuevo del Parque de los Poetas. Pero este silencio ya no era el de la angustia; era el del despertar y del reconocimiento.

Fue entonces cuando Mariana, con una voz temblorosa pero decidida, comenzó a declamar un poema que, sin saberlo, había estado preparando durante meses en su corazón. Sus palabras, aunque adornadas por el lirismo natural de un poeta, eran sencillas y profundamente honestas, un intento por rescatar la confianza que se habían otorgado el uno al otro.

- Somos seres humanos, llenos de grietas e imperfecciones - decía el poema- pero si aprendemos a mirar nuestras brechas y aceptarlas, podremos encontrarnos en ellas, juntarnos y transformar nuestras debilidades en conexión.

A medida que el grupo escuchaba a Mariana, se fueron dando cuenta de que rehuir sus conflictos internos sólo había debilitado sus lazos. Era importante darse cuenta de lo que ocurría en su interior y cómo afectaba la dinámica entre ellos. En vez de esconderse tras los versos, debían utilizar la poesía para abrir el diálogo, para ser honestos consigo mismos y los demás.

La tarde se despedía con un último adiós del sol, y el Parque de los Poetas había vuelto a ser testigo del nacimiento de una nueva etapa en la vida de estos jóvenes. Una etapa en la cual decidieron enfrentar juntos sus inseguridades, miedos y conflictos en vez de permitir que los separaran.

De rodillas en el césped, con las manos enlazadas y sus rostros bañados por la luz dorada del atardecer, los amigos juntaron sus voces en una promesa inquebrantable:

- Si nada se oculta, si enfrentamos juntos nuestros conflictos humanos y nos permitimos descubrir la verdad en ellos, lograremos alcanzar el potencial que vimos en aquel lejano día en este mismo parque. Unidos en nuestra vulnerabilidad, sanaremos y haremos de lo que creímos que nos hundiría, nuestra fuerza.

Y así, en aquel Parque de los Poetas, empezaron a trazar un nuevo camino, un camino de honestidad y resiliencia, dispuestos a enfrentar las sombras que mantenían ocultas en sus corazones y a abrazar sus imperfecciones como parte de un fortalecedor aprendizaje. Unidos en la poesía y, sobre todo, en la amistad, Valeria, Andrés, Sofía, Miguel y Mariana enfrentarían juntos el

camino hacia la comprensión y la aceptación, sabiendo que en sus manos se encontraba la clave para transformar las adversidades en versos inolvidables.

## **El poder de la amistad en la resiliencia y superación de los desafíos de la vida**

Era una tarde fría de invierno y las veredas habían sido devoradas por la sombra que proyectaban los rascacielos, una actividad frenética de peatones y autos marcaba el ritmo de la ciudad que parecía no tener descanso. En medio de aquella jungla de cemento, el Parque de los Poetas ofrecía su oasis de paz y refugio, acurrucado entre edificios y calles ruidosas. Fue allí donde Andrés, con su mirada inquieta, esperaba a sus amigos para confesarles una verdad que lo había estado atormentando durante semanas. Confesar sus pasiones era su patente y necesidad, pero en aquel momento, la vehemencia en revelar sus más profundos y oscuros sentimientos parecía transformarse en un titubeante augurio para Andrés.

Valeria llegó abrazada a sí misma y acelerada, tratando de escapar del viento gélido. Sofía, Miguel y Mariana aparecieron juntos, charlando y riendo con esa familiaridad que sólo los amigos cercanos pueden entender. Al ver a Andrés, sus rostros alegres se ensombrecieron y dejaron paso a la preocupación.

- Andi -murmuró Sofía, dulce como siempre, mientras se acercaba a él y lo rodeaba con sus delgados brazos- qué pasa? Tú no eres de los que se dejan atrapar por la tristeza.

El joven poeta esquivó la mirada de sus amigos, pero no pudo evitar que los sollozos traicionaran su voz al hablar.

- Lo siento amigos -sus palabras se difuminaban en un lamento apagado- pero no puedo seguir así. Todo lo que he hecho, lo que he dicho y lo que he sido me siento como un impostor.

Silencio. Nadie respiró, nadie se movió. Aquellas palabras, cargadas de derrota y sufrimiento, eran pesadas como piedras en el corazón de sus amigos.

Mariana, con el rostro tenso y la voz entrecortada, intentó hablar.

- No es cierto, Andrés -su voz sonaba como las cuerdas de una guitarra desafinada- no puedes estar diciendo eso, es imposible. Acaso todos estos años juntos han sido una mentira?

El parque había sido testigo del crecimiento de aquellos jóvenes, que de niños habían compartido su magia y transformado sus debilidades en versos llenos de vida y esperanza. Sin embargo, ahora, sus sombras se alargaban sobre ellos y parecían teñir de oscuridad todo lo que habían construido juntos.

- Andi, no te presiones tanto -Miguel colocó su mano sobre el hombro del afligido poeta y lo miró con una extraña mezcla de comprensión y temor- todos somos humanos, todos hemos sentido en algún momento lo que tú estás sintiendo. Aceptar nuestras imperfecciones es parte de crecer y de aprender.

- Pero ustedes no están entendiendo. Es como si todo lo que he hecho hasta ahora fuera una gran farsa. Mi éxito en la poesía, mis contribuciones en el taller todo se siente falso. -El joven poeta levantó su mirada del suelo, sus ojos desorbitados por la angustia y la desesperación- Estoy sintiendo algo que nunca había sentido antes me da miedo.

Valeria se arrodilló frente a Andrés, sus ojos buscando los de él en un mar de lágrimas, y al fin pudo encontrar las palabras que tanto necesitaba que la afligida alma escuchara.

- Andrés, no tienes que enfrentar esto solo. Cuántas veces nos levantamos juntos de nuestras caídas? Siempre pudimos apoyarnos y encontrar fuerza en nuestra amistad. -Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero su voz se mantendría firme y resuelta- Los cinco somos fuertes porque somos uno. La amistad nos ha mostrado que aún en los momentos más oscuros, juntos hay esperanza y, sobre todo, hay amor.

En ese instante, el sol que peleaba por asomarse en medio del cielo invernal, logró romper las nubes y bañó a los amigos en un reflejo dorado y etéreo. Sofía se acercó a Andrés y, cogiendo su mano con ternura, pronunció las palabras que sellarían un nuevo pacto entre ellos.

- La amistad, Andrés, es lo que nos hace más fuertes que cualquier desafío que venga en nuestra vida. Ser amigos significa ser cómplices, pero también estar dispuestos a luchar la batalla del otro. Juntos hemos superado desilusiones, traiciones, incomprensiones

Miguel asintió con una sonrisa amarga pero satisfecha.

- Así es -su voz resonaba entre los árboles del parque como si quisiera ser escuchada por el mundo entero- Ser amigos es crecer y cambiar juntos, pero también es enfrentarse y arriesgarse por el otro, sin importar qué batallas

se nos presenten. Andrés, tu miedo y tus inseguridades se vuelven nuestras batallas también, porque nos amamos, y eso es lo que hace la amistad. No estás solo, amigo.

Los cinco jóvenes poetas se abrazaron en el centro del Parque de los Poetas, dejando que la luz del atardecer los envolviera como un manto de esperanza. Ahí, en medio de la ciudad que nunca descansaba, la amistad se convirtió en el faro que resplandecía en la oscuridad, recordándoles, incluso en sus momentos más desolados y arduos, que juntos lograrían superar cualquier prueba que la vida les pusiera en el camino.

## Chapter 4

# Enfrentando conflictos entre pares

Los ecos del timbre que anunciaba el final de las clases aún vibraban en los desgastados pasillos de la escuela. Andrés y Sofía caminaron juntos hacia sus casilleros en un cómplice silencio, compartiendo una mirada cansada que contenía la anticipación de un enfrentamiento inminente. Algún día, aquel muro de silencio medio roto entre ellos que parecía igual de desgastado que los pasillos tendría que desaparecer y cambiar su relación de amigos para siempre. Sin embargo, hoy no sería ese día, pues el ambiente ya estaba cargado con el peso de otro conflicto.

Al abrir sus casilleros para guardar sus libros y material de clase, un sentido de urgencia invadió su espacio, haciendo que sus figuras parecieran más pequeñas y vulnerables. De la nada, Mariana apareció a su lado con las mejillas sonrojadas y el aliento entrecortado, como si acabara de correr una maratón.

- Tienen que venir ahora mismo -dijo, agarrando el brazo de Sofía y Andrés sin darles tiempo a reaccionar.

A pocos pasos de distancia, en la esquina del pasillo, un grupo de compañeros se había reunido en un círculo cerrado y murmuraban entre ellos, cubiertos en una cacofonía de risitas nerviosas y exclamaciones contenidas. Podía adivinarse que uno de los chicos dentro del círculo era Miguel.

El corazón de Andrés se aceleró al reconocer a uno de los acosadores escolares entre el tumulto, un chico llamado Sebastián, quien tenía fama de ser cruel y despiadado en sus burlas hacia los demás. Él era el líder

indiscutible de aquel pequeño grupo de sibilinas sombras que parecían alimentarse del miedo y las lágrimas ajenas.

La forma en que sus amigos lo arrastraron hasta el lugar de la confrontación le permitió a Andrés sentir la tensión que se había apoderado de sus nervios. Sofía le apretó la mano y él, respirando profundo, buscó en su corazón la fuerza para enfrentar lo que sabía que venía.

El grupo se abrió camino con dificultad hasta llegar al centro del revoltijo, donde encontraron a Miguel de pie frente a Sebastián, retándolo con su desafiante postura y mirada, mientras que sus amigos lo apoyaban con gestos de ánimo y preocupación.

Sebastián levantó una hoja de papel arrugada en su mano, mientras lanzaba una risotada desagradable.

- Esto es verdaderamente gracioso, Miguel -dijo, mofándose- De verdad te atreves a escribir un poema sobre la igualdad y la bondad, esperando que nos llegue al corazón?

Miguel, aunque visiblemente tembloroso, mantuvo la cabeza en alto y respondió con una autoridad que sorprendeía incluso a sus amigos:

- No escribo para ti ni para ganarme tu aprobación. Escribo para darle voz a aquellos que han sido silenciados por gente como tú.

A su espalda, Andrés sintió que sus amigos se unían en un silencioso acuerdo, fortaleciendo su rendimiento escolar. El silencio que había guardado durante tanto tiempo por fin se rompía y dejaba paso a un espíritu de lucha compartida.

Sebastián, visiblemente enfadado, lanzó el papel al suelo mientras soltaba una carcajada.

- Qué risa me da tu patética actitud de salvador! Ve a escribir otro poema sobre lo triste que es tu vida y cómo tus amigos te sostienen!

Pero antes de que pudiera seguir burlándose, Andrés, con una resolución imprevista, lo interrumpió.

- Basta ya, Sebastián! -Se plantó frente al acosador y alzó la mirada- Por qué te resulta malo que alguien encuentre refugio y fuerza en la amistad y la expresión de sus sentimientos? Acaso te resulta amenazante que alguien pueda construir algo importante a pesar de ti y de tus burlas?

La mirada sorprendida en el rostro de Sebastián le indicó a Andrés y sus amigos que había dicho lo que todos necesitaban escuchar. El pasillo, que antes había estado sumido en un murmullo incesante, calló de pronto,

dejando que las palabras de Andrés resonaran entre las sombras.

- Tú no tienes el poder de silenciar nuestras voces -concluyó Andrés, con los ojos vidriosos, pero lleno de orgullo- porque nosotros juntos somos más fuertes que cualquier palabra cruel que puedas decirnos.

Ante las firmes palabras de Andrés y el apoyo de sus amigos, Sebastián retrocedió, su rostro ardiente de ira y humillación. El grupo de preadolescentes se mantuvo unido y firme, demostrando que, a pesar de sus miedos e inseguridades, su amistad y su amor por la poesía les había dado la fuerza para enfrentarse a los retos que la vida les ponía en el camino. Unidos de pie y rodeados por las sombras del pasillo, su resiliencia y determinación iluminaban su camino hacia un futuro lleno de esperanza y cambio.

## Desconexiones y malentendidos entre amigos

Era una tarde lluviosa de primavera, y las gotas de agua golpeaban furiosas contra los cristales de los edificios, como si la lluvia intentase calmar el frenesí que reinaba en la ciudad. Andrés caminaba con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos, llevando consigo un sentimiento de desorientación y amargura, como si también él estuviera atrapado en aquella lucha entre agua y acero.

Desde que el taller de poesía social había comenzado a ganar popularidad entre los estudiantes de la escuela, Andrés no pudo evitar sentir que él y sus amigos estaban siendo empujados cada vez más a un rincón sombrío, donde los malentendidos, las diferencias y las sospechas empezaban a desgarrar el frágil tejido de su amistad. Aunque Valeria y Mariana eran las que se mostraban más abiertas y comprensivas ante las nuevas incorporaciones al grupo, lo cierto es que los encuentros en el parque y en el café habían dejado de ser momentos de encuentro donde relajarse y compartir impresiones sobre su vida y la escritura.

Por su parte, Sofía trataba de mantener viva la esencia del grupo original, pero no podía evitar sentir que sus palabras cada vez transportaban menos de su luz a los demás. Si bien los nuevos miembros del taller aportaban un torrente de ideas y vivencias a sus encuentros, también creaban desencuentros y desconexiones entre ellos, convirtiéndose en una maraña de nombres y anécdotas que parecían diluir la esencia misma de su amistad.

En un intento por reconectar con sus viejos amigos, Andrés quiso organi-

zar una reunión en el Parque de los Poetas antes de que la lluvia estableciera su dominio sobre la ciudad. Ya era tarde cuando los cinco se reunieron bajo el árbol favorito de Sofía y, aunque las nubes parecían haberse conjurado para acorrallar al sol en su lucha por parpadear entre ellas, el frío y la humedad de la atmósfera no hacía más que poner de manifiesto el distanciamiento que se estaba estableciendo entre ellos.

- No entiendo por qué tienen que ser todos nuestros encuentros tan plagados de extraños -dijo Andrés, tratando de esconder la inquietud que se colaba en su voz- antes éramos solo nosotros cinco, compartiendo nuestras penas y alegrías, y ahora casi ni tengo espacio para leer mis versos sin que alguien me interrumpa para darme su opinión no solicitada.

Sofía lo miró con una mezcla de comprensión y resignación, pues también ella sentía que su relación con Andrés y los demás amigos se tambaleaba bajo la presión de tantas voces nuevas e insistentes.

- Entiendo lo que dices, Andi -repuso, tomando la mano del joven poeta y acariciándola con suavidad-, pero no podemos cerrarle las puertas a quienes buscan apoyo y refugio en la poesía, como nosotros mismos lo hicimos en su momento. No van a estar solamente los cinco de nosotros en este mundo.

Mariana se echó hacia atrás, enredándose en sus pensamientos como un gato juguetón que persigue su propia cola. Sus ojos observaban los rostros de sus amigos debajo de sus pestañas y su voz vibraba cargada de melancolía.

- El mundo cambia, sí, pero nosotros también cambiamos. -Hizo una pausa y respiró hondo- Todos hemos vivido nuestra lucha y, de alguna manera, la poesía y nuestra amistad nos han sacado adelante. Si no somos capaces de abrirnos al cambio y de escuchar y comprender a los demás, entonces nos convertimos en lo opuesto a lo que nuestra amistad representa.

Miguel, que hasta ese momento había permanecido en silencio, abrazado a sus propias rodillas, finalmente alzó la mirada y compartió su punto de vista:

- Creo que todos tenemos algo de razón, pero también creo que estamos dejando que nuestras inseguridades y miedos nos confundan. No es el propósito mismo del taller dar espacio a todas las voces, incluso aquellas que nos puedan resultar ajenas o desafiantes? Debemos encontrar la forma de aprender a convivir con esos cambios, sin que ello signifique renunciar a nuestra esencia y a nuestra amistad.

Todos parecían estar de acuerdo con las palabras de Miguel, pero en lo

más profundo de sus corazones, un germen de duda y descontento empezaba a germinar, amenazando con hacerles perder lo que más les importaba: la calidez y la comprensión de la amistad que habían forjado a lo largo de los años.

Fue Valeria quien encontró las palabras para expresar el sentimiento de despedida que ahora se filtraba entre las grietas de su anterior compenetración y armonía.

- Está bien, amigos, tratemos de adaptarnos a este nuevo ritmo y de recibir con los brazos abiertos a todos aquellos que encuentran en la poesía un refugio que no hemos sabido proporcionar. Pero -hizo una pausa y tomó aire, los ojos cristalinos- también tratemos de no olvidar lo que nos une, lo que nos ha hecho crecer y lo que nos ha dado la fuerza para luchar por nuestros sueños. Eso es algo que no debemos permitirnos perder, nunca. Porque al final del día, somos nosotros, juntos, quiénes hacemos la diferencia.

La lluvia se detuvo y, justo cuando parecía que los nubarrones grises cedían en su lucha por oscurecer el cielo, el sol se asomó, tímido e incierto. Los cinco amigos se miraron, y en aquel instante, todos ellos supieron que, pase lo que pase, había algo que nunca se rompería: su amistad, forjada en el fuego de la poesía y la esperanza, y endurecida en las tempestades de la vida.

## **Enfrentando a los "enemigos" o acosadores escolares**

El aire estaba espeso con la opresión de una tarde de verano plagada de humedad. Cada respiración se adhería a los pulmones de los alumnos del colegio San José, recordándoles a cada momento el inminente final de un curso escolar más y acercándolos un paso más al abismo de cambios que la transición de la adolescencia amenazaba con traer consigo.

Los cinco amigos se sentaron en su mesa habitual de la cafetería, rodeados por un remolino de murmullos y risas que, no obstante, no lograban ahogar el lastre de cansancio y preocupación que se había instalado en sus hombros.

- Has hablado con la directora acerca de lo que está pasando con Sebastián y su grupo de acosadores? -Valeria preguntó, sin atreverse a levantar la cabeza.

Miguel resolló, incapaz de contener la frustración que arañaba su garganta.

- Lo intenté -respondió, golpeando su puño contra la mesa -, pero ella simplemente me dijo que no puede hacer nada hasta que haya "pruebas concretas" de acoso. Como si el miedo en nuestros ojos no fuera suficiente!

Mariana posó su mano sobre la de Miguel, tratando de calmar la tormenta que amenazaba con estallar dentro de él.

- Tenemos que hacer algo -sollozó, las lágrimas atragantándose en su pecho -, no podemos seguir permitiendo que gente como él nos haga la vida imposible y vivir con miedo cada día en nuestro propio colegio.

Un silencio lleno de desesperación cayó sobre ellos como una mortaja, haciendo que la atmósfera se sintiera aún más sofocante de lo que hubieran pensado posible.

Era Andrés quien finalmente se armó de valor para romper la maldición de la inacción que los habían paralizado por tanto tiempo.

- Basta de esperar a que alguien más haga algo -dijo, con una energía casi feroz encendiendo sus ojos -, nosotros podemos enfrentarnos a Sebastián y a sus secuaces, utilizando nuestras palabras y nuestra poesía como armas.

Sofía levantó la mirada, al principio titubeante, pero luego con una luz de determinación brillando en sus pupilas.

- Tienes razón, Andrés. Juntos somos fuertes, y podemos demostrarles que no tienen el poder de causarnos más daño. Debemos enfrentarlos y mostrarles que no nos rendiremos ante el miedo y la manipulación.

Al día siguiente, en el patio del colegio, los cinco amigos se apostaron frente a la entrada, esperando la llegada de Sebastián y sus cómplices. La tensión en el aire era casi palpable; se respiraba el temor y la excitación de un enfrentamiento inminente.

Cuando los bullies aparecieron al final del corredor, la mano de Andrés tembló apenas perceptiblemente en el bolsillo de su sudadera, donde llevaba un puñado de hojas de papel con poemas que había pasado toda la noche escribiendo.

Sebastián se acercó con una sonrisa maliciosa en su rostro, como un gato que se deleita con el miedo de un ratón acorralado.

- Qué tenemos aquí? -se mofó, clavando sus ojos sobre Andrés y su grupo.

Andrés sacó una hoja de papel de su bolsillo, y, con voz temblorosa pero firme, comenzó a recitar uno tras otro de los poemas que había escrito, en los que hablaba de la fuerza de la amistad, la necesidad de apoyo mutuo y

la lucha por liberarse del yugo del acoso y la discriminación.

Sus amigos se unieron a él, recitando sus propios poemas y mostrando su solidaridad y fortaleza, a pesar del miedo y la ansiedad que luchaban por ahogar sus palabras.

Sebastián y sus seguidores, ante la sorpresa y el desconcierto de esta intervención poética, retrocedieron, derrotados por la valentía y el poder de un grupo de amigos unidos en la causa común de la lucha contra el acoso escolar.

A medida que los acosadores se alejaban, los cinco amigos se abrazaron, y en aquel efímero instante de comunión, supieron que habían triunfado al enfrentar sus miedos y defender lo que era correcto, armados únicamente con las palabras y los indestructibles lazos de su amistad.

Y aunque sabían que la batalla no había terminado, y que vendrían más retos y adversidades en el futuro, aquel día, en aquel patio, al enfrentar juntos a la oscuridad, encontraron la luz en sus corazones y en sus palabras, la chispa que encendería el fuego de la esperanza y la resiliencia.

## **Rol de las redes sociales en los conflictos entre pares**

A pesar de su comunión con la poesía, Andrés solía entrar de vez en cuando en esa jungla feroz que son las redes sociales. Allí, donde las palabras pueden convertirse en máscaras veladas que nos ocultan como una neblina oscura, era donde la mayoría de sus conflictos con compañeros y malentendidos nacían sin cesar.

Un viernes por la noche, Andrés fue víctima de la insaciable sed de rumor que golpea las redes sociales con la ferocidad de una muerte anunciada. Cuando Andrés revisó su cuenta de Instagram, encontró su página inundada de comentarios despectivos y fotografías manipuladas con sus amigas Valeria, Sofía, Mariana y él mismo como protagonistas. Encendido de cólera, Azael, uno de los compañeros más ambiciosos por la atención y la aprobación de sus iguales, había desenterrado, sin piedad alguna, fotografías de la infancia de los jóvenes poetas y las había manipulado con Photoshop para obtener la atención y aprobación que tanto había deseado.

En las fotografías comprometidas, los jóvenes aparecían distorsionados y grotescos, como monstruos deformes que desfilaban orgullosos en la ignorancia de su vergüenza. La firma de Azael al final de sus burlas garantizaba

la infamia total de su obra y Andrés sabía que, si no actuaba rápidamente, tanto la reputación como la confianza y amistad que habían construido con tanto esfuerzo se vería destrozada por la ira ciega de un acto de crueldad tan trivial como devastador.

- Ya viste lo que hizo Azael con nuestras fotos? - preguntó Andrés a Sofía por mensaje de texto, tratando de contener su furia fermentada en la amargura del desaliento.

- Sí, lo vi - respondió Sofía, su voz teñida de un dolor impotente que parecía emanar de detrás de las palabras que le llegaban al teléfono de Andrés. -Cuándo fue que el mundo en el que vivimos se volvió tan oscuro y cruel? Será acaso que siempre fue así y nos dimos cuenta solo ahora, cuando las sombras han empezado a rozar nuestra propia humanidad?

Andrés dejó caer su teléfono sobre la almohada y se arrojó de espaldas sobre la cama. No sabía qué decir para consolar a Sofía, ni siquiera qué palabras utilizar para intentar calmar el torbellino de rabia e impotencia que crecía en su corazón.

- No sé qué hacer al respecto - confesó, su voz entrecortada de angustia y frustración. - Todas nuestras luchas, todo el amor y el sacrificio que hemos puesto en nuestra amistad, en la poesía y en nosotros mismos, se está desmoronando entre nuestras manos a causa de un simple chasquido de dedos, un acto de crueldad que no tiene más sentido ni más origen que la frustración y la oscuridad que habita en el corazón de quien lo perpetró.

Sofía suspiró al otro lado del mensaje, y Andrés pudo percibir las lágrimas que amenazaban con asomarse en sus ojos oscuros. -Entonces lucha - dijo con una voz apenas audible, como un gemido solitario en medio de una vasta y desolada llanura. - Lucha por aquello que amas y por aquello que te importa, para no dejar que todo se desvanezca en el cruel dominio de la envidia y el odio.

Andrés se levantó, decidido a tomar acción. Escribió un poema sobre la importancia de la amistad y la comprensión, y la crueldad de aquellos que utilizan las redes sociales para crear discordia y sufrimiento. Colgó el poema en su cuenta de Instagram, donde todos, incluso Azael, pudieron verlo.

A medida que la lluvia de "me gusta" y comentarios de respeto y admiración comenzó a lavar a sus amigos de la humillación del chasquido burlón, Andrés sintió una pequeña pero poderosa llama de esperanza encenderse en

su pecho.

- No podemos permitir que nos dobleguen - pensó, mientras veía el poema subir de posición y ganar resonancia en su comunidad. - Si somos fuertes, si nos mantenemos unidos en la lucha y en el amor de nuestra amistad, no hay enemigo, ya sea humano o virtual, que pueda derribarnos. Somos poetas, somos jóvenes, somos vida.

Y en su corazón, Andrés supo que, al enfrentar juntos el abismo de la oscuridad, él y sus amigos habían encontrado la luz de la esperanza, la certeza de que las tormentas que aún vendrían no serían capaces de ahogar la voz de la amistad y la poesía que, en el ardor tembloroso de sus corazones, habían forjado.

## Alianzas, lealtades y traiciones en las amistades

Situado en una sombra discreta debajo de las imponentes ramas de un ficus del Parque de los Poetas, Andrés observaba a sus amigos con una mezcla de expectación y aprensión silenciosa. Los cinco habían acordado reunirse más temprano ese viernes para que Sofía les leyera su nuevo poema. Aquel era un ritual que se había comprometido a cumplir hacía tiempo, pero en esa semana, Sofía había sufrido el tormento de las palabras que parecían disolverse en lágrimas antes de alcanzar firmeza en su pecho. Ella había tratado de ocultar su pesar, pero Andrés había notado el dolor detrás de sus ojos.

Eso, sin embargo, no fue lo que lo mantuvo ahí en silencio, sintiendo que su corazón luchaba en contra de su pecho como un pájaro aprisionado. No pudo evitar notar la cercanía entre Valeria y Mariana mientras se acomodaban en uno de los bancos de piedra del parque, riendo y comentando sobre algún chiste compartido. Los celos envenenaron su garganta, ácido y amargo a medida que su corazón crujía bajo su peso abrumador.

En respuesta, el tic en la comisura de los labios de Miguel fue la primera señal de una fisura más profunda en el grupo de amigos. Andrés percibió, en ese instante fugaz, una chispa de rabia en los ojos oscuros de Miguel, como un trueno silencioso que precediera a una tormenta impensable. Durante semanas, Miguel y Mariana habían estado acercándose en secreto, compartiendo poemas y desahogando sus miedos bajo el halo protector de la noche. Pero Andrés sabía, así como Miguel debió haberlo visto también,

que Mariana sentía cada vez más el impulso de acercarse a Valeria, atraída por su carácter misterioso y su talento para crear poesía llena de emoción y verdad.

Finalmente, presa de su propia incertidumbre, Andrés abandonó la seguridad de su refugio sombrío y se acercó a sus amigos con los hombros pesados ante la carga invisible del conflicto y la traición que amenazaba la armonía de su grupo.

- Te ves preocupado, sucede algo? -preguntó Sofía, sus ojos color miel penetrantes como dagas en el corazón de sus miedos.

Detrás de Sofía, Valeria le lanzó a Miguel una mirada comprensiva, pero incierta, sabiendo muy bien qué lo perturbaba tanto. Miguel, a su vez, aunque trataba de controlar su malestar, dejó escapar un suspiro casi inaudible que delataba su agitación interna.

- Sí, hay algo que necesitamos discutir -respondió Andrés, sintiendo que si no sacaba a la luz los sentimientos que bullían debajo de la superficie y echando raíces en sus corazones, la amistad que tanto valoraba se quebraría irremediabilmente.

"Sé que hemos sido amigos durante mucho tiempo, y la poesía nos ha unido de maneras que nunca antes pensamos posibles. Hemos enfrentado la adversidad juntos y hemos encontrado en nuestras palabras y en nuestro arte un refugio. Sin embargo, últimamente he notado que a medida que nos acercamos, algunos de nosotros comienzan a alejarse. Están surgiendo alianzas y lealtades que amenazan con desgarrar la estructura misma de lo que consideramos nuestra amistad. Valeria, Mariana, Miguel no podemos permitir que las emociones y las pasiones no expresadas destruyan todo lo que hemos construido juntos".

Valeria se inclinó hacia adelante, sus dedos temblorosos entrelazándose mientras un rubor ardiente le subió a las mejillas. Inmediatamente después, Sofía preguntó a Andrés con preocupación visible en sus ojos:

- Quieres decir, entonces, que hay traiciones en nuestra amistad? Eso no puede ser.

Ante las palabras de Sofía, Andrés tomó aliento, antes de responder con firmeza y honestidad:

- Debemos enfrentar nuestros propios sentimientos y no dejar que el miedo y el orgullo nos lleven a comportamientos en los que nos traicionamos mutuamente. He observado cómo algunos de nosotros evitamos a los demás

y creamos alianzas con aquellos que creemos que nos entienden mejor. Si permitimos que esto suceda, podríamos perder la conexión que nos hizo el grupo de amigos que somos.

Las palabras de Andrés resonaban en el espacio ahora silencioso que rodeaba al grupo, y él sostuvo la mirada de cada uno de sus amigos a su vez, consciente de la importancia de abordar en voz alta sus preocupaciones y la traición que crecía en sus corazones y ponía en peligro su amistad. Sabía que la única forma de continuar juntos era enfrentar sus miedos y su dolor y comprometerse a no dejar que las rupturas y las alianzas permitieran que sus lazos se rompieran por completo.

Al final, todos permanecieron en silencio, con el peso de las palabras de Andrés asentándose en sus corazones y sus pensamientos en espiral alrededor de las complicaciones de sus lealtades y las traiciones que habían surgido en sus relaciones. Pero aunque el camino hacia la reconciliación sería largo y difícil, sabían que valía la pena luchar por la amistad que se habían forjado y por el amor a la poesía que los había unido en primer lugar.

## **Diferencias culturales y discriminación en el grupo de pares**

Esa tarde, la luz del sol comenzaba a apaciguarse en el Parque de los Poetas, dejando poco a poco una serena penumbra que se sumergía en el aire, como las notas de un réquiem olvidado. Sofía, con los ojos reflejando la profunda tristeza que la invadía, leyó en voz baja el poema que había escrito durante su hora de almuerzo, revelando con palabras crudas y viscerales sus sentimientos hacia Omar, ahora exiliado en un mar de miedos y silencios.

A medida que concluía la lectura, el resto del grupo permanecía en silencio, sensibilizados por las emociones que resonaron a través de las palabras de su amiga. Todos habían oído hablar del caso de Omar, el hijo menor de una familia de inmigrantes refugiados que luchaban por encontrar un lugar en la ciudad y que, por desgracia, habían sido víctimas de discriminación y odio en sus vidas cotidianas.

Andrés, que desde hacía días no podía quitarse de la cabeza la imagen de Omar llorando en el baño de la escuela después de que otros chicos lo hubieran acosado brutalmente por su origen extranjero, fue el primero en levantar la voz y romper el impas que se había abierto entre ellos.

- No podemos permitir que esto siga ocurriendo - murmuró, su voz firmemente decidida y teñida de una desesperación contenida. - No podemos seguir callados mientras uno de los nuestros sufre de la manera en que Omar lo ha hecho.

Valeria, que hasta entonces había permanecido ensimismada en sus pensamientos, levantó la cabeza para mirar a Andrés a los ojos. - Pero, qué podemos hacer nosotros? - preguntó con cautela, temerosa de las respuestas que pudieran surgir en sus corazones. - No podemos cambiar las actitudes de aquellos que los discriminan, ni mucho menos las de un sistema que parece haberse cegado a la humanidad de aquellos que simplemente buscan una vida mejor.

Andrés asintió lentamente, como si asumiera la verdad incómoda y angustiada que emanaba de las palabras de Valeria. - No podemos cambiar al mundo de una sola vez - admitió con un suspiro sordo - pero sí tenemos el poder de usar nuestra poesía y nuestra voz para hacer a los demás conscientes de la realidad en la que Omar y otros como él viven, y quizás comenzar a despertar en el corazón de nuestra sociedad un impulso de empatía y solidaridad.

Sofía secó sus lágrimas y se puso de pie, decidida a enfrentar ese abismo oscuro que se había abierto ante ellos. Miguel y Mariana la siguieron, y pronto, todos estaban reunidos en torno a un abrazo colectivo que parecía querer trascender las diferencias palpables y las luchas invisibles que reposaban debajo de sus sonrisas ensombrecidas.

- Entonces usemos la poesía - dijo Sofía con una voz que resonó en el silencio crepuscular que los rodeaba. - Hablemos de las diferencias culturales que nos enriquecen y nos hacen únicos, y enfrentemos los prejuicios que tratan de dividirnos y aplastarnos. Transformemos nuestro dolor y nuestra rabia en versos que despierten en los corazones de nuestros compañeros, nuestros profesores y nuestras familias la necesidad de escuchar y comprender a quienes están siendo sometidos a juicios injustos, discriminados por cosas tan insignificantes como su origen o su lengua.

Un aire de resolución y esperanza comenzó a inundar los corazones de los jóvenes poetas, mientras sentían la llama de un propósito renovado y un compromiso de luchar por la justicia y la igualdad a través de sus palabras. Sería un sendero escarpado y difícil el que se proponían transitar, pero sabían que sólo unidos y fortalecidos por la empatía y la indignación que

susurraban en cada línea de poesía, podrían esperar hacer alguna diferencia en un mundo que parecía haber olvidado las lecciones del pasado.

Al caer la noche, en ese parque donde tanto se había compartido y tanto se había soñado, los cinco jóvenes poetas se prometieron entre sí que lucharían hasta su último aliento por un mundo más justo, un mundo en el que el amor y la comprensión pudieran tejer lazos indestructibles de humanidad y empatía, independientemente del origen, la cultura o el idioma de quien los buscara.

## Competencia y comparación entre los jóvenes poetas

La tarde se mecía entre tonos de amarillo y naranja, mientras los cinco jóvenes poetas se congregaban en el Parque de los Poetas, su santuario habitual de amistad y creación literaria. Andrés, siempre entusiasta y en busca de inspiración, había propuesto un reto que al mismo tiempo encendió la curiosidad y la preocupación en los corazones de sus amigos: escribir un poema en diez minutos y, sin adivinar quién lo había escrito, votar por el favorito del grupo.

Sofía tragó saliva con dificultad, sintiendo el embate abrupto de dudas y temores en su mente, imágenes de papel rasgado y tinta que se desvanecían en el fondo de un estanque crepuscular. La punzada de la inseguridad amenazó con desmoronar sus fuerzas, pero se aferró a la presencia de sus amigos y a la promesa de una tarde llena de emociones compartidas.

Valeria, por otro lado, apretó con fuerza su bolígrafo, sintiendo el cosquilleo de la excitación y el deseo de probarse a sí misma luchando con la comparación constante con sus compañeros de creación poética. El viento fresco y juguetón acarició sus cabellos negros alborotados, como si quisiera entrelazarse en sus pensamientos y traer consigo el rayo de inspiración que tanto necesitaba.

”Nosotros, los poetas”, murmuró Mariana, burlona pero llena de afecto, esbozando una sonrisa ladeada mientras colocaba su bloc de notas en su regazo y se dejaba llevar por la savia invisible de sus pensamientos, buscando la palabra perfecta, el verso capaz de expresar sus sentimientos más profundos en el tiempo dictado por el reto.

Al igual que sus amigos, Miguel sintió el peso de la competencia sobre sus hombros, como si un enjambre de mariposas nerviosas se hubiera instalado

en su estómago, creando un torbellino de emociones en su interior. Sus dedos tamborilearon sobre el papel en blanco, como si esperaran el momento ideal para desplegarse en una danza de letras y simbolías, donde los sueños y deseos más íntimos se mezclaban con las sombras y los temores de sus corazones.

Andrés, el provocador de esta avalancha de sentimientos enfrentados, observó a sus amigos con una sensación de triunfo oculto detrás de su sonrisa abierta y despreocupada. Sabía que, aunque el reto que había planteado podía tejer una manta cálida de miedo y ansiedad en el aire, al mismo tiempo alentaba a sus compañeros poetas a enfrentar sus propias inseguridades y prejuicios y abrazar la belleza fugaz de la creatividad espontánea.

La suave brisa que balanceaba las hojas del antiguo ficus en el centro del parque parecía arrullar a los jóvenes con su murmullo apacible, testigo silencioso y paciente de sus luchas interiores y sus triunfos efímeros. Cuando el reloj marcó el final del tiempo establecido, Andrés pidió a cada uno que dejara sus poemas en un montón sobre el banco de piedra, con la única condición de que no pudieran ver quién había escrito cada poema mientras lo leían.

Entonces, con voz temblorosa pero decidida, Sofía fue la primera en levantar un papel al azar y leer en voz alta los versos que había encontrado. Sus palabras, aunque no revelaban la identidad de su autor, estaban impregnadas de una tristeza melódica y un anhelo desesperado de una vida más allá de las restricciones de su realidad.

Uno por uno, cada miembro del grupo fue recogiendo un poema y leyéndolo en voz alta, permitiendo que las palabras resonaran en el aire como melodías de una sinfonía invisible. Las emociones se derramaron y envolvieron a los jóvenes poetas en un abrazo tierno y empático, mientras reconocían sus propias inseguridades y luchas reflejadas en las metáforas y símiles elaborados en el papel.

Cuando llegó el momento de votar por el poema favorito, las caras de los jóvenes mostraban una mezcla de expectación y ansiedad contenida, cada uno esperando ver cómo sus versos serían evaluados y comparados.

Sin embargo, Andrés, observando la quietud expectante y la tensión que se instalaba en el parque, se detuvo antes de pronunciar su voto. Alzó la mirada hacia sus amigos, uno por uno, y con una calidez iluminando sus ojos castaños, les recordó una verdad fundamental: "No estamos aquí

para competir, sino para aprender, compartir y crecer juntos. La belleza de la poesía reside en su capacidad de unirnos, no de separarnos. Cada uno de nosotros tiene un don único, y nuestra fuerza colectiva reside en la diversidad de nuestras voces y en la empatía con la que nos escuchamos y nos entendemos.”

El silencio que siguió a las palabras de Andrés fue efímero, pero eterno en su significado y en lo que dejaba en sus corazones. Los jóvenes poetas se miraron entre sí, con lágrimas en los ojos y una sonrisa que desafiaba las barreras que la competencia había intentado construir entre ellos.

Ese día, en el Parque de los Poetas, mientras el sol derramaba sus rayos dorados sobre sus almas, un pacto de amor y solidaridad fue sellado por cinco jóvenes apasionados por la vida y las letras, que descubrieron juntos que la verdadera maestría en el arte de la poesía no reside en la comparación, sino en la capacidad de escuchar y aprender el uno del otro y en el lenguaje universal de la empatía y la comprensión.

## **Abordar conflictos personales y familiares a través de la poesía**

La tarde caía lenta y melancólica sobre la ciudad, y los gritos de los pájaros en los árboles del parque se mezclaban con el murmullo de las conversaciones de los transeúntes. El grupo de jóvenes poetas, agotados y con sus miradas apagadas, se habían apeado de sus bicicletas y se reunió en su rincón íntimo en el Parque de los Poetas, un oasis de calma en medio del frenesí de la vida cotidiana. Habían llegado a ese lugar después de otra dura jornada en su escuela, en un día en que cada uno de ellos había tenido una experiencia de conflicto en el hogar o con su ámbito personal.

Sofía, con sus mejillas empapadas en lágrimas, susurró tímidamente, como si hablara para sí misma, pero sabiendo que sus amigos estaban dispuestos a escucharla en todo momento: - Solamente quiero encajar y que me escuchen. . . Mi madre no entiende mi necesidad de escribir, de expresar mis sentimientos.

- No estás sola en esto, Sofía - suspiró Valeria, acariciando las palabras con una dulzura que contrastaba con la tristeza que encerraba. - En casa siento la misma presión, la de buscar una explicación al vacío que llevo dentro.

Andrés, cuya mirada se había oscurecido como una nube sobre su corazón, dijo con una voz ahogada por la frustración: - Mi padre no puede aceptar nuestra manera de enfrentar el mundo. Dice que nuestros sueños son una pérdida de tiempo, que no deberíamos preocuparnos por las injusticias que vemos todos los días.

Miguel se levantó de un salto, dejando detrás su libro abierto y el lápiz colgado debajo de su oreja, y dio un golpe en la vidriosa superficie del viejo ficus, desahogando su cólera contenida. - No es justo que nos juzguen! - gruñó. - Nuestra poesía es lo único que nos mantiene cuerdos, que nos da una voz para alzar entre tantas otras

Mariana, silenciosa hasta ese momento, levantó la cabeza y se arrimó al borde de la fuente en la que estaba sentada, las rodillas recogidas a su pecho como rocas constreñidas por sus brazos.

- Quizás quizás deberíamos hacer un evento en el taller de poesía - sugirió con timidez, su voz apenas perceptible. - Donde compartamos nuestra poesía con nuestras familias, pues a través de ella, nuestra lucha interna y deseos más profundos podrán ser comprendidos por ellos.

Sus compañeros se quedaron en silencio, a la espera. La idea resonó en sus corazones como los ecos expectantes que solamente la verdad es capaz de generar.

- Hagámoslo - dijo Andrés, con un destello de esperanza surgido desde una desesperación. - Compartamos nuestra poesía, nuestras historias, nuestras voces, con ellos y, quizás, logremos realmente que sean ellos quienes nos escuchen, por una vez. Que sea ese evento el espejo donde se vean reflejado lo que somos y aspiramos. De esta manera, abordaremos nuestros temores y conflictos personales y familiares por medio de los versos.

Cada uno de ellos asintió con determinación, con la mirada brillante que solamente la convicción de su propósito traía. Y así, de la desesperación y la tormenta, algo bello surgió: la decisión de unirse como grupo y como individualidades, creyendo que a través de la poesía y el coraje de enfrentar a sus seres queridos, podrían hacerles ver que aquello que los guiaba no era un capricho, sino una vocación, un llamado imposible de obviar.

Lentamente, firmaron esa cita secreta, en tierras ignotas donde la poesía y el deseo de ser entendidos se alzaban como banderas de lucha compartida, como nudos de resistencia y amor en un mundo en el que ser escuchado parecía una utopía.

Y así, sus corazones palpitantes de esperanza y miedo, se internaron en la noche, sabiendo que cada uno, en su hogar, tendría que enfrentar las miradas juzgadoras de quienes juraban amarlos y protegerlos, de quienes no podían comprender el fuego que arde en las almas de los soñadores. Y en medio del estruendo de una ciudad que no duerme, habrían de enfrentar sus mayores desafíos y temores, y luchar la más difícil de las batallas: aceptarse como son y llegar a ser entendidos por aquellos cuya aceptación era un faro en una tormenta.

## Resolución de conflictos y fortalecimiento de amistades

El sol se desprendía del horizonte bañando con su luz y calidez una nueva mañana, un nuevo día de escuela. El grupo de amigos ya se habían reunido a las puertas de su colegio, como acostumbraban cada mañana antes de enfrentar otro día de aprendizaje en un ambiente, muchas veces, no tan propicio para ello. Sin embargo, las cosas no estaban como siempre. Hacía tiempo que una tensión se había apoderado de todos aquellos jóvenes poetas y el conflictivo encuentro del día anterior lo había agravado bastante.

Andrés trató de reunir todas sus fuerzas para hablar, para confrontar aquella angustia, mas no encontraba las palabras apropiadas. Valeria, consciente de lo que pensaba su amigo, se atrevió a dar el primer paso: “Creo que no podemos seguir así. Si queremos que nuestras amistades continúen y que nuestros vínculos se fortalezcan, debemos enfrentar nuestros problemas antes de que nos consuman por completo”.

Una ola de suspiros, murmullos nerviosos y miradas evasivas se desató entre el grupo. Todos sabían que las cosas no iban bien, que las divisiones y los conflictos internos estaban erosionando aquella camaradería que algún día se había sentido inquebrantable. Pero había algo que los atenazaba, un sentimiento de temor a lo que pudiera resultar si decidían abrir sus corazones y enfrentar sus propias debilidades y temores.

Miguel tomó la palabra, su voz tenue pero decidida expresó: “Valeria tiene razón. No estamos actuando como amigos y somos mentirosos si creemos que no nos estamos hiriendo el uno al otro al evitarlos. Si queremos sanar nuestras heridas, debemos hablar abierta y sinceramente sobre lo que sea que esté sucediendo entre nosotros”.

Las palabras de Miguel resonaron en el corazón de cada joven poeta.

Todos sabían la necesidad de conversar, pero enfrentar sus conflictos generaba un miedo intenso que se paralizaba de sólo pensarlo. A pesar de ello, más fuerte fue la esperanza de recuperar la confianza y amistad que los había unido inicialmente.

Fue Sofía la que, reuniendo un inmenso valor, comenzó a abrirse ante sus amigos, relatando aquel malentendido que había sembrado la semilla de la inseguridad en su corazón y había fracturado su relación con Valeria. Las lágrimas corrían por sus mejillas mientras sus palabras desnudaban su espíritu, pero de alguna forma pareció que un peso había sido retirado de sus hombros.

Uno a uno, los jóvenes compartieron sus inseguridades y miedos con sus amigos; los silencios incómodos y las miradas cargadas con rencores no expresados fueron lentamente reemplazadas por caricias y palabras llenas de amor y empatía. En el proceso de abrir sus corazones y exponer sus vulnerabilidades, no sólo aprendieron a comprender a los demás sino también a sí mismos.

Mariana, fortalecida por el candor y la sinceridad de sus amigos, decidió enfrentar aquello que había estado torturándola en los últimos días. Confesó su amargura e inseguridad al ver que miguel y Sofía habían estado compartiendo momentos que ella no comprendía, dejándola en un estado de celos que le había llevado a creer que su amistad estaba en peligro. Al reconocer la fuente de su dolor, fue capaz de reconocer que el problema no existía solo en sus amigos, sino también en su propia falta de confianza en sí misma y en su capacidad para ser amada.

Los ojos de sus amigos relucían llenos de lágrimas, pero también de una comprensión inefable. Se abrazaron fuertemente entre sí, como si quisieran construir un escudo de protección en torno sus corazones, que ahora latían acompasados por la conexión recién descubierta.

Una vez que las últimas palabras y las últimas lágrimas fueron compartidas, los jóvenes sintieron que un nuevo vínculo se había forjado entre ellos y que las heridas, tan profundas como habían sido, comenzaban a sanar de una manera auténtica. Al emprender el esfuerzo de enfrentar sus conflictos y reforzar sus amistades, descubrieron que la verdadera fuerza no viene de esconderse detrás de los miedos y las inseguridades que los acechan, sino de enfrentarlos con valor, y de compartirlos con aquellos que pueden entender y apoyarlos en su dolor y su lucha.

Esa tarde, mientras los rayos del sol bajaban lentamente a lo largo de las hojas de los árboles, y el cielo se teñía de colores y júbilo, cinco jóvenes poetas renovaron el pacto de amistad y lealtad que había sido sellado tiempo atrás en el Parque de los Poetas, y abrieron sus corazones a una vida llena de comunicación y amor. Ahora sabían que la verdadera amistad era un viaje constante y valiente, que enfrentar aquellos problemas les permitiría crecer, y que sus corazones no buscaban otra cosa que una vida llenó de poesía y comprensión.

## Chapter 5

# Comunicación con los padres y su rol en la vida

Era una tarde oscura e invernal. La llovizna arremolinaba alrededor de las luces anaranjadas de las farolas mientras los jóvenes poetas buscaban abrigo en el vestíbulo del edificio de apartamentos de Valeria. La reunión de aquel día se había cancelado debido al mal tiempo, y la desilusión lo impregnaba todo, cubriéndolos con una sombra de tristeza. El desamparo de aquella tarde los obligó a enfrentarse a los vacíos y silencios en sus propias vidas y, como en uno de sus versos ocultos, dejó claro el abismo que a veces separa a los padres de sus hijos.

Sofía se asomó al oscuro pasillo y, por un momento, su corazón se llenó de temor: temor a las sombras, al frío, pero, sobre todo, temor a la posibilidad de encontrarse con su madre en aquel estado de ánimo sombrío.

Valeria, en un intento por desviar la negatividad y el amargo aire que los envolvía, decidió plantear un tema a debate: "Venimos aquí todas las tardes, compartimos nuestras palabras y damos vida a nuestras emociones a través de la poesía. Y siempre encontramos la sabiduría, el consuelo y la comprensión en estos momentos. Por qué no podemos hacer lo mismo con nuestros padres? Por qué parecen tan lejos de nosotros, cuando compartimos el mismo techo y supuestamente deben amarnos incondicionalmente?"

Un silencio introspectivo se apoderó del grupo. La pregunta de Valeria había tocado los corazones de sus amigos y avivado los fantasmas que cohabitaban con sus silencios, eclipsando sus anhelos y esperanzas.

Mariana habló primero, su voz temblorosa pero decidida: "Creo que

Creo que cuando uno se siente incomprendido y solo, busca a alguien que le escuche y le entienda. Y eso es precisamente lo que hacemos aquí, en nuestro rincón de poetas. Pero también es cierto que necesitamos que nuestras familias nos escuchen, porque quizás ese sea el primer paso para superar nuestras diferencias y aprender a convivir en armonía”.

Andrés asintió con la cabeza, y añadió: ”A veces me pregunto si les he dado a mis padres la oportunidad de comprenderme, o si me he encerrado en mi propio mundo, alejándome de ellos de forma premeditada. Y si todo lo que necesitaríamos es abrirnos un poco más hacia ellos y compartir nuestras palabras y sentimientos así como lo hacemos aquí, en este parque vespertino?”

El corazón de Sofía latía con fuerza ante aquel pensamiento. La verdad era que ella siempre había guardado un secreto rencor hacia su madre, quien parecía lejana y fría en sus ojos de hija. Pero, acaso había intentado realmente conocer su perspectiva, comprender el mundo desde sus zapatos ya desgastados? Acaso había ofrecido su amor y comprensión de la misma manera que había buscado que la madre lo hiciera?

Las palabras compartidas aquella tarde fueron como poderosos destellos de luz en la oscuridad del vestíbulo, y cada joven sintió de alguna forma la magnitud de lo que estaba en juego. Comprender y amar a sus padres no sería fácil, pero tal vez valía la pena intentarlo.

Decidieron entonces, en ese instante tan revelador, llevar a cabo una nueva misión: organizarían un evento especial en la escuela, en el que sus padres y familiares serían invitados a participar. A través de la poesía, creían que podrían establecer un diálogo entre su mundo interior y aquel que habitaban sus padres, traspasando las barreras del silencio y del miedo.

Andrés, con una mirada llena de determinación, propuso: ”Hagamos esto, no solo por nosotros mismos, sino por todos aquellos que buscan comprensión y apoyo en sus vidas. Llevemos nuestra poesía a nuestras familias y hagamos que nuestras inquietudes y deseos sean escuchados y tenidos en cuenta”.

Los jóvenes poetas se pusieron en marcha, y la sombra de tristeza que había marcado aquella tarde cedió ante el brillo del propósito que ahora compartían. Cada uno de ellos, a su manera, sabía que este sería un comienzo, una nueva forma no solo de enfrentar su pasado y sus recuerdos, sino también de construir puentes hacia un futuro lleno de esperanza, comprensión y

amor.

Y así, aquella lluviosa y oscura tarde de invierno se convirtió en el primer paso de un emocionante y valiente proceso de autodescubrimiento, en el que la poesía y el apoyo mutuo serían el faro que los guiaría en su búsqueda de armonía y conexión en sus vidas.

## Los padres y la vida familiar en la poesía de los protagonistas

### Capítulo 5: El desafío escondido en lo cotidiano

Cada tarde, bajo el cobijo de las hojas susurrantes del parque, los cinco jóvenes poetas se entregaban al misterio y al poder transformador de la creación poética. Verse reflejados en sus versos les permitía reconstruir el sentido de su existencia y encontrar consuelo ante el peso y las exigencias de la vida.

Las problemáticas familiares siempre encontraron un espacio en los poemas de los preadolescentes. Cada uno de ellos lidiaba con sus conflictos y frustraciones a la sombra de miradas desamparadas y tiempos robados al sufrimiento y al desgaste de la realidad.

Un día, mientras sus voces se entrelazaban en un mosaico de palabras y emociones, Valeria levantó la vista de su cuaderno y les hizo una confesión que dejó a todos en silencio: “A veces me gustaría ser como una mariposa, ser capaz de volar hasta el rincón más lejano del mundo y alejarme de todo lo que duele, de todo aquello que me impide expresar lo que siento en mi hogar”.

Cuando el silencio se desvaneció, Andrés tomó la palabra, su voz trémula pero firme: “A veces, nuestras familias pueden ser el lugar más difícil para expresarnos, incluso más que el colegio o el parque. Puede ser que lo que les decimos o, más aún, aquello que no decimos, les afecta más de lo que pensamos”.

La observación de Andrés dejó a todos pensativos, preguntándose si acaso la relación con sus familias había sido realmente tan negativa o si había algo en ellos mismos que les impedía establecer una conexión profunda y honesta con sus padres y hermanos.

“Mis padres siempre quieren que haga las cosas de cierta manera, que siga sus pasos y cumpla con sus expectativas”, expuso Miguel, el dolor en

su voz apenas disimulado. “Y es por eso que no puedo mostrarme como soy realmente, no puedo contarles sobre mis miedos, mis deseos y mi amor por la poesía. Y si me descubren y piensan que soy un fracaso?”

Sofía, con una mirada cargada de tristeza, compartió su propia experiencia: “Mi madre me trata como si fuera una niña pequeña. No entiende que he crecido y que tengo mis propios sueños y aspiraciones. Cada vez que intento hablarle de mis inseguridades, ella simplemente se limita a decirme que eso se pasará cuando sea mayor y tenga una familia propia. Qué debo hacer para que me escuche realmente?”

Mariana escuchaba con atención, su corazón palpitando intensamente. Suspiró antes de dar voz a su propia realidad: “Mis padres prácticamente viven de un trabajo a otro, luchando por llegar a fin de mes. Apenas tenemos tiempo juntos y cuando lo tenemos, están tan agotados y preocupados que prefieren que esté callada para no añadirle más peso a sus cansados hombros. Me da miedo que si les hablo de mis problemas, les parezca que soy una carga o un estorbo”.

Las palabras de sus amigos reverberaron en el corazón de Valeria, quien tomó su cuaderno y, con mano temblorosa, les mostró la poesía que había escrito momentos atrás: “Escribí esto pensando en lo que Sofía y Miguel dijeron y creo que es cierto: nuestras familias pueden ser nuestras más grandes fortalezas pero también nuestras cadenas invisibles, y nos es tan fácil hablar de ello porque significa poner en tela de juicio el amor y la lealtad que debemos sentir hacia ellos”.

El poema de Valeria capturaba con precisión el dilema que habían enfrentado los jóvenes a lo largo de su vida: la frontera borrosa entre el amor y la obligación que se entretejía con cada palabra que no decían y cada conflicto que habían enterrado en su pecho.

Todos se dieron cuenta, en aquel momento sagrado en el que sus corazones latían al unísono, que tampoco habían sido totalmente honestos consigo mismos ni con sus familias. Que quizás la verdadera respuesta a su angustia y tristeza no yacía únicamente en los poemas que compartían en la penumbra del parque, sino en el coraje para enfrentar la realidad de sus vidas familiares y la esperanza de poder reconstruirlas.

Esa tarde, bajo el respiro de un sol moribundo, los amigos decidieron trabajar juntos para enfrentarse a sus miedos y, a través de la poesía, abrir las puertas de sus hogares para que el amor y el entendimiento pudieran

fluir entre los abismos oscuros de sus corazones.

## Las expectativas familiares y la presión sobre los preadolescentes

### Capítulo 3: La expectativa de los padres y el peso del éxito

El sol aún no se había puesto cuando Andrés, Sofía, Valeria, Miguel y Mariana se encontraron nuevamente en el banco de madera bajo el sauce, en su rincón secreto en el Parque de los Poetas. Todos llegaron temprano, con los sudores helados de sus miedos y las huellas de la vergüenza todavía frescas en sus mejillas.

Solo habían pasado unos días desde el encuentro emocional en el vestíbulo del edificio de apartamentos de Valeria, pero las palabras compartidas y las dudas plantadas habían crecido en sus mentes como una enredadera rebelde. Cada uno había tendido la mano a sus padres y esperaba ofrecer una nueva perspectiva y conexión, pero todos habían sido recibidos con rostros inexpresivos y manos frías e inseguras.

Andrés fue el primero en romper el silencio, con una voz llena de furia contenida: “No tengo idea de cómo voy a hacer esto. Cómo se supone que puedo cambiar años y años de expectativas y suposiciones? Cómo puedo convencer a mis padres de que mis sueños no son absurdos y sin sentido?”

Valeria tomó su mano, apretándola con suavidad y ofreciéndole un sorbo de consuelo. “Lo mismo me pregunté yo durante todos estos días. A veces, siento que quizás estemos obligados a continuar viviendo en nuestros pequeños mundos, sin cruzar la línea que nos separa de nuestros padres y sin entender ni ser entendidos por ellos”.

Sofía dejó escapar un suspiro que se desvaneció en el viento frío. “Me enfrenté a mi madre y la vi como por primera vez, a través de mis ojos de niña y de adolescente en conflicto, a la vez, desafiante como nunca lo había sido antes”, confió en sus amigos reunidos a su alrededor.

“Le hablé de mi amor por la poesía y mis anhelos, aquellos que la plaza y este grupo me habían ayudado a revelar como mis propios tesoros ocultos. Le mostré mi cuaderno de versos, atesorado y casi enmohecido por el miedo a dañar lo que había en él. La oí decir, con la voz cargada de lágrimas, que me sentía culpable por no haberme dado cuenta antes de todo lo que ocurría en mi corazón”, relató Sofía, mirando fijamente al suelo mientras

una lágrima solitaria bajaba por su mejilla.

“Mi madre me abrazó entonces, y supe que, aunque no supiese comprender totalmente mis anhelos y mi talento para la poesía, sentía profundamente el peso de haber fallado en su empatía y comprensión como una madre a su hija”, continuó Sofía.

La experiencia de Sofía despertó en cada uno de los jóvenes presentes una mezcla de esperanza y desesperación. Las expectativas y presiones de las familias parecían ser un peso difícil de soltar, pero también era cierto que ese peso los estaba desgastando poco a poco.

Miguel, sintiéndose algo derrotado, no pudo evitar soltar un gemido resignado. “Sospecho que todos llevamos cadenas invisibles a nuestros padres y hermanos, y las arrastramos a lo largo de nuestras vidas como penitentes en una procesión sin fin. Pero, fallamos nosotros, o fallan ellos? Debemos condenarnos a nosotros mismos por no cumplir con sus expectativas, o aceptar que no podemos forzarnos a seguir caminos que no son nuestros?”

La pregunta resonó en el aire, y sus ecos no encontraron respuesta en las hojas susurrantes del sauce ni en los bancos de madera que envolvían a los jóvenes poetas. Andrés, con un gesto decidido y valiente, dejó caer su cuaderno de versos sobre el banco de madera, y las palabras se derramaron sobre sus amigos en versos dulces y amargos.

“Esto es lo que somos, poetas y guerreros luchando contra las expectativas y presiones de la vida en una jungla de hormigón. Nuestros corazones claman por amor y justo juicio, y lo transmitimos a través de nuestras palabras y versos. Si nuestros padres no pueden ver esa verdad, al menos nosotros sí podemos y, al final, es nuestra verdad la que llevaremos a lo largo de nuestros caminos”.

Las palabras de Andrés alimentaron un fuego de determinación y pasión en cada uno de los presentes, y los versos compartidos en aquella tarde fría se convirtieron en banderas flameantes en su batalla por la comprensión y la autoaceptación.

## **Falta de comunicación entre padres e hijos, y el efecto en las relaciones**

### Capítulo 5: Rompiendo las barreras

La áspera e imperturbable atmósfera de la última reunión había dejado

una huella indeleble en sus corazones. Por primera vez, los cinco jóvenes poetas se habían enfrentado al abismo que cada uno de ellos padecía, una brecha en la relación más milenaria y esencial, la relación con sus padres.

Miguel se levantó de la cama con un sobresalto, preguntándose cómo podía iniciar una conversación sincera sobre su vida y sus sueños con las personas que lo habían criado desde siempre. Sus pensamientos, una vez tan claros e inspiradores, ahora se habían vuelto oscuros y confusos, como un eclipse que ensombrecía el sol de su esperanza y su autoestima.

En su cocina, la madre de Mariana clavaba la mirada en la pantalla del teléfono mientras leía el mensaje que su hija había enviado el día anterior con una expresión sorprendida y desconcertada en su rostro. El silencio tácito entre ellas ahora parecía más ruidoso que nunca; estaba lleno de palabras no dichas y de emociones contenidas, de promesas rotas y de preguntas sin respuesta.

Andrés, aunque siempre tan dispuesto y valiente en sus convicciones, apenas podía hacer contacto visual con su padre cuando se lo encontraba en la sala de estar, en la hora del café y las noticias. La verdad era, que la semilla plantada en su corazón por las palabras de Valeria había empezado a crecer en silencio y a encerrarle el pecho, sofocándolo con un nudo perpetuo de incertidumbre y una súplica callada de comprensión.

Ese martes, en el parque, bajo la sombra majestuosa del viejo sauce, la reunión tuvo un cariz diferente. Fue una tensión latente, como si, de repente, aquel paraíso que tenían entre sus manos se hubiera desmoronado y ahora todo cuanto les quedaba eran los escombros de sus ilusiones rotas y las ruinas de lo que solía ser su refugio.

Estaban reunidos en torno a su mesa y sus bancos de madera, donde tantos tesoros habían desenterrado de sus corazones, donde tantas veces habían librado batallas sangrientas contra sus propios miedos y sus inseguridades más profundas. Pero en aquella tarde tibia y silenciosa, Valeria no pudo evitar preguntarse si aquel templo, aquel pequeño rincón de paz y aceptación, se había convertido en una cárcel más, una trampa de la que no lograban escapar.

Fue Mariana quien rompió el silencio, con voz temblorosa pero firme: "Hemos hablado de nuestros sueños, de nuestras aspiraciones y de nuestras dudas. Nos hemos abierto el corazón en este grupo y nos hemos apoyado, pero Nos hemos enfrentado a nuestras familias con la misma honestidad?"

El canto de los pájaros y el murmullo de las hojas se hizo casi insoportablemente ruidoso en ese momento. Cada uno de ellos se vio obligado a enfrentar la realidad de la distancia entre ellos y sus familias. Las palabras de Mariana dejaron un eco que retumbó en el fondo de sus almas y forzó la rendición de sus ojos hinchados por el llanto y la derrota.

Sofía, siempre tan audaz y llena de vida, miró a cada uno de sus amigos y dijo con lágrimas en los ojos: "No quiero vivir mi vida en dos partes, como si fuera una doble vida que no puedo compartir con la gente que más quiero".

## **Abriendo la puerta a compartir sentimientos y pensamientos con los padres**

Fue la segunda mañana de septiembre, una de esas mañanas en las que el aire otoñal comienza a rozar las almas desprevenidas y las hojas, que poco a poco se tornan de tonos amarillos y rojizos, comienza a cubrir los suelos de las calles y los parques. En este día particular, Andrés sintió un peso extraño en su corazón, una sensación que no podía ignorar. Estaba atrapado entre el impulso desesperado de enfrentarse a su familia y la aprensión de que este acto de valentía podría ser recibido con desprecio y desdén.

La lenta agonía del malestar persistía en su garganta mientras caminaba hacia la cocina. Tenía una urgencia en su ser; pero al igual que las hojas otoñales, se sentía vulnerable y al borde de la desintegración. La cocina estaba ocupada con la vida familiar: su hermana cortando trozos de manzana, su padre leyendo el periódico y su madre preparando el desayuno. Andrés sintió una punzada de vértigo. Blood flushed sus mejillas y su estómago se obligó contra el peso en su corazón.

"Mi familia", pensó Andrés, "¿Qué les diré? ¿Cómo lo expresaré?". Su corazón lanzado en su pecho como si ya estuviera en medio de una confrontación. Pero, realmente habría una confrontación? o, era lo desconocido lo que realmente lo aterrorizaba?

Reuniendo su valor, Andrés abrió la boca solo para descubrir que su valiente voz había sido remplazada por un ronco susurro. Miró a su madre y vio su rostro preocupado y confundido. Claro que notó algo en el comportamiento de su hijo y, sin embargo, no pudo preguntar qué era lo que le molestaba. Andrés lo meditó y, jadeando, comenzó a hablar.

”Quiero compartir algo con ustedes. Es algo muy importante para mí y espero que puedan entender”, Andrés finalmente soltó las palabras que revoloteaban en su garganta. El ruido de la cocina se desvaneció, y todos los ojos se dirigieron hacia él. La hermana de Andrés soltó un suspiro y se apartó de la mesa con una suave sonrisa, sus labios tenuemente revelaron sus dientes y su mirada clavada en la mesa.

El padre de Andrés levantó la mirada del periódico y asintió con la cabeza ligeramente, apoyándolo en su deseo de comunicarse. Andrés tragó saliva y siguió adelante, hablándoles del parque donde encontró la poesía y su amor por el arte de las palabras.

”La poesía me ha ayudado a entenderme a mí mismo y al mundo. Me ha dado un lugar al que pertenecer y amigos que me aceptan y me apoyan”, continuó Andrés, con la pasión y determinación fluyendo por sus venas.

Pero lo más importante, les habló de cómo deseaba conectarse con ellos, comunicándose a través de sus poemas y compartiendo libremente sus pensamientos y emociones en un espacio seguro y enriquecedor. Su deseo ardiente era abrir la puerta a una nueva dimensión de su relación con sus padres y su hermana, un mundo lleno de empatía, comprensión y conexión genuina.

El silencio llenó el aire de la cocina y Andrés contuvo el aliento mientras sus palabras resonaban temerosamente en su familia. Se sentirían amenazados o traicionados? Lo rechazarían o lo juzgarían por ser diferente?

Fue su madre quien rompió primeramente el silencio. Se acercó a él y, con lágrimas en los ojos, lo abrazó.

”Lo siento, Andrés. Jamás nos dimos cuenta de todo lo que sentías. Ha sido mi error no darte el espacio que necesitas para hablar y encontrarte a ti mismo”, murmuró ella, su voz teñida de remordimiento. ”Estoy orgullosa de ti y de tu valentía”, añadió después. ”Yo también quiero aprender acerca de tu mundo y apoyarte en tus sueños”. Ese día, las hojas caídas en el suelo de aquella cocina no eran solo de las ramas de los árboles. No, eran también las barreras entre un hijo y sus padres, el miedo a ser juzgado y la aprehensión ante lo desconocido. Aquel día, el corazón de Andrés encontró el valor que buscaba para abrir un espacio en el que su familia y él pudieran sentirse libres para compartir y comprenderse mutuamente. La conexión, la profundidad y la belleza de su relación se vio fortalecida, permitiéndoles crecer juntos y valorarse más allá de las expectativas y las

presiones externas.

## **Aprendiendo a escuchar y entender a sus padres desde una nueva perspectiva**

### Capítulo 6: Una nueva perspectiva

Andrés se sintió desplomarse en el estrecho sofá de su cuarto mientras las palabras de Valeria resonaban en su mente, como una serpiente que lo mordía suavemente, inyectándole un veneno doloroso pero a la vez revelador. Sus padres estaban en la sala de estar, discutiendo sobre lo mismo de siempre: dinero, trabajo, las preocupaciones cotidianas. Andrés se puso los auriculares y, con un suspiro harto y cansado, se sumergió en la música que siempre había sido su escape, su salvación en momentos de tensión y angustia.

”No te resulta curioso que escribamos tantos poemas sobre lo que sentimos, pero que no podemos hablar con nuestros padres sobre esas mismas cosas?” Las palabras de Valeria habían sido una bengala en la noche oscura, una luz pálida pero incuestionable que ahora iluminaba la triste y olvidada verdad.

Andrés pensó en el último poema que había compartido con sus amigos. Hablaba de sus sueños, de sus inseguridades, de todo lo que tenía atragantado en la garganta y solo podía liberarse cuando escribía. Sin embargo, nunca había tenido el coraje para confrontar y compartir su propio universo de emociones con sus padres, quienes continuaban existiendo tras esas finas barreras invisibles, tan cerca y a la vez tan lejos de él.

Esa noche, Andrés se acostó en su cama, las sábanas arrugadas y el corazón lleno de incertidumbre. Cómo podría hablar con sus padres, con quienes siempre había mantenido una relación basada en la apariencia de la normalidad y la estabilidad? Cómo revelarles el miedo que lo habitaba, la necesidad de escuchar y ser escuchado, de entender y ser entendido?

”Y si cambiamos de perspectiva? Si tratamos de ponernos en sus zapatos, de imaginar cómo se sienten ellos?” había sugerido Valeria en su última reunión. Y aunque parecía difícil, Andrés sabía que todo cambio debía empezar por algo, por un intento, por un paso en la oscuridad.

A la mañana siguiente, Andrés despertó temprano, antes de que sus padres salieran de su habitación. Decidió esperarlos en el comedor, donde

habían dispuesto tostadas, fruta y café. Sus padres entraron, sorprendidos y desconcertados, pero se sentaron a la mesa sin decir nada.

Andrés tomó aire y miró a sus padres, quienes parecían más vulnerables de lo que hubiera imaginado. En ese instante, pudo ver más allá de las máscaras de autoridad y responsabilidad, adentrándose en sus corazones cansados y sumidos en preocupaciones.

”Padre, madre, quiero hablar con ustedes sobre algo importante”, comenzó Andrés, con la voz temblorosa pero decidida. Sus padres lo miraron, expectantes y algo inseguros ante la inusual situación. ”Últimamente he estado pensando mucho en nosotros, en nuestra relación y en cómo ” Andrés se detuvo un momento, buscando las palabras adecuadas, mientras su madre, sin poder soportar la ansiedad, lo cortó.

”Qué pasa, hijo? Es algo malo? Hicimos algo que te haya lastimado?” preguntó, con los ojos llenos de preocupación y confusión.

Andrés se mordió el labio inferior y continuó. ”No, no es que hayan hecho algo malo. Es solo que quiero aprender a escucharlos. A entenderlos y a compartir con ustedes lo que realmente siento”, confesó él, y su padre bajó el diario que tenía en sus manos.

”Fíjate que, justo anoche, tu madre y yo estábamos hablando sobre lo mismo. Nos preguntábamos si estábamos haciendo lo suficiente para apoyarte y conocerte”, admitió su padre, su voz suave y cálida como una brisa de verano.

Y entonces, Andrés sintió que algo comenzaba a cambiar, un deshielo gradual de las barreras que durante tanto tiempo había mantenido a raya la intimidad y la conexión emocional en su familia. Se descubrió hablando con sus padres sobre sus miedos, sus sueños, sus inseguridades y deseos. Y a cada confesión, a cada palabra lanzada al aire por fin, Andrés se encontraba con la empatía y la comprensión de sus padres, quienes también revelaban sus propias emociones y preocupaciones.

En ese desayuno compartido se volvieron a encontrar como padre, madre e hijo, pero ahora también como seres humanos imperfectos, llenos de anhelos y miedos, caminando el sendero de la vida y buscando sentirse menos solos. A medida que se abrían y escuchaban unos a otros, comprendían que habían estado luchando solos contra los mismos problemas y miedos que los demás y se preguntaron por qué no habían dejado caer esas barreras antes.

La sinceridad y la comprensión entre Andrés y sus padres fueron un

fuego renovado que los unía y fortalecía. Aprendieron a mirarse a través de una nueva perspectiva, a dejar de juzgarse por sus debilidades y a apoyarse en sus fuerzas. Y aunque el mundo continuó girando a su alrededor, ellos encontraron en ese instante una nueva forma de amarse y acompañarse en el largo y sinuoso camino llamado vida.

## **Padres como modelos de comportamiento y fuentes de inspiración**

Las tardes de domingo solían ser rutinarias, llenas de apatía y una familiar anticlímax del fin de semana. Sin embargo, este domingo, en particular, fue diferente para Andrés, ya que se encontraba inquieto en su habitación, repasando mentalmente los consejos dados por Valeria en el parque la semana anterior. Cautivado por la experiencia de reconocer sus propios sentimientos, pero aún dudosa sobre su efectividad en otros, decidió armarse de coraje y confiar en su familia. Decidió intentar construir una comunicación más abierta con sus padres, modelar sus deseos y aspiraciones, y aceptarlos como aliados en su lucha por encontrar su lugar en el mundo.

Andrés se deslizó por la puerta de su habitación mientras sus padres se acurrucaban uno al lado del otro en el sofá de la sala. La televisión emitía su irradiación áurea y monótona sobre el rostro hundido de su madre, reflejando el deleite de la abstracción que la llevaba a otro mundo, lejos del estrés y las preocupaciones. Su padre, sin embargo, mantenía fija la mirada en el libro que parecía llevar una eternidad, una prístina lectura de los posos de tungsteno y lágrimas que erotizó su profundo deseo de sentirse conmovido.

Andrés se armó de valor y carraspeó su garganta, llamando la atención de sus padres, quienes lo miraron con una mezcla de sorpresa y preocupación. Dudó por un momento, pero al recordar las palabras de su amiga, dio un paso adelante.

”Padre, madre, quisiera leerles un poema que escribí”, comenzó, sintiendo una temblorosa oleada de nerviosismo y emoción adueñándose de su voz. Sus padres se miraron el uno al otro, capturando en sus miradas la mutua comprensión del momento revelador que su hijo estaba ofreciendo y, con una rápida inclinación de la cabeza, cedieron al deseo de Andrés de ser escuchado.

Su voz comenzó casi en un susurro, pero a medida que las palabras fluían libremente, Andrés sintió cómo poco a poco iba ganando fuerza en su interior. Habló sobre el otoño, sobre cómo las hojas llegan a ser parte del paisaje terrenal, y de cómo la naturaleza, en todas sus vivas facetas, hace eco de nuestros propios miedos y anhelos humanos.

Al ver cómo sus padres escuchaban atentamente cada línea, Andrés pudo percibir el cambio en sus expresiones faciales, la mueca en los ojos de su madre como si sintiera el dolor de las hojas caídas sobre su corazón, y el asentimiento casi imperceptible de su padre, que anunciaba su identificación con la lucha del otoño.

Cuando terminó de leer, el silencio lo envolvía todo, incluso el habitual murmullo de la televisión parecía haber cedido ante la desnudez vertiginosa del poema. Andrés miró a sus padres y algo en su interior se rompió: las lágrimas, como satélites de un sol desconocido, comenzaron a rodar por sus mejillas.

Su madre corrió hacia él, abrazándolo fuertemente y dejando escapar un sollozo ahogado. "Eso fue tan hermoso, Andrés", murmuró a través de sus lágrimas, mientras el padre de Andrés mecía la cabeza con una sonrisa húmeda y triste, incapaz de encontrar su voz.

Fue entonces cuando la comunicación entre ellos se volvió algo más, ya no eran simplemente palabras y preguntas vacías, sino un atisbo directo al corazón del otro, un mapa íntimo de sus deseos y frustraciones más profundas. Las palabras, ahora cargadas de un poder desconocido, comenzaban a liberar toda la belleza y agonía escondida en ellos, permitiéndoles finalmente el privilegio de encontrarse el uno al otro.

Esa noche, en la cálida intimidad de su hogar, Andrés, su madre y su padre encontraron en la poesía no solo una experiencia terapéutica, sino también una oportunidad para sanar las heridas que los separaban y aceptarse como modelos de comportamiento y fuentes de inspiración más allá de las estructuras de autoridad y obediencia.

El pasado, el presente y el futuro de sus vidas adquirieron un nuevo significado con cada verso, cada pausa y cada mirada cargada de un amor incondicional y renovado. Con cada silencio enfrentaron sus miedos, reconocieron sus fortalezas y forjaron un lazo indestructible enraizado en la sinceridad y el entendimiento, una vez más reafirmando la verdad universal que la poesía puede tocar no solo el corazón, sino también el alma.

## **El impacto de la comunicación abierta y el apoyo familiar en el bienestar emocional de los preadolescentes**

### Capítulo 5: Un candado en el corazón

El aire era blando y suave, algodonoso, dulcemente invasivo. Andrés respiró hondo. El temblor interno entre sus nervios le llegaba como un eco, como una llamada de atención a algo que no había estado haciendo bien. Sus ojos encontraron los de sus padres y hubo un destello entre ellos, una conexión áspera y sin pulir.

Un golpe sordo llenó sus oídos cuando cerró la puerta detrás de sí, una puerta que no se atrevía a cerrar cuando estaba compartiendo sus poemas con sus amigos, pero ahora viéndose obligado a enfrentarse a quienes le habían dado la vida, sentía la necesidad de imponer esa barrera. La fuente de ese temor era un nudo de incomprensión, una extraña mixtura de gratitud apabullante, de reconocimiento mudo, de amor profundo y total. Pero también de silencio.

Frente a sus padres, Andrés desplegó el papel que llevaba en sus manos y notó cómo el sudor en sus dedos humedecía el delicado material casi al borde de la rotura. No quiso pensar en qué pasaría si su voz se quebraba, o si sus nervios iniciaban un temblor irreparable en su cuerpo.

”Padre, madre ”, comenzó a leer en voz baja pero decidida. Las palabras, nacidas en lo más profundo de su corazón, salieron como hilos de luz, finos, indomables, encendidos. Sus padres, inevitablemente, lo escuchaban. No había forma de evitarlo. Comenzaron a vislumbrar en esos versos un retrato de Andrés, nítido y a la vez inquietante. Una imagen que dibujaba parte de su dolor y su esperanza, que revelaba un alma en aras de un cambio, de una evolución. Padres e hijo compartían un piso y un techo, espacio y tiempo, pero no el mundo interior de Andrés.

Esa tarde, en los brazos del silencio que siguió a la lectura del último verso, Andrés y sus padres se descubrieron por completo. La conexión que se había liberado con cada palabra se reconfiguró en una suerte de candado cuyo código se había develado. El secreto, al fin entendido y asumido en las miradas y las lágrimas compartidas en la sala, había abierto las compuertas de esa comunicación anhelada pero distante.

Su madre, con los ojos húmedos y la frente arrugada como una sábana vieja, encontró la voz que había perdido en el torrente de sentimientos

que se le había venido encima. "Hijo, nos has mostrado un mundo que desconocíamos. Pero un mundo que queremos explorar, que sigue siendo el tuyo, pero que podemos compartir."

Su padre, de espíritu duro y aparentemente infranqueable, abrazó a Andrés con una ternura que traspasaba la piel. "Siempre he tratado de ser un buen padre, pero tal vez no sabía cómo.", admitió él con humildad, "Estas palabras, el amor y el miedo en ellas, son un nuevo amanecer para poder encontrarnos."

Andrés sintió la vida desplegándose ante él como un abanico de posibilidades y de momentos compartidos. El candado, abierto, se había transformado en un puente que ahora unía las almas de todos. Una confianza nacida del abismo de los peores temores ahora se alzaba, firme y valiente, como una hoja de papel que se suelta al viento y se convierte en una bandera de libertad.

Los días siguientes tuvieron un sabor distinto para todos en la casa. Los diálogos adquirieron connotaciones más profundas, sinceras, incluso hasta convertirse en cuerdas de guitarra que vibraban al ritmo de los latidos más internos.

Andrés compartió con sus padres el taller de poesía del que era parte, y al hacerlo, exclusivamente compartió con ellos la gran familia de apoyo que había encontrado. Les mostró cómo sus amigos también luchaban por expresarse, por descubrir su identidad, y cómo sus familias les ofrecían ese espacio de amor y comprensión que les permitían afrontar la vida de una manera más saludable y armónica.

Los retratos familiares en las paredes de la casa, antes fríos y lejanos, se volvieron cálidos y vivos. La casa, que había sido el castillo inexpugnable de cada uno, se abrió como un abrazo a las profundidades y anhelos de sus habitantes. Ya no había silencio, sino fluidez entre ellos, una corriente mutua de sinceridad que les permitía entenderse y ayudarse mutuamente.

"Andrés", dijo su madre una noche en la que compartían una taza de té caliente, "ojalá hubiéramos conocido antes este acceso a tu alma, a lo que llevas dentro. Pero quiero que sepas que ahora nos tienes siempre, que escuchamos tus versos y los lloramos y los amamos como a ti mismo."

En sus ojos, Andrés descubrió la ternura y el amor inquebrantable de una madre que se había entregado por completo a su hijo y la gratitud colmaba su corazón. Aprendió que a veces el candado solo se abre desde

adentro y necesitaba enfrentar sus miedos y inseguridades para compartirlos con aquellos que más lo amaban.

Y en este nuevo mundo, donde ellas sólo habían hecho de puente a la familia, las palabras se convirtieron en un bálsamo, en el fuego sagrado que iluminaba la vida y daba sentido a sus emociones. En el tierno abrazo de la comunicación abierta y el apoyo familiar, descubrieron juntos el camino hacia el bienestar y el amor incondicional.

## Chapter 6

# Miedos e inseguridades preadolescentes

Era la hora del almuerzo en la escuela secundaria, y los cinco descansaban en el patio de concreto; Miguel y Andrés en una banca, mientras que Valeria, Mariana y Sofía se sentaban en el suelo a sus pies. La luz del sol caía como una red sobre ellos, pero los cinco, protegidos por la frondosa sombra de un árbol centenario, parecían invisibles.

Los adolescentes apenas se daban cuenta del ir y venir de estudiantes a su alrededor, cada uno atrapado en sus pequeños universos personales llenos de presiones y desafíos. Valeria miró al suelo nerviosamente, jugueteando con sus dedos temblorosos mientras recitaba sus poemas internos, diciéndoselos a sí misma en silencio y en secreto antes de atreverse a compartírselos con los demás. Andrés observaba a sus compañeros, enojado con este mundo que les exigía tanto, ese mundo que los presionaba a ser algo que no deseaban ser.

Miguel repentinamente interrumpió el silencio, con una profunda ansiedad en su voz. "Alguna vez sienten?", comenzó, pero no pudo terminar su frase. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras sus amigos lo miraban, preocupados pero también expectantes. Tragó saliva y finalmente continuó con sus palabras, como la última salida de una inundación represada: "Alguna vez sienten que, simplemente, no encajan en este mundo? Que no importa cuánto intenten adecuarse, siempre hay algo que los hace diferentes, que los hace sentir menos que los demás".

A medida que las lágrimas rodaban por sus mejillas, por un momento,

todos compartieron un sentimiento de entendimiento y conexión: cada uno de ellos luchaba con sus miedos, inseguridades y expectativas personales. Desde hace mucho tiempo se habían dado cuenta de que ser diferente no era algo negativo. Valeria, tímida pero valiente, fue la primera en hablar.

”Yo también me siento así a veces, Miguel”, admitió mientras se limpiaba las lágrimas de los ojos. ”Últimamente he estado pensando mucho en mi cuerpo y mi apariencia. No puedo evitar compararme con las otras chicas de nuestra clase. Siento que no soy lo suficientemente delgada, o que no tengo la ropa adecuada. Pero a través de la poesía, me he dado cuenta de que mi valor no está en mi apariencia, sino en la belleza de mis palabras y mis pensamientos”.

Entonces, cada uno a su vez comenzó a exponer sus propias batallas internas. Andrés habló de la presión de tener un padre exitoso y cómo lidiar con la expectativa de seguir sus pasos. Sofía compartió sus miedos sobre el futuro, la preocupación de no poder encontrar un lugar en este mundo donde se sintiera feliz, donde pudiera expresar sus emociones libremente, sin miedo al juicio o ridículo.

Mariana, siempre sensible, confesó sus temores sobre la soledad y la ansiedad que le provocaba la idea de estar siempre a la altura de los demás, de mostrar que era igual de valiosa y fuerte cuando en realidad solo quería gritar y huir. Por último, Valeria, sacó una hoja de papel arrugado de su bolso, la cual había estado sosteniendo como un cristal frágil durante toda la conversación, y comenzó a leer en voz alta el poema que había escrito.

El poema hablaba de las sombras que todos llevamos a cuestas, de los miedos secretos y silenciosos que llenaban nuestras noches y que solo compartíamos con la almohada húmeda de nuestras lágrimas. Hablaba de cómo esas sombras parecían amenazadoras y monstruosas, y cómo en realidad, si las enfrentábamos y las compartíamos con aquellos a quienes amamos, podrían ser dispersadas por los rayos del sol de la comprensión y la empatía.

Cuando Valeria terminó, un fuerte aplauso estalló desde el fondo del patio, y antes de que los adolescentes pudieran darse cuenta, una gran multitud de compañeros de clase los rodeaba, conmovidos y admirados por la valentía y sinceridad de sus palabras. Y allí, bajo el sol y la sombra, en aquel rincón secreto del concreto en el que nadie podría alcanzarlos, los cinco se sintieron no solo vistos, sino también profundamente comprendidos.

En ese momento, los cinco se miraron y entendieron que, a pesar de sus miedos y inseguridades, no estaban solos. Tenían los versos de sus poemas, compañeros del mismo sueño compartido, y la amistad inquebrantable entre ellos. Más que nunca, los cinco habían descubierto el verdadero poder de la poesía: no sólo un arte de conectar palabras, sino de conectar corazones y almas.

## La presión de encajar y ser aceptado

### Capítulo 6: La sombra del espejo

Sentada en la banca frente a frente con sus amigas Sofía y Valeria, Mariana no podía evitar mirar el grupo de chicas afuera del café. La voz de Sofía llegaba sorda y apagada a sus oídos, pero las risitas del grupo le parecían estentóreas y retumbantes. Los celulares que las chicas sostenían en sus manos eran extensiones de sus brazos, como si estuvieran unidas a ellas de alguna extraña manera, inseparables. A su alrededor, toda la vitalidad de la vida urbana se desplegaba, todos enfrascados en sus propios problemas y dilemas, ignorándose unos a otros, pero compartiendo el mismo espacio. Una anciana pasó lentamente, arrastrando sus pies y cargando sus bolsas pesadas.

Mariana, aferrándose a su refresco, sintió el peso del líquido aplastando su garganta, haciéndola difícil de respirar. Soltó un suspiro. Pensaba en lo mucho que había cambiado en la última semana. Sus ojos se dieron cuenta de que, de alguna manera, había cambiado más que su reflejo en el espejo. Cuando se miraba en el espejo por la mañana, apenas podía reconocer a la adolescente que era ahora. Era como si una sombra misteriosa la hubiera cubierto, haciéndola invisible, o peor aún, convertida en un monstruo.

Su corazón la giraba en su pecho cada vez que escuchaba las risas de las chicas afuera. Mientras Valeria y Sofía hablaban en tonos bajos y extendían sus cuadernos de poesía hacia ella, Mariana sentía que a su alrededor, la presión entre sus sienes crecía como si alguien estuviera soplando una burbuja e inflándola cada vez más hasta casi explotar.

Miguel certificó su preocupación cuando, desprevenido por la angustia de Mariana, le soltó, "Mariana, se te nota en el rostro el enojo y el agotamiento. estás bien?"

"Sí, estoy bien", susurró ella en voz baja. Si bien sabía que eran risas

casuales, desde su perspectiva, cada sonido en el aire la asfixiaba. Tomó una bocanada profunda de aire para contener la presión que se había alzado en su pecho y dijo: "No se les hace raro? No, mirad al grupo de chicas que están afuera."

"Qué tienen? Qué ocurre con ellas?", preguntó Sofía examinando a las chicas desde el vidrio del café.

"No sé, es como si me hicieran pensar que no encajo aquí", contestó Mariana, con un hilo de tristeza en sus palabras.

Las palabras de Mariana cayeron sobre ellos como gotas de lluvia en días nublados de primavera, y en vez de quedar a la deriva en el aire, permanecieron suspendidas allí como cuentas de vidrio líquido, capturando su angustia y su descontento.

Andrés se detuvo y levantó la cabeza, su expresión al principio preocupada y luego serena. "Mariana, cuando miro a esas chicas, veo a alguien que aparenta ser feliz o cool, pero no sé si realmente lo son. No sé si les importa cómo se ven, cómo hablan, cómo nos miran a nosotros. No puedo decirte cómo identificarte a ti misma, pero puedo decirte esto: no estás sola".

El sol comenzó a ocultarse detrás de las nubes, y cuando las primeras sombras del crepúsculo se desplegaron sobre el parque, los adolescentes, ahora reunidos fuera del café, se sintieron fortalecidos no sólo por la dulzura de las palabras, sino también por el amor y comprensión mutua que compartían. Sus corazones se calentaban, unidos en el sentimiento común de adversidad y esperanza, y al unísono todos estaban dispuestos a enfrentar las tormentas de la adolescencia.

## **El miedo al fracaso y a las expectativas**

### Capítulo 6: Miedo al fracaso y a las expectativas

Miguel rasgó un trozo de papel de su cuaderno, mostrando con orgullo su poema a sus amigos reunidos en la cafetería. El olor del café recién hecho y pan caliente flotaba en el aire, mezclándose con la tensión y emoción que se había acumulado en todos ellos durante las últimas semanas. Sofía apoyó su barbilla en sus manos apretadas, los ojos vacilantes escaneaban nerviosamente el poema de Miguel antes de levantar lentamente la mirada hacia él.

"Miguel, este poema es realmente hermoso", murmuró Sofía, casi sin

darse cuenta de lo bajo que hablaba. Valeria asintió con la cabeza, su mente corriendo por las palabras entrelazadas de Miguel, pero también sintiendo un peso en el estómago que ni siquiera el aroma a café podía levantar. Mariana miró a Miguel a los ojos y suspiró. "Es hermoso, Miguel, pero no te sientes asustado? Quiero decir, mostrar nuestra poesía a la escuela a los profesores es como exponer nuestras almas para que el mundo las vea".

Andrés agarró su taza temblorosa y bebió un sorbo de su bebida caliente. "Lo entiendo, Mariana. Yo también estoy asustado. Y si no les gusta? Y si nos burlan? Quiero decir mi padre ya se burla de mí por escribir poesía, no es algo 'de hombres', dice, pero yo siento la necesidad de expresarme con las palabras, como una pintura creada por muchas pinceladas". Sus ojos azules siempre parecían llenos de tristeza, pero el brillo en ellos era ahora más fuerte.

Los cinco amigos intercambiaron miradas cargadas y permanecieron en silencio. Cada uno recordaba los momentos en los que habían sido ridiculizados, los momentos en los que habían sido humillados. Les sucedió a todos en algún momento de sus vidas: en la escuela o en sus hogares, donde el apego a ciertos patrones y estereotipos aún dictaba el curso de las relaciones humanas. Ser diferente, ser único, en este mundo era un lujo que pocos podían permitirse.

Miguel retiró la mano de Sofía y bajó la vista hacia el poema, con la otra sosteniendo la humeante taza de té en la mesa. Entonces habló, su voz resonando en el ambiente saturado de nostalgia y temor. "Yo también tengo miedo, Mariana, no lo niego. Pero si algo he aprendido en nuestra ciudad, es que todos, en el fondo, estamos luchando con nuestras propias sombras, nuestras propias inseguridades y limitaciones. No somos solamente poetas, somos supervivientes, y estamos aquí para luchar juntos".

Sofía mordió lentamente sus labios, sintiendo que un nudo invisible en su estómago se estaba deshaciendo. "Tal vez tal vez sea hora de enfrentarnos a nuestros miedos y dejar que el mundo sepa que no estamos solos. Si pudiera si pudiera saber que no soy la única que siente esta presión aplastante, esta sensación de fracaso al no ser suficiente, podría sobrellevarlo un poco mejor". Sus palabras se desvanecieron en un susurro mientras las lágrimas brotaban de sus ojos y caían en el papel del poema de Miguel.

Los otros asintieron, sus miradas ahora llenas de una nueva determinación, una nueva fuerza. Sí, compartir sus pensamientos e inseguridades con todo

el mundo era espantoso, pero juntos, apoyándose unos en otros, podrían enfrentar el calor de las miradas ajenas, las críticas y las expectativas. Porque ellos eran poetas, y las palabras eran sus armas y escudos en este mundo que les exigía tanto a cambio de tan poco.

A medida que se acercaba la fecha del evento de poesía en la escuela, los cinco amigos continuaron forjando su camino a través de las palabras y las promesas, entrelazando sus temores y esperanzas en versos que, en última instancia, eran un reflejo de sí mismos, pero también de todos aquellos que se sentían atrapados en una red invisible de expectativas y miedos.

Y cuando el día finalmente llegó, y sus corazones latían al unísono mientras sus palabras fluían como una ola inquebrantable de resistencia y empatía, supieron que habían cruzado al otro lado del espejo de miedos e inseguridades: descubriendo la verdad detrás de las expectativas y derribando la última barrera entre sí.

Porque ellos eran jóvenes poetas en la ciudad, y no había límites ni fracasos, solo versos que esperaban ser escritos y compartidos, y un amor inquebrantable que se extendería más allá de las sombras y las ausencias de la adolescencia.

## **Ansiedad y sentimientos de soledad**

El sol poniente proyectaba sombras Crespúsculares que se entrelazaban como hilos oscuros en el Parque de los Poetas. Valeria, con el diario de tapa roja en su regazo, leía en voz baja las palabras que había escrito en la página, mientras que la expresión pensativa de Sofía hacía eco en la fría brisa del atardecer. Mariana, de espaldas a un viejo árbol, tenía las manos temblando un poco mientras terminaba su último poema, la tinta azul dibujando espiras de soledad sobre el pergamino.

A la distancia, Andrés y Miguel discutían acerca de la competencia de poesía que se celebraría en la escuela al día siguiente. Sus voces se mezclaban con las risas de los niños en el parque, los gritos de los vendedores ambulantes y el aroma de las castañas asadas, pero las mentes de las chicas estaban muy lejos de allí, encerradas en el laberinto de sus propias inseguridades y miedos.

“En qué estás pensando?”, preguntó Sofía a Valeria, sin poder ocultar los temblores en su propia voz, robándola de sus pensamientos.

"No sé. No puedo dejar de pensar en la competencia de mañana. Estaba realmente emocionada, pero ahora me siento atrapada en una nube de ansiedad".

Valeria levantó la cabeza y miró a Mariana, quien se había congelado con la pluma en su mano. Sus ojos se encontraron, pero no fue el fuego de la camaradería lo que compartieron, sino un silencio opresivo y helado, que envolvía las palabras no pronunciadas en el aire.

Miguel escuchó la tensión en sus voces y dejó de hablar para dar el paso y unirse a ellos. Andrés soltó un suspiro y siguió, preocupado. Cuando estaban todos juntos, Andrés preguntó: "¿Qué ocurre? Están nerviosas por la competencia de mañana?"

Las tres chicas asintieron en silencio, los matices de la ansiedad y el miedo tejiendo una red difícil de escapar. Uno tras otro, relataron sus preocupaciones: Valeria temía la reacción de sus padres, quienes esperaban que ganara la competencia; Sofía temía que sus compañeros de clase se burlaran de ella si no lo hacía bien; y Mariana estaba atrapada en una espiral de auto-duda que intensificaba sus miedos mientras se acercaba el día decisivo.

Andrés y Miguel escucharon con atención la letanía de preocupaciones de sus amigas e intercambiaron miradas preocupadas, pero al mismo tiempo, hubo una conexión profunda y comprensiva entre ellos. Ya que también, en el fondo, estaban lidiando con esos mismos miedos e inseguridades. Por un momento, las palabras quedaron suspendidas entre ellos con la anticipación de un desenlace sombrío.

Pero entonces, Sofía tomó una respiración profunda y confesó lo que todos compartían en secreto en el alma, "Pero saben, a pesar de todo me aterra no poder romper este aislamiento, esta soledad sepulcral que me desgasta el alma". Al confesar esto, las lágrimas comenzaron a deslizarse por su rostro, y Valeria la abrazó con fuerza, reconociendo el sentimiento de soledad como algo intrínseco a sus propias luchas.

Las palabras provocaron algo en ellos, una tormenta emocional que comenzó a batirse como una ráfaga de viento. Andrés tomó un paso adelante y, en un tono de voz firme y decidido, dijo: "Tal vez, aunque cada uno tenga sus propias luchas y miedos, la respuesta esté en no enfrentarlos solos, sino en hacerlo juntos".

En esta confesión espontánea pero visceral, todos descubrieron que,

independientemente de su dolor y ansiedad, compartían la misma soledad. En su poesía y su unión como grupo, encontraron una suerte de consuelo y un sentido de pertenencia que les permitió enfrentar estos desafiantes momentos juntos.

Así que, mientras el sol se ponía y brillaba en un nuevo atardecer, los cinco amigos se aferraron con fuerza a sus esperanzas y preocupaciones, compartiendo con valentía y honestidad sus miedos e inseguridades. Unidos en su ansiedad y soledad, cada uno sintió la oscuridad disminuir a medida que la noche oscurecía el cielo, permitiendo que la constelación de su amistad brillara como un faro en lo profundo de sus almas.

## Preocupaciones por el futuro y la incertidumbre

El sol había descendido por debajo de las grises nubes de la tarde, llevándose consigo sus delgados rayos de luz y dejando atrás una fría penumbra. Los cinco amigos estaban reunidos en uno de los cafés cercanos al Parque de los Poetas que habían comenzado a frecuentar cada vez con más asiduidad. Valeria estaba concentrada en algunos apuntes sobre poemas, mientras Andrés acariciaba una taza de chocolate caliente que se había vuelto tétricamente fría y apática. Sofía jugueteaba con una servilleta, arrugándola en sus pequeñas manos y soltándola nerviosamente. Miguel estaba enfrascado en un aire distante mientras recitaba uno de sus últimos poemas a Mariana, quien intentaba no demostrar su preocupación, aunque era evidente que algo pesado anidaba en su mente.

”Chicos, alguna vez no se sintieron aterrorizados por el futuro?”, preguntó Sofía con voz temblorosa, entrecortada por un sollozo contenido.

De repente, un silencio lleno de preguntas se instaló en la mesa. Los cinco amigos miraron a Sofía, asintieron lentamente y se sumieron en sus propias inseguridades y dudas. La voz de Sofía había abrasado los muros impenetrables que cada uno de ellos había construido alrededor de sus miedos, solo para derrumbarlos con la fuerza de su sinceridad y vulnerabilidad.

Andrés fue el primero en hablar. ”Sí, Sofía. Creo que creo que todos tenemos miedo del futuro, no? Pero no es como si pudiéramos hacer algo al respecto. Simplemente tenemos que seguir adelante, mantener la cabeza en alto y la mirada fija en el horizonte aunque a veces el horizonte parezca bastante lejano y oscuro”.

Valeria asintió con la cabeza, su voz se deslizó lentamente como una suave caricia. "Es cierto, a veces la vida parece desmoronarse delante de nosotros. Qué pasa si no logrimos obtener las becas que anhelamos?, qué será de nosotros si nuestras familias siguen metiendo presión?, qué será de nuestras vidas?"

La voz de Mariana se sumó al coro descorazonado de preguntas. "Y si, en el futuro, ya no queremos ser poetas, si todos estos años de lucha y desafíos se quedan atrapados en un pasado distante que no tiene relación con nuestra vida adulta, qué hacemos entonces?"

Miguel apretó los labios, tratando de articular palabras que no pudieran hacer justicia a sus tormentas internas. "Todo esto parece tan ajeno, intangible y lejano. No sé ni siquiera por dónde empezar a tener miedo, o qué hacer para enfrentarlo".

La desesperación fluía como una corriente inquieta entre ellos, enmarañándose y enredándose en sus pensamientos y sentimientos. La idea del futuro trazaba una línea invisible en sus vidas, un umbral oscuro más allá del cual se ocultaban abismos voraces y misterios lejanos.

Pero entonces, Sofía levantó su mirada hasta donde los ojos de sus amigos se encontraban, emitiendo un destello de coraje insolente. "Tal vez", comenzó, "tal vez lo que deberíamos hacer en lugar de temer al futuro es aprender a enfrentarlo, abrazarlo y convertirlo en un aliado, en lugar de un enemigo". Su voz creció más fuerte y decidida mientras hablaba, desafiando todas esas sombras y fantasmas que acechaban en los rincones oscuros de sus mentes.

"Sí, Sofía, puede que tengas razón", dijo Mariana con una sonrisa renovada. "Tal vez, si enfrentamos el futuro juntos y compartimos nuestras victorias, fracasos y miedos, tengamos una oportunidad de superarlos".

Valeria, Andrés y Miguel asintieron, sus rostros aliviados por la idea de enfrentar las tormentas y tinieblas del futuro juntos. Se miraron con ternura y convicción, como si una llama encendida dentro de ellos desafiara a la oscuridad a extinguirla.

Y así, reunidos en esa penumbra, en ese último refugio de la noche antes de la llegada del amanecer, decidieron desafiar sus temores y liberarse de las cadenas que los ataban a la incertidumbre del futuro. Unidos por su profundo amor por la poesía y la amistad que habían construido, prometieron enfrentarse y superar cualquier desafío que la vida pudiera arrojarles.

Porque, sí, el futuro a veces podía parecer aterrador, oscuro e incierto; pero si estaban dispuestos a arriesgarse y a abrir su alma a la luz de un nuevo amanecer, tal vez tendrían la oportunidad de ver que lo que encontraron a la luz del sol no era el abismo terrorífico que se habían imaginado, sino una tierra abierta y fértil en la que se sembrarían sus sueños y esperanzas.

## Inseguridades en la apariencia física y autoestima

Era viernes por la tarde, y el sol se ocultaba detrás de las nubes mientras el grupo caminaba hacia el Parque de los Poetas. Luego de una semana de tensiones en la escuela, todos ansiaban las sesiones de poesía en el parque, un rincón en donde podían expresar sus pensamientos y sentimientos sin temor al rechazo, solo con la confianza de ser entendidos y apoyados por sus amigos.

Al aproximarse al verde césped del parque, Andrés notó una tensión y tristeza a flor de piel en la expresión de Sofía. Caminando más despacio que el resto, tenía la cabeza gacha, y sus brazos cruzados contra su pecho, como un escudo protector. Sus ojos parecían como si hubieran sido visitados por las lágrimas recientemente. A pesar de que sus amigos intentaron involucrarla en sus conversaciones, la inseguridad y tristeza seguían siendo sus más fiables compañeras ese día.

Andrés no pudo evitar preguntar, con su característico tono empático y genuino: "Sofía, te encuentras bien? Pareces más introspectiva de lo normal". Los otros amigos apoyaron con la mirada la interrogante, compartiendo su preocupación.

Sofía soltó un suspiro y simplemente se encogió de hombros, evadiendo la mirada y la pregunta.

Mariana se acercó a ella y le rodeó los hombros con su brazo, invitándola a sentarse junto al viejo roble que les daba sombra durante sus sesiones. Sofía dejó caer su mochila en el suelo y, instigada por la ternura de su amiga, se sentó en silencio, las lágrimas luchando por escapar de sus ojos.

Valeria se sentó a su lado, tomándole la mano con delicadeza y mirándola a los ojos, una expresión de amor y apoyo brillando en los suyos. "Sofía, es evidente que algo te perturba. No tienes que contárnoslo si no estás lista, pero quiero que sepas que estamos aquí para ti, no importa qué suceda".

Después de un momento de titubeo, Sofía finalmente dejó escapar las

palabras, como si temiera que ellas solas causarían más dolor: "He estado sintiendo una gran angustia por mi apariencia Y a cada minuto que pasa, se vuelve más insoportable. Me siento constantemente vigilada, juzgada y no sé cómo manejarlo. Es como si mi autoestima hubiera desaparecido por completo y no puedo encontrarla por más que busque".

Inmediatamente, Miguel puso su mano en el hombro de Sofía. "No estás sola en esto, Sofía. Los cambios corporales no son fáciles de afrontar. Yo mismo tengo cicatrices en mi espalda debido al acné al principio me avergonzaba de ir a la piscina con mis amigos por miedo a que se burlaran de mí".

Oyendo las palabras de Miguel, Andrés agregó: "Todos tenemos nuestras inseguridades y miedos. En mi caso, mis piernas son tan delgadas que algunas veces pienso que me van a llamar 'pata de palo'. Pero algo que he aprendido es que nuestro valor como personas no está en nuestro físico, sino en nuestro corazón y nuestra mente".

Mariana asintió, compartiendo también su conocida inseguridad respecto al tamaño de su nariz. "Siempre oí a mi mamá decir que tenía la nariz perfecta, pero en el espejo yo solo veía la nariz más extraña del mundo", suspiró, antes de agregar con una sonrisa tenue: "Pero con el tiempo, he empezado a aceptarla y apreciarla como parte de quién soy y eso ha hecho una gran diferencia en mí".

Valeria acarició con dulzura el dorso de la mano de Sofía y le dijo suavemente: "Eres una persona hermosa por dentro y por fuera, Sofía. Estas sensaciones están impulsadas por los pensamientos negativos que se han colado en tu mente, y es importante que puedas expresarlos en un ambiente seguro, como el de nuestro grupo. Nuestro amor y apoyo no se basan en cómo lucimos, sino en quiénes somos realmente, en las personas que se han tomado el tiempo de conocernos a través de nuestros versos y nuestras experiencias compartidas".

Ese día, al igual que muchos otros, las palabras fluyeron en sus poemas bajo el poder del Sol crepuscular, pero en medio de la fragilidad revelada por Sofía, también emergió una fuerza y una determinación en la voz de cada amigo, quienes dejaron caer todos sus miedos en las hojas de papel impregnadas con tinta.

A medida que recitaban sus versos, los jóvenes poetas se enfrentaron a sus propias sombras, descubrieron que todos compartían sus inseguridades

y miedos, y abrazaron la idea de que, unidos, podían enfrentarse a ellos. Aquella tarde, se dieron cuenta de que la plenitud de la vida no era inalcanzable, sino posible si se sostenían unos a otros, llenando los vacíos en sus corazones con el amor y comprensión de sus amigos.

La luz había desaparecido del parque, el inminente amanecer en el horizonte apenas se percibía en las luchas internas de los jóvenes poetas. Pero los ideales esperanzadores y la divina energía del amor y la amistad fueron suficientes para devolver la bruma a la oscuridad y mantener en marcha un dulce y reconfortante ritmo en sus corazones. Y así, en medio de la eterna danza entre la oscuridad y la luz, los cinco amigos encontraron consuelo en su amistad y en su cercanía, sus corazones inundados de sí misma amor, cariño y, sobre todo, la necesidad de avanzar juntos hacia un futuro más brillante.

## **El temor al rechazo y la humillación**

El silencio se había instalado imponente sobre el aula, apenas sostenido por el sonido monótono y solitario de la tiza que raspaba contra el pizarrón. La clase de matemáticas se había convertido en una cárcel sombría para Sofía. El respirar de sus compañeros parecía conspirar con la angustia que iba acumulando en su garganta, como si la oprimiera con sus manos frías y crueles. El miedo al rechazo y a la humillación le nublabla el pensamiento. Se había quedado con dudas sobre la explicación de ecuaciones, pero no se atrevía a levantar la mano, temiendo que la profesora, la severa doña Margarita, le lanzase un comentario inquisitivo, cuestionándola en voz alta delante de todos sus compañeros.

Miguel parecía notar el sufrimiento de Sofía. En un susurro apenas audible le preguntó: "Quieres que te explique después de clases?"

Sofía asintió con un hilo de gratitud en sus ojos, pero el miedo al rechazo seguía atormentándola.

La joven Mariana, por su parte, había decidido unirse al equipo escolar de natación, pero mientras se enfrentaba al diminuto traje de baño en el vestuario, dejó escapar su terror a ser juzgada. Temblorosa en la penumbra artificial del vestuario, tragó saliva y se obligó a pensar en las metas que había soñado alcanzar, en la pasión que sentía por el agua y cómo su cuerpo se volvía grácil y poderoso a medida que surcaba las corrientes con sus

brazadas perfectamente sincronizadas.

Apretando los puños, Mariana abrió la puerta y se enfrentó a sus compañeras. Los ojos de las demás chicos la recorrieron de arriba abajo, sus risas y sus murmullos aguijoneándola con un dolor que reverberaba en su médula. La joven luchó con un impulso casi incontrolable de echar a correr y esconderse en un rincón donde nadie pudiera observar su cuerpo, despojado de toda dignidad y a merced de las burlas. Pero se mantuvo firme, su rostro tratando de no delatar el desasosiego que latía en su pecho.

De vuelta en el aula, Andrés no podía concentrarse en la prueba de inglés. Su corazón latía con fuerza y su mente se llenaba de pensamientos negativos, todos prediciendo el fallo inminente que iba a enfrentar. Cada vez que alguien entregaba su prueba al profesor, sus palmas sudaban aún más, y una sensación de humillación lo invadía, como si el simple hecho de entregar la prueba fuese un reconocimiento público de su inferioridad. En ese momento, todos sus fracasos se hacían visibles en la mirada del profesor y de sus compañeros, como una marca quemada en su frente.

Un rumor comenzó a esparcirse por la clase, el susurro de la vergüenza, el preludio de la humillación que acechaba como una sombra amenazante a cada uno de los amigos. Sofía se obligó a levantarse y a caminar hacia su profesora en medio de un silencio interminable, como si el aula entera pudiera percibir su vulnerabilidad y su angustia. Con voz temblorosa, preguntó, "Profesora, tengo una duda sobre las ecuaciones".

El eco de su pregunta pareció retumbar en la sala, y Sofía sintió cómo una manta de humillación la envolvía. Asustada, esperó la respuesta de doña Margarita. La profesora frunció el ceño y, en lugar de soltar una respuesta brusca, simplemente asintió y la invitó a pasar al pizarrón.

Fue entonces cuando Valeria, con valentía, tomó la palabra y dijo en voz alta y clara, "También tengo algunas dudas sobre lo explicado, puede aclararnos las ecuaciones?".

En el vestuario, Mariana encontró consuelo en las palabras de apoyo de Valeria, que también había decidido unirse al equipo de natación, y juntas enfrentaron las miradas críticas de sus compañeras, despojándolas de su poder corrosivo.

Y así, en medio del caos y la lucha por sobrevivir a la avalancha de miedos e inseguridades, los cinco amigos se dieron cuenta de que no estaban solos en su sufrimiento, y de que compartían preocupaciones similares y temores

avocado al rechazo y la humillación. Pero con el poder de la solidaridad, enfrentaron esos terribles monstruos que amenazaban con devorarlos, y los hicieron retroceder, fortaleciendo sus lazos de amistad y haciéndolos conscientes de que no había ninguna derrota ni humillación que no pudieran superar juntos.

## La búsqueda de aprobación y validación

La muchedumbre rugía frente al aula de clases, sus voces destilando un veneno acre de desprecio por todo lo que Sofía representaba. Se sentía angustiada, encerrada en una burbuja de humillación y fracaso, su cuerpo tembloroso bajo la escrutinio implacable de sus compañeros de clase. En el epicentro de ese torbellino de burlas y risitas apenas contenidas, Sofía temblaba como una hoja a merced del viento, tratando desesperadamente de encontrar algo que aferrarse que le permitiera evocar la dignidad que sentía deslizarse irrevocablemente fuera de su alcance.

A su lado, Valeria luchaba por establecer contacto visual con Sofía, su mirada brumosa de lágrimas reprimidas de rabia e impotencia. Sentía como si su propio corazón estuviera siendo desgarrado, su amigo espectral y vacilante en medio de ese mar cruel de rostros burlones. Con un suspiro valiente que limitaba a la rendición, se dirigió hacia Sofía, rodeándola con la protección de su amistad con la firmeza de un guerrero dispuesto a enfrentarse a los enemigos.

"Basta!", exclamó, su voz algo desgarrada por la emoción, pero al mismo tiempo llena del poder de la lealtad y el compromiso. De repente, el pasillo se transformó en un campo de batalla donde no solo estaban en juego la dignidad y el orgullo de Sofía, sino también la autenticidad de los lazos que unían a esos cinco jóvenes poetas, enfrentados a las fuerzas oscuras que querían verlos aplastados por debajo de sus dedos despiadados.

Un silencio involuntario se apoderó de los presentes, estremecidos por la furia de Valeria, pero al mismo tiempo cautivados por el brillo intenso que sus palabras parecían provocar en los ojos de Sofía, como si un ascua ardiente hubiera sido encendida en lo más profundo de su ser.

Recogiendo el coraje para enfrentar a sus tormentadores, Sofía se volvió hacia la multitud, las lágrimas finalmente brotando libremente por sus mejillas, pero su expresión ahora retaba al miedo, al odio y a la vergüenza

que había acechado cada rincón oscuro de su corazón y su mente. Sus palabras salieron de algún lugar profundo dentro de ella, imbuidas de un poder antiguo.

”Soy Sofía Córdova, y tengo quince años”, comenzó, su tono inseguro al principio, como si estuviera presentándose a sí misma tanto al mundo como a los rostros distraidamente crueles que le rodeaban. ”Crecí soñando con un futuro en el que podría expresarme, en el que podría compartir los sentimientos más íntimos y las penas más oscuras que habitan en mí e intentar entenderlos, en lugar de ceder al miedo y al dolor.”

Ella tomó aliento y continuó, su voz adquiriendo confianza y fuerza con cada palabra. ”Todos ustedes ven la clave de mi autoestima en mis manos, señalándome como si no tuviera valor, como si fuera menos que ustedes. Pero ellos están equivocados, y yo estoy equivocada al permitirles que me hagan sentir así.”

Las palabras resuenan por todo el pasillo, salpicando a todos los presentes como agua helada en una mañana de invierno. Andrés, Miguel y Mariana observaban a Sofía con una mezcla de asombro y admiración, unidos en su apoyo a su amiga y en su desafío a los detractores que habían tratado de empujarla al abismo del dolor y la humillación.

”Pueden verme como una persona débil, pero hoy les muestro mi fortaleza”, concluyó Sofía, sus palabras poniendo fin a la tormenta de lágrimas que había secundado su epifanía. ”He encontrado amigos que me comprenden, que me apoyan en mis momentos de debilidad, y juntos nos enfrentamos a un mundo que parece empeñado en herirnos y destruirnos. Pueden burlarse de mí, pero no pueden herirme más de lo que lo he hecho a mí misma al buscar su aprobación y su validación.”

Con la firmeza de un superviviente que ha librado batallas contra demonios invisibles, Sofía se enfrentó a la multitud, sus ojos resueltos a no volver a sucumbir al miedo y al rechazo que los seres humanos infligen tan fácilmente a los demás en su deseo de dominar y controlar. Detrás de ella, Valeria, Andrés, Miguel y Mariana se erigían como guardianes de su corazón, su propia fuerza indomable creciendo con cada paso que daban en ese sendero que los llevaría a volver a enfrentarse a los horrores y las agonías de la vida, sabiendo que nunca más tendrían que enfrentarlos solos, siempre rasgando las tinieblas con la verdad y el poder de la amistad.

## La comparación constante con los demás

El pasillo del tercer piso de la escuela parecía haber sido corrompido por una oscuridad que no procedía de ningún rincón en específico, sino que emanaba de los propios cuerpos de los adolescentes que deambulaban nerviosos por el espacio confinado. Todos parecían llevar en sus espaldas una pesada carga invisible que los hundía en la miseria y las sombras, sus risas crispadas resbalando como cuchillos por las frágiles pieles de sus compañeros. En el centro de esta vorágine interminable de comparaciones y críticas sofocantes se encontraba el grupo conformado por Valeria, Andrés, Sofía, Miguel y Mariana, todos aparentemente inmunes a las corrientes de amargura y desprecio que desgarraban los corazones de aquellos que los rodeaban.

Sin embargo, esta aparente invulnerabilidad se debía en parte a la feroz protección que se brindaban mutuamente y al consuelo que encontraban en la poesía, que les permitía traducir sus angustias y miedos en palabras y versos que en cierto modo también les servían como un bálsamo para las heridas autoinfligidas por el ego y el orgullo.

Un día cualquiera, el destino quiso que los cinco amigos descubrieran, casi simultáneamente, el poder destructivo de la comparación con los demás. Valeria, habitualmente tan segura de sí misma y de sus habilidades como poeta, no pudo evitar sentir una punzada de envidia cuando se enteró de que su compañera de clase había obtenido una beca para asistir a un prestigioso taller de escritura creativa en el extranjero. Aunque al principio intentó ocultar sus sentimientos y felicitar a la joven con fingida sinceridad, su máscara comenzó a quebrarse lentamente en cuanto estuvo a solas con sus amigos, dejando escapar un amargo lamento y la clara expresión de sentirse menos por no haber sido elegida.

También Andrés se topó ese mismo día con un obstáculo que no sabía cómo superar. En su último ensayo de boxeo, había sido derrotado por un adversario que no solo mostró una habilidad superior la técnica, sino también una actitud de aparente indiferencia y arrogancia que dejó a Andrés sumido en la humillación y la ira. La ansiedad que le generó la derrota lo llevó a meditar de manera obsesiva en lo mucho que se había esforzado para perfeccionar su arte, y cómo todo ese esfuerzo parecía haber sido en vano frente al éxito de otro.

Sofía, por su parte, se había enamorado de un compañero cuyos encantos

parecían haber seducido también a otras chicas de su clase, por lo que, al verse comparada con ellas, sus propias inseguridades y baja autoestima comenzaron a carcomerla por dentro.

Esa misma tarde, el grupo de amigos se reunió en el Parque de los Poetas, el anochecer envolviéndolos en una atmósfera de melancolía y desesperanza. Sentados en un círculo precario, los jóvenes se miraban expectantes, como si cada uno de ellos esperara que los otros comenzaran a hablar y a compartir sus propias desdichas. Fue Mariana quien dio el primer paso, su voz temblorosa abriendo una vía para que sus compañeros dejaran fluir sus emociones.

”No sé qué me pasa, pero siento que todos se están alejando de mí ”, confesó, sus palabras casi inaudibles, pero el resto del grupo descubrió en ellas el eco de sus propios miedos.

Andrés fue el siguiente en hablar, su voz adquiriendo fuerza a medida que relataba su reciente derrota en el boxeo y cómo había logrado derrumbar su autoestima. Sofía, sin mirar a ninguno de sus amigos, reveló la fuente de su tristeza al sentirse menos que las otras chicas que compartían sus sentimientos hacia el mismo chico. Valeria, por último, abrió su corazón y expresó la envidia y el temor que sentía ante el éxito de su compañera de clase, reconociendo en voz alta lo difícil que era no compararse con los demás y sentir que siempre se quedaba atrás.

”No deberíamos tener miedo de compartir nuestras angustias y nuestros miedos”, dijo Miguel con decisión, llevando el hilo de las confesiones hacia una búsqueda de comprensión y apoyo mutuo. ”Esta comparación constante con los demás solo nos convierte en seres frágiles, incapaces de ver nuestras propias virtudes y de celebrar las victorias de otros sin sentir que también son nuestras derrotas”.

Un silencio cargado de tristeza, pero también de esperanza, se apoderó del grupo, mientras cada uno de ellos dejaba que las palabras de Miguel calaran en lo más profundo de sus corazones. Con el paso de los minutos, el aire comenzó a sentirse más ligero, como si un velo invisible hubiera sido retirado por el poder del amor, la compasión y la empatía que había surgido entre ellos.

Fue así que, en ese momento, los cinco amigos hicieron un pacto para combatir juntos la plaga de la comparación, recordándose a sí mismos y a cada uno de ellos la importancia de la autovaloración y el respeto

hacia sí mismos y sus propios logros. Después de todo, la vida no era una competencia, sino una oportunidad de crecer y aprender, de transformar las penas y las derrotas en versos y canciones que iluminaran el sendero hacia la comprensión de uno mismo y el mundo.

## El miedo a expresarse y ser juzgado

El viento se deslizó suavemente por entre las hojas de los árboles del parque, entonando una melodía antigua que los cinco amigos conocían de memoria. El Parque de los Poetas era un lugar especial para ellos, un santuario que los había visto enfrentarse a sus miedos más oscuros y brillar intensamente a través de la oscuridad. Ese día, sin embargo, algo estaba cambiando en su sagrado espacio, una presencia casi palpable que amenazaba con consumir la energía vital que cada uno de ellos había logrado instilar durante sus encuentros bajo sus ramas protectoras.

Sofía estaba sentada en uno de los bancos, su mirada perdida en algún lugar lejano mientras sus compañeros ensayaban con gran energía para el próximo recital de poesía en la escuela. Por primera vez, estarían recitando sus creaciones frente a todos sus compañeros y profesores, y la idea de abrirse de esa manera ante un público tan conocido la llenaba de un miedo indescriptible. Aunque en su corazón sabía que su poesía era poderosa y que tenía mucho de valor para compartir, no podía evitar sentir el temor de ser juzgada por aquellos que la conocían como una persona callada y sumisa en su vida cotidiana.

Mariana se acercó a ella, preocupada por la actitud distante y aparentemente abatida de su amiga, y se sentó a su lado, buscando las palabras adecuadas para animarla. Sus ojos se encontraron durante un instante, y Mariana pudo percibir el torbellino de emociones que Sofía trataba de contener a duras penas.

- Qué sucede, Sofía? Pareces preocupada - inquirió Mariana, su voz suave y cálida.

Sofía suspiró, soltando el nudo que parecía estrangular sus pensamientos y su voz. - Estoy aterrada, Mariana - admitió, las palabras saliendo atropelladas, como si hubieran sido prisioneras durante demasiado tiempo. - Me da miedo leer mis poemas frente a la gente. Ya sabes cómo soy, siempre trato de pasar desapercibida en la escuela y en casa. No quiero que nadie se

burle de mí o piense que soy rara por todos los sentimientos que muestro en mis versos.

Mariana tomó la mano de Sofía, dándole una apretón cariñoso. - Escucha, amiga - comenzó, su voz firme y decidida. - Todos nosotros hemos sentido ese miedo en algún momento, la angustia de ser juzgados por abrir nuestras almas a través de la poesía. Pero no podemos permitir que ese temor nos silencie, porque nuestras palabras pueden cambiar el mundo, nuestros propios mundos y el de quienes nos rodean. Lo que tú escribes es hermoso y profundo, y sé que hay muchas personas en esa audiencia que conectarán con lo que dices, que se sentirán menos solas gracias a tus palabras.

Por un momento, Sofía asintió con la cabeza y pareció reencontrarse con su fuerza interior, pero pronto su rostro se oscureció y volvió a susurrar. - Pero es que yo no soy como ustedes. A veces siento que no pertenezco aquí, que mi voz no merece ser escuchada, que mis versos me condenarán a ser juzgada y rechazada. Y si recito mi poesía y todos me señalan y piensan que soy una extraña que no merece ser parte de su mundo?

Fue entonces cuando Andrés, Valeria y Miguel se unieron a la conversación, conscientes del sufrimiento de Sofía y dispuestos a ofrecer todo su apoyo. - Sofía, todos sentimos miedo - dijo Andrés con una sonrisa apacible, como si su temor pudiera ser instintivamente reconocido y entendido. - Pero nuestro miedo no define quiénes somos ni lo que llevamos dentro. Tú perteneces a este grupo tanto como nosotros, y tu poesía merece ser escuchada porque nos hace ver el mundo de una manera diferente, a través de tus ojos y de tu corazón.

Valeria se dirigió a Sofía con una seriedad inusual. - En nuestras manos llevamos un arma poderosa, las palabras que hemos cultivado con esfuerzo y amor a lo largo de estos meses. Sería un crimen negarle al mundo la belleza de tu arte, Sofía. No dejes que el miedo escriba tu historia por ti.

Miguel, en un gesto solidario, buscó sus propios poemas y los mostró a Sofía. - Mira, aquí tengo unas palabras que escribí porque estaba al borde del miedo, de rendirme ante mis propias debilidades. Pero siempre que digo mi poesía, me siento más fuerte, no porque mi dolor desaparezca, sino porque estoy luchando, resistiendo. Cuando compartas tus palabras, Sofía, todos nosotros estaremos a tu lado, luchando juntos, porque eso es lo que hacemos, lo que hemos hecho desde el primer día que nos reunimos en este parque.

Las palabras de sus amigos resonaron en el corazón de Sofía, y aunque el miedo seguía siendo una sombra inescapable, supo que no estaba sola en esa batalla. Levantó la cabeza y asintió, sintiendo una calidez brotar en su interior por la solidaridad y el amor de los que la rodeaban.

- Está bien - dijo Sofía, encontrando un nuevo brillo en su voz. - Lo intentaré. Me enfrentaré al miedo y recitaré mi poesía junto a ustedes. Porque aunque soy pequeña, también soy fuerte, y sé que no estoy sola en esto.

Con una hermosa mezcla de humildad y determinación, Sofía volvió a unirse a sus amigos en el ensayo antes del recital, convencida de que sus palabras serían recibidas con amor y comprensión, y de que, incluso en medio del miedo y la incertidumbre, siempre tendría a sus amigos a su lado, compartiendo y defendiendo el poder salvador de la poesía y la amistad.

## **El enfrentamiento de los miedos a través de la poesía y la amistad**

El Parque de los Poetas se vestía de sombras y penumbras mientras la tarde agonizaba. Las siluetas retorcidas de los árboles parecían cobrar vida, y el viento juegueteaba con las hojas caídas, asemejándolas a pequeños y alocados seres bailando al compás de una música sombría e inaudible. Sofía contemplaba la escena con el corazón en un puño, un torbellino de emociones surcándole las mejillas en forma de lágrimas amargas y desesperadas.

La tarde anterior había sido una catástrofe. Los cinco amigos se habían reunido, como siempre, bajo el manto protector del Parque de los Poetas, en busca de consuelo y comprensión en sus versos compartidos. Pero esta vez, la tensión que se había ido acumulando durante semanas alcanzó su punto de ruptura. Los rencores y resentimientos largamente contenidos salieron a la luz, y las palabras afiladas como navajas se desataron con una furia despiadada.

- No te atrevas a decir eso! - había vociferado Mariana, su rostro pálido y desencajado por la ira contenida durante tanto tiempo. - No tienes ni idea de lo que es vivir con este miedo, con esta angustia que corroe el alma y nos encadena al silencio y la sumisión!

Andrés, igualmente herido, había respondido con un desdén mal disimulado. - Quién te crees para decirme lo que sé o no sé? Yo también tenga

miedos, como todos nosotros. Pero no por ello hago de mi vida un drama. Al menos no lo hago público en mis poemas como tú lo haces, Sofía.

La pequeña Sofía, paralizada por el asombro y el dolor, apenas pudo articular una respuesta. Su pecho se contrajo con un sollozo inaudible, mientras las lágrimas asomaban en sus ojos como cristales rotos. Su voz, apenas un susurro, temblaba como una hoja a merced del viento.

- Nunca quise yo solo quería expresar - comenzó, antes de que Miguel interviniera con un tono conciliador.

- Basta, todos, basta - dijo, levantándose del suelo y mirando a cada uno de sus amigos. - Hemos llegado aquí como hermanos unidos por nuestro amor a la poesía y nuestra necesidad de ser escuchados y entendidos. Vamos a permitir que los miedos que nos han atormentado toda la vida nos separen ahora, cuando más nos necesitamos? Vamos a renunciar a todo lo que hemos construido juntos, solo porque ahora nos enfrentamos a un desafío mayor, uno que exige que compartamos nuestra verdad y exponamos el pálido corazón de nuestras penas y esperanzas?

El grupo se sumió en un silencio angustioso, apenas salpicado por el goteo incesante de las lágrimas que caían al suelo sin nombre ni dueño.

- Tienes razón - admitió Valeria, pasándose una mano por la mejilla en un gesto de fatiga y resignación. - Hemos estado bailando al borde del abismo durante demasiado tiempo, y ha llegado el momento de enfrentarnos a nuestros miedos, juntos, como siempre lo hemos hecho. Pero también debemos aprender a ser más compasivos los unos con los otros, a escuchar las palabras que no se dicen y aceptar que cada uno de nosotros lleva un lastre invisible, una cruz de miedo y dolor que pesa tanto como nuestras esperanzas y anhelos.

La poesía, que siempre había sido una aliada fiel, un bálsamo para las heridas y un abrazo cálido en las noches solitarias, se había vuelto en su contra, convirtiéndose en un arma de doble filo, capaz de sanar y herir con igual intensidad. Pero en palabras de Miguel, brillaba también una promesa. Si eran capaces de enfrentar sus miedos y abrir sus corazones no solo a través de sus versos, sino también en sus acciones y palabras diarias, podrían alcanzar una comprensión en la que los miedos perdieran su poder sobre ellos, disipándose como la oscuridad ante el amanecer.

Y así, al día siguiente, en el Parque de los Poetas, Sofía alzó la voz por primera vez, recitando sus versos con la frágil y valiente determinación de

quien se enfrenta a sus miedos. Y uno por uno, sus amigos se unieron a ella, entrelazando sus palabras en un murmullo tan dulce como la melodía que el viento susurraba entre las ramas de los árboles. Porque en el enfrentamiento de sus miedos, en la aceptación de su humanidad y la comprensión del dolor ajeno, se encontraba también la promesa de la amistad, la certeza de que, mientras el fuego de su poesía ardiera en sus corazones, las sombras de la angustia y el temor podrían ser vencidas, juntas, en una unión indestructible e inquebrantable.

## Chapter 7

# Primeros enamoramientos y desilusiones

El Parque de los Poetas brillaba con el resplandor dorado del crepúsculo mientras los cinco amigos se congregaban bajo el suave abrazo de las ramas protectoras de un viejo roble. Los jóvenes poetas habían asegurado su lugar bajo el gran árbol como si el propio destino lo hubiese puesto allí para ellos, un espacio libre de juicios y expectativas donde podían explorar el desconocido e inquietante terreno del corazón.

Era un día particularmente sofocante, la adhesiva humedad del verano se enredaba en sus cabellos y se pegaba a sus pieles, pero eso no podría detener a Valeria de sumergirse en una nueva ola de emociones, una avalancha de sentimientos revueltos y frescos que burbujeaban como un río indomable bajo su alegre sonrisa. Sus ojos brillaban con una emoción que apenas podía expresar en palabras, aunque la poesía le permitía al menos un atisbo de esa nueva vida que florecía dentro de ella.

"Amigos," dijo con un timbre melodioso en su voz "he descubierto algo nuevo, algo que nunca antes había experimentado." Sus amigos la rodearon mientras continuaba: "Hoy, he sido flechada por el amor." Abrió su cuaderno de notitas desordenadas y recitó el nuevo poema que había escrito, lleno de metáforas y emoción, mientras los demás escuchaban con atención.

Valeria había caído presa del primer amor, una inesperada revelación que desencadenaba una cascada de emociones y sus amigos no podrían estar más encantados y preocupados al mismo tiempo. Andrés sostuvo la mano de Valeria durante un momento, emitiendo palabras de consuelo y

apoyo. Sofía se limitó a sonreír, sintiendo una calidez en su pesar, una chispa de entendimiento compartido en la agri dulce revelación del deseo y el miedo que envuelve el primer amor. Miguel y Mariana intercambiaron una mirada cómplice, recordando sus propias aventuras románticas y cómo habían crecido en el proceso.

Mientras continuaban compartiendo sus experiencias y sentimientos a través de los versos, Andrés descubrió que su corazón se sumía en la incomprensible oscuridad de sus propias emociones. La esencia misma de su ser parecía retorcerse alrededor de esta nueva realidad, la inevitable y tortuosa metamorfosis del deseo que tanto había evitado hasta ese momento fugaz e inolvidable en el Parque de los Poetas. De repente, la temperatura sofocante del verano parecía haberse convertido en un témpano de hielo que le magullaba los labios y lo dejaba mudo.

Valeria había hecho lo impensable: había destapado una urgencia violenta e incontrolable en su pecho y había desatado una tormenta de consecuencias emocionales que amenazaban con sumergirlo en el mismísimo abismo de sus propias pasiones.

Cuando Sofía se enteró de esto, sintió una espina de resentimiento apuñalándola en alguna parte entre su corazón y sus costillas, una mezcla cruel y devastadora de celos y amistad. No era la primera que enfrentaba un desengaño amoroso, pero era la primera vez que se veía ensombrecida por esa bestia verde y monstruosa que amenazaba con arrastrarla lejos de sus amigos y la propia cordura. Se sentía paralizada, incapaz de tomar una decisión que pudiera salvarla del inevitable dolor de perder a Andrés como amigo.

Miguel, el siempre optimista y enérgico ballenero que cazaba las tormentas emocionales en las turbulentas aguas de sus amigos, aplaudió a la desencantada Sofía y se aventuró a ofrecer un consejo que pudiera aclarar las nieblas inquietantes de su corazón: "Sofía, amiga, tú ya conoces el poder de la poesía y el apoyo que todos nosotros te brindamos en este grupo. No permitas que una mala experiencia te defina ni te arrastre. No importa cuán doloroso pueda parecer, debes encontrar fuerzas para seguir adelante y recobrar la pasión, tanto por la vida como por la poesía."

Mientras tanto, Mariana se aseguró de estar siempre cerca de Valeria, lista para escuchar las fluctuaciones emocionales y erráticas de su amiga. Saboreando aquellas palabras confusas y llenas de esperanza, no pudo

evitar acordarse de su propio desengaño amoroso, el desmoronamiento de su castillo en las nubes cuando descubrió que su amor platónico había sido completamente ignorado por la persona que lo había provocado con su presencia. Pero como con toda tragedia en la vida, ese dolor también fue transformado en arte y sabiduría, y encontró consuelo al compartir sus versos con sus amigos.

La noche cayó sobre el Parque de los Poetas justo cuando los cinco amigos abrazaron sus emociones juntos, compartiendo sus primeros enamoramientos y desilusiones pero enfrentándolos con fuerza y unidad. El amor, en todas sus hermosas y espantosas manifestaciones, ahora se había convertido en un invitado habitual en sus versos y conversaciones, una fuerza tan poderosa y enigmática como la misma poesía que los unía.

Y así, los cinco amigos continuaron recitando sus poemas escritos con lágrimas y tinta, buscando en ellos la fuerza y el coraje para enfrentar juntos todos los desafíos y revelaciones que sus corazones les presentaran en el futuro. Poemas de deseo y miedo, anhelo y celos, alegría y tristeza, trenzados y entrelazados como las venas de sus propias vidas. Porque si algo habían aprendido al caminar por el sendero escabroso y emocionante del amor y la amistad, era que incluso en las sombras más profundas y oscuras de sus emociones, había un resplandor de esperanza, y ese resplandor llevaba el nombre de la poesía.

## Valeria experimenta el primer flechazo

Hacía calor aquella tarde en el Parque de los Poetas. El caldo agónico del verano parecía no haber llegado a su fin todavía, siguiendo al mando del cielo como un rey tirano fastidiado. El ardiente sabor del final del día pintaba de rojo las copas de los árboles que rodeaban el parque, y dejaba un rastro violeta en las primeras sombras difusas que invadían las sendas. A pesar de la sofocación del clima, los cinco amigos fieles a su tertulia, se reunieron una vez más en su refugio predilecto. Satisfacer el hambre voraz de sus corazones por el verso era un mandato insoslayable.

Las plumas de Valeria se estaban haciendo ablución en esas líneas que la sorpresa del amor floreciente casi le obligaba a escribir. Había una nueva concitación en sus ojos, impetuosa y desenfadada, que a ratos se balanceaba entre el asombro y el miedo. En sus mejillas se dejaba ver de vez en cuando

el carmín esquivo e impredecible del primer amor. Sentía como si una descarga eléctrica la amordazase, la atravesase y nadase junto a ella a sus adentros, empapando cada uno de sus pensamientos.

- Amigos - comenzó Valeria con tono de canto melodioso -, he descubierto algo nuevo, algo que nunca antes había experimentado. - Hizo una pausa, mirando a sus amigos y saboreando el inicio de aquella revelación, para luego soltar con emoción contenida -: Hoy he sido flechada por el amor.

La mirada atónita de sus amigos no se hizo esperar. Mariana, quien se encontraba sentada junto a ella, meneó la cabeza:

- El amor, Valeria, estás segura de su poder sobre ti? Una vez que sus raíces se fijan en tu corazón, es difícil arrancarlas. Es algo hermoso y aterrador a la vez.

Valeria levantó su cuaderno de notas con gesto confiado y audaz. Parecía dispuesta a batallar contra cada uno de los desconocimientos de un corazón que apenas conocía.

- Lo sé y lo siento. Y más allá de eso, he comenzado a ponerlo en palabras y aquí, en este poema, quiero compartirlo con todos ustedes. Quizá no tenga músculos y huesos para enfrentar a los monstruos que me acechan, pero en los versos construiré ángeles invulnerables. Mis amigos, ustedes son mi sustento y, mis versos, mi fuerza en esta efímera danza entre el deseo y el miedo.

Los ojos de Sofía vibraron como cristales azules heridos de melancolía. Un amargo lamento la llenó de pesar. En sus pupilas erráticas se deslizaba un recuerdo doloroso, una historia que ya no quería escuchar, de cuanto la esperaba tras el umbral del amor. Esas horas contadas ante la angustia de conocer un verdugo gobernado por el desdén, y ella, náufraga en un mar de temblor y añoranza.

Miguel percibió en la mirada de Sofía aquel fantasma a la deriva y, casi arrepentido de haberla empujado a enfrentarlo, tomó su mano con un gesto lleno de compasión.

- Puedo ver que ahora el amor nos une aunque sea en una moneda de dos caras - dijo Miguel, tratando de recuperar el aliento perdido en sus palabras y compartiendo el embate del oleaje en el ánimo de Sofía -. Uno viva, la otra anhelando; una luz presente y otra ausente. Así es el amor, amigos míos, tan cierto como incierto.

Los corazones palpitantes de los jóvenes poetas mareados por las palabras

de Valeria se convirtieron en arrecifes donde las nuevas historias de deseo, celos y lamentos naufragaron y se encallaron.

Durante las semanas siguientes el amor se apoderó de cada tertulia en un abrazo tempestuoso, al tiempo que enfermedad que nutría todos y cada uno de sus versos. En cada poema compartido había una página recién escrita en las tablas del primer amor, una universidad de emociones compuestas y descompuestas, una aventura embarcada en la pluma del corazón capaz de solazar con palabras lo que duhalde en un corazón ávido de respuestas.

Los cinco amigos se sumergieron en las mareas del amor a medida que sus cuerpos y su entorno cambiaban. Su parque no era solamente el Parque de los Poetas; ahora pertenecía a Cupido, a Neptuno y a todas las deidades de las maravillas humanas. La primavera siempre daría lugar al verano, pero en ese parque la tarde nunca cesaría mientras la voluntad de los jóvenes poetas permaneciera en prendarse de sus versos ante las inexorables preguntas de la vida y el amor. Y así, Valeria, Sofía, Andrés, Miguel y Mariana continuaron iluminando el crepúsculo del parque, con la promesa de un amor que, cómo la poesía, siempre estaría a la vanguardia de sus encuentros.

## La confusión en el corazón de Andrés

La ciudad parecía brotar como una montaña de sueños despiertos y humeantes nubes improvisadas. La fiebre del ir y venir se mezclaba con el palpitar de cientos de miles de corazones, todos hambrientos del futuro y el fulgor del mañana. El Parque de los Poetas, en cambio, era un refugio obstinado camuflado entre los edificios y las avenidas. Era un espacio de ensoñación y juego, para muchos, pero para aquel grupo de amigos era hombro cálido donde recostarse al amparo de los versos que escribían y resonaban entre las historias de sus vidas.

Se encontraban allí, los cinco, como testigos de una tarde pintada de firmamento anaranjado y el crepúsculo que no quería desaparecer. Dentro de aquel oasis multiplicado en sonrisas y palabras recíprocas, la tarde no conocía el amargo despertar a través de la aguja lacerante del estrés y la ansiedad.

Valeria había cambiado en aquellos días, y se veía en la tonicidad de sus manos mientras cruzaba su cuaderno de poemas bajo el brazo. Era pareja de Andrés, quien en medio de las primeras tempestades de la adolescencia

se asomaba a los recovecos tan maldita y encantadoramente impredecibles del corazón.

Esa tarde, Andrés no llegó al Parque de los Poetas con los demás. No era común en él, quien era parte esencial de las tertulias líricas en aquel oasis verde en la ciudad. Sus amigos lo esperaron unos minutos y, al no verlo llegar, comenzaron a leer sus poemas, uno a uno, bajo la mirada fija del sol que se alejaba con parsimonia.

Fue entonces cuando por fin apareció Andrés. Su rostro era un nublado lienzo de pintura borrosa. Su mirada parecía haber envejecido y sus labios no se hilaban como siempre en palabras amables. Su andar era zozobra; desconcierto encarnado en la pisada de un joven que se enfrentaba al misterio insondable del amor.

Fue Valeria quien lo recibió, sus brazos se enlazaron alrededor de su cintura en un gesto de refugio. Andrés no tardó en zafarse sutilmente y se dirigió al grupo principal con algo entre furia y miedo navegando en sus pupilas.

Los otros también pudieron notar esa novedad en Andrés. Mariana arqueó una ceja, indagando en sus acciones y sus palabras venideras. Miguel y Sofía se miraron cómplices, casi creyendo que Andrés les estaba jugando una broma torva.

- Amigos - comenzó Andrés con un susurro que no se dejaba atravesar ni por la brisa del parque ni por el rumor de las otras conversaciones -, hoy quiero compartir con ustedes una idea, una nebulosa que irrumpe en mi cabeza y no me deja en paz.

La voz de Andrés se quebró tímidamente. Valeria, fiel a su modo de ser, se adelantó para sostener el cuaderno de poemas que él traía consigo y ofrecerle una pluma a modo de consuelo.

- Hoy - prosiguió Andrés - me he dado cuenta de que ya no soy el mismo, algo ha crecido dentro de mí y no puedo evitar rendirme ante el enigma que me atormenta.

Sus amigos formaron un semicírculo abierto, expectantes, sus rostros reflejando la incertidumbre y la preocupación. Se respiró una gran pausa antes de que finalmente lo soltara:

- He descubierto, amigos míos, que no tengo corazón solo para un amor.

Las palabras se desbordaron como un río furioso, inundando el parque y desmoronando los cimientos de lo que creían conocer sobre Andrés. Ninguna brisa, ninguna hoja o pájaro cantarín lograba colarse entre sus palabras

ahora enfebrecidas.

- No puedo amar solo a Valeria, pero tampoco puedo evitar amar a nadie más. No es un juego, no es un capricho. Es una confusión en el corazón de la cual no puedo escapar, y me somete a un destino que aún no llega.

El rostro de Valeria evidenció una tristeza profunda y contradictoria, pero sin dejar de lado la fuerza y el compromiso con Andrés. Se unió a la conversación, mirándolo con una mezcla de furia y amor:

- No tienes por qué experimentar esto solo, Andrés. No lo vivas en la penumbra de los rincones de tus pensamientos. Si este es un laberinto que te somete hoy, aquí estamos nosotros, tus amigos, para recorrerlo contigo y encontrar - agregó Valeria con voz entrecortada -, encontrar una salida juntos.

A su lado, los demás asintieron con vehemencia, mientras Andrés juntaba las manos en agradecimiento y se sumergía aún más en el torbellino de emociones que se desataba en su corazón, sabiendo que no lo enfrentaría solo. En lugar de rechazarlo o ignorarlo, sus amigos eligieron, con sus versos y empatía, abrazar ese extraño monstruo que emergía de su pecho y hacerlo parte de su convivencia, de su comprensión mutua de la complejidad de la vida y el amor.

Los jóvenes poetas sabían que el corazón, como sus versos, era una criatura salvaje, indomable y en constante transformación, tanto henchida de dolor como de luz. En los misterios de la poesía y las palabras que tejían juntos, encontraron, si no las respuestas, sí el valioso y cálido consuelo de saberse uno en el otro, y saberse juntos en la exploración incierta y apasionada de los laberintos del corazón.

## **Sofía enfrenta sus inseguridades en el amor**

Aquel viernes la brisa del otoño nos sorprendió en el Parque de los Poetas. Lo hizo como un espíritu travieso de niebla y aire fresco. Los árboles, con sus hojas tintadas de ocre y amarillo dorado, cantaban ligeramente el coro melodioso y lánguido del fin de una época. Ese viernes el parque estaba cubierto por el manto de un atardecer antiguo y nostálgico, hecho a la medida de los corazones inquietos que bullían inconformes en el pecho de cada uno de mis amigos.

Sofía fue la primera en llegar, siempre puntual y dedicada. La vi

preparada con su cuaderno de tapas bordadas, trazado algunas frases con una delicadeza casi maternal en su semblante. Sus ojos eran de un azul profundo y tormentoso; reflejaban un mundo de ilusiones y esperanza que solo lograban ser alcanzados a través de sus versos.

Me acerqué a ella con cautela, pues en su sopor se vislumbraba algo íntimo y privado. Llevaba una camisa color crema que resaltaba la ternura de su rostro. Las hojas caían lentamente alrededor de ella mientras sus dedos trazaban el siguiente verso encadenado a su pecho.

- Hola, Sofía - le dije con una sonrisa de afecto auténtico en mis labios.

Sobresaltada, Sofía levantó la vista hacia mí. Comencé a disculparme inmediatamente.

- Lo siento, Sofía, no quería asustarte.

- No te preocupes, Andrés - respondió ella con una sonrisa forzada, como si apenas pudiera levantar las comisuras de sus labios y sus parpados -. Estaba escribiendo un poema para compartir con todos esta tarde. - Sofía me mostró las líneas que había escrito y pude ver, incluso desde lejos, que el papel estaba ligeramente humedecido por lágrimas previas. Alcé una ceja y, aunque quería preguntarle al respecto, decidí que lo mejor, en ese momento, era guardar silencio.

El resto del grupo fue llegando poco a poco, volviendo a llenar el parque con risas y susurros. El sol se deslizaba perezosamente hacia el horizonte, transformando sus rayos en una danza dorada al filtrarse a través de las hojas.

Miguel comenzó a leer el primer poema que había traído. Hablaba de amores imposibles, de corazones que se rompen en mil pedazos. Miré hacia Sofía, que, en lugar de escuchar, tenía la vista clavada en sus manos que sostenían su cuaderno. Luego, parpadeó y cerró su cuaderno con decisión. Había sido desconsolador ver el destello de miedo en sus ojos.

Finalmente, Sofía se levantó y nos pidió que prestáramos atención al poema que leería. La elegancia de sus movimientos y el temblor casi imperceptible de sus palabras nos atraparon en completo silencio.

- Amigos - comenzó Sofía con una voz quebradiza y vulnerable como un cristal helado -, hoy les traigo un poema que viene desde el fondo de mi ser, que ha atravesado el duro camino de mis inseguridades y mis temores. Su título es "Desvaneciéndome en sus brazos".

Una brisa oportuna agitó las copas de los árboles, dotando de un telón

de fondo melódico al inicio de su lectura. Con cada verso, Sofía dejaba entrever un pedazo de su alma torturada por el miedo al rechazo, por las discrepancias entre sus deseos y sus inseguridades. A medida que leía, su voz comenzó a elevarse en una bella tristeza, envolviéndonos en una oleada de emoción comprensiva y solidaria. Nos habló de cómo amaba a alguien pero temía que su amor fuera aplastado por el peso de sus propias inseguridades y expectativas.

Cuando su lectura llegó a su fin, Sofía dejó escapar un largo suspiro y miró a cada uno de nosotros con una mezcla de alivio y aprensión. En ese instante, la compasión y la empatía estaban a flor de piel en nuestros rostros.

Era Miguel quien decidió romper el silencio.

- Sofía - dijo con un suave y cauteloso tono -, querida amiga, tus palabras nos llegan al corazón. No tienes por qué cargar todo el peso de tus inseguridades por ti misma. Estamos aquí para apoyarte y comprenderte, para llevarte de la mano a través de los oscuros rincones de tus temores.

Sofía sonrió con lágrimas en sus ojos y, por un momento, pareció liberar un peso invisible. Extendió sus brazos hacia nosotros y nos abrazamos en un gesto de solidaridad y fortaleza compartida. Así, con los brazos cruzados sobre los hombros de los que éramos sus amigos más cercanos, se permitió llorar en paz.

En el Parque de los Poetas, bajo la mirada compasiva de los árboles, Sofía nos mostró lo que significaba enfrentarse a sus inseguridades y temores. Nos demostró el poder de la palabra y las lágrimas para sanar heridas profundas y guiar a un corazón atribulado de regreso a la calidez del amor y la amistad. Y, en ese abrazo, nos prometimos, sin palabras, sostenernos el uno al otro a través de la tormenta y el mar dorados.

## **Miguel y las complicaciones del romance adolescente**

El Parque de los Poetas se vestía de nubes violeta y remolinos de viento asombrado. Los árboles danzaban al compás de un himno nocturno, como fieles centinelas y cómplices de aquellas almas inquietas que recorrían sus veredas pisando sombras y suspiros.

Miguel, acostumbrado a ser el corazón que protegía a todos sus amigos, se sintió extrañamente perdido al enfrentarse al turbio mar de su propio corazón.

Alicia, la joven e hipnotizante chica que había ingresado recientemente a su vida, había despertado en él un caudal de emociones que solo podía describir a través de versos, intentando capturar el torbellino de sus pensamientos y sus anhelos.

Los otros miembros del grupo habían notado los cambios en Miguel. La melancolía y la confusión que teñía su rostro cada vez que su mirada recaía por casualidad sobre Alicia. Los ojos de Sofía destilaban una mezcla de sorpresa y preocupación al verlo tan diferente. Valeria se estrechó preocupada contra Andrés, ambos observando la transformación de su amigo como si fuera a desaparecer frente a ellos.

Miguel se alejó del grupo y caminó hacia un árbol apartado, sumergiéndose en su fragor. Navegó entre el papel y la tinta tratando de salvar su naufragio interior. Valeria se aventuró a seguirlo, los pensamientos abrumadores de Miguel parecían quitarle el aire al ambiente.

- Hey, Miguel, estás bien? - preguntó Valeria con una preocupación genuina mientras se acercaba a su amigo, quien se encontraba recostado en un árbol.

Miguel levantó la vista hacia ella por un momento antes de volverla a su cuaderno. Suspiró y trató de inclinar el cuaderno para que ella pudiera ver lo que había escrito recientemente, sus dedos temblaban ligeramente.

- Estoy enamorado, Valeria - confesó con un hilo de voz casi inaudible, sin soltar el cuaderno y con la mirada perdida en los trazos de sus palabras.

El efecto fue un golpe suave en el estómago de Valeria. Su amigo, el que había sido cimienta de lo que llamaban su pequeña familia debatía ahora el misterio de sus propias emociones.

- Quiero que leas esto - agregó Miguel, ofreciendo a Valeria su cuaderno, que contenía los versos de su enamoramiento inexperto y refulgente.

Valeria tomó el cuaderno con manos cuidadosas, como si sostuviera un pájaro herido. Sus ojos recorrieron las palabras escritas con fervor y candidez, cada letra como un susurro de amor en busca de un refugio.

- Es maravilloso, Miguel - aseguró Valeria, devolviéndole el cuaderno con una sonrisa triste. - Pero también es doloroso. Te atreves a enfrentar ese torbellino que llevas dentro?

Miguel asintió con firmeza, aunque en su interior temblaba por la magnitud de lo que estaba por hacer. Se puso de pie y se dirigió hacia donde charlaban Alicia y el resto de sus amigos. Valeria lo siguió, entendiendo que

era tiempo de enfrentar lo inminente y lo incierto.

- Amigos, quiero compartirles este poema que acabo de escribir - anunció Miguel, temeroso pero decidido. Todos giraron hacia él, instintivamente conscientes de la gravedad del contenido que estaba por revelar.

- Se titula "Enredado en el cabello de un sueño" - prosiguió Miguel, tomando una bocanada de aire y, mirando a Alicia con dulzura y vehemencia, comenzó a leer.

Las palabras brotaron como una cascada intensa de emoción y asombro, y los otros observaban a Miguel mientras exponía su corazón y dejaba fluir el torrente de su amor en versos. La complicidad y la magia en la mirada de Alicia mientras Miguel leía transportaron a todos a un lugar en el que la poesía era el único lenguaje que importaba.

Cuando finalizó el poema, palpable en el aire quedó un silencio casi sacro. Fue Alicia quien rompió el hechizo al extender su mano hacia Miguel, sus ojos brillantes como estrellas que se encendieron con su poesía.

Miguel tomó la mano de Alicia con ternura, y aunque sabía que las complicaciones del amor adolescente podían sellar en llanto y dolor los destinos, también entendió que sin riesgo no había poemas ni pasiones que valieran la pena. En el fresco atardecer que los rodeaba, Miguel descubrió que las complicaciones del amor también formaban parte del torrente inagotable de la poesía y la vida.

## **Mariana y la desilusión de un amor platónico**

El atardecer estival en el Parque de los Poetas caía como postal de un cuento de hadas, con el aire lleno de murmullos de ramas y suspiros de gente apresurada por sus asuntos cotidianos. En un rincón apartado del parque, casi abrazado por las sombras de los árboles, se encontraba el grupo de amigos, sumergidos en lo que había sido un sinnúmero de poesías y confidencias compartidas.

Las emociones latían en el aire mientras escuchaban con atención las palabras de sus amigos al leer versos íntimos y personales, versos que, muy a menudo, retrataban con precisión los miedos, esperanzas y sueños de cada uno. Sofía, con su rostro melancólico y reflexivo, había acabado de leer su último poema, y los demás la elogiaron por su fuerza y su elección de palabras. Sin embargo, Mariana, siempre en silencio, no había traído nuevos

versos, y su mirada parecía más perdida de lo usual, como si la sombra que la acompañaba se hubiera vuelto más oscura y abrumadora.

Miguel, preocupado por el estado de su amiga, se adelantó a hablar.

- Mariana, nos preocupa verte tan callada - dijo, midiendo cada palabra con tacto - Hay algo que te esté molestando? Por favor, sabes que nos tienes aquí, y que la poesía nos puede ayudar a entendernos mejor a nosotros y a los demás.

Mariana, con una mirada que llevaba vislumbrada el peso de una tristeza sin nombre, inspiró profundamente y, como un lirio trémulo, comenzó a hablar.

- Es que ya no sé qué decir. La voz de la poesía a veces me asusta, especialmente porque me veo atrapada en sentimientos que no entiendo - explicó, con dificultad.

Valeria, con un gesto cálido y madre, la animó a abrirse, a compartir esas emociones que la debilitaban y descubrir un atisbo de reflexión y consuelo en los rostros de sus amigos.

Mariana, con titubeo, se levantó y les habló a sus amigos, con la voz rasgada y entrecortada por la vergüenza.

- Ustedes saben que no he hablado mucho del chico que me gusta. Creo que, en el momento de atrapar mi amor en palabras, el miedo es tal que no logro ni siquiera decir su nombre en un verso

Miradas de comprensión y empatía se dibujaron en los rostros de los otros jóvenes, cada uno recordando su propio viaje a través de las luces y sombras del amor joven.

- Pero siento que tengo que decírselo. Tengo que enfrentar esos miedos que atan mis versos y mi alma, y decir algo, aunque sea solo en palabras imperfectas y vacilantes - concluyó Mariana, con una mezcla de determinación y miedo.

Los demás asintieron en silencio, ofreciendo a Mariana un impulso de solidaridad y coraje. Andrés, con su vocecilla de consejero sabio, la animó a redescubrir el poder de la poesía, no solo para describir deslumbrantes puestas de sol o escenarios de realidades inalcanzables, sino también para desentrañar ese diálogo interno y conflictivo con el corazón y la esperanza.

Mariana decidió, entonces, que ese día en el parque haría una declaración a su amor platónico, a través de un poema especial que intentaría escribir con la ayuda de sus amigos. Se sentaron todos juntos en un círculo, compartiendo

ideas y palabras que destilaban la esencia del amor, el llanto y, sobre todo, el coraje.

Unas horas más tarde, Mariana tenía su poema, un canto agridulce de amor y desilusión. Se dirigieron raudos y audaces hacia el destino donde el joven al que ella amaba estaba sentado, conversando con sus amigos en una cafetería.

Mariana, sintiendo que sus piernas temblaban como gelatina y que su corazón choquearía ferozmente contra su pecho, comenzó a leer su poema en voz alta. Su voz era firme y lírica, y, al principio, el chico la miró con interés y curiosidad.

Pero, a medida que las palabras fueron tomando más fuerza y la pasión y el deseo en los versos de Mariana se hicieron más evidentes, su rostro se transformó en una expresión de arrogancia y desprecio. Fue como si, al comenzar a entender el mensaje, decidiera que no valía la pena prestarle atención.

Mariana, su corazón apretado como puno, leyó hasta el final del poema. Ahora, las últimas palabras yacen en el aire, frágiles y solemnes como un réquiem. El amor de Mariana, con una risa burlona, se puso de pie y se marchó con su grupo de amigos, dejándola ahí, con su alma y su poesía desgarradas.

El silencio que siguió fue como una guadaña que amenazaba con arrastrarse y devorar las emociones desbordantes. Y, aunque en su amigo habría un devastador sentimiento de desilusión y pesadumbre, Mariana levantó la vista, con sus amigos a su lado, y supo que, al menos, había encontrado el coraje para enfrentar sus miedos y hablar en voz alta, a pesar de las lágrimas y las amargas palabras.

Fue entonces cuando la poesía dejó de ser solo un murmullo melódico de sentimientos y palabras hermosas y se convirtió en un arma, llena de poder y decisión, y en un escudo que protegía el corazón de sus amigos de las asechanzas del mundo.

Mariana, con sus amigos abrazándola y su poema en las manos, supo que el amor, aunque doloroso y efímero, no la iba a destruir. Poetisa de corazón y alma, tomó sus versos y marchó hacia el futuro con decisión y la certeza de que, pase lo que pase, siempre tendría sus palabras y sus amigos para sostenerse.

Esa noche en el Parque de los Poetas, bajo un cielo de estrellas y de

versos clandestinos, se oyó una voz valiente y desafiante que hablaba de amor y de esperanza. Y, aunque esa voz rompía con fuerza en la silenciosa ausencia de una caricia, sabía que el tiempo y la poesía serían sus bálsamos, sus consuelos y, finalmente, su alas.

## Compartiendo poemas sobre amor y desamor

La mañana en el Parque de los Poetas había amanecido con la promesa de un día fresco y lleno de vivacidad. Era una de esas raras mañanas en la que el sol no quemaba la piel, sino que parecía que la acariciaba con ternura. El grupo se encaminó hacia su rincón favorito, sumergiéndose en la dulce sinfonía de las hojas danzantes y los cantos de los pájaros que desplegaban como un idilio melódico y despreocupado.

Y así, en una cámara de susurros y sombras en el corazón del parque, los jóvenes se dieron cita en aquel ritual sagrado de versos compartidos y secretos fungibles. Fue Valeria quien rompió el silencio inicial, leyendo un poema que afloraba de su dolor interno y de un enamoramiento frustrado. Sus palabras se fundieron en el aire, formando arabescos y espirales, y retumbaron con amarga dulzura en el corazón de todos los presentes.

El poema versaba sobre un amor desdichado, sobre una caricia no correspondida y sobre el peso abrumador de lo que pudo ser y no fue. Narraba, a su vez, los instantes compartidos entre Valeria y un compañero de clase en negro romance, alguien que la había hecho wellar emociones que ella no podía contener. Los otros escucharon con atención, cada uno de ellos sabiendo que su amor había sido un fracaso y que la poesía era el único bálsamo que podía sanar sus corazones.

Cuando Valeria terminó de leer, un silencio apesadumbrado se instaló sobre el grupo. Fue Andrés quien dio el siguiente paso, midiendo las palabras con cuidado y eligiendo un poema suyo que aún no había compartido con sus amigos. Un poema sobre un amor marchitado, un sueño que se desvaneció antes de realizar.

- Este poema - empezó Andrés, con un temblor en la voz - lo escribí pensando en una chica que conocí hace un tiempo. Ella me hizo sentir cosas que nunca antes había sentido. Pero ahora, solo queda el recuerdo y las palabras de nuestro amor efímero.

Sus versos fluían como torrentes, desgarrando por completo el velo de la

tímida confesión. Mariana, que había estado escuchando en silencio, sintió cómo las palabras reverberaban en su alma y cómo su amor propio también era deshecho en pedazos esparcidos por poetas. Sofía miraba a su amiga con una mezcla de inquietud y comprensión, sabiendo que su corazón había sido tamizado por las ruedas de la desesperanza y el miedo.

- Andrés - susurró Mariana, con la voz llena de emociones encontradas - entiendo cómo te sientes. Yo también he estado en esa situación, donde las palabras que escribimos son solo un consuelo para un alma y espíritu despedazados por el desamor.

Miguel, que hasta entonces había observado en silencio, añadió:

- No es curioso cómo nuestras palabras, en su intento de liberarnos, nos atan a sentimientos y recuerdos que nos lastiman? Y aún así, no podemos dejar de escribir, porque ese dolor y esa tristeza son lo que nos mantienen vivos y humanos.

Por un instante, solo se escucharon las voces del viento y el susurro de las hojas que los rodeaban. Fue en ese momento, en el epicentro del amor desgarrado, que cada uno de ellos comprendió la importancia de las palabras compartidas. Sus versos y sus vivencias eran el puente que los conectaba y les permitía enfrentar sus propias sombras y anhelos.

- Entonces, qué haremos con este dolor? - preguntó Sofía, con una voz casi imperceptible.

Una sonrisa distante cruzó el rostro de Valeria, en un gesto por camuflar sus heridas internas.

- Seguiremos escribiendo, seguiremos compartiendo nuestros versos, nuestros miedos y nuestra esperanza - aseguró Valeria, percibiendo la indeleble huella que sus palabras habían dejado en cada uno de ellos.

El dolor paladeado por cada alma se convirtió en una hebra que los unía más que nunca. Todos sintieron el llanto y las lamentaciones que callaban tras el perfume de la poesía. Y en esas palabras de amor y desamor, entendieron que su amistad les daría la fuerza para enfrentar las ilusiones quebradas y sembrar esperanzas renovadas en el jardín de sus corazones.

## **El apoyo mutuo ante las vicisitudes del primer amor**

La plácida luz de la tarde se desdibujaba en el Parque de los Poetas mientras los últimos rayos solares se refugiaban en las esquinas sombrías de las aceras.

El grupo de amigos caminaba en silencio hacia su rincón predilecto, donde Virginias, Jacarandas y Sauces rodeaban con sus encantos un espacio que ya sentían como un hogar, un hogar atrincherado de versos y confesiones.

Cada uno de ellos llevaba auestas sus propias inquietudes, pero se sabían capaces de encontrar consuelo en el cauce emocional que la poesía frecuentaba. Sin embargo, Andrés sabía que esta vez, las palabras que traía entre las páginas de su cuaderno difícilmente podrían mitigar el llanto en sus entrañas.

Aquella tarde, cual gota que colmó el profundo vaso de su desesperación, Andrés había descubierto que la chica a la que anhelaba en secreto había comenzado a salir con otro chico. Ese cruel descubrimiento desnudó ante sus ojos la fragilidad de su curación autoilusionada, y Andrés comprendió que las heridas aún laceraban candentes su corazón.

Mientras su amiga Sofía hilaba versos que escapaban de su voz, Andrés permitió que un susurro amargo poblara sus pensamientos.

- No te duele, Sofía? No sientes que, en realidad, el amor es un abismo al que nos lanzamos una y otra vez?

Sofía, que caminaba a su lado en silencio, sostuvo la mirada de Andrés y asintió con lentitud, como un suspiro que dejara ver las sombras de su dolor.

- Créeme, Andrés, que sí me duele y que sé lo que notas en tu alma, porque lo vivo a diario. Pero también sé que estamos aquí, juntos, y que con nuestras palabras y nuestra amistad, podemos aliviar un poco ese dolor, ese peso que soportamos en el pecho.

Andrés le sonrió con tristeza, sabiendo que Sofía hablaba desde su propia experiencia, desde esa bruma de desilusiones que también la había agobiado.

- Es por eso que esta tarde - continuó Sofía - os pido que compartamos nuestros versos y pensemos al mismo tiempo en aquellos que nos cruzamos por el camino. Si os parece bien, me gustaría que cada uno de nosotros mire a los ojos a algún otro miembro del grupo y sienta en ese mismo momento, mientras nos inundamos de nuestras estrofas y ríos de tinta, que ese aliento que recibimos, ese consuelo que nos transmitimos, es el mismo que deberíamos procurarnos a nosotros mismos frente al dolor.

Los amigos aceptaron la propuesta con un murmullo de asentimiento. Así, Andrés se sentó frente a Mariana, Sofía lo hizo con Miguel y Valeria quedó ante otro joven poeta que había llegado hace poco al grupo, Javier. Todos estaban sorprendidos de encontrar en esta idea de Sofía una suerte

de ceremonia donde sus pensamientos y palabras, sus manos y miradas se entrelazarían en una cadena de sanación.

Mientras las palabras comenzaban a fluir, un torrente de imágenes y de sombras desgarradoras les golpeaban en el pecho. Andrés susurró sus versos con la garganta cerrada y Mariana, con los ojos anegados en lágrimas, sintió cómo el tiempo se fundía en un abrazo atemporal, donde amor y desilusión tejían sus destinos.

Cuando todos hubieron terminado, un intenso silencio cayó sobre el Parque de los Poetas, como si un hada invisible cortara la cuerda que unía cada verso al siguiente. Y fue entonces, en aquel instante suspendido, que cada uno de ellos sintió que el dolor, el deseo y los recuerdos que compartían salían de la penumbra de su soledad y encontraban un nuevo sol en los ojos de sus amigos.

Andrés, dándose cuenta de que en aquel lacónico primer amor había adquirido alas sin darse cuenta, miró a sus amigos, sintiendo en cada mirada una fuerza reconfortante y un abrazo lleno de esperanza.

Y así fue como los jóvenes poetas comprendieron que, unidos en su dolor y en su resistencia, podrían desafiar a los demonios del desamor y encontrar en la solidaridad y la confianza un refugio ante las sombras del amor callado. En aquella tarde de atardecer melancólico, apenas sosegado por los últimos rayos de sol, los corazones adolescentes hallaron la alquimia de la amistad y el apoyo mutuo en los lindes de la vida y la poesía. Y aunque el amor, en sus variados matices y laberintos, nunca dejó de sorprenderlos ni de herirlos, supieron siempre confiar en el lenguaje de los versos y en las manos de los poetas.

## Chapter 8

# Cambios corporales y la búsqueda de la identidad

La melancolía del ocaso se tambaleaba sobre el Parque de los Poetas, mientras los amigos se despedían con la promesa de encontrarse de nuevo al amanecer en ese pequeño refugio. Mariana se detuvo un momento y observó las pocas estrellas que aún lograban iluminar el creciento manto grisáceo que cubría su ciudad natal. Sintió una opresión en el pecho y no supo si era a causa de las turbias emociones que le abrumaban o si era simplemente su cuerpo, esa biología rebelde que le dirigía hacia inevitables cambios.

Aquella noche, a solas en su habitación mientras la luna hacía oscilar su luz entre las cortinas y paredes, Mariana comenzó a trazar pluma sobre papel, dejando escapar sus incertidumbres y miedos. Sentía que su cuerpo ya no le pertenecía, que la traicionaba despierta y durmiente, rompiendo el molde que la mantenía unida.

Al día siguiente, Mariana llegó al parque con los párpados hinchados y una temblorosa confianza. Se refugió en la sombra de un viejo jacaranda cuando vio aparecer a Valeria, Sofía, Miguel y Andrés con sus cuadernos y corazones abiertos. Mariana sabía que si había alguna esperanza de hallar consuelo en medio de este torbellino de emociones y cambios, sería en las palabras y abrazos de sus amigos.

Valeria, que llegó percatándose de las sombras que nublaban el brillo de los ojos de Mariana, decidió romper el hielo y lanzar una pregunta al viento, con la esperanza de que algún verso lo acunara y purificara.

-Hoy no traigo un poema, pero sí una pregunta -repuso, en tono inquis-

itivo-. No os parece que a veces la vida nos obliga a cambiar sin darnos cuenta, sin dejarnos un instante para respirar?

Andrés esbozó una torpe sonrisa y abrazó con fuerza su cuaderno entre sus dedos, como si esperara que las palabras aprisionadas en sus páginas pudieran responder a la pregunta que flotaba en el aire, esa pregunta que helaba su corazón y su juventud. Pero no fue él quien se aventuró a responder, sino Sofía, que carraspeó y buscó las palabras entre sus pensamientos vaporizados de temores.

-A veces, esos cambios, ya sean físicos, emocionales o mentales, no están en nuestras manos. Nuestro cuerpo se transforma como un río que fluye y se lleva consigo la tinta de los versos que fuimos. A su paso, también nos obligan a repensar quiénes somos y quiénes queremos ser, y eso, amigos míos, es algo que solo podemos experimentar por nosotros mismos.

Sofía miró a Mariana a los ojos, entendiendo que esas palabras resonaban en su interior como lamentos de hojas cayendo en el viento otoñal. Mariana sintió la necesidad de compartir algo, de revelar parte de su desazón que atormentaba sus sueños y despertares.

-Esta noche no pude dormir. Me sentía como si mi cuerpo no fuera mío. Acaso no os parece raro cómo crecemos y nos transformamos sin apenas control alguno? Somos prisioneros de nuestra naturaleza y, a veces, me pregunto si realmente tengo algún poder sobre mí misma -susurró Mariana entre sollozos contenidos.

Miguel posó su mano sobre el hombro de Mariana, sabiendo bien que no había palabras de consuelo suficientes para aligerar la carga del desasosiego, pero se atrevió a erguir su voz y buscar una esperanza en medio de la oscuridad.

-Es cierto, Mariana. A veces la vida nos pone pruebas que parecieran no tener respuestas claras y nos preguntamos qué es lo que buscamos. Pero también creo que somos lo que somos por el amor a nosotros mismos, por la búsqueda de quiénes somos en este mundo donde los cambios físicos y las expectativas nos invaden. Y es a través de la poesía, de las palabras que compartimos, que logramos retomar la brújula y recobrar nuestra identidad.

Entonces, en aquel remanso de emociones y versos, los jóvenes poetas aceptaron los estertores de asombro y desconcierto que dominaban sus cuerpos y sus vidas. A través de la mancomunidad y la poesía, pudieron afrontar juntos la incertidumbre que acompañaba sus transformaciones

internas y externas. Cada luna y cada amanecer, entre la sangre y las tinieblas de sus intrigas, supieron reencontrar en los versos la esperanza y la luz que les guiase en cada nuevo cambio y en cada nuevo comienzo.

## **Adentrándose en la pubertad: Inseguridades y dudas**

Mariana deambuló por la calle con manos cubiertas de sudor frío, temblorosas bajo el peso de la mochila que colgaba de sus hombros. Sus aletas nasales vibraban inquietas, reconociendo el hedor urbanístico de escape y asfalto. Su caminar errático la conducía hacia el Parque de los Poetas: aquel oasis que le esperaba para desenredar sus angustias de adolescente.

Sofía se encontraba en el parque, acurrucada sobre una rama caída del jacaranda, salpicada por las ligeras manchas azules que sus flores dejaban al caer. Aquella visión, pensaba, señalaba un potente y trágico alejamiento de aquella lógica académica que había estado gobernando su vida. De pronto, sintió los brazos de Mariana rodeándola por detrás en forma de agradecimiento. Sofía no hizo preguntas; respetó el silencio como cualquier poeta con empatía hubiera hecho.

Andrés estaba allí, como cada día, con la mochila a sus pies, en una condición evidentemente insoportable para un adolescente de su edad. Observaba con inquietud las sombras indecisas de las ramas de los árboles, en un claro conflicto con la luz del sol. Con las manos en los bolsillos, como si llevara siglos esperando, Andrés se aproximó a Miguel brindándole un saludo mudo, con el alma desgarrada ante aquellas tempestades que ponían a prueba su capacidad para reconocerse.

Fue entonces cuando, en aquel entorno de un parque donde la humanidad en su mejor momento se filtraba a través de los intersticios de la civilización, Valeria arrojó su mochila al suelo y se dejó caer entre las flores. Su pelo ondulado yacente describía el laberinto truncado que vagaba en su mente, y sus manos pálidas, que se aferrarán al musgo como si demostraran un acto de revolución, revolvían sus nociones de su ser propio. En esas manos, pensó, estaba la vida que la sociedad esperaba de ella, y ese musgo se resistía a adherirse a sus expectativas.

Entonces, bajo la sombra de un sauce que lloraba sobre sus destinos, los jóvenes poetas se despojaron de sus mochilas y dejaron a sus espaldas las cargas que la escuela y la vida les habían arrojado. Se sentaron en

semicírculo, como preadolescentes solitarios forjados por el caos de la vida y de la ciudad, unidos por el deseo de explorar esos misterios tan terribles y hermosos que emergían de sus propios cuerpos.

Fue Andrés el primero que se atrevió a hablar, mirando hacia el suelo con un turbio desconcierto en sus ojos.

- Es terrible, pero desde hace días no, tal vez semanas, no logro reconocermme en el espejo. Estaba acostumbrado a ver aquel niño frágil, pero entonces vi que algo había cambiado, que estaba cambiando.

Miguel lo miró con una amarga empatía, con la picante sensación de un joven tratando de resolver una ecuación indescifrable ante sus ojos.

- No eres el único, amigo mío. A veces me levanto por las noches y siento como si algo extraño me estuviera espionando desde adentro. Y doy vueltas en la cama, aterrado y curioso por saber qué mi ser me tiene preparado.

Sofía no pudo resistirse a agregar su voz a aquel lamento colectivo. Sus palabras resonaban con la fuerza de la desazón con la que habían cargado sus hombros, tan íntimos y al mismo tiempo tan ajenos.

- Yo también he sentido eso. Esa dilatada ansiedad, ese temor a no conocermme, a no saber quién soy o quién debería ser.

Mariana, con sus ojos mojados por el coraje de sus amigos, consiguió dar forma a sus palabras y enfrentarse a su propia confesión.

- Y qué podemos hacer? Cómo enfrentamos estos cambios, estos los miedos que nos persiguen?

Valeria suspiró y sacó su cuaderno de anotaciones. Leyó con voz serena y firme un poema que había escrito días atrás, despojándose de la máscara de silencio que el miedo había colocado en su rostro.

"Al otro lado del espejo, allí donde mi piel no sabe, mis entrañas me observan. Un desconocido hecho de mí, Demudado, silente y extraño. Nos miramos a hurtadillas, sin que el mundo nos espante, ofreciendo, en cambio, Un susurro de comprensión."

Y fue entonces, en aquel parque bajo los árboles, con lágrimas cavernosas trepando por sus mejillas, que los jóvenes atesoraron el descubrimiento de sus propias inseguridades y el reconocimiento de las existentes en sus amigos.

Miguel cerró los ojos, permitiéndose sentir por primera vez la savia que hacía brotar el árbol de su pubertad, y abrazó con gratitud la idea de que no estaba solo en esa senda insondable. Los demás, tomándose de las manos, vislumbraron un destello de resiliencia y fuerza en medio de aquel torbellino

de cambios y dudas, anclado en la amistad y en la profundidad de la poesía que los asistiría en cada revés y en cada victoria.

## **La poesía como herramienta para explorar la propia identidad**

La tarde comenzaba a desvanecerse en sombras empolvadas detrás de los edificios grises y desmoronados que bordeaban el Parque de los Poetas, como una bruja del tiempo que se afanara en tejer oscuros mantos con las hebras del día. Un remolino de palomas y hojas giraban en piruetas caóticas, siguiendo el ritmo atormentado de los pensamientos de los jóvenes poetas que se hallaban en aquel santuario esmerilado por la ciudad.

Sentada en un banco cubierto de musgos y recuerdos, Mariana fruncía el ceño ante su cuaderno de hojas empapadas en sueños e incertidumbres, sopesando con la punta de su pluma las palabras que se agolpaban en su pecho, buscando descifrar el acertijo de su propia identidad. Cuando se dio cuenta de que Andrés la observaba por encima de su hombro, Mariana se sobresaltó y cerró el cuaderno con sigilo.

-No te miraba a ti, si no al atardecer -dijo Andrés, con la certeza melancólica de quien ha visto demasiadas sombras correr a esconderse bajo los edificios-. Pero sí me pregunto, Mariana, qué es lo que se esconde detrás de tu opaca mirada y tus puñados de palabras. Te he visto llorar entre versos y esconderte tras los árboles como si te temieras a ti misma. Dime, qué es lo que te atemoriza tanto de la verdad que inscribes en tu cuaderno?

Mariana lanzó un suspiro temeroso, como si acarrearla en su pecho la carga de un millar de silencios, pero al ver la mirada empática y genuinamente preocupada de Andrés, decidió confiar en él y en sus inquietudes compartidas.

-No sé cómo decirlo -comenzó, casi en un susurro-. Es solo que últimamente me siento como una desconocida en mi propio cuerpo. Acaso no es extraño cómo cambiamos sin pedirnos permiso, cómo nos transformamos sin avisar en mariposas desconocidas que no saben a dónde volar?

Andrés asintió, dejando que sus recuerdos de adolescencia atormentada naufragaran entre las olas de simpatía que le causaban las palabras de Mariana. Con una sonrisa que intentaba ser reconfortante, tarareó unas palabras que había titubeado tiempo atrás en un momento de duda e iluminación dolorosa.

-Credere al volo, per apprendere al volo. Creo que es eso lo que estás buscando al explorarte en tus versos -dijo Andrés, fijando su mirada en el horizonte glauco que se mezclaba con el humo de los automóviles-. Creer en el vuelo para aprender sobre él. No podemos detener estos cambios, Mariana, pero sí podemos intentar comprenderlos.

La joven reflexionó sobre las palabras de su amigo, dejándose mecer por la dulzura de su voz y la sabiduría que parecía emanar de su sonrisa temblorosa. Aprendieron a volar mientras sus cuerpos y sus almas se sumergían en la oscuridad de una noche que se vestía de secretos y penas confesadas, y se encontraron en la otredad de sus propias metamorfosis.

En esa búsqueda compartida, se dieron cuenta de que la poesía no solo servía para encontrar alivio en los protagonistas de sus estrofas, sino también para desentrañar sus propias dudas y miedos. Mientras Mariana plasmaba su desconcierto en sus poemas, Andrés se permitía sumergirse en sus propios abismos, enfrentando sus demonios y aprendiendo a volar en el aire enrarecido de sus inseguridades.

-Creo que, en última instancia -dijo Mariana, finalmente-, es eso lo que buscamos en nuestros poemas. No solo refugio, sino revelación. No solo consuelo, sino claridad.

A medida que el grupo de poetas comenzó a encontrarse con mayor frecuencia en el Parque de los Poetas, cada uno de ellos fue atesorando las palabras compartidas en sus memorias y en sus creaciones. Al darse cuenta de que cada compañero enfrentaba sus propios conflictos y se sumergía en sus propias tormentas, aprendieron a buscar consuelo y solaz en la poesía y en la comunidad que se iba tejiendo a su alrededor, como migas de pan que los guiaban en el intrincado laberinto de la adolescencia.

Al abordar el tema de la identidad a través de la poesía y la amistad, los jóvenes poetas recobraron no sólo el sentido del volar ciegamente, sino también la comprensión y el sentido de la camaradería en tiempos de adversidad. Y mientras sus versos y sus almas se entrelazaban en aquel crisol de esperanzas y temores, descubrieron el poder de la poesía como herramienta para explorar la propia identidad y reconciliarse con sus propias transformaciones, como ángeles que aprenden a volar en pleno caer.

## Autoaceptación y amor propio en tiempos de cambios

Los jóvenes poetas de elevada imaginación, afligidos por la presión social invisible de transformarse en sus estereotipos y cumplir con expectativas creadas por el mundo exterior, se enfrentaban a los cambios corporales y emocionales que la adolescencia traía consigo como si estuvieran atrapados en una melodía llena de notas discordantes. A través de relampagueantes encuentros en los cuales asomaba la luna, deshilachada por entre las casi infinitas ramas de árboles soportados por la perpetua esperanza, la verdad azotaba por turnos las llamas de su autoencendido fuego.

Cansados de sentir que eran barcos a la deriva en la inclemente tempestad de sus propias dudas y conflictos, decidieron a trazar un mapa de surcos de amistad, empatía y amor por sí mismos tan ahondado que ni el más sofisticado geógrafo hubiera podido diseñar algo semejante. Rostral, talismán de su esperanza, se encontrarían en un café rincón de la ciudad, bajo una colectiva promesa de abrir sus recónditas almas sobre la superficie del papel. Una sola palabra retumbaba en los corazones de cada uno de los preadolescentes que se reunió en el pequeño café de paredes manchadas por las impresiones digitales de artistas, músicos y poetas que habían pasado por allí: autoaceptación.

Así fue que, con temblorosas manos sobre las cubiertas de sus cuadernos de secretos, embarcaron en un viaje de palabras y versos a través de los mares de sus inseguridades, reconociendo en cada tempestad y cada calma chicha, un jaque-mate a su enemigo silente: la vergüenza.

Valeria, quien hasta no hace mucho escondía su sexualidad en la maraña de palabras y el susurro de versos, alzó primero su copa de inquietudes y, con voz trémula, compartió lo que su espíritu prendido en la tempestad imploraba.

”Quiero aprender a amarme sin miedos, a rodear cada curva y cada protuberancia de este retrato al óleo que soy, aunque me tiemble la mano en cada trazo. Porque me aterra no reconocer en mi reflejo más que un conjunto de trozos desparramados, como si nunca pude armarme completa.”

Como respuesta al eco provocador de sus palabras, Mariana alzó su voz, vibrante en su confesión que tanto tiempo llevó encerrada en los pliegues de su corazón.

”Y yo, temerosa de dar a conocer mi rostro bajo esta máscara que todos

ven y asumen es mía, quiero entregarme al vuelo delajar cada una de mis inseguridades en su pedestal, hasta que pueda volar libre, sin juzgarme ni juzgar a los demás.”

Andrés, siempre alentador y comprometido en la lucha, sentía la presión de las expectativas de los demás, y se dejó abrazar por la autoaceptación como un visitante antiguo, un amigo que le susurraba al oído las verdades que nunca imaginó.

”Creí que debía ser fuerte por los demás, que si revelaba mis dudas y temores, los miraría como iguales que yo apenas puedo soportar. Hasta hoy no supe que mi única lucha es conmigo, y no con los demás. La tierra firme de mí que quiero amar y aceptar, sin prejuicios ni sombras, sin pensar más que en mi sonrisa.”

La noche se desplegó ante ellos como un estallido de plumas negras en la constelación desdibujada de la ciudad. Con cada verso que dibujaban, se adentraron en el laberinto de sus cambios, abrazándolos con amor propio y la complicidad de su amistad.

Miguel, casi en secreto, susurró un poema a sus manos temblorosas y sus ojos llorosos, confesando sus inseguridades que lo atrapaban y prometiendo amarse en cada recodo.

”Me declaro paloma mensajera de mi mismo, Atravesaré tormentas y vientos huracanados, Llevo en mis plumas este mensaje escrito: A mí mismo he aceptado y estoy en paz.”

La llave se había encontrado y se había girado hacia la liberación. Juntos surcaron las palabras y redescubrieron sus cuerpos, sus almas, su razón de existir. El horizonte que la pubertad insinuaba parecía menos amenazador, y las líneas que se alzaban ante las sombras ya no eran murallas, sino estrechos senderos que cambiarían el curso de sus vidas. Unidos en esa fragua de autoaceptación y amor propio bajo la misericordia del lenguaje, supieron que aunque les restaran mil tormentas por atravesar, miles de nubarrones por enfrentar, al fin y al cabo siempre contarían con el bálsamo de la poesía y el mejor refugio de todos: sus amigos y ellos mismos.

## **El descubrimiento de la sexualidad y el enamoramiento**

El sol distante y menguante de la tarde arrojaba una luz dorada sobre las verdes y anárquicas hiedras que corrían junto a las viejas rejas del Parque

de los Poetas, como fieles espectadoras de las mil batallas, las mil preguntas y anhelos de la juventud en su lucha contra sí misma. El banco solitario-refugio de Mariana en tantas ocasiones- era testigo de una nueva grieta en su corazón, una incertidumbre naciente nunca antes experimentada.

Cuando el reloj de la iglesia distante marcó las seis de la tarde, Andrés emergió de entre las sombras, sus pasos titubeantes y su cuerpo encogido, como si temiera interrumpir una ceremonia sibilina, el vuelo silente de unos versos que solo vivían en el aire sereno del parque.

-Hola, Mariana -murmuró Andrés, jugando con su cuaderno de notas como si fuera un amuleto precioso en sus manos-. He estado pensando en lo que discutimos ayer sobre los cambios y transformaciones que nos atraviesan. Y descubrí algo nuevo hoy. Algo que me asusta.

Mariana lo observó en silencio, sus ojos oscuros y acuosos reflejaban una conmoción similar a una corriente eléctrica, una vibración subterránea que recorría su cuerpo y su alma. Se estremeció bajo la preocupación creciente que le estrujaba el estómago como si fuera una bola de demolición, y juntó sus manos sosteniendo el cuaderno que albergaba sus más íntimas confesiones.

-Dime, Andrés -susurró, tratando de no sonar preocupada, pero incapaz de ocultar la desazón que iba naciendo en su pecho-. Qué es lo que te atormenta? Qué has descubierto en los laberintos de tu cambiante cuerpo y tu tempestuosa mente?

Andrés esquivó su mirada, perdido en su propio abismo de confusiones y temores, antes de confesar, casi con un suspiro, las palabras que le quemaban el alma.

-Creo que me he enamorado -dijo en voz baja, el pulso acelerándose y los dedos crispándose en torno a su cuaderno-. No solo eso, sino que he descubierto la desnudez de mi corazón, la fragilidad de los latidos que lo sostienen y que crecen y se enlazan como enredaderas enredadas en torno a un árbol de sueños y desilusiones. No sé No sé qué hacer con estos sentimientos que brotan como chispas de un fuego eterno y arden en mis entrañas.

El miedo y temblor que se dibujaban en las arrugas de su frente eran como una llamada a una revolución silenciosa, un grito de auxilio que Mariana no podía dejar de atender. Sus manos se desprendían de su cuaderno con una decisión que contrastaba con la inseguridad que le pisaba los talones.

-Quizás -comenzó Mariana con suavidad, buscando en sus propias experiencias el consuelo que su amigo necesitaba -, quizás estos sentimientos son como mariposas que atraviesan un campo de flores y llenan de colores y fragancias nuestros días, a pesar de la lluvia y la sombra. El enamoramiento y el descubrimiento de la sexualidad son también parte de ese vuelo incontrolable que nos lleva hacia el futuro, hacia la adultez que tanto tememos y anhelamos.

-Pero, qué pasa si estos sentimientos me lastiman? Qué pasa si lo único que encuentro en esta selva de emociones y deseo es el dolor y la soledad? -preguntó Andrés, la voz temblorosa.

Mariana buscó en su memoria los versos que alguna vez había escrito sobre un amor desesperado y visceral, las palabras que eran como pavesas que se encendían en su mente, brillando en la profunda oscuridad de las preguntas sin respuesta. Confesó, con los ojos llenos de lágrimas y una certeza trepidante en su voz, lo que había aprendido en ese lejano día cuando sus emociones se desbordaron en forma de poesía.

-Es cierto que pueden lastimarte -dijo, con la sinceridad de quien ha visto sufrir al amor en bandeja de plata -. Pero también podrían enseñarte a volar con las alas remendadas de la esperanza y el coraje, a enfrentar tus peores miedos, y a sanar las heridas que se abren en tu pecho al entregarte a sí mismo sin restricciones. El amor y la sexualidad no son solo tormentas que arrasan con todo y dejan sólo desolación a su paso; también pueden ser calmas chichas y atardeceres dorados si aprendemos a fundirnos con sus caprichos y sinuosidades.

Andrés luchó por contener las lágrimas que amenazaban con derramar la carga de sus miedos e inseguridades, y asintió con una profunda gratitud pintada en su rostro. Con el coraje de los héroes de sus poemas, abrió su cuaderno y comenzó a escribir, dejándose llevar por la brillante vorágine de ideas y emociones que le tatuaban el corazón.

Entrelazados en la espiral ascendente de sus palabras y sus sentimientos, Mariana y Andrés se dejaron abrazar por el sentimiento de comunión y revelación que los hermanaba en su lucha compartida por comprenderse a sí mismos y aprender a amar.

## Las presiones sociales y estereotipos de género

El rumor del mundo les llegaba como el eco distante de un sueño, las voces de sus padres y los sonidos de la ciudad reverberando en sus oídos como si fueran lluvias suaves en el dédalo de sus secretos. En ese rincón abrigado por la paz esquiva de la luna, en ese encuentro furtivo en las sombras del parque, los jóvenes poetas encontraron un oasis en el desierto de las presiones sociales y los estereotipos de género, un pequeño respiro en el mundo al que parecían estar condenados.

Miguel no pudo contener el torrente de palabras que se acumulaban en su mente, tropiezos de emociones y pensamientos asaltándolo como ladrones de la intimidad: "A veces siento que no puedo huir de lo que todos esperan que sea, que llevo una máscara cosida con hilos de cristal que no me atrevo a romper, porque si la rompo me rompo yo también. Ser el hombre valiente, el que siempre está firme y no llora estoy cansado de cargar esa mochila."

El susurro de la brisa alcanzó sus palabras y las llevó a los oídos de Valeria, que comprendía la angustia de Miguel a través de la cortina disonante de sus propias inseguridades. Sus ojos encontraron en la penumbra el reflejo de una hermandad y reconfortaron esa ira contenida.

"Y yo", intervino Mariana con una voz que parecía recién nacida de un capullo de emociones desordenadas, "me siento presa del patrón impuesto, encerrada en un molde que no me corresponde. Todas esas miradas de desaprobación cuando no represento lo que se espera de una mujer, cuando prefiero el caos de mi imaginación a las normas establecidas que somos sino prisioneros de esquemas que simplemente no nos pertenecen?"

Sofía y Andrés, caminantes solitarios de sendas desoladas, también sintieron el peso abrumador de las expectativas, el conflicto de huir de su propia naturaleza y, a la vez, luchar por encajar en el laberinto de lo social. El alma de Sofía temblaba ante la perspectiva de enfrentar cada día el cinismo demoledor de aquellos que no entendían su mundo, y Andrés se ahogaba en el silencio de una renuncia forzada, de doblegarse ante estereotipos que maldecían hasta el más fútil de sus actos.

"Es como si estuviéramos sometidos a un juicio eterno," exclamó Sofía, las palabras brotando de su corazón como llamas ascendientes, "encerrados en prisiones de identidad que, aunque hayamos aceptado como propias, no logran apaciguar el conflicto que nos desgarran. Todas esas reglas y normas,

todas esas expectativas no son más que cadenas que nos atan a la negación y la conformidad.”

Andrés, empapado en la cadencia de sus propias luchas, asintió con un gesto melancólico, sumándose al eco de las palabras de Sofía con el fervor de una esperanza menguante: ”Y yo me siento un rehén, un fugitivo condenado a esconderse en el oscuro abismo de su intimidad, luchando por liberarse de las garras de lo que se supone que debo ser porque si no, quién soy?”

Las palabras se trenzaban en ese santuario de sombras como una melodía llena de notas de agonía y revelación, una sinfonía de los desesperados y los oprimidos. Y en ese lugar, en esa espiral armónica y visceral de la solidaridad, Valeria sintió que podía tomar las riendas de su voz, alzarla como un estandarte de desafío ante el mundo y dejarlo atravesar la piel de quienes aguardaban en silencio el advenimiento de una voz más poderosa que sus cadenas.

”No estamos solos,” dijo, la promesa de la luna tejiéndose en las sombras de sus palabras, ”debemos recordar que la verdadera libertad reside en la fuerza de nuestra voz, en el coraje de nuestras palabras y en la rebeldía de nuestra imaginación. Es hora de dejar de esconder nuestros corazones en la oscuridad de la negación y la apatía. Si luchamos juntos, nuestras almas no serán prisioneras del laberinto de estereotipos y expectativas, sino las que lo derrocarán.”

El silencio resonó en los recovecos del parque, como si una verdad contenida finalmente se rebelase y tomase el poder de una voz colectiva que se alzara en un unísono perfecto. Y allí, en ese callado acuerdo, decidió caer la noche y les entregó un don imperecedero: un espacio en el que, lucha tras lucha, palabra tras palabra, podrían enfrentar sus opresiones y hallar la salvación en la voz y los brazos de sus amigos y compañeros.

Porque en ese rincón sombrío del parque, en ese oasis en el desierto de las expectativas, encontraron un puerto seguro, una fortaleza, un refugio donde la poesía y la amistad se convertían en armas que, poco a poco, iban forjando el amanecer de su propia libertad, quebrando los estereotipos y desafiando todas las presiones sociales que los sometían.

En ese momento, unidos por sus convicciones, por la rebeldía de sus corazones y por el poder de la poesía, supieron que no había nada que no pudieran enfrentar juntos. Austero y fecundo, el desierto de sus días se transformó en un jardín en el que sus palabras nacían y evolucionaban y,

como flores valientes que se abren al sol, encontraban en su espíritu un solaz y una fuerza mayor que los desafíos impuestos del mundo exterior. Y, aunque las sombras del juicio y las fuerzas de la decisión aún rondaban sus almas, el ímpetu de su revolución poética había surgido, claro como una nueva aurora.

## Superando la vergüenza y rompiendo tabúes

Aquel día en el Parque de los Poetas parecía más brillante, más vivo, como si las sombras que inquietaban sus almas hubieran sido reducidas por el fuego lento de una verdad revelada. La tarde bailaba con languidez en sus retinas, arrullando la luz suave en sus rostros cada vez más maduros. Las sonrisas que se entrelazaban en sus semblantes dejaban ver el triunfo de una victoria ganada: después de meses de introspección, de ampliar los límites de su ser y surfear las marejadas de sus propios recovecos, habían llegado a una encrucijada tan temida como ansiada, la madre de todas sus batallas.

Allí, en el círculo aún estrecho aunque robusto de sus amigos, en la fortaleza de los sentimientos anudados y la poesía que se escabullía con timidez en sus labios, Valeria se había armado de valor para pronunciar, con voz temblorosa pero cierta, lo que había estado rumiando en su corazón.

-No sé cómo decirlo sin sentir vergüenza -había susurrado al inicio de la tarde, refugiándose aún en su propio miedo-. Pero creo que es algo que debo hacer, que no puedo seguir callando como si fuera un secreto inconcebible.

La anticipación y el silencio, como abrazos etéreos que encapsulaban el parque, lo rodearon. Los ojos expectantes, pero firmes en su empatía y sincero afecto, eran como farolillos que guiaban el descenso de Valeria por el laberinto de emociones que la atormentaban.

Y, con un titubeo digno de una princesa despojándose de su capa, su voz se elevó, firme y vacilante como el canto lastimero de un ave en la madrugada, y confesó aquello que temía: su enamoramiento y sus primeros impulsos sexuales, la confusión que le inundaba el pecho y le llenaba la piel de rojeces y sudores fríos, la sensación de culpa y la sospecha de no estar a la altura de lo que se esperaba de ella como mujer y como hija.

-Esta tarde escribí un poema -dijo al fin, a duras penas conteniendo el lloro y jugueteando con las arrugas del papel que escondía en su mano-, y creo que creo que debo compartirlo con ustedes, antes de que este miedo se

apodere de mí y me hunda en un abismo del que no pueda salir.

Sus amigos asintieron, tomándola de las manos con ternura y respeto, como si comprendieran la tormenta que se gestaba en su pecho y le ofrecieran un remedio al dolor todavía inenarrable.

Y Valeria respiró hondo, como si las palabras que se abalanzaron en su lengua fueran a ser al mismo tiempo juez y verdugo, y comenzó a recitar.

Su poema fue como un torrente tempestuoso que empujaba las retamas de su corazón, las voces de sus sentimientos y sus anhelos germinando como semillas en las almas de sus amigos, que compartieron en la intimidad de la brisa y el susurro de their melodía el sabor amargo de la vergüenza y el dolor.

A medida que los versos se enlazaban unos con otros, creando una trama intrincada de emociones y revelaciones, Valeria sintió cómo sus miedos se desmoronaban ante la luz de la verdad y el principio de la aceptación.

Miguel apretó el hombro de Valeria con una ternura que derritió los icebergs que ocultaban en sus corazones, mientras Andrés buscaba palabras de consuelo y solidaridad en su repertorio poético. Mariana y Sofía, con sus propias batallas de amor y pasión, tomaban la mano de su amiga y le transmitían la fuerza y el coraje de una hermandad indeleble.

-No estás sola, Valeria -murmuró Sofía, con el aura de una madre protectora y guerrera-. Tus sentimientos, tus miedos, tus confusiones todos ellos son parte de lo que nos trae aquí, de lo que significa ser humano y vivir en este plano de tinieblas y luces. No te avergüences de tu deseo, de tu sensualidad. Son energías que nos conectan con la vida, con la naturaleza, con nuestra esencia misma.

-Y no dejes que la vergüenza te robe el derecho a explorar, a preguntar y a sentir -añadió Mariana, esbozando una sonrisa sabia y comprensiva-. Que el miedo no te defina ni te limite. Eres más grande que tus temores, más libre que las cadenas que te imponen. Crea tu propio camino, tu verdad, y rómpelo todo. Rompe tabúes, derroca estereotipos, conquista tu propio corazón.

En ese momento, ante la verdad desnuda de Valeria y la fuerza de sus palabras, el círculo se cerró como un pacto eterno de amor y respeto, de rebeldía y crecimiento. El sol se despidió con un guiño melancólico, casi como si quisiera decirles que, en el reflejo dorado de sus pies, habían dejado de ser niños y estaban en camino de convertirse en las personas que siempre

habían soñado ser.

Ante el desafío de la vergüenza y los tabúes que marcaban sus vidas, y por las manos entrelazadas de la aceptación y la unión, habían iniciado la revolución silenciosa que sacudiría el mundo desde su propia piel.

## **El poder de la amistad y la importancia del apoyo mutuo en la búsqueda de la identidad**

La tarde moribunda no se atrevía a caer por completo, desafiando a los destellos rosáceos del ocaso, como jugando con los ojos de los jóvenes que se congregaban en torno a su santuario poético. Las voces del mundo, las palabras que cargaban la impronta de las almas cansadas, llegaban acalladas en ese rincón de sombras, donde los murmullos se entretejían como hélices ascendentes de luz y vapores de esperanza. En ese manto que cubría sus corazones, lo que fuera de allí era bruma y ruido de hojas despojadas por un entorno despiadado, allí ellos encontraban su razón de ser, su verdad suprema y su propia redención.

Valeria contemplaba el abismo de su evolución, los recuerdos difusos de una niña temerosa y sometida al cinismo del mundo, el capullo enredado en la nuez de su ser, lentamente desapareciendo en el éter del crecimiento. Ante sus ojos, un rostro de hierro fundido se deshacía en gestos blandos y difusos, como los rastros de una canción desvaneciéndose en el viento. Jamás imaginó que podría enfrentar sus miedos y darle voz a su corazón, como si su pecho se hubiera vuelto cristalino y sus secretos se expandieran como cristales de nieve en el lienzo impoluto de su valentía.

La escena que se desenvolvía frente a ella parecía recién surgida de los relieves de su piel: ella, sentada en la hierba en un rincón del Parque de los Poetas, en una actitud solitaria y contemplativa, con un poema alzado en una mano y el peso de la fragilidad que la circundaba en la otra. Y alrededor de ella, Andrés, Sofía, Miguel y Mariana, conectando las manos en un círculo de fuerza y confianza, sus ojos dirigidos hacia ella con una aceptación y una comprensión que Valeria nunca consideró posibles.

Las palabras de Miguel llegaron como un viento cálido y reconfortante: "Recuerdas la primera vez que nos reunimos aquí en el parque? Todos éramos tan diferentes entonces, tan inseguros sobre quiénes éramos y qué significaba encajar".

La mirada de Andrés recogió la esencia de la evocación, y en la lóbrega mansedumbre de su sonrisa brilló un fuego de coraje y renovada fuerza: "Todavía tenemos muchas luchas por vencer, cada uno de nosotros. Pero ahora no lo hacemos solos, lo hacemos con la seguridad de que siempre habrá una mano amiga dispuesta a sostenernos en momentos de debilidad e incertidumbre".

Sofía, que parecía haber arrojado una gruesa capa de dudas y miedos a los pies de su ser, asintió con la certeza y la esperanza de una flor desafiando las heladas del invierno: "Y es entonces cuando nos damos cuenta de que nuestra verdadera identidad no reside en lo que los demás esperan de nosotros, sino en la fuerza de nuestra amistad y la capacidad que tenemos de apoyarnos mutuamente en nuestras luchas por encontrar nuestro verdadero ser".

Mariana, sonriente y lúcida, cogió la mano de Valeria en una promesa de hermandad inquebrantable: "Juntos somos más fuertes que cualquiera de nosotros por separado. Somos como una cadena invulnerable, un escudo contra la tempestad, una luz en la oscuridad que nos guía y nos sostiene. No importa cómo evolucionemos o cuáles sean nuestras luchas, siempre podremos contar con la amistad del otro para ayudarnos en la búsqueda de nuestra identidad".

Profundamente conmovida, la voz de Valeria ascendió como el susurro de un ángel alado: "Gracias por mostrarme que la identidad no es algo que se descubre de la noche a la mañana, que es una lucha perpetua, un camino sinuoso y sin fin hacia la verdad de quién realmente somos. Gracias por enseñarme el poder de la amistad y la importancia de la solidaridad en esta búsqueda".

En ese instante, bajo el resplandor crepuscular y la mirada cómplice de la luna que se asomaba por el horizonte, el grupo de poetas se abrazó, palpitando al unísono el verdadero poder de su amistad, vencedores y libres, con la determinación de enfrentar juntos cada desafío, resplandecientes en el conocimiento de que la verdadera identidad nace de la unión y no se somete a las leyes ni a las opiniones del mundo exterior. Su fuerza colectiva, su abrazo eterno y su alianza indeleble, se convirtieron en el germen de su rebeldía y en el nexa indomable de su identidad plural: eran un solo corazón, un solo grupo, un solo amanecer que aliñaba la dureza de la vida con el fulgor de un universo donde la palabra y la amistad brillaban desafiantes, victoriosas y eternas.

## Chapter 9

# El desafío de la escuela y las expectativas

La lluvia golpeaba sobre la ventana del aula, como una metáfora de las presiones y expectativas que los agobiaba. Sentados en sus pupitres, perdidos en un enjambre de pensamientos y temores, apenas percibían los débiles ecos de las palabras de la maestra de matemáticas, que se sumían en el letargo plomizo del mediodía.

Valeria, con un nudo en la boca del estómago, arrugaba la hoja en blanco de su cuaderno, donde los ejercicios se desprendían como fantasmas siniestros de su comprensión. Andrés, con la cabeza apoyada en la palma de su mano, el eco de sus pensamientos alejándose del quatricromío de la pizarra. Sofía, con dibujos asomando inesperadamente en su libreta, escondiendo bajo la sombra del día la presión de los anhelos y la indiferencia camuflada de los adultos. Mariana, mordisqueando el lápiz con los ojos anclados en la ventana, como si quisiera desgarrar la cotidianeidad del aula y lanzarse al vuelo. Y Miguel, junto a ellos, rubricando sin sentido las fórmulas y números, la silueta de su esperanza difuminada en el desencanto escolar.

Sofía suspiró y se volvió hacia Valeria.

-No puedo soportarlo más -murmuró, sus ojos suplicantes como el reflejo de una estrella perdida en el fondo de un estanque - . Esta presión me consume, me desgasta. No sé si podré llevar el peso de estas expectativas que todos ponen en nosotras.

Valeria asintió con un gesto comprensivo. Sin reparo articuló lo que todos sentían en ese momento.

-A veces nos convertimos en marionetas en manos de un sistema que ni siquiera comprendemos, y estamos atrapados, agonizando en la trampa de querer llegar a ser alguien que ni siquiera somos.

El silencio envolvió a los cinco jóvenes poetas, teñidos por esa invisible pátina de angustias y desesperanzas.

-Y qué podemos hacer al respecto? -exigió Andrés-. Cómo escapar de este laberinto, cómo liberarnos del peso de la presión y las expectativas que nos asfixian?

Miguel, sin levantar la mirada del pupitre, esbozó un semblante pensativo.

-Quizás no haya un escape directo, una solución mágica. Pero podemos seguir armando nuestro refugio a través de la poesía, seguir escribiendo, compartiendo, alzando la voz frente al eco de nuestras inseguridades y la angustia de no encajar en este mundo. Luchar nuestras propias batallas y buscar nuestro propio camino en medio de la confusión y las ataduras.

Mariana lo miró, con una chispa de esperanza en sus ojos.

-Y si llevamos nuestro taller de poesía social a la escuela, como una forma de expresar nuestras luchas y emociones en un espacio donde todos puedan participar y encontrar consuelo en las palabras y la solidaridad?

Los otros cuatro asintieron, sintiendo cómo la semilla de una idea comenzaba a germinar en sus almas, arrojando ramas en sus esperanzas y sueños.

De repente, la voz estridente de la maestra reclamaba su atención.

-Señorita Córdova, señorita Sandoval. Le agradeceré que volviera su atención a la pizarra.

Sofía se sintió como un ave enjaulada, trató de mantenerse fuerte bajo la mirada severa de la maestra. Sus ojos brillantes reflejaban un indomable deseo de rebelión y libertad.

Días más tarde, el grupo se reunió en el Parque de los Poetas, convirtiendo su espacio abierto y lleno de vida en una plataforma para expresar sus temores, anhelos e inseguridades a través de la poesía y sus palabras.

La lucha por la identidad y la búsqueda del propósito trascendían el confinamiento solitario de un simple poeta. De repente, eran un imparable torbellino de emociones y versos, ansiando liberarse de las cadenas de la presión, el desencanto y la temida conformidad a un sistema y expectativas ajenas.

A medida que fueron compartiendo sus poemas y sus historias, el pequeño taller de poesía comenzó a ganar fuerza, y más estudiantes se sumaron a esa creciente ola de resistencia y empatía.

Los cinco jóvenes poetas, a pesar de encontrarse en medio de esa maraña de temores, conflictos y expectativas, se abrazaron en el crepúsculo del parque, reafirmando la luz inextinguible de su amistad y solidaridad, la poderosa comunión de corazones y almas en esa lúcida y necesaria rebelión contra un mundo que los quería ver sometidos y conformes.

Juntos, habían dado inicio a una nueva revolución en el corazón de su escuela y encendido una llama de esperanza en medio de los laberintos de una vida que ni siquiera sospechaban poder desafiar.

## La presión académica y el miedo al fracaso

La llovizna se congeló contra los cristales del aula, como si la tibieza del cuarto pudiera ablandarla, convertirla en agua o en tinta, en poesía o en verdad, y en sus fugaces formas, cada uno de los jóvenes poetas vislumbraba un mensaje oculto, un rastro de luz o de esperanza detrás de la penumbra del sueño y la vigilia. En sus pupitres, Valeria, Andrés, Sofía, Miguel y Mariana contemplaban el vertiginoso ritmo de la pizarra, incapaces de seguir las ecuaciones, los teoremas, la cruel danza numérica que los encandilaba sin contemplaciones ni remordimientos.

Valeria suspiró y sacudió la cabeza, intentando dispersar el torbellino de inquietudes que la asediaba. La prueba de matemáticas del día siguiente la llenaba de terror y angustia, como si la conjugación imposible de las cifras y las variables fuera el dictamen final y absoluto de su valía y su identidad. Sentía la presión de su madre sobre sus hombros, sus persistentes palabras deshojadas con aparente amor y preocupación, pero en realidad cargadas de expectativas y temores propios, tan arraigados en el deseo del éxito como en el prejuicio y la incompreensión.

Andrés, desviando la vista de los símbolos escurridizos en la pizarra, le tendió un papel doblado a Valeria. Sus palabras urgentes y secretas brotaron de las líneas escritas a toda prisa, como un lamento desgarrador en la certidumbre compartida de su mutua aficción: "Cómo escapar de esta ilusión mundana y hallar refugio en la desnudez de nuestra creación, en la serenidad de nuestra voz silenciada tras el velo de los números y las fracciones, las incógnitas y las equis que nos aprisionan en la oscuridad insondable del miedo y la certeza de nuestro fracaso?"

Valeria esbozó una sonrisa triste y comprensiva mientras le pasaba el

papel a Sofía, cuyos ojos se humedecieron ante las palabras de Andrés. La conexión entre ellos era más fuerte que las barreras levantadas en la árida geometría de la pizarra, y acariciaban la herida invisible que cada uno llevaba en el alma, como el eco de un grito espectral en la resonancia de la amistad y la empatía.

Miguel no pudo evitar unirse a la conversación clandestina, escondiendo su mensaje en la pluma intrincada de un ángulo y un paréntesis, como emparedando el secreto en un mordisco de aire: "La presión es un arpón cruel que nos desgaja y nos desangra, mientras el mundo sigue girando en su rueda insensible y eterna. Siento que los números me persiguen, como si fueran sombras hambrientas y despiadadas, colmillos y garras al acecho de mi corazón y su debilidad".

Mariana, con un abrazo imaginario y una plegaria poética, respondió en confabulación: "No estamos solos, llevamos en nuestra sangre y en nuestra pluma la fuerza indeleble de la poesía, la marea suave y poderosa que nos redime, que nos alienta en cada verso y en cada desvelo. Juntos somos invencibles, juntos derrotamos el miedo y la angustia, la presión y el fracaso, en un solo aliento, en un solo palpitar".

Sofía se levantó de su asiento, los párpados inflamados y el corazón en llamas. Dirigió sus ojos audaces y fieros al profesor de matemáticas, un hombre severo y agrietado por los años y la contienda con el polvo y las tizas de la rutina implacable.

-Señor Miranda, nos puede explicar, por favor, el propósito real de estas fórmulas y ecuaciones? Por qué debemos marcharnos a casa con la carga de sus expectativas y las argollas del miedo como cadenas pesadas e ineluctables? Por qué no podemos vivir nuestras vidas en paz, en la maraña dulce y consoladora de la poesía, en lugar de someternos a la tiranía cruel y despiadada de los números?

La voz del profesor retumbó como un trueno, y todas las miradas convergieron en la figura solemne y petrificada de Sofía.

-Porque la vida es así, señorita Córdova. La vida es un rompecabezas infinito de números y ecuaciones, de retos y desafíos, de luchas y fracasos. Si queremos sobrevivir en este mundo, debemos ser resilientes, aprender a superar nuestras barreras, a enfrentar nuestras debilidades con valentía y determinación. La vida no es siempre la brisa suave del verso ni la prosa de un gran poeta. La vida también es el arduo trabajo del día a día, la labor

paciente y meticulosa del espíritu, la fuerza y la perseverancia ante el miedo y la incertidumbre.

En el silencio estallido e inmóvil que siguió a sus palabras, los cinco jóvenes poetas se miraron, profundamente conmovidos y desgarrados, y sintieron que el manto gris de la lluvia y la presión se apartaban lentamente, revelando el resplandor de la luna y la persistencia de su amistad, unido a la certeza redimible e inmovible de la poesía y su inagotable fuerza, como una pregunta eterna y un desafío incorruptible, un manantial infinito de luz y esperanza en la oscuridad constante de sus corazones atormentados y guerreros.

## Relaciones difíciles con los profesores

El viento se colaba por las ventanas abiertas del aula, picoteando la piel de la quietud como un ave insolente, llevándose consigo fragmentos de números, de letras, de fórmulas que quedaban flotando en los poemas del parque, que quedaban atrapadas en las canciones de la lluvia sobre el grupo reunido alrededor de sus sueños e ilusiones.

Aquella mañana, Andrés había sufrido el embate del sarcasmo del profesor de matemáticas, el señor Miranda, cuyos ojos afilados y brillantes como estelas de cristal se clavaban en los corazones de sus alumnos como punzantes agujas, como gemidos de ángeles caídos. Andrés había levantado la mano y había osado, en un arrojado de valentía que tenía sus raíces abiertas y trepidantes en el sustrato del corazón y las entrañas, confrontarlo con una pregunta que pugnaba entre los escombros de números y las ruinas de su día a día.

-Profesor Miranda -había comenzado Andrés, su voz ligeramente titubeante, pero teñida de un aura de determinación y coraje que asombraba incluso a sus propios sentidos-, qué es más importante en nuestras vidas: ser unos sabios de las matemáticas, o ser nosotros mismos, poetas y soñadores, en un mundo que nos exige ser versiones cada vez más forzadas e irreconocibles de nuestra esencia?

Todas las miradas se centraron en la figura tensa y orgullosa de Andrés, que aguantaba el aliento y esperaba la respuesta con el alma en vilo, con la esperanza de un destello de comprensión, de empatía, en los ojos implacables del profesor Miranda. Este clavó la vista en Andrés, su rostro enfebrecido

por un rictus de indignación y disgusto.

-Mis queridos alumnos, estamos aquí para aprender matemáticas, ciencias y leyes de la vida, no para preguntarnos qué cosas sin sentidos son las que ocupan nuestra mente. Si a usted, señor Vargas, le parece que la poesía es el único camino que quiere seguir, entonces su lugar no es este aula, y mucho menos esta escuela.

El silencio se instaló en el aula como un manto de hierro, sofocante y opresivo. Valeria miró a Andrés, un torrente de solidaridad y consuelo inundando sus ojos. Furiosa, se enfrentó al profesor Miranda, su voz cortante como un estilete en la espesa bruma del silencio.

-Señor Miranda, acaso hacemos algo mal al intentar comprender el mundo a través de nuestras palabras, de la poesía como herramienta, en nuestro interminable esfuerzo por hallar belleza en lugar de encerrarnos en estos muros grises y fríos que tanto nos constriñen? No es un acto de valentía y humanidad enfrentarse al destino y buscar nuestra propia verdad en cada verso, en cada sueño que perseguimos?

El profesor Miranda la miró, estupefacto ante la audacia de Valeria, mientras los demás alumnos contenían la respiración y se enraizaban en sus sillas, como si pudieran desaparecer bajo el peso súbito de la tensión opresiva y la electricidad crepitante que arrebujaba el aire.

El profesor bufó y golpeó el libro de matemáticas sobre el pupitre con un gesto implacable y definitivo.

-Señorita Sandoval, hágame el favor de volver a su lugar y dejar de interrumpir la clase. Aquí se respeta la autoridad y se acatan las instrucciones. Si no le gusta, usted y su amiguito pueden marcharse por donde vinieron. Aquí se viene a aprender, no a divagar en insensateces.

Andrés y Valeria se miraron con el alma destrozada y el corazón encendido, sabiendo que aquel día habían plantado una semilla insolente en la certeza cotidiana de la escuela y sus rectores, como un aluvión de palabras y esperanzas que luchaba por romper las cadenas de la indiferencia y el autoritarismo. Pero sabían que allí afuera, en el Parque de los Poetas, en la silueta de las palabras y los versos, en la tibia espera de sus amigos y sus confidencias, había un mundo por descubrir y una lucha que ganar.

Y así, recogieron sus libros y salieron del aula con la cabeza en alto, y se dirigieron hacia la libertad lírica, hacia sus amigos y su destino, hacia el enfrentamiento inevitable y necesario con las convenciones y normas que los

querían ver rendidos y sumisos, hacia la cima luminosa e inexplorada de su voz y su verdad.

Miguel, Sofía y Mariana siguieron a sus amigos desde el aula a través de la miríada de pasillos y rincones, sus corazones condenados a un campo de batalla entre la lealtad y la desobediencia irreverente, entre el temor y la necesidad de unirse a sus compañeros de lucha. Sin dudarlo, juntaron sus libros y salieron del aula, abandonando las paredes frías y opresivas en busca de sus amigos y de la poesía que sanaba sus almas.

Juntos, se dirigieron hacia el Parque de los Poetas, donde en el eco de los versos y en la caricia de las palabras, entre las amistades y las complicidades, encontraban la lucha y la victoria diarias por afirmar, borrar y transformar el rostro de su destino y su identidad en las huellas y las alas de la poesía, del amor, de la humanidad indomable y eternamente soñadora que los abrazaba e iluminaba en su huida y su combate, en su camino de ser quienes realmente querían ser.

## La discriminación y el acoso escolar

El día comenzó igual a los demás. El sol asomaba sus rayos tímidos y dorados entre los rascacielos y los hombres de negocios, mientras los pájaros canturreaban sobre el orinoco de automóviles y ciclistas que surcaban las avenidas y callejones estrechos e implacables. Pero cuando entraron al aula, todos sintieron en el aire el temblor sutil de la maldad acechante, la cólera enrevesada y exultante de los fanfarrones y desalmados que no entendían el poder de la poesía, la ternura del verso y la fuerza inescrutable de la amistad y el amor.

Víctor Acevedo, un joven fornido y arisco, los esperaba en la puerta, una sonrisa engreída e hiriente trepada en su rostro. Sus ojos centelleaban de malicia y de odio irracional, y en su puño sostenía los poemas de Valeria y de Andrés, como si fueran trofeos de guerra o reliquias despreciables y execrables. Les negaba el paso y se mofaba de sus palabras, interpretándolas con una voz chillona e irreverente, como un sacrificio arbitrario y despiadado a sus propias inseguridades y altiveces.

Valeria, con el alma infinita y cálida de la paciencia y la empatía, intentó hablar con Víctor, como si pudiera desentrañar los nudos de su amargura y su agravio, como si pudiera repajar las sombras de su desdén y su prejuicio.

-Víctor, por favor, no hagas esto. Nuestros poemas no buscan herirte ni humillarte. Solamente queremos expresar lo que sentimos en el fondo de nuestro corazón, y encontrar paz y entendimiento en la leve brisa del verso y la rima. Por qué no nos cuentas qué te molesta tanto de nuestras palabras?

Víctor la miró con desprecio, apretando más fuerte los poemas en su mano.

-Acaso no entiendes, niñita tonta? No ves cómo estas palabras nos escupen en la cara, como si fueran culebras bifurcadas y retorcidas en su odio venenoso e imperdonable? No entiendes cómo nuestras almas también sangran y lloran ante las tempestades de la vida? Cómo no somos capaces de encontrar belleza ni alivio en la tristeza y la pérdida que también nos acosan y nos lastiman? Y si en lugar de parlotear nonsense y sermonear como pastores desesperados, aprendieran a escuchar y entender lo que realmente importa, lo que realmente nos importa a nosotros, los que ya no sabemos cómo aferrar nuestras manos temblorosas ni nuestras voces roncas a las palabras mágicas y las caricias fantasmas de la poesía?

Sofía sintió un nudo indomable y estremeceador en la garganta, como si pudiera llorar las lágrimas contenidas y desgarradoras de la incomprensión y la tristeza. Tomó la mano de Valeria y se acercó a Víctor, sus ojos abandonando la furia y la agitación. Andrés, Miguel y Mariana los seguían, como un ejército silencioso e imperturbable en la lucha por la humanidad y la esperanza, en el despliegue inadaptado e inconquistable de la empatía y la comprensión.

-Víctor -balbuceó Sofía, con una mezcla de valentía y apaciguamiento-, no tienes por qué hacer esto. No tienes por qué pelear nuestras batallas con armas y escudos de violencia y desdén. Tú también puedes escribir poesía, puedes enfrentar tus demonios y tus miedos con las palabras y los versos, con la música suave y nostálgica de la tinta y el papel. Podemos unirnos y luchar juntos contra la vida y sus desplantes, y proteger al parque y sus secretos, a nuestros sueños y deseos, en la fortaleza y la hermandad inquebrantable de la poesía y la amistad.

Víctor se mordió el labio y respiró hondo. Por un instante, la máscara de crueldad y de burla se desvaneció, revelando el río herido y encallejado de sus sentimientos y rencor, el puente en ruinas de sus palabras y de su corazón. Miró a los cinco jóvenes poetas, al Parque de los Poetas en la lejanía y en los recuerdos, a la vida espinosa y angustiosa que lo esperaba con brazos

abiertos y ojos cerrados. Y con un suspiro sollozante y desarmado, dejó caer los poemas de Valeria y Andrés, dejó caer las murallas y las garabatos de su alma y de sus estriptisios, y comprendió, entre las líneas y las estrofas, entre la calle y el ruido, que había encontrado un lugar donde pertenecer y sanar, donde soñar y luchar por la belleza y la justicia, un lugar bajo las estrellas y la lluvia de la poesía y su imperativo anhelo de ser quien realmente quería ser.

## **La importancia de compartir dificultades para afrontar juntos los desafíos escolares**

### Capítulo 11: Enfrentamientos y batallas compartidas

La tarde caía suavemente en el bosque de concreto y vidrio mientras los últimos rayos dorados del sol se deslizaban por las ventanas polvorientas y quebradas del aula donde los jóvenes poetas se habían reunido en busca de calma y conexión, de respuestas y resignaciones a los desafíos que los acosaban y desesperaban. Sentían la presión cada vez mayor de las pruebas y los exámenes, de las expectativas desmedidas y los sueños interrumpidos de sus padres y profesores, de las miradas enjuiciadoras y burlonas de sus compañeros que no entendían ni valoraban los versos en los que ellos encontraban refugio y consuelo.

Andrés arrugó su frente y dejó caer el lápiz sobre el escritorio con un ruido sordo y doloroso. Sofía le echó un vistazo preocupado, su mano rozando la de él en una caricia fugaz, como la sombra de un ángel que atraviesa la noche en una nube de neblina y nostalgia.

-No puedes hacerlo? -susurró ella, su voz asustada y tierna como aleteos de mariposa.

Andrés negó con la cabeza, sus ojos perdidos en las ilusiones esparcidas y desamparadas de su mente torbellino, en las promesas rotas y las tristezas volátiles. Entonces, miró hacia el cuaderno abierto sobre la mesa y susurró, como un lamento atrapado entre sus labios resecos:

-No entiendo estos números, estas fórmulas sin alma ni música. No entiendo cómo puedo forzar mi mente a cambiar los versos que tanto amo con estas ecuaciones y operaciones aritméticas que solo me hablan de vacío y desesperación.

Valeria apretó con suavidad el brazo de Andrés y le susurró palabras de

consuelo, palabras de electricidad y fuego en una noche de verano, palabras de amor y esperanza que se entrelazaron con el aire suspendido y los sueños disueltos en el aula.

-No estas solo en esto, Andrés -murmuró ella-. Estamos aquí contigo, y juntos enfrentaremos estos desafíos y los derrotaremos, como hemos hecho con tantos otros. El poder de nuestra amistad y nuestra poesía nos hará invencibles, y no habrá enigma ni problema que no podamos resolver juntos.

En aquel momento, la puerta del aula se abrió de un golpe y Miguel entró, su rostro enrojecido y las lágrimas corriendo como ríos sobre las colinas de su corazón. Sus amigos se acercaron a él, un torrente de preocupación y afecto ardiendo en sus almas.

-Qué pasó? -preguntó Mariana, su voz suavísima y estremecida como un solitario pájaro en la rama de un sauce.

-No lo soporto más -sollozó Miguel-. No puedo seguir siendo el blanco de sus burlas, de sus ataques. Hoy no pude siquiera terminar mi examen por la humillación y el dolor.

Sofía ofreció a su amigo un abrazo cálido y solidario, lleno del temple y la ternura que encendían sus sueños y sus esperanzas.

-Recuerda, Miguel -le dijo-. La poesía y la vida son también la lucha por vencer el odio y el desprecio, por desentrañar los enigmas y los desiertos de nuestros días, por encontrarnos a nosotros mismos en el eco de nuestras palabras y nuestras verdades. No estás solo: nos tienes a nosotros, a nuestras manos, a nuestras voces, a nuestras almas.

Miguel levantó la vista, las lágrimas mansas y refrenadas en sus ojos oscuros como la maraña de una selva húmeda, y asintió, como si en la voz de Sofía hubiera entendido el preludio y el misterio de la huida y el combate, de la lucha y la entrega, de la supervivencia y la trascendencia.

La puerta del aula volvió a abrirse entonces. El profesor Rodríguez los miró con los brazos cruzados y una expresión de preocupación en su rostro.

-No pueden esconderse aquí. Deben enfrentar sus problemas de frente, unidos como grupo y con el apoyo necesario. La vida está llena de obstáculos y desafíos, y es nuestra tarea ayudarles a superarlos y aprender a mejorar cada día.

Los cinco jóvenes se levantaron de sus asientos y miraron al profesor con los ojos llenos de gratitud y valor. Supieron que en la escuela, en su grupo de amigos y en la poesía compartida, encontrarían las herramientas y el

coraje para superar sus dificultades escolares y aprender a luchar juntos por un futuro mejor.

Juntos salieron del aula, los brazos entrelazados y sus corazones henchidos de esperanza y emoción, como un ejército de guerreros que enfrenta las batallas y las derrotas, las penumbras y los silencios, como un clamor y una insurrección de alma y verdad que abraza y redime, que niega y renace, que brilla y se estremece en la luz y la sombra de la poesía y el amor, de la vida y sus insondables misterios y desplantes.

## **El estrés y la ansiedad que genera la carga de tareas y responsabilidades**

Capítulo 13: El peso de la responsabilidad

El viernes, la tarde pesaba en el aire como un cielo de plomo, arrastrando las hojas y los recuerdos por las ventanas abiertas del aula donde treinta alumnos se afanaban para descifrar las preguntas que torturaban sus mentes y corazones. El profesor López deambulaba entre los escritorios, su mirada escrutadora descendiendo como un ave de rapiña sobre las respuestas dubitativas y torturadas de los jóvenes, que doblegaban su voluntad y su determinación a un altar sin esperanza.

Sofía sintió el sofoco que la asfixiaba y la aprisionaba en aquel rincón de pesadumbre y ansiedad, como una telaraña invisible y colérica que despojaba de vida y risas a aquel aula luminosa y severa. Alzó la vista y vio a Valeria, en la otra esquina del cuarto, con su rostro compungido y ensimismado en el laberinto de números y letras que desafían su entendimiento y desposeía de alegría y paz a su ser juguetero y atormentado.

Las horas transcurrían para Sofía y Valeria como una procesión de sombras y lamentos, de sollozos y silencios ensordecedores, en una batalla perdida contra el tiempo y la duda que las consumía y las desbastaba en una interminable secuencia de reglas, operaciones, interpretaciones y desventuras.

Entonces, Valeria dejó caer su lápiz y apoyó la frente en sus manos temblorosas. Levantó sus lágrimas y sus ojos suplicantes hacia Sofía, quien se debatía entre la impotencia y la desolación. La fraternidad inigualable y eterna de aquellas dos almas que se encontraban en la poesía y en los sueños parecía en aquel momento una ironía cruel y desoladora.

El profesor López se acercó a Valeria, sus pasos cortantes e implacables resonando en el silencio de aquel cáliz sagrado y ominoso. Ella lo miró con el vértigo derrotado y errático de sus ansias y miedos, de su desesperación cifrada y resquebrajada en un corazón desgarrado y saqueado.

-Profesor -susurró Valeria, como si desatara las cadenas que oprimían su alma -, por favor, ayúdenos. No podemos soportar tanto estrés y ansiedad. No podemos entregar nuestra vida y nuestros sueños a esta tarea inhumana y cruel. Déjenos ver el mundo más allá de las ecuaciones y las fórmulas, más allá de los ensayos y los teoremas.

El profesor López respiró hondo y se dejó caer en una silla junto a Valeria, su espalda encorvada y vencida bajo el peso del deber y la comprensión. La miró con sus ojos azules, antiguos y solitarios como la inmensidad del mar en una noche eterna y convulsiva, y susurró como un murmullo de sueños y añoranzas olvidados en el vértice del adiós y la huida, del encuentro y el abismo:

-Valeria, mi niña, no puedo hacer nada, no puedo detener las fuerzas que nos arrastran y nos someten, que nos inmovilizan y nos devoran como si fuéramos mariposas atiborradas de desesperanza y desamparo. Pero puedo ofrecerte las palabras y los versos que compartes con tus amigos, y quizá, en esa lucha y en ese susurro de belleza y resistencia, podamos hallar las respuestas y los alivios que buscamos y nos merecemos.

En aquel instante, sonó el timbre, y el profesor López se levantó con una parsimonia y una dignidad que conmovía a Valeria y a Sofía, quienes se unieron a Andrés, Miguel y Mariana en el corredor, entre los gritos y las risas, las burlas y los llantos, la inocencia y la tristeza perdida en el remolino y el vértigo de la vida y sus desventuras.

-Amigos -dijo Valeria, tomando las manos de sus compañeros poetas, sus ojos y su voz cargados de esperanza y de lucha -, esto no puede continuar, no podemos ser carceleros y víctimas de nuestras propias inseguridades y debilidades. Debemos enfrentarnos a este desafío y superarlo juntos, porque en la amistad y en la poesía encontramos la fuerza y la sabiduría que nos darán el valor y el temple para vencer.

Andrés, Miguel, Mariana y Sofía la abrazaron, en un torbellino de besos y lágrimas, entre las sombras y las brumas de aquel atardecer convulso y sacudido por la tormenta y la paz, por el sol y la penumbra.

Y, en el fondo de sus corazones y en la verdad que se atesoraba en sus

versos y en sus palabras, los cinco jóvenes poetas comprendieron que, aun en la oscuridad y la soledad de aquel testamento al estrés y la ansiedad, sus manos y sus almas podían hallar luz y redención, en un coro y una insurrección de entrega y resiliencia, de tesón y superación que los elevaría por sobre las impotencias y las derrotas, por sobre la incomprensión y la desesperanza, hasta el firmamento inquebrantable y etéreo de la poesía y el amor, de la empatía y la comprensión.

## **La búsqueda de actividades extracurriculares que aporten un escape y equilibrio**

### Capítulo 14: Un equilibrio necesario

Las tardes en la ciudad parecían ser un inquietante espectáculo en el que las luces se encendían como heridas sangrantes y los murmullos de coches y peatones se mezclaban con la cacofonía de alarmas, gritos y risas que resonaban y eran aplastadas entre los muros de concreto y las sombras de los edificios. Mariana caminaba lentamente hacia la escuela, las manos en los bolsillos de su abrigo y las miradas ausentes y perdidas en los adoquines y las nubes que se arrastraban desdichadas por encima de las fachadas grises y mohosas. Su corazón latía inquieto y alocado dentro de sus pechos, como un pájaro en trampa de lazo, atrapado entre el dulce susurro del viento y el abismo infinito del cielo.

Las puertas de la escuela parecían alejarse cada vez más, un espejismo traidor en el que Mariana se hundía y se escapaba sin conseguir refugio ni consuelo. Sabía, al igual que todos sus compañeros y amigos, que debía buscar un bálsamo para su inquietud y su desespero, una actividad que la acercara al equilibrio y le permitiera escapar del vértigo y el ahogo que a veces se encaramaban en su pecho y en su garganta, obstinadas y agazapadas como una víbora silenciosa e invisible.

Andrés y Valeria se acercaron a Mariana cuando esta llegó, por fin, al vestíbulo de la escuela tras sombras de miedo y de aprensión.

-Has pensado en qué actividad extracurricular podrías realizar? -preguntó Valeria, sus ojos llenos de preocupación y ternura -. Creemos que todos deberían buscar un escape, un oasis en medio de este torbellino de ansiedad y desesperación que a veces nos consume y desgasta.

Mariana asintió, como si sus palabras fueran un eco lejano de sus propios

pensamientos y su propia avidez.

-Sí, lo he estado pensando -murmuró ella - . Pero no sé por dónde empezar, cómo encontrar algo que me devuelva el equilibrio y la paz en medio de este caos y esta soledad. Quizás sea una quimera, una ilusión que no acabará cumpliéndose y que me abandonará una vez más en los brazos de la desesperanza y el sufrimiento.

-Mira -dijo Andrés, señalando un tablón de anuncios en la pared del vestíbulo - . Aquí hay una lista de actividades que ofrece la escuela y que quizás puedan interesarte. Todas pueden aportarte algo distinto: la música podría darte una voz para cantar tus penas y tus esperanzas, el teatro podría ayudarte a explorar las múltiples caras de tu personalidad y la soledad, el deporte podría ofrecerte una forma de liberar tu energía y de enfrentarte a tus miedos y a tus desafíos. La clave está en encontrar algo en lo que puedas escuchar el eco de tus sueños y también de tus limitaciones, porque solo así podrás crecer como persona y como poeta.

Mariana examinó detenidamente la lista de actividades y suspiró, como si el horizonte se ensanchar y se abriera entre sus manos y su corazón con la promesa y el desafío de la belleza y la inquietud. Entonces, sus dedos tocaron la hoja de papel con una caricia tímida, apenas perceptible, y su voz resonó en el silencio de la escuela como un murmullo lleno de vida y de certidumbre:

-Creo que voy a intentarlo con el teatro. Quizás allí pueda encontrar una forma de enfrentarme a mis temores y de descubrir en mí misma y en los demás la hermandad y la solidaridad que nos une y nos salva del abismo y del olvido, que nos hace crecer en la luz y en la sombra de nuestros cuerpos y nuestros sueños.

La tarde se deslizaba por los tejados de la escuela cuando Valeria y Andrés la abrazaron y ofrecieron con una sonrisa la salida y la entrada, el eco y la voz de una vida nueva y cambiante, de una esperanza que se multiplicaba y se extenuaba en la búsqueda de una actividad que les devolviera el equilibrio y la superación, que los llevara por sobre el vértigo y la angustia y los uniera a sus compañeros y amigos en una danza de verdades y enigmas descubiertos y conquistados, en un coro y una armonía de valentía y de transformación que les permitiera tejer la red de sus almas y de sus voces entre la poesía y el dolor, entre la emoción y el silencio, entre el deseo y el aprendizaje infinitos de la vida y sus desafíos compartidos.

## Problemas familiares y su impacto en el rendimiento escolar

### Capítulo 15: Un torrente de conflictos

La noche descendió sobre la ciudad y los apartamentos se encendieron en un desfile de ventanas abiertas y cerradas, de sombras y siluetas recortadas en un feroz laberinto de sueños, esperanzas y desolación. Los gritos y los llantos, las risas y las voces enmudecidas del amor y el resentimiento se mezclaban en el aire con el susurro del viento y el gemido del asfalto, como los ecos lejanos de batallas y desastres perdidos en el espacio y en el tiempo.

Sofía se asomó a su ventana, las manos en los cristales fríos y opacos que reflejaban su rostro tembloroso y desconsolado. En aquel instante, la puerta de su habitación se abrió con un golpe, y el volcán de la cólera y la impotencia explotó en una tormenta de gritos y acusaciones, de súplicas y lamentos desesperados:

-No puedo creer que hayas sacado un 5 en matemáticas! -rugió la voz de su padre, como un eco de rayos y truenos en la lejanía-. Tú sabes que era de esperar mejor rendimiento, tienes que esforzarte más!

Sofía apretó los dientes y el puño, y su voz se alzó con el coraje y la indignación que se atesoraba en su corazón y en su mente torturada:

-Papá, estoy haciendo lo mejor que puedo -murmuró ella, desviando sus ojos llenos de lágrimas hacia el suelo-. No soy perfecta, y no puedo controlar siempre mis resultados en la escuela. Tienes que entender que yo también estoy bajo una gran presión, y lidiando con todo este estrés.

Su padre la miró con un cóctel de despecho y decepción, de furia y amargura, y sus labios, temblorosos y desafiantes, pronunciaron palabras que hirieron a Sofía como espinas en su costado y en su garganta, como un hierro candente que devoraba su esperanza y su inocencia:

-Entonces quizás no tienes tiempo para pasar horas en ese parque escribiendo poesías inútiles y soñando con tonterías! Deberías pasar más tiempo estudiando y asegurándote de que haces lo necesario para ser exitosa.

Las palabras de su padre golpearon a Sofía como un vendaval, desatando en su pecho un huracán de rabia, dolor e impotencia que la dejó casi sin aliento y sin refugio. Siguió mirándolo, en silencio, y finalmente dejó escapar un grito, una jaculatoria, un abrazo de huida y de revuelta que se retorció y se esfumaba en su mirada y en su voz angustiada y desbordada:

-No entiendes, papá! La poesía es la única forma que tengo de sobrellevar todo lo que enfrento. Es mi refugio, mi bálsamo, mi verdad compartida con amigos que sufren igual que yo a manos de la escuela y de las expectativas de nuestros padres.

En el fondo de sus ojos y de sus palabras, la verdad y la conciencia desgranada y rota en un infinito abrazo de amor y espanto, Sofía supo que no podía sustraerse ni huir de aquellas fuerzas que la sometían y la aniquilaban, pero que, tal vez, juntas, ella y Valeria, Andrés, Miguel y Mariana, podrían hallar una respuesta, un consuelo, una voz y un sueño donde, en la poesía y la amistad compartidas, podrían volver a nacer, a descubrir, a creer y a amar, por encima de la farsa y el abismo, por encima de los silencios y las heridas, más allá de las derrotas y las esperanzas que se desvanecían y se consumían en el aire frío y metálico de aquel final de tarde impregnado de angustia y de dolor, de pasión y de vida.

## **Apoyo escolar y la creación del taller de poesía social en la escuela**

Capítulo 10: La creación del taller de poesía social en la escuela

El timbre sonó, anunciando el fin del recreo en la escuela. Los pasillos se llenaron de un oleaje de ruidosas corrientes de estudiantes que fluían de un aula a otra, sus voces mezclándose con el sonido de los zapatos golpeando los suelos de baldosas y el retumbar de sus ansiedades y emociones. Los cinco amigos, Valeria, Andrés, Sofía, Miguel y Mariana, se reunieron en el patio, donde habían encontrado un rincón solitario donde podían hablar sin ser interrumpidos.

-Escúchenme atentamente -dijo Andrés, levantándose sobre una jardinera y mirando a sus amigos con una mezcla de exaltación y temor-. Tenemos que encontrar una forma de llevar lo que compartimos en el Parque de los Poetas a la escuela. Estoy harto de ver cuánta gente sufre en silencio, sintiéndose solos e incomprensidos. No puede ser que seamos los únicos que buscamos una forma de expresarnos y de liberarnos de todo este dolor y tensión.

Todos asintieron, cada uno sumido en sus pensamientos y temores, sus sueños e inseguridades. Valeria fue la primera en romper el silencio, sus palabras escapándose como un suspiro de sus labios llenos de pigmentos

poéticos y de refugio:

-De acuerdo, Andrés. Pero, cómo podemos hacer algo así en la escuela? Todos sabemos que aquí reina el miedo y la opresión, y que nuestras voces serían ahogadas tan pronto como intentáramos levantarlas en nuestras aulas y nuestros pasillos.

-Y si creamos un taller de poesía social en la escuela? -propuso Mariana, con una sonrisa tímida-. Podríamos utilizarlo como una plataforma para que otros estudiantes se unan a nosotros y compartan sus poemas, sus conflictos, sus sueños. Quizás, si somos lo suficientemente valientes, podamos convencer a la dirección de que nos permita hacerlo.

Los demás lo contemplaron con entusiasmo y aprensión, como si un destello de esperanza y desafío se hubiera encendido en sus corazones y en sus miradas, abrasándolos desde dentro con la llama ardiente de la solidaridad y del cambio.

-Si trabajamos juntos, yo creo que podemos lograrlo -dijo Miguel, su voz firme y decidida-. Tenemos que unir nuestras fuerzas y demostrar que somos capaces de ser la voz de los que sufren en silencio, de los que buscan una forma de expresión y de liberación en medio de una vida que a veces parece no tener sentido ni esperanza.

Valeria, Sofía y Andrés asintieron, sus rostros ruborizados y resplandecientes con el brillo de la determinación y del coraje, como si la idea de Mariana fuera un faro que los guiara hacia un futuro más brillante y habitable.

-Entonces estamos de acuerdo -dijo Andrés, bajando de la jardinera y estrechando la mano de Mariana-. Crearemos un taller de poesía social en la escuela, para que nadie tenga que sufrir en silencio o sentir que está solo en esta lucha.

Comenzaron a trabajar juntos en su plan, cada uno contribuyendo con sus ideas y habilidades, cada uno enfrentando sus miedos y prejuicios. Pero, a medida que se acercaba el día en que debían presentar su proyecto a la dirección de la escuela, los cinco amigos comenzaron a sentir el peso de la responsabilidad y la incertidumbre en sus hombros, como una mano gigantesca que los empujara hacia el abismo de la derrota y la desesperación.

-Y si nos dicen que no? -preguntó Sofía en voz baja, sus ojos llenos de lágrimas-. Y si nos castigan, si nos humillan y nos obligan a abandonar nuestro sueño?

Mariana la abrazó, tratando de transmitirle su fuerza y su consuelo a través del contacto cálido y cercano de sus cuerpos y de sus almas unidas por la poesía y la verdad.

-Sí, podrían decirnos que no -admite Mariana-, pero al menos habremos intentado. Habremos luchado por algo en lo que creemos, que puede cambiar nuestras vidas y las vidas de otros estudiantes que buscan lo mismo que nosotros: una voz y un refugio en medio del caos y el sufrimiento.

Y así, con el corazón lleno de miedo y esperanza, amor e incertidumbre, los cinco amigos se dirigieron hacia la oficina de la dirección, su plan temblando en sus manos y en sus miradas como una carta de amor, una súplica y una canción de cuna que cantaban al unísono, un coro de valientes y hermanos unidos y enlazados por los hilos invisibles y eternos de la amistad y la poesía, de la lucha y el deseo, de la ternura y la compasión que fluían y se desplegaban entre ellos como un abrazo y un sueño compartidos hasta el último latido de sus corazones y el último suspiro de sus almas entregadas al vértigo y al misterio infinito y sublime de la vida y sus caminos.

## **La superación de obstáculos y diferencias para mantener vivo el taller**

### Capítulo 14: Despertares y revueltas en el taller de poesía

La lluvia caía con furia y desconsuelo sobre la ciudad, tejiendo en sus calles y azoteas un torrente inagotable de secretos y suspiros, de anhelos y rencores, de nostalgias y tristezas encarnadas en sus infinitos hilos deshilachados y enmarañados. En el refugio de aquella aula, donde los jóvenes poetas se habían congregado alrededor de sus chejovianas trincheras, aplastados por el aullido de la naturaleza y el estruendo de sus propios corazones y timpanias, un aire de desequilibrio e inquietud vibraba en el espacio y las miradas, como un gemido ahogado y perentorio, como un arrebato y una súplica que se desvanecía y se derramaba entre las manos y las voces desencontradas, entre los lápices y los papeles que se mezclaban y enredaban en un abismo de desesperanza y de impotencia.

Aquella tarde, en la penumbra del crepúsculo y la tormenta, una densa maraña de pasiones y conflictos había arrastrado a Valeria, Andrés, Sofía, Miguel y Mariana hacia el borde de un precipicio, hacia una encrucijada de deseo y hastío, de amistad y traición, de sueños consumados y abandonados

en el laberinto de palabras y de ideas que se enfrentaban y desafiaban, como relámpagos y tinieblas, como un eco de esperanzas y renunciadas que se alzaba hasta las colinas y las ventanas del pasado y del futuro susurradas y desgarradas en la voz y en el silencio de aquellos cinco amigos que, juntos, habían descubierto la magia y el poder de la poesía y que, ahora, se veían aprisionados y desolados en la trampa y en el pulso descompuesto y agonizante de su taller social y sus turbios reflejos.

-No puedo entenderlo, Valeria! -gritó Andrés, su rostro demacrado y angustiado, su mirada empapada de lágrimas-. Por qué de repente todo se ha vuelto tan oscuro y amenazador, tan lejano e incomprensible, hasta el punto de que ya no sé ni siquiera si puedo confiar en ti, ni siquiera si puedo confiar en mis propios sentimientos y sueños?

Valeria clavó sus ojos en los de Andrés, tratando de encontrar una respuesta, una verdad, un consuelo donde pudieran reconstruir los cimientos y los muros de su amistad y de su pasión poética, pero sólo encontró un vacío y un gemido, un grito y una sombra que se escurrían y se morían en el abismo de aquel silencio desgarrador que los envolvía y los abrazaba, como una sábana y un fantasma, como un nudo y un desgarramiento perdido en medio del fragor y el tumulto de la vida y la ciudad agazapadas allá afuera, en las calles inundadas y en el arrebato de una metrópoli mercenaria y ciega que no conocía ni temía la ternura de un verso ni la súplica de una mirada desvalida y entregada al misterio infinito y sublime de la existencia.

-No puedo responder a tu pregunta, Andrés -balbuceó Valeria, sus manos temblorosas y sudorosas, su voz quebrada y herida-. Sólo sé que estoy tan perdida y confundida como tú, y que me duele hasta el fondo de mi alma y mi sangre haber sido arrastrados hasta aquí, hasta el borde de este barranco y este abismo de desconfianza y desamor, y temo que nuestros destinos y sueños puedan romperse en mil pedazos si no juntamos nuestras manos y nuestras fuerzas, si no unimos nuestras voces y nuestras esperanzas en esta batalla que nos enfrenta a nosotros mismos y al mundo entero, a un universo doloroso e indomable que clama y se retuerce en silencio y en agonía en cada una de nuestras palabras y en nuestros versos encendidos por la luz y el fuego de nuestras sombras y nuestras heridas.

Sofía, Miguel y Mariana observaban en silencio aquel duelo y diálogo, aquel hermanamiento y enfrentamiento que se enlazaba y se desgarraba en el aire y en el espacio de aquella aula inundada por la lluvia y por la

angustia, por el aroma de la desesperanza y la bruma del frescor y el abismo susurrantes, y en sus miradas y en sus alientos, en sus miedos y en sus anhelos, como espinas en sus costados y como esferas en sus entrañas, como alfileres ennegrecidos en medio de un extinto y omnipresente destello, aquel instante en que, a pesar de la tormenta y la hostilidad, a pesar de los vértigos y los silencios, ellos, los cinco amigos y poetas, se habían sentido unidos y hermanados en el desconstruido y en la lucha, en el flujo y el vértigo, en la adolescencia y la belleza abrasadora y etérea de su paso y de sus caminos por la vida, por las lágrimas y las risas, por los abismos y las ciudades, por las palabras y por los sueños, desprendidos y consumados, esquivos y encarnados, nacidos y liberados en las letras y en el viento, en la poesía y en la amistad, en la súplica y en el pasado, en el presentimiento y en el secreto descomunal y único de un verso y un refugio escritos y susurrados al borde de un precipicio y al borde de un abrazo, en el umbral de la vida y de la muerte.

## **El poder de utilizar la poesía para expresar sus sentimientos y desafiar las expectativas impuestas**

### Capítulo 13: Un paso fuera del abismo

El sol se había ocultado bajo las sombras de las nubes plomizas, como si una despedida taciturna y silenciosa hubiera marcado el atardecer con su mezcla de nostalgia y desesperanza. En aquella sala, donde los jóvenes poetas habían encontrado un refugio y un espacio para volcar sus corazones y sus angustias, un aire de sentencias y ultimátums vibraba y se desplegaba en el espacio y los rostros, como un vaho y una condena, como un llanto y una herida abierta que se desgarraba y gemía entre las manos y los pechos de Valeria, Andrés, Sofía, Miguel y Mariana.

Las palabras habían dejado de fluir, encadenadas y atrapadas en el abismo y en la prisión de sus labios sellados y sus voces silenciadas, como si el miedo y las expectativas ajenas las hubieran convertido en sombras y piedras, en fragmentos de un sol que un día les había iluminado y abrazado con ternura y esperanza, pero que ahora parecía haberlos abandonado a la deriva y al tormento de un mundo indiferente y despiadado. Los cinco amigos, cuyos corazones antes latían al unísono en sus versos y sus susurros, ahora se sentían desgarrados y desamparados por la presión y el peso de las

miradas de aquellos que, ajenos a su lucha y a sus ansias, se alzaban y se posicionaban como jueces y verdugos de sus almas y sus vidas, de sus pasos y sus sueños.

-No puedo soportarlo más -gritó Andrés, su voz tensa y destemplada, teñida de un dolor que parecía inmenso y profundo como un océano turbio y hirviente-. Toda mi vida, he tratado de complacer a mis padres, a mis profesores y amigos, y ahora me siento asfixiado por todas esas expectativas que me oprimen como un puño que me aprieta el corazón y me quema el espíritu. Qué sentido tiene seguir componiendo poesía si no puedo expresarme con libertad, si no puedo ser yo mismo frente al mundo y a los demás?

En el rostro de Valeria, una mezcla de valentía y prudencia se dibujaba como un collage de luces y sombras, como un lienzo pintado con los colores y los pigmentos del vértigo y la resistencia, del fuego y la redención que fluían y se agitaban en su ser como un torrente de vida y de lucha, de amor y de rebeldía.

-Quizás no se trata de abandonar la poesía, Andrés -dijo suavemente, tratando de apaciguar su furia y su congoja- sino de encontrar la forma de utilizarla para enfrentar y desafiar esas expectativas que nos oprimen y desgarran. En cada palabra, en cada verso que escribimos, existe un poder tan grande y transformador que no podemos permitir que nos sea arrebatado ni silenciado por aquellos que nos intentan moldear a su antojo.

Indignada pero resuelta, Sofía levantó la vista hacia sus amigos, y su voz se desplegó en el espacio como un estandarte y un juramento, como un llamado y una exhortación que atravesaba y sacudía el aire impregnado de desesperación y de dudas, de sueños desamparados y de promesas deshechas.

-Valeria tiene razón -dijo, su rostro afilado y luminoso, sus ojos centelleantes de una convicción y una esperanza que parecían eternas y decididas-. En nuestras manos, en nuestras voces y nuestras letras, se esconde y se revela un poder que puede cambiar todo lo que nos duele, que puede destruir las cadenas que nos someten y las murallas que nos separan de nosotros mismos y de los demás. Tenemos que seguir luchando por mantener nuestra voz y nuestra identidad, por expresar nuestros miedos y nuestras alegrías con la valentía y la sinceridad que nos caracteriza, incluso si el mundo parece estar en nuestra contra.

Miguel y Mariana asintieron, sus corazones y sus almas unidos y encen-

didados por la llama y el vuelo de sus palabras y sus sueños compartidos, de sus desafíos y sus esperanzas luchadas y desplegadas en aquel rincón de aquel aula donde el sol parecía haberse ocultado y escondido, pero donde la luz refulgente y ardiente de su amistad y su poesía aún se mantenía encendida y feroz, como un faro en medio de la tormenta de sus vidas y de la desesperanza que los perseguía y azotaba entre los pasillos y los patios de aquella escuela que los acogía y los arrojaba al abismo de sus miedos y sus renunciadas.

-Entonces estamos de acuerdo -susurró Andrés, su mirada perdida y esperanzada en la ventana empañada por la lluvia y el vaho de sus alientos, en el reflejo efímero y borroso de aquel mundo que parecía desmoronarse y renacer en cada gota y cada sollozo, en cada palabra y cada silencio que se tejían y se deshacían en aquellos cinco corazones hermanos y unidos, en aquellos cinco amigos y poetas que, a pesar de las sombras y las distancias, a pesar de los sueños y las ruinas, seguían caminando y cantando juntos, enfrentando y desafiando el vértigo y el precipicio, la vida y las expectativas, con la valentía y la ternura de un verso y una mirada, de un paso y una esperanza que se desplegaban y se fundían en el horizonte infinito y doloroso de sus almas y sus caminos, entregados y abrazados a la comunión y a la poesía, al viento y al misterio sublime y trascendental de la existencia, de la soledad y del amor, de la amistad y del abismo que les esperaba allá afuera, en la ciudad y en el tiempo, en el torrente y en el latido de sus vidas compartidas y en lucha.

### **La importancia de reconocer y agradecer el apoyo de aquellos que los acompañan en su trayectoria escolar**

Cada mañana, como si se tratase de un ritual, Andrés, Sofía, Miguel, Mariana y Valeria se detenían frente al mural de mosaicos que adornaban uno de los muros del colegio. Aquellos fragmentos de cerámica, debidamente acomodados, mostraban imágenes de jóvenes en pleno vuelo, sosteniendo entre sus alas el título "El Futuro Aleteo". Fue la colega de Santiago, la profesora Alicia, quien había ideado y ejecutado aquel mural como una metáfora de la educación y el apoyo a los estudiantes. Sin embargo, aquel día, la contemplación de aquella obra de arte iba más allá de lo visual; era una muestra de agradecimiento a quien les había acompañado en su

trayectoria escolar, impulsándoles a seguir a pesar de las dificultades y los nubarrones que empañaban sus sueños.

Esa mañana, Valeria, de cabellos lacios como la lluvia, centró particularmente su atención en una de las figuras aladas. La abrumadora emoción la embargó de tal forma que sus ojos se humedecieron y no pudo evitar soltar un suspiro desgarrador. Andrés, quien caminaba junto a ella, abrazó su hombro con un gesto solidario, sabiendo que las emociones de Valeria no eran distintas a las suyas.

-Sabes? -murmuró Valeria-. Si no fuera por la señorita Alicia, quizás jamás nos hubiéramos atrevido a iniciar este camino que nos ha llevado a descubrirnos a nosotros mismos y a enfrentar nuestros desafíos.

-Es cierto -asintió Andrés-, ella fue quien nos mostró el valor de nuestra voz y el poder de la poesía para transformar nuestra realidad. Si no hubiera sido por su apoyo y comprensión, tal vez no seríamos el grupo unido que somos hoy.

-Y no solo eso -intervino Sofía, con el brillo de la emoción en su mirada-. Ella nos enseñó a ser resilientes y a seguir adelante en medio del caos de la vida escolar y personal. Nos mostró cómo enfrentar a quienes intentan silenciarnos y enseñarnos el verdadero valor de lo que somos.

Miguel y Mariana asintieron en silencio, sintiendo como un torrente de emociones se desataba en sus corazones y luchaban por encontrar las palabras adecuadas para expresar su gratitud y reconocimiento hacia la persona que les había ayudado a desplegar sus alas y emprender el vuelo hacia un futuro prometedor.

Más tarde, ya en el aula, los cinco amigos debatían sobre qué podrían hacer para mostrar su agradecimiento y dejar un legado de esperanza a sus compañeros alumnos y a la señorita Alicia. Andrés, siempre impulsivo pero enérgico, propuso una idea que encandiló a sus amigos:

-Se me acaba de ocurrir algo genial! Y si creamos un poema colectivo, con versos de todos nosotros, en el que hablemos de nuestras vivencias y agradecimientos a aquellos que nos han apoyado en nuestra educación? Luego podríamos seleccionar los versos más representativos y crear un mural que los muestre, como un homenaje al esfuerzo y la dedicación de personas como la señorita Alicia. Qué opinan?

De inmediato, la idea prendió en el grupo como una chispa que desata una fogata, y la emoción y la disposición para llevar a cabo el proyecto

llenaron el ambiente de una energía vibrante y cálida. Poco a poco, cada uno comenzó a escribir sus versos, imbuidos de gratitud y reconocimiento hacia aquellos que habían sido su faro en el difícil camino de la educación.

Y así fue como, con las palabras de cada uno de los amigos, comenzó a cuajar un poema que prometía ser no solo un testimonio de sus vivencias, sino también una expresión de agradecimiento a aquellos maestros y mentores que habían hecho posible su crecimiento y desarrollo académico y personal.

Días más tarde, cuando el mural con los versos acabados estuvo listo para ser presentado, los cinco jóvenes poetas, con sus manos todavía manchadas de pintura y una mezcla de nervios y satisfacción en sus rostros, llamaron a la señorita Alicia para mostrarle el resultado de su esfuerzo y emoción. El silencio tenso que precedió a sus palabras apenas pudo contener las lágrimas que brotaron de emoción cuando finalmente la profesora pudo hablar.

-Esto es lo más hermoso que he visto en toda mi vida -dijo, su voz entrecortada por el sollozo contenido - . Ustedes han logrado captar el verdadero espíritu y significado de la educación, y han plasmado en estas palabras y en este homenaje la esencia misma de lo que es ser un estudiante y un maestro. Gracias, de todo corazón, por este regalo inolvidable.

Y en aquel aula, en aquel rincón de la escuela que había sido testigo de tantas luchas y victorias, los cinco amigos y poetas compartieron con la señorita Alicia un momento de profunda conexión y agradecimiento, conscientes de que, gracias a personas como ella, sus vidas estaban llenas de color, esperanza y poesía.

## Chapter 10

# Encontrando apoyo y solidaridad en el grupo

Los nubarrones se habían acumulado sobre la ciudad, ocultándola bajo un cielo de plomo y convirtiendo las calles en pasillos oscuros y pesadumbrosos. Era el día del gran evento de poesía en la comunidad, pero parecía que la furia de la naturaleza amenazaba con aplastar los sueños y la voz de aquellos jóvenes poetas que se habían congregado en el Parque de los Poetas, refugiados bajo una carpa improvisada, ansiosos y temerosos por compartir sus versos y su alma con un mundo que parecía sordo y ensombrecido por las tempestades y los torrentes que se desataban desde el cielo.

A pesar de la adversidad, el parque estaba lleno de lugareños ansiosos por escuchar las palabras y las historias de aquellos adolescentes que, valientes y soñadores, habían decidido enfrentarse a los monstruos y los abismos de sus propios corazones, de su propia angustia y desesperación, desplegándose y desentrañando sus vivencias y sus lágrimas en versos y metáforas que se tejían y se deshacían en el viento y en la lluvia que caía como un lamento y una plegaria desgarradora, como una confesión y una ofrenda silenciosa a la naturaleza y al misterio que habitaban y se desbordaban en su ser y en cada palabra que en sus labios se posaba y fluía, como un río y una lágrima que se unían y se fundían en el eco y en el temblor de sus voces y sus pechos encendidos y henchidos de poesía y de vida.

-Gracias por estar aquí en el parque con nosotros -dijo Valeria, alzando la voz sobre el murmullo del agua y el trueno, enfrentando las miradas expectantes y temerosas, las manos aferradas a paraguas y pañuelos, a los

brazos y hombros de aquellos que habían decidido quedarse a pesar de la tormenta y la furia del cielo-. Hoy queremos compartir con ustedes nuestro corazón, nuestras luchas y nuestras esperanzas, nuestras palabras y nuestras vidas que se trenzan y se desenredan en cada verso y en cada suspiro que nos atraviesa y nos ilumina, como un sol y una constelación que resplandecen y finjen en la oscuridad y en la incertidumbre que nos atenaza y nos sobrecoge, pero que también nos fortalece y nos enseña a seguir adelante, a descubrir en nosotros mismos y en los demás el brillo y el vuelo de nuestras almas y de nuestras canciones, de nuestras angustias y nuestras ofrendas que aquí, en este parque, en este mundo que parece derrumbarse y renacer a cada instante, os regalamos y entregamos como un símbolo y un llamado, como un deseo y una promesa de seguir unidos y luchando por un futuro en el que nuestras voces y nuestras vivencias se soporten y se abracen en un abrazo eterno y sublime, en una comunión que no se rompa ni se desmorone ante el peso y el abismo de nuestras vidas y de nuestra ciudad.

Las caras de los presentes se iluminaron con una combinación de esperanza, sorpresa e incredulidad ante las palabras honestas y apasionadas de Valeria. Andrés, Sofía, Miguel y Mariana permanecían firmes detrás de su amiga, sus corazones también latiendo con intensidad, esperando unirse a la corriente de palabras y emociones en una demostración de solidaridad y apoyo.

Uno tras otro, tomaron la palabra y pudieron sentir el poder de sus versos tocar y hacer vibrar a la audiencia reunida. Pero, más allá de las emociones provocadas en sus vecinos, se dieron cuenta del apoyo mutuo que había nacido y crecido entre ellos, un apoyo que les brindaba fuerza y coraje para enfrentar sus miedos más profundos y desafiar al mundo.

Fue Sofía quien tuvo el último turno de leer:

”- Esta es la última entrega -dijo ella, su voz casi ahogada por la carga emocional del momento, y prosiguió- :

Todo está en mi pecho, descosido y enmarañado, pero aquí, en este rinconcito llamado amistad, sé que puedo desplegar mi corazón, simiente de nuestras voces, en cada latido, en cada verso.”

La multitud reunida bajo la lluvia, en medio del Parque de los Poetas, estalló en aplausos y vítores tras escuchar las palabras finales de Sofía. Pero, detrás de ese sonido ensordecedor y efervescente, los cinco amigos se encontraron con una serenidad que contrastaba con la tormenta y los

aplausos que los rodeaban, un silencio y una paz que solo se pueden hallar en la comprensión e intimidad compartida, en el desafío y la lucha, en la comunión y la poesía que les había unido y les había enseñado a volar y a soñar, incluso en medio de la tempestad.

Ahora, cuando los truenos eran aplausos y felicitaciones, y las estrellas emergían de la oscuridad como palabras encendidas, los cinco amigos sabían que lo más importante no era el reconocimiento o el éxito del evento, sino la transformación en sus propias vidas, la fuerza y el apoyo mutuo que habían encontrado en la poesía y en su amistad. Con esa certeza y dicha, se abrazaron bajo el cielo tormentoso, prometiéndose proteger y cuidar siempre aquel espacio donde sus almas se habían desdoblado y renacido, donde sus corazones y sus letras habían encontrado la redención y el solaz entre las manos y las voces de sus amigos, en aquel rincón donde todo había empezado y donde, a pesar de todo, el vuelo y el canto de la poesía seguía resonando y brillando, como un faro eterno y sublime, como un soplo de aire puro y esperanzador entre las sombras y las tensiones de su ciudad y de sus vidas compartidas y luchadas.

## **Compartir experiencias a través de la poesía en el parque**

Un abanico de nubes perezosas giró bajo el cielo anaranjado de la tarde, extendiéndose sobre la ciudad como una cortina que intentaba ocultar el estruendo del plomo y la algarabía de la metrópoli. La voz masculina terminó con un tono de triunfo y desgaste, como si la última sílaba hubiera albergado todo el corazón y el desgarró de los versos que había declamado.

Al romperse el crescendo y desvanecerse el viaducto de palabras tensas y punzantes, un silencio casi cósmico abrazó al pequeño grupo de preadolescentes reunidos al pie del viejo roble en el Parque de los Poetas. Los ojos entrecerrados del orador se clavaron en las miradas abiertas y expectantes, haciendo mutis al corazón que latía en cada verso.

Andrés exhaló un profundo suspiro, como si el peso de la humanidad estuviera posada en sus hombros, y dejó caer el cuaderno sobre sus rodillas.

Mariana, Sofía y Miguel aplaudieron efusivamente, mientras Valeria, lejos de aquel momento de celebración, miraba a su amigo con una mezcla de saltos y temblores en sus ojos castaños, esperando por fin revelar su propio secreto.

-Eso fue increíble -susurró Valeria, con un hilo de voz temblorosa-. No puedo creer que realmente hayas vivido todo eso.

Andrés se encogió de hombros, tratando de ocultar su vulnerabilidad bajo la capa de humildad.

-La poesía no miente -dijo-. Y si la verdad duele, es porque hay algo en nuestra vida que necesita ser sanado.

Sus compañeros asintieron en silencio, sintiendo que las palabras de Andrés eran como el eco de sus propias heridas y búsquedas, un sismo que sacudía su ser y su ciudad en la danza abismal de los versos y el caos.

Valeria levantó la mirada, enfrentándose al paisaje de rostros comprensivos, y tomó una decisión férrea y urgente.

-Creo que es hora de mostrarles algo que he estado ocultando durante mucho tiempo -dijo, con una voz que crepitaba como un corazón destrozado entre sus manos-. Pero primero, necesito saber que todos ustedes me entenderán, que no me van a crucificar por lo que lleva mi sangre y mis lágrimas.

Los otros cuatro jóvenes se miraron en silencio, llenos de sorpresa y sentido de protección ante la angustia de su amiga. Entonces, casi como un juramento, extendieron sus manos hacia ella, creando un círculo de confianza y apoyo que Valeria anhelaba y temía al mismo tiempo.

-Siempre -murmuró Sofía, y los otros la acompañaron en su promesa, sintiendo como sus corazones se fundían en una profunda unión y solidaridad que nunca antes habían conocido en sus amistades.

Valeria tomó un aliento profundo, como si quisiera conjurar todo el valor que residía en sus propias entrañas, y comenzó a leer su poema con temblorosa voz.

Los versos fluían como riachuelos de estrellas y lágrimas, desgarrándose y cantándose en la profundidad de sus seres, que revelaban historias de abandono y sobrevivencia, de búsqueda y derrota, de amor y odio como dos astros en constante eclipse y colisión.

Cuando terminó, su voz era casi inaudible, como un suspiro arrastrado por el viento de sus palabras y sus recuerdos.

Los otros jóvenes se quedaron en silencio, abrumados por la honestidad y el dolor que había desbordado la poesía de Valeria. Cada uno a su manera, sintieron que sus propias historias resonaban en aquel poema que había destapado la oscuridad y la esperanza de sus corazones, sus propios abismos

y goces que jamás habían tenido el valor de compartir con otros, incluso con aquellos a quienes llamaban amigos.

En aquel parque, aquel rincón de sus vidas compartidas y luchadas, los cinco jóvenes poetas se abrazaron entonces, como un faro y una llama que se encendía en la noche y en la tormenta que a cada instante los esperaba y los desafiaba, que a cada instante los atenazaba y los llamaba, como un vendaval y un lamento que no se esfuma ni se apaga, pues en él reside la belleza y el regocijo de sus almas que se encuentran y se abrazan en la poesía y en la amistad, en ese rincón y en ese cofre donde habían depositado sus secretos y sus esperanzas, en esos versos y en esos sueños que se alzaban y se desvanecían, como un símbolo y un juramento, como un grito y un beso de los jóvenes amigos.

## **Crear lazos de amistad y apoyo entre los jóvenes poetas**

Las estrellas parecían haber quedado colgadas en el cielo como un adorno fugaz, titilando indolentes y esquivas, como si se hubiesen arrojado en un manto de silencio y de sueño, un manto que a cada paso se volvía más espeso y lejano, y que ya no resonaba ni se desgarraba en las palabras y en los susurros de aquellos amigos que caminaban hombro con hombro, como una constelación intrusa y desafiante en el crepúsculo de su ciudad y de su vida.

Los días habían pasado como ráfagas de viento y astros en fuga, y la poesía palpitaba y vibraba en cada poro y en cada aliento que los jóvenes compartían y custodiaban, como un secreto y un aliento que les daba fuerza y esperanza, que les enseñaba a escuchar y a entender el lenguaje y el eco de sus corazones y de sus caminos que ahora se cruzaban y se entreveraban, como hilos y estrellas que se enlazaban y se deshacían.

-Vuestros versos me han mostrado un lado de ustedes que no conocía, un lado que jamás hubiese creído existente o accesible, si no fuera por la magia y la sabiduría de la poesía -dijo Andrés, mirando a sus amigos que caminaban junto a él, como reflejos y huellas de sus anhelos, de sus luchas y de sus triunfos-. Hoy, aquí, en el parque, en este breve reducto de silencio y de luz, entre las sombras y los suspiros que nos rodean y nos engullen, me doy cuenta de la importancia y del valor de nuestras palabras, de nuestras amistades, y de nuestra entrega al ritmo y a la esencia que la poesía nos trae y nos ofrece con sus manos abiertas y engañosas, con sus laberintos y

sus promesas que nos invitan y nos envuelven.

Valeria y Miguel asintieron, con los ojos encendidos y expectantes.

-Y tú, Andrés, has sido una inspiración para nosotros -dijo Valeria, apretando la mano de su amigo, todavía trémula y momentáneamente despojada del coraje y la convicción que en sus versos relucía y se encendía-. Me has enseñado que nuestros miedos y nuestros errores no nos definen, que podemos crecer y cambiar, transformar nuestras vidas y nuestras almas en un refugio y un canto, desbordado y transfigurado en los versos y las crónicas que juntos hemos comenzado a crear y a desentrañar, como una senda y una constelación que nos guían y nos alumbran en medio de las penumbras y las pesadillas que nos ahogan y nos acechan.

-La amistad es una fuerza poderosa, amigos míos -dijo Andrés, sus ojos oscuros reflejando el brillo y la esperanza de sus palabras y sus pasos desplegándose y desliziéndose en el pavimento y en los minúsculos días que aún les aguardaban-. Hemos aprendido juntos y de nuestros encuentros y nuestras confesiones, que no hay adversidad ni tempestad que pueda doblegar al corazón, ni declarar derrotado al amor, a la vida, que lucha y se reverdece a cada instante, y que se aferra y se abre, como nuestras manos y nuestras voces, en cada encuentro y en cada tormento, en cada fulgor y en cada verso que a nuestros corazones regresa y se estruja, en un himno eterno y sublime, en un clamor y un llanto que no se desvanece ni se silencia.

Mariana y Sofía caminaban retrasadas, como adormecidas y cautivas de sus propios pensamientos y de las sombras que las acechaban y las perseguían en los recovecos de sus almas y sus vidas, que parecían volverse más oscuras y tenebrosas a medida que el sol caía y el crepúsculo moría en la penumbra del parque y de la ciudad que no dormía ni perdonaba.

-No puedo evitar preguntarme si alguna vez seremos libres, si alguna vez escaparemos de este laberinto y de estas trampas que nos rodean y nos afixian -dijo Mariana, mirando a Sofía y al resto de sus amigos que resonaban y se desplegaban como sombras y estrellas en el tímido vuelo y en el temblor de la noche-. No os parece extraño e injusto que, en medio de esta serenidad y de este abrazo que nos da y nos ofrece el parque, el mundo y la vida se desgaren y se desangren en tormento y desesperanza, como un lamento y un enigma que nos desvela y nos aterra, que nos arrastra y nos sofoca en la furia y la desmesura de la metrópoli y del hastío que, a cada paso y a cada suspiro, nos oprime y nos desnuda, nos condena y nos

extravía?

Sofía apretó la mano de su amiga, tratando de contener y de disipar las lágrimas y los temores que los versos y la amistad habían desvelado y liberado en sus caminos afiebrados y errantes.

-Pero ahora no estamos solas, Mariana -dijo Sofía, con voz temblorosa y cautiva-. Quedémonos aquí, en este instante y en este abismo de ternura y de poesía que nos hemos creado y descubierto, en este paraje donde nuestras palabras y nuestras almas no se marchitan ni se esfuman, sino que se entrelazan y se alzan, como una constelación que resplandece y se desgarran, como un abrazo y un deseo que nos cobijan y nos renuevan, en cada encuentro, en cada poema, en cada espesa noche de soledad y de alianza que juntos hemos aprendido a desvelar y a conjurar, con nuestras manos, con nuestras voces, con las venturas y desventuras que juntos hemos presenciado y quebrantado, como nubes y sombras que se retuercen y se aferran, pero que también se desprenden y se despiden, como el murmullo eterno y sublime de los cinco amigos que, en el Parque de los Poetas, en el corazón mismo de sus vidas y de sus amistades, han sido redimidos y transformados, como lágrimas y destellos, como abrazos y tormentos, en un susurro y un llanto que aún resuena y se desgaña, allá en la acelerada metrópoli y en las estrellas que apenas finjen en el crepúsculo y en la bruma desvanecida y rebelde.

## **Entender las problemáticas de otros miembros del grupo**

La amanecida del día siguiente vistió el Parque de los Poetas con una palidez frágil y suspendida, como una neblina que descendía y se aferraba a los senderos, los árboles y las almas que caminaban ensombrecidas y expectantes. Antes de su encuentro de poesía, los cinco jóvenes habían decidido darse cita en la dulce lejanía de aquel trozo de cielo y de refugio, para conversar y, en el embeleso y la osadía de sus sueños, decidir el próximo paso y el siguiente anhelo que el taller escolar de poesía requería y también, anhelaba.

Valeria miró a sus amigos, pensativa y cautelosa, con la semilla del pánico y del desvalimiento germinando en su pecho, como un clamor silencioso y desesperado que buscaba arrojarse y esconderse en las sábanas de la tristeza. Andrés, Sofía, Miguel y Mariana la miraban en silencio, preocupados y ansiosos, esperando a que sus palabras brotaran y desgajaran, como un

suspiro que tiembla y resquebraja el aire.

-Este último encuentro en el taller fue muy distinto a los demás -musitó Valeria, con una voz que apenas lograba deshacerse y disolver el nudo de angustia que la apesaba - . No sé qué pasó, pero algo en mi poesía, en mis palabras y en mis versos, se quebró y desapareció, como un río que se desborda y se derrumba, y que no encuentra, ni sabe, cómo llegar al mar y al refugio.

Sofía extendió una mano hacia su amiga, resonando y palpando las profundas heridas y anhelos que Valeria albergaba y escondía.

-Valeria, todos estamos aquí para apoyarte y comprender, sea lo que sea que estés pasando -dijo Sofía, suave y cohibida, como un ángel que tiembla y se descubre en su flaqueza y en su ternura- . Ahora, tú no tienes que cargar con toda la responsabilidad y con todo el dolor. Estamos aquí, contigo y para ti, en cada lágrima, en cada tormento y en cada instante desgarrado y desvelado por la cruel guardia de nuestros preadolescentes corazones.

Valeria sonrió con amargura, como si un sol oscuro y devastado brotara y se encendiera en el abrazo y en el vilo de sus labios atrapados y derrotados.

-Yo no sé qué está pasando, pero algo está cambiando en mí y en la forma en la que veo la vida, en la que respiro y vuelo en ese olvido y en ese desatino que a veces llamamos poesía -confesó Valeria, sus ojos castaños nadando y desbordándose en la angustia y en la oscuridad- . Últimamente me siento tan perdida como si las palabras fueran solo rémoras y despojos que le sobreviven a un naufragio cruel y amargo, una oscura sombra que no puedo borrar ni comprender, un espasmo y un fragmento que me llena y me desgarras, pero que también me ahoga y me desvanece en la bruma y el infortunio de mis días y mis noches.

Andrés apretó el puño, sintiendo que una tormenta se gestaba y arremolinaba en el corazón y en las entrañas desgajadas y asfixiadas de Valeria.

-Valeria -dijo, su voz grave y serena, como una paloma que ruge y desentraña en los estertores y los embates de la vida-, aunque en tu soledad y en tu insomnio, en el vuelo profugo y solitario de tus pensamientos y de tus recuerdos, no encuentres consuelo ni razón alguna debes saber que no estás sola, que no caminas errante ni perdida en una senda de sombras y desolación. Estamos contigo, con tus lágrimas y tus risas, con tus versos y tus temores, pues en ellos reconocemos y abrazamos nuestros propios mares

y desgarros, nuestras batallas y luchas que, al encontrarse y palpase, se funden y se traban en una luz y en una justa que jamás se apagan ni se silencian, ni en la presión asfixiante de la escuela, ni en la lejanía y la ilusión de nuestra metrópoli que vuela y se separa, que aún no nos comprende ni abraza.

Los otros jóvenes asintieron y extendieron sus manos en un rito y en una palabra muda, que se alzaba en el vértigo y en la unión de sus miradas y sus alientos, en la epopeya y el himno de su amistad.

-Valeria -susurró Miguel, su rostro inundado y tembloroso en las arcas y arenas de la ternura y la vida -, no existe ningún secreto, ningún dolor ni naufragio que se vuelva grande e invencible si se comparte y se pronuncia entre amigos, entre aquellos corazones que, como tú y como nosotros, a cada instante resbalan y recorren, avanzan y retroceden, en la marejada que no ceja, en la vida y en la poesía que no desiste.

Y en aquella mañana de versos y desvelos, de sombras y destellos en sus caminos y sus almas que, en una comunidad perdida y solapada, se encontraban y se abrazaban, los cinco poetas juraron seguir adelante, deslizándose y desdoblándose en la palabra y en la vida compartida, en el silencio que prende y se enciende en las miradas y las voces que estremecen y renuevan, como lágrimas y estrellas en la inmensidad de sus corazones y sus almas desnudas y resonantes, en la maraña y el amparo imperturbable y vibrante de aquel Parque de los Poetas.

## **Descubrir el poder de la solidaridad y el apoyo colectivo**

El sol descendía lentamente sobre el Parque de los Poetas, sumiendo sus bancos y senderos en un crepúsculo tembloroso y melancólico. Los cinco jóvenes se encontraban en su rincón predilecto, donde habían aprendido a confiarse secretos y temores, donde habían desenredado el hilo de la vida con la punta de sus versos y sus lápices. Hacía varias semanas que habían decidido llevar su pasión por la poesía a los demás estudiantes, a través de un taller en el cual aspiraban a brindar un espacio de expresión y liberación a través del lenguaje poético. Sin embargo, esta aventura había resultado más difícil de lo que habían imaginado. Pronto comprendieron que no eran los únicos que buscaban lidiar con sus conflictos internos y externos a través del arte y la palabra.

Valeria acarició los bordes de su cuaderno, recordando las horas en las que había abrigado sus penas y sosiegos en sus páginas y renglones. Sus palabras le eran vitales, como un aliento que la sostenía en los momentos en los que se desmoronaban los puentes y los encuentros que la unían a sí misma y a sus seres queridos. Sin embargo, últimamente sentía que sus poemas e historias habían comenzado a desdibujarse y alejarse, como mariposas heridas y desesperadas que no hallaban consuelo ni asilo en sus brazos y sus pupilas. A su lado, sus amigos parecían igual de desconcertados y apenados, como enredados y atrapados en una telaraña estrecha y opaca, poblada de sombras y desvelos.

-Por alguna razón -comenzó a decir Andrés, su voz firme y a la vez temblorosa en el vuelo profundo de sus palabras-, creo que todos estamos enfrentando nuestros desafíos y conflictos en el taller. Al principio, yo pensaba que sería una tarea fácil y que todos querrían compartir y explorar sus vidas y sus vivencias a través de la poesía. Pero me equivoqué no todos tenemos la misma valentía o el mismo coraje de abrir nuestros corazones y mostrar nuestras cicatrices a otros, por miedo al rechazo, al desprecio o a la indiferencia.

Valeria levantó los ojos y miró a Andrés, temerosa e intrigada por la sombra y el fuego que se albergaban en los ojos de su amigo.

-Pero nosotros sí lo hicimos, Andrés -murmuró, sus manos temblando y resquebrajándose en el abrazo de su cuaderno-. Por qué no podemos lograr lo mismo con los demás? Por qué no podemos brindar ese espacio y esa libertad a otros, para que también se sumerjan y se desaten en las aguas y las corrientes de la poesía y de la vida, en la esperanza y en la infinitud de sus versos y sus miedos?

Sofía esbozó una triste sonrisa, como un rayo de sol que atraviesa la oscuridad y se esconde tras la bruma.

-Puede que no sea tan fácil como creímos, Valeria -dijo, mientras se acercaba a su amiga y apoyaba suavemente su mano en su hombro-. Cada uno de nosotros ha enfrentado sus propios desafíos y miedos, incluso entre nosotros mismos. Es posible que lo que nos funciona a nosotros, no funcione para las demás personas que se suman al taller. Tal vez debemos aprender a escuchar y a ser pacientes, a dar el espacio y el tiempo necesario para que otros encuentren su voz y su fuerza en la poesía.

El Parque de los Poetas parecía sumirse en una penumbra trémula y

fantasmal, en la que ni siquiera las luces del atardecer, ni los murmullos lejanos de la ciudad, podían penetrar o disipar. Los cinco jóvenes sintieron como si la esperanza y la energía que los había impulsado a crear el taller de poesía en su escuela se desvaneciera poco a poco, como las palabras y los recuerdos en las arenas y las orillas del tiempo y del olvido.

-No nos rindamos, amigos míos -exclamó Miguel, levantándose de su banco y caminando hacia el centro de su círculo, con los ojos resueltos y brillantes como luciérnagas y estrellas en la noche - . Hemos enfrentado tantas cosas juntos, hemos compartido tanto en estos meses en los que la poesía y la vida nos han unido y transformado. Si hemos podido enfrentar nuestros miedos y nuestras desilusiones en nuestras propias vidas, entonces no hay razón alguna para que no podamos hacerlo en el taller, en esa comunidad y ese abrazo que nosotros mismos hemos fundado y alentado. Solamente debemos aprender a confiar en nosotros mismos, y en los demás, en la vasta y estremecida humanidad que a cada instante nos rodea y nos aterroriza, pero también nos sostiene y nos alienta en los versos y en las batallas que nos afligen y nos acompañan en cada paso, en cada huella y silbido de nuestro destino y nuestra libertad.

Los cinco amigos se miraron, desafiando al miedo y al desánimo que los amenazaba y los devoraba en la penumbra y el silencio del Parque de los Poetas. Y cuando sus manos se encontraron y se aferraron, como un juramento y una promesa inquebrantable que se fundía y dispersaba en el fuego y la oscuridad, supieron que nada ni nadie podría derribar o vencer la amistad y la solidaridad que entre ellos había brotado y se había enraizado, como un árbol sagrado e indestructible, en aquel trozo de tierra y de cielo, de sombras y de sueños, donde sus palabras y sus inquietudes aún resoplan y palpitan, en el alba y en la bruma inmortal de sus vidas y de su poesía compartida.

## **Tomar conciencia de la presión social y cómo afecta a los demás**

El Parque de los Poetas se envolvía en una manta de silencio y quietud mientras la tarde comenzaba a despedirse, sumiendo sus senderos y el abrazo perdido de sus bancos en el crepúsculo del adiós. Valeria, Andrés, Sofía, Miguel y Mariana permanecían en su rincón predilecto, donde habían tenido,

y también enfrentado y desafiado, a través de sus versos, sus lágrimas y sus risas, tantas experiencias de vida y sombra, de esperanza y desamparo. Había pasado ya medio curso desde que habían decidido llevar su fuego y su anhelo por la poesía a otros compañeros, a través de un taller en su escuela que buscaba extender lazos y abrazos de palabra, arte y comunidad.

-Es increíble cómo nos hemos reunido todos aquí por el poder de la poesía -dijo Andrés, su voz fuerte y apasionada, como si llevara dentro de sí el poder y la fuerza de todos los ríos, mares y océanos que componen la vida -. Las palabras, esos símbolos que parecen tan simples e insignificantes en la página, se convierten en nuestras manos y corazones en algo tan poderoso e ineludible, tan inesperado y tan necesario en nuestra lucha y resistencia cotidianas.

Mariana levantó la vista y miró a Andrés, intrigada por la precisión y la pasión de sus palabras, que parecían derribar y traspasar las barreras y las sombras que los rodeaban y amenazaban con las implacables fuerzas de la soledad y la indiferencia.

-Pero observando lo que estamos pasando todos juntos en este taller -continuó Andrés, sus palabras cayendo como estrellas fugaces en su pecho, inesperadas y devastadoras en su fuerza y consternación -, a veces me pregunto si habrá algo más allá de nuestras palabras, de nuestros versos y nuestras penas, algo que aún no logramos ver y comprender pero que en silencio y en secreto también nos explora y nos devora, en la esperanza compartida y sincronizada, en la profundidad y la oscuridad de nuestros poemas y nuestras vidas.

Miguel se aclaró la garganta, como si tratara de desalojar y desenterrar un secreto sepultado y abandonado en el abismo y el desdén de su silencio.

-Desde que comenzamos el taller en la escuela -susurró, su voz suave y vacilante, como si le costara soltar un tesoro que había llevado consigo desde tiempos inmemorables-, me he dado cuenta de que no solo nosotros cargamos con nuestras penas y nuestros temores en el camino y la inmensidad de las aulas y las calles, de los hogares y los parques que tejemos en nuestras almas y en nuestros sueños, sino también muchos de nuestros compañeros, que en la creciente sombra y el temor de la vida se desmoronan y se hunden en la desesperación y en el vacío, en el vuelo profundo y amargo de sus miedos y su existencia.

Los otros jóvenes lo miraban, atentos y conmovidos ante la revelación

que los golpeaba y se alzaba, como una marea que brota y invade la arena y las aguas, y que en su camino y en su vuelo implacable también custodia y resguarda fragmentos y destellos de luz y de rostro.

-Tomar conciencia de eso -confesó Sofía, su voz llena de ternura y de determinación, como si en sus palabras y en su mirada encontrara el resquicio y la esperanza que siempre habían buscado y suplicado a la vida -, nos permite descubrir nuestro propósito y nuestro compromiso no solo con nosotros y nuestras penas, sino también con todos aquellos que nos rodean y nos acompañan en cada instante, en cada encrucijada y en cada vértigo que en la vida y en la poesía nos abrazan y nos enfrentan en el arrebato y la luz de esta ciudad que vuela y se dispersa entre almas y edificios, entre susurros que estremecen y transforman.

Los cinco jóvenes se tomaron de las manos, en un gesto de solidaridad y de empatía, en el acto sublime y el silencio infinito de su conciencia compartida y arremolinada en el encuentro de la vida, en el abismo y en el resplandor de sus palabras y de sus alientos que se envolvían y se perdían en las sendas de sus sombras y sus anhelos, en los recuerdos y los presagios que aún sobrevivían y se levantaban en el horizonte y en la herida del atardecer de aquel Parque de los Poetas, donde nadie estaba solo, ni desamparado, ni perdido en el olvido y en la oscuridad.

Y en aquel abrazo, en aquella red y aquel horizonte de esperanza y quietud, Valeria comprendió que el poder de la poesía y el amor no residía únicamente en las palabras y las sonrisas, en las lágrimas y las miradas que se entrelazan y desvanecen, sino también en el acto y el gesto de la conciencia y la empatía, en el regalo y en la memoria del amor y la amistad que en cada llanto y en cada despedida aún sobreviven y se conquistan, como un faro que jamás se apaga ni se marchita, en la maraña y en el resguardo inquebrantable de la vida y la poesía compartida.

## **Fundar el taller de poesía social en la escuela**

La mañana había amanecido gris y fría, presagiando tormenta, cuando Valeria, Andrés, Sofía, Miguel y Mariana se reunieron en uno de los pasillos de la escuela, justo antes de que comenzaran las clases. A pesar del alboroto y la confusión de la vida escolar a su alrededor, los cinco amigos se sentían como si estuvieran aislados en una burbuja de nerviosismo y esperanza,

como si se encontraran en la grieta incierta y preciosista entre el temor y el atrevimiento, el silencio y la voz de sus versos inmortales.

-Crean que realmente podremos hacer esto? -preguntó Sofía, su voz temblorosa y apagada, como la incierta y melancólica música de una canción que se extingue en el olvido - . Quiero decir, llevar nuestro amor por la poesía, nuestra conexión y nuestra comunidad a los demás estudiantes de la escuela no creo que haya nada igual en ninguna otra parte.

Miguel apoyó su mano sobre el hombro de Sofía, su gesto lleno de determinación y esfuerzo, como si quisiera infundirle coraje y valentía, pero también reconocer su vulnerabilidad y temor.

-Tal vez no hayamos vivido ni enfrentado algo así antes, Sofía -murmuró, sus palabras cargadas de comprensión y de deseo-. Pero, no hemos aprendido el uno del otro y de nosotros mismos, a través de nuestras penas y batallas, a través de nuestras alegrías y logros? No hemos descubierto, en el Parque de los Poetas y en la vastedad de nuestros corazones, un refugio y una luz en la incertidumbre y la tristeza, en la soledad y el desaliento de los años y las palabras que hemos compartido juntos?

Sofía esbozó una triste sonrisa, agradecida y noche a la vez por el apoyo de su amigo, pero también consciente de que el taller de poesía sería un desafío muy diferente a cualquier cosa que hubieran enfrentado antes.

Andrés, ajeno a las dudas de sus compañeros, se había acercado a su mochila y extrajo un póster que él mismo había diseñado durante la noche, con una explosión y tempestad de floraciones y susurros en su mente y en sus manos. En el póster, las palabras del taller de poesía resplandecían y se entrecruzaban, como un laberinto y un juramento que ninguna otra voz o sombra podían disipar ni refutar en sus nombres y sus memorias.

-Esto es lo que hemos logrado, amigos míos -declaró Andrés, su voz fuerte y resuelta mientras desplegaba el cartel con las manos temblorosas - . Esto es lo que hemos creado, y lo que ahora queremos llevar a los demás, para que también encuentren consuelo y liberación en la poesía, en la vida y en la resistencia de la palabra y del espíritu.

Valeria, Mariana, Miguel y Sofía miraron el póster con asombro y admiración. Aunque sabían que Andrés había estado trabajando en él durante días, ninguno de ellos había esperado tal obra de arte, una obra que de algún modo lograba capturar la esencia y el espíritu de lo que habían estado tratando de lograr en sus propias vidas y poemas.

Sin decir una palabra, Valeria tomó el póster de manos de Andrés y, junto con los demás, comenzó a caminar hacia el tablón de anuncios de la escuela, donde acontecimientos, reuniones y anuncios eran proclamados y olvidados en el abrazo efímero y silencioso de sus letras y sus inclinaciones.

A medida que se acercaban al tablón de anuncios, los corazones de los cinco jóvenes latían acelerados y ansiosos, y se dieron cuenta de que estaban a punto de dar un paso que no solo los transformaría a ellos, sino también a todos aquellos que se adentrasen en las profundidades y en los desafíos, en las esperanzas y en los sueños, de la poesía y de la vida que les esperaban más allá de sus abrazos y sus temores.

Y cuando Valeria clavó el póster en el tablero, y los cinco amigos se unieron de nuevo en la promesa y la determinación de sus manos enlazadas y sus palabras reunidas, supieron que habían comenzado una aventura que no solo los enfrentaría a sus propios miedos y desafíos, sino a los de sus compañeros y de sus seres queridos, en aquel taller de poesía que, como un ave salvaje y herida, clamaba y exigía también su libertad, su solidaridad y su camino en el diluvio y en el consuelo de sus versos y sus alientos compartidos y desgarrados.

## **Invitar a otros estudiantes a unirse al grupo y apoyarse mutuamente**

La mañana había amanecido gris y fría, presagiando tormenta, cuando Valeria, Andrés, Sofía, Miguel y Mariana se reunieron en uno de los pasillos de la escuela, justo antes de que comenzaran las clases. A pesar del alboroto y la confusión de la vida escolar a su alrededor, los cinco amigos se sentían como si estuvieran aislados en una burbuja de nerviosismo y esperanza, como si se encontraran en la grieta incierta y preciosista entre el temor y el atrevimiento, el silencio y la voz de sus versos inmortales.

-Crean que realmente podremos hacer esto? -preguntó Sofía, su voz temblorosa y apagada, como la incierta y melancólica música de una canción que se extingue en el olvido - . Quiero decir, llevar nuestro amor por la poesía, nuestra conexión y nuestra comunidad a los demás estudiantes de la escuela no creo que haya nada igual en ninguna otra parte.

Miguel apoyó su mano sobre el hombro de Sofía, su gesto lleno de determinación y esfuerzo, como si quisiera infundirle coraje y valentía, pero

también reconocer su vulnerabilidad y temor.

-Tal vez no hayamos vivido ni enfrentado algo así antes, Sofía -murmuró, sus palabras cargadas de comprensión y de deseo-. Pero, no hemos aprendido el uno del otro y de nosotros mismos, a través de nuestras penas y batallas, a través de nuestras alegrías y logros? No hemos descubierto, en el Parque de los Poetas y en la vastedad de nuestros corazones, un refugio y una luz en la incertidumbre y la tristeza, en la soledad y el desaliento de los años y las palabras que hemos compartido juntos?

Sofía esbozó una triste sonrisa, agradecida y noche a la vez por el apoyo de su amigo, pero también consciente de que el taller de poesía sería un desafío muy diferente a cualquier cosa que hubieran enfrentado antes.

Andrés, ajeno a las dudas de sus compañeros, se había acercado a su mochila y extrajo un póster que él mismo había diseñado durante la noche, con una explosión y tempestad de floraciones y susurros en su mente y en sus manos. En el póster, las palabras del taller de poesía resplandecían y se entrecruzaban, como un laberinto y un juramento que ninguna otra voz o sombra podían disipar ni refutar en sus nombres y sus memorias.

-Esto es lo que hemos logrado, amigos míos -declaró Andrés, su voz fuerte y resuelta mientras desplegaba el cartel con las manos temblorosas-. Esto es lo que hemos creado, y lo que ahora queremos llevar a los demás, para que también encuentren consuelo y liberación en la poesía, en la vida y en la resistencia de la palabra y del espíritu.

Valeria, Mariana, Miguel y Sofía miraron el póster con asombro y admiración. Aunque sabían que Andrés había estado trabajando en él durante días, ninguno de ellos había esperado tal obra de arte, una obra que de algún modo lograba capturar la esencia y el espíritu de lo que habían estado tratando de lograr en sus propias vidas y poemas.

Sin decir una palabra, Valeria tomó el póster de manos de Andrés y, junto con los demás, comenzó a caminar hacia el tablón de anuncios de la escuela, donde acontecimientos, reuniones y anuncios eran proclamados y olvidados en el abrazo efímero y silencioso de sus letras y sus inclinaciones.

A medida que se acercaban al tablón de anuncios, los corazones de los cinco jóvenes latían acelerados y ansiosos, y se dieron cuenta de que estaban a punto de dar un paso que no solo los transformaría a ellos, sino también a todos aquellos que se adentrasen en las profundidades y en los desafíos, en las esperanzas y en los sueños, de la poesía y de la vida que les esperaban

más allá de sus abrazos y sus temores.

Y cuando Valeria clavó el póster en el tablero, y los cinco amigos se unieron de nuevo en la promesa y la determinación de sus manos enlazadas y sus palabras reunidas, supieron que habían comenzado una aventura que no solo los enfrentaría a sus propios miedos y desafíos, sino a los de sus compañeros y de sus seres queridos, en aquel taller de poesía que, como un ave salvaje y herida, clamaba y exigía también su libertad, su solidaridad y su camino en el diluvio y en el consuelo de sus versos y sus alientos compartidos y desgarrados.

## **Superar conflictos internos y mantener la esencia del grupo.**

El sol estaba en su más alto punto y el Parque de los Poetas había cambiado. Las palabras impresas en los bancos y árboles de poetas celebres se habían desvaído, como si hubieran sentido el abandono de su lugar sagrado al reunirse en la escuela, en su taller de poesía social. Los cinco jóvenes poetas lo sabían, pero no hablaban al respecto. Durante semanas, prisioneros en las aulas y con el alma oprimida por deberes, tareas y exámenes, habían recurrido al parque, en silencio, buscando casi desesperadamente la inspiración para sus poemas en las edades muertas y en los sueños de los demás, de los autores que algún día esperaban emular y, quién sabe, incluso superar en talento y audacia.

“La culpa es mía,” musitó Mariana, mientras intercambiaba un cuaderno de papel tractorado donde había registrado precavidamente sus poemas durante los últimos meses. Apenas Valeria lo tuvo en mano, se pudo ver en sus ojos la verdad silenciada, la verdad inconfesable, pero también la verdad que, como una flor en el asfalto, estaba destinada, de un modo u otro, a abrirse paso y a florecer en la sombra y en la ira de sus corazones unidos.

El taller de poesía en la escuela, por virtud del número creciente de participantes, se había vuelto tan grande y tan ruidoso, tan desorganizado y sitiado, que los cinco jóvenes ya no podían reconocer en él su antiguo refugio y su solaz, aquel que, hasta hace algunos meses, había sido todo para ellos. Ahora, ese espacio se los devolvía lleno de las palabras, las inseguridades y los temores de extraños, de compañeros que nunca hubieran imaginado preñarse parte en su taller, cuya adhesión por protesta les había oscurecido

aún más el camino y la esperanza.

La culpa era y no era de Mariana, quien había invitado a algunos amigos suyos a unirse al taller sin recordar que la conexión, la complicidad y la acogida que había experimentado durante tantos meses en el Parque de los Poetas no iba a poder resistir la avalancha de nuevos rostros, de nuevas palabras y de nuevas ansiedades que la aguardaban y que la oprimieron, hasta que ya no quedó sino el silencio y la resignación.

Andrés, el más valiente y decidido de todos, se levantó sin miedo de su banca y enfrentó a sus amigos, en medio de aquel parque que ahora parecía infestado de sombras y de sueños imperecederos, como hacía tanto tiempo no había sido capaz de hacer. Miró a Sofía, a Miguel, a Mariana y a Valeria, uno a uno, y sus ojos le quemaban, porque no pudo más que reconocer la tristeza y la derrota que veía en ellos.

Acaso la poesía no era, al fin y al cabo, la forma más elevada y despiadada del amor? Acaso la poesía no podría volver a ser, aún contra toda certeza y toda condena, el lecho donde asentaría, de nuevo, el futuro y las esperanzas de aquellos cinco jóvenes, unidos más allá de toda trinchera y de toda separación?

-Amigos, escúchenme -gritó, en un último esfuerzo, Andrés-. Hemos perdido nuestro espacio en la escuela, sí, porque lo hemos compartido y porque a veces, hay que aprender a perder para poder ganar. Pero no hemos perdido lo más importante, lo más valioso que hemos cultivado en el parque, en nuestros corazones y en nuestros poemas. Eso que, al final del día, nos define y nos hace libres, nos hace eternos en nuestra lucha por la justicia y el autoconocimiento, en nuestra lucha por la resistencia y la ternura del espíritu.

Los demás se levantaron, lentamente, y se reunieron junto a Andrés, uno por uno. Y aunque no pudieron encontrar palabras en ese momento, supieron que el taller era y debía ser un sitio en constante cambio, pero también un faro y un santuario que, a pesar de los conflictos y las traiciones, encontrarían en cada rincón de sus almas y de sus poesías, siempre que supieran mirar y ver realmente más allá de las apariencias, más allá del fin y del olvido.

Juntos, como hermanos y hermanas, cada uno de ellos, muy en lo profundo de su ser, compartió un abrazo, un susurro y una promesa de lealtad, y supieron que el grupo y la esencia -aunque ya no iguales a sí

mismos y a sus sueños y deseos de antaño- seguirían adelante, encontrarían su camino en la penumbra y en el hambre, en cada uno de ellos, unidos por siempre y una vez más en el poder y en la furia de sus versos, en la gloria y en la desesperación de sus vidas compartidas y ajadas.

## Chapter 11

# El poder de expresión y comprensión a través de la poesía

El parque estaba callado, como si esperara el advenimiento de una tormenta furiosa, como si buscara refugio y abrigo en los versos que eran leídos y repetidos por aquellos cinco jóvenes poetas que se arrodillaban y se erguían frente a una vieja fuente de piedra desmoronada y muda, en lo más profundo de su oscuro santuario.

Valeria sostenía en sus manos temblorosas las palabras escritas en un papel, palabras que parecían imposibles de vocear, tan atrapadas como estaban por las paredes de su miedo y su inseguridad, tan llenas de una ansiedad casi devoradora, de una desesperación y un desprecio por sí misma que dejaba poco o ningún espacio para la calma o la serenidad.

No obstante, sus ojos se encontraron con los de Andrés, Sofía, Miguel y Mariana, y en ese cruce fugaz but precipitado de miradas y de almas temblorosas y abrasadas, Valeria halló la fuerza y la convicción necesarias para elevar sus palabras y compartirlas con sus amigos, con aquel universo rotundo y comprometido de vidas y experiencias entrelazadas y combatientes, en el silencio pretérito y futuro de sus esperanzas y palabras enfrentadas.

-Yo -empezó, con una voz apenas audible, casi un susurro-. Yo he querido hablarles de mi padre, de aquel hombre cuya sombra y cuya presencia se han vuelto tan opresivas y tan incomprensibles en mi corazón y en mi vida, que no sé si dejarlo ir o aferrarme a él, a sus enseñanzas y a sus fallas, hasta que

la poesía ese lecho inalcanzable, ese horizonte indecible que, por más que lo intento, no parece ni puede comprender o aceptar en mí y en mis oraciones en las plegarias mutiladas y furtivas de mis versos y mis lagrimaciones.

No hay desesperanza más profunda que la de aquel que no puede hacerse escuchar, ni siquiera en el santuario secreto e infinito de su propio corazón. Pero en ese grupo, en aquel taller de poesía que habían encontrado en el Parque de los Poetas y en las almas desterradas y alentadoras de sus amigos, Valeria había hallado una conexión, una voz y una sangre compartida que le daba aliento y esperanza, incluso en la aversión y la indiferencia casi asfixiante a veces presente en su hogar y en su familia, donde toda emoción y sentimiento parecían empañados por una historia de culpas, abandonos y silencios abrumadores e inquietantes.

Andrés se acercó a Valeria, con la esperanza de que su calidez y apoyo le dieran algo de consuelo en su tormenta emocional.

-Valeria -murmuró suavemente, mientras su mano rozaba el brazo de la joven poeta-, lo que has compartido con nosotros hoy es algo valiente y hermoso. Compartir estas palabras acerca de tu padre no solo ayuda a liberarte a ti misma, sino que nos muestra algo muy profundo en tu ser que también nos ayuda a comprendernos mejor a nosotros mismos, a nuestras propias relaciones con nuestros padres y nuestras propias luchas. La poesía puede ser ese puente, esa conexión que nos salva del aislamiento y el silencio, y en este grupo, en este recinto sagrado compartido, somos todos testigos y aliados, unidos por esa fuerza indescriptible pero inquebrantable que es la palabra y el verso, la vida y la comunión en la adversidad y en el aprendizaje.

Las palabras de Andrés parecieron tener un efecto palpable en Valeria, que asintió con la cabeza, aceptando, aunque con cierta renuencia, el apoyo y la empatía que le ofrecían sus amigos. Era cierto que todos ellos tenían algo para dar, cada uno de ellos había sentido el temor y el temblor del enfrentamiento, cada uno había luchado en interminables batallas en la oscuridad de la noche y de la humanidad, y cada uno de ellos buscaba estrañamente la comprensión, el amor y la fusión en las letras y las suplicas, en los desafíos y las caricias de sus poemas y sus almas prosadas y liberadas.

En aquel día, en aquel parque en el que los cinco jóvenes poetas compartieron sus miedos, sus anhelos y sus corazones, aprendieron el verdadero poder de la expresión y la comprensión a través de la poesía. En aquel dolor y aquel consuelo, en aquel abrazo inmortal de las palabras y las

emociones reveladas y protegidas, encontraron una fuerza y una destreza que los acompañaría durante toda su vida y su aprendizaje, y supieron, en sus corazones afligidos y decididos, que siempre habría una hoguera de esperanza y de lucha en el fuego y el vino, en el éxtasis y la angustia, de sus versos y de sus fraternidades exaltadas y azuzantes.

## La importancia de expresarse a través de la poesía

La tarde caía en el Parque de los Poetas, y el sol embellecía con sus últimos rayos del día aquel lugar que, para los cinco jóvenes, ya era un santuario. Habían sentido el poder de la literatura, la potencia de los versos y habían comenzado a vislumbrar el significado profundo de las palabras durante aquellas mágicas tardes. A lo largo de cada poema compartido, descubrían que algo nuevo emergía en ellos, algo indescriptible y auténtico que se derramaba en el papel y encontraba resonancia en los demás, despejando la soledad y el desconcierto, uniéndolos y transformándolos al compartir sus secretos más profundos.

La luz que se filtraba entre los árboles los bañaba de oro y sombras, desdibujando las fronteras del tiempo y del espacio, y las páginas de sus cuadernos, como ventanas abiertas al alma, ofrecían una visión de su ser más individual y escondido. Allí se encontraban, Valeria, Andrés, Sofía, Miguel y Mariana, sentados en un círculo de otoño y resistencia, dispuestos a desafiar el silencio y el caos, a alzar sus voces allá en donde otros callaban y temían.

Se había iniciado aquella tarde un ritual que les había asomado al misterio de sus vidas y a la posibilidad de comprender lo que hasta entonces les parecía inalcanzable: sí, el Parque de los Poetas era un refugio a la soledad y un desafío a la injusticia y la opresión, pero también, y quizá más importante, era un encuentro entre ellos y la libertad de revelar sus verdades a través de las palabras. Con cada encuentro, cada poema, cada suspiro o lágrima compartida, reivindicaban y afirmaban una verdad más allá de las expectativas y normas sociales: la verdad de ellos mismos, más allá de temores e inseguridades.

El silencio cayó, tenso y expectante, e hizo su entrada la Poesía. Y Andrés, tomando la palabra, inició:

-Quiero compartir mi último poema con ustedes -anunció, con firmeza -.

No sé si es mi mejor obra, pero es un poema que revela algo muy importante y que he aprendido aquí, en este parque y entre ustedes.

Valentía y emoción animaron su voz, y sus palabras sembraron en los demás la esperanza de encontrar, también en sus propias letras, el refugio y la verdad que hasta entonces les había sido esquivo.

Andrés comenzó a leer su poema, titulado "Nuestra lengua":

Somos heraldos de la palabra escondida, hermanos del silencio atravesado por truenos, rompemos cadenas con los versos, un pueblo unido por la risa y la herida, la comunión hallada en los sueños.

Los demás lo escucharon, absortos y devotos, sabiendo muy bien que aquel poema no solo era un tributo a la literatura y a la poesía, sino también a la amistad y al compromiso que ellos compartían, enfrentándose juntos y hombro a hombro a los retos del mundo.

Sus palabras resonaron en el corazón de sus amigos, que se sintieron conmovidos y agradecidos al verse reflejados en aquellos versos. Y aunque cada uno de ellos tenía un camino diferente y una historia personal única, supieron, sin dudarlo ni un momento, que la lengua del poeta, la lengua del corazón que ellos compartían y exploraban, era su verdadera patria, su sitio de revelación y de encuentro.

El poema llegó a su fin, y las palabras de Andrés, con la última sílaba, dejaron su eco en el aire, rebelde y eterno. Entonces Sofía, con voz temblorosa, tuvo el coraje de tomar la palabra y confesar el secreto que hasta ese momento había callado, pero que, animada por el espíritu de unidad y de osadía de los versos de Andrés, ya no podía, ya no quería ocultar más:

-Yo también escribí un poema, pero este no quería compartirlo -confesó, y sus ojos brillantes revelaban, por un lado, el miedo a la exposición y, por el otro, la esperanza de ser sobre todo escuchada y comprendida.

-Leelo, Sofía -dijo Valeria, alentándola, dándole la fuerza que necesitaba para hacer frente a su temor y a la inseguridad que parecía haberla devorado.

Y Sofía, a pesar de sus miedos y de los prejuicios que dentro de sí llevaba, leyó su poema, que no solamente derrumbó sus barreras sino las hizo renacer. Porque su poema puso de manifiesto cuán importante era aquella comunión, aquel encuentro de almas en el Parque de los Poetas, y cómo la fuerza de la amistad y de la creatividad los había llevado a confrontar, y quizá acariciar, la verdad más honda y conjunta de sus sueños y de sus mismas vidas.

## Compartiendo experiencias y sentimientos en el grupo

Las sombras del crepúsculo se deslizaban por el rostro de Valeria mientras se acercaba al pequeño círculo de sus compañeros. El parque, recargado de un murmullo inminente y ávido de sus secretos y confidencias arropado bajo las ramas protectoras de los añosos árboles, los acogía en su regazo verde y solitario, como si supiera que en ese momento, en ese refugio de luz menguante y esperanzas titilantes, se frotaría la voz de cinco jóvenes poetas que habían aprendido a sobrevivir y luchar gracias a las palabras que compartían con fervor y temor, impregnándolas de sus inquietudes y deseos, de sus sueños y dolores.

-Hoy quisiera compartirles un poema -dijo Valeria con voz temblorosa, su mirada clavada en los ojos de sus amigos, buscando en ellos la fuerza y la ternura para seguir adelante-. Un poema que escribí hace poco, cuando me enteré de bueno, no sé si sea el momento adecuado para hablar de esto, pero creo que si no lo digo ahora, quizá nunca lo haga.

Todos escucharon en silencio, esperando el momento monumental en que Valeria rompería su propio miedo y se desnudaría ante ellos, palpando, como si flotara entre parcelas de polvo y luz dorada, el eco inmarcesible de sus ocultas inquisiciones.

Sofía acercó su mano a la de Valeria y la apretó, como un gesto solidario que entendiera, sin decir una palabra, las vicisitudes por las que estaba pasando su compañera y el coraje que le había llevado a compartir su voz y sus secretos con sus amigos, en esa tarde marchita y ufana de vida y destino entre los árboles del Parque de los Poetas.

-Valeria -dijo Andrés, conmovido y decidido a la vez-, si sientes que este es un espacio en el que puedes ser tú misma y hablar de tu realidad, entonces no dudes que aquí estaremos siempre para apoyarte y acompañarte en tu sendero de lágrimas y valentía.

Sus palabras resonaron en las atalayas de los espíritus de todos los presentes, quienes asintieron y sonrieron con aprobación y emoción, respaldando a Valeria en su momento de vulnerabilidad.

-Bueno -suspiró Valeria, aliviada y consciente de que ya no tenía vuelta atrás-, mi poema se titula "El vacío":

"En las rendijas de mi silencio busco mi refugio. mi oasis de serenidad cruzado por lágrimas, un espacio donde pueden morir mis miedos y renacer

mis esperanzas. Un vacío que resuena con el eco de los ecos más profundos y lacerantes, donde mi corazón despliega sus alas y se desangra en palabras, en líneas de dolor y rabia que conforman el mapa de mi vida, el espejo roto que intento reconstruir a través del canto de mi alma.

La noche me abraza con sus sombras, testigo muda de mis batallas con monstruos que solo yo puedo ver, y ahí encuentro mi fuerza, en esa oscuridad que se funde con mi pena pero que al mismo tiempo me revela quiénes son aquellos que nunca me abandonarán, que serán parte de mí aun en ese vacío que parece haberme tragado entera.

Y aquí estoy, sacudiéndome el polvo de las heridas, convirtiendo mi historia en poesía, en un recorrido por el universo íntimo que todos compartimos sin saber, un vacío que no es ausencia, sino oportunidad, donde podemos conectar nuestras vidas y construir un puente que nuestros corazones tanto anhelaban.

Valeria terminó de leer su poema, sus ojos negros brillando con la fuerza de sus palabras y de la verdad que había desgarrado su miedo y su anhelación, y los otros jóvenes se levantaron, uno a uno, y abrazaron a Valeria como un acto de amor y reconocimiento, sabiendo que en ese festín de versos y caricias habían encontrado algo más que un grupo de amigos y una tarde de inesperada y efímera paz. Habían encontrado el más poderoso antídoto para el dolor y la impotencia, la comprensión y el lenguaje de sus experiencias y sentimientos, compartidos y transfigurados en las páginas de sus diarios y corazones, y muy pronto en las aulas y en la vida de otros jóvenes como ellos, en busca de alivio y empatía en los vericuetos y ansiedades de una vida enmudecida y refulgente.

## **Aprendiendo a comprender y apoyar a los demás a través de sus versos**

Valeria y Sofía caminaron juntas hasta la banca donde se reunían cada tarde, sus pasos desencajados y acompasados, cada una cargando sus propios temores y esperanzas en sus mochilas escolares y en los versos que, como mariposas cautivas, esperaban liberar en el Parque de los Poetas. El sol, todavía alto en su trono de fuego y aire, revisaba con franca indiferencia las hojas de los árboles y, lejos, allá abajo, donde la tierra se volvía roca y desesperanza, Valeria y Sofía buscaban la claridad que solo sus propias

palabras y las de sus amigos podrían otorgarles.

-Valery -dijo Sofía, rompiendo el silencio que se había instaurado entre ellas desde que salieran de la escuela- , tengo miedo de leer mis versos hoy no sé cómo los tomarán los demás, y no quiero que piensen mal de mí.

Valeria la miró a los ojos y en ellos vio, detrás de las pupilas grises y frágiles, no solo el miedo de Sofía sino también el suyo propio y el de Andrés, Miguel y Mariana, quienes, en esa misma tarde y en ese mismo instante, sufrían, cada uno a su propio modo, la tortura que significa enfrentar la verdad y la humillación, la soledad y la risa, la tristeza que solo la incomprensión y el rechazo pueden imprimir en el rostro más dispuesto a la alegría.

-No tienes por qué preocuparte, Sofía -le dijo Valeria, sonriendo y apretándole la mano con una solidaridad forjada en el fuego de todas las penas y todas las luchas-. No recuerdas lo que escribió Pedro Salinas, ese poeta español del que nos habló Andrés la semana pasada? "Si el hombre del otro día / supiera que lo que tú vives hoy es solo su afán por otro hoy mejor / entendería su propio dolor / y el tuyo". Todos llevamos un peso en nuestros corazones, Sofía, y eso es lo que nos hace fuertes, a la vez que vulnerables.

Sofía sonrió y, a pesar de sus inseguridades y temores, se aferró a Valeria y juntas siguieron caminando, como dos guerreras dispuestas a enfrentar el espejo de sus propias vidas, a pesar de las sonrisas maliciosas o las lágrimas representadas por otros que, quizá, jamás lograrán comprender que el dolor y la realidad cada ser humano se encuentran en lugares insondables y únicos, allá donde los versos pudieran cantar y la vida se volviera inmortal.

Los cinco jóvenes se encontraron en la luz amarillenta y plomiza del Parque de los Poetas, entre los árboles suavemente mecidos y sus nerveless congestionados de savia y secretos. Uno a uno leyeron sus versos, como si sus voces pudieran exorcizar los miedos y dudas que les atormentaban, como si las sílabas que formaban sus palabras y las metáforas que tejían en sus estrofas pudieran encontrar el lugar en donde el universo y el alma, Dios y el hombre, el tiempo y la eternidad se unieran y se convirtieran en una llave para el amor y la aceptación, en un abrazo de ternura y confianza mutua.

Sofía, al final, con todos los ojos fijos en ella y todos los corazones abiertos de par en par, como devorados por el llanto y la esperanza, se armó

de valor y leyó sus versos, esa su voz temblaba apenas:

”Árbol sin nombre ni sombra, quién eres tú en esta tarde oscura, en este mundo absurdo y desangelado, en esta hora mía cuando apenas puedo decir mi nombre, mi rostro, mis pasiones?

Te abrazo, hermano sin rama ni raíz, te abrazo y lloro con tu silueta esquiva, tu piel de hojas y tus venas de savia que murmuran poemas y secretos de cuando el mundo estaba unido por la risa y la ternura.

Y en este abrazo, en esta comunión de luz y sombra, de miedo y libertad, encuentro, por fin, la paz y la respuesta que tanto he buscado en las calles vacías y en los ojos fugaces de quienes jamás han escuchado el canto de sus propias almas.”

Las lágrimas de Sofía, gruesas y acuáticas como las perlas más preciosas del abismo, rodaron por sus mejillas y en el pecho de cada uno de sus amigos, quienes, mientras la escuchaban, se sintieron profundamente conmovidos, como si acariciaran por primera vez el fuego y la niebla de sus verdades, de sus dolorosos pero reveladores rincones donde moría la soledad y renacía la empatía y la comprensión mutua.

Sí, aquel día, en el Parque de los Poetas, cinco jóvenes aprendieron que compartir, amar y apoyar a los demás a través de sus versos era la mayor forma de vida, el mayor refugio y el mayor sueño que jamás pudieran esperar o alcanzar. Porque, en aquel momento, todo fue silencio y todo fue luz, como un sol que muriera y se reinventara en cada corazón y en cada alma confundida y milagrosa.

## **El papel del lenguaje poético en la identificación de emociones**

Era un día lluvioso en la ciudad que parecía no dormir nunca, y el Parque de los Poetas estaba tan quieto y silencioso como si un gigante se hubiera sentado encima de él, aplastándolo bajo su peso invisible. Una fina niebla cubría el parque como un manto de terciopelo gris que invitaba a la reflexión y el recogimiento, y tan solo el murmullo del agua de la fuente parecía cobrar vida, como un contrapunto melódico e inesperado a la quietud dominante en el ambiente.

Los cinco jóvenes se habían sentado bajo el conjunto de pergolas cubiertas de plástico que protegían sus bancos y mesas, y Valeria sintió que el ronroneo

del agua la llamaba a sumergirse ella también en ese mundo de versos y revelaciones que estaba seguro en el fondo de su corazón, pero que tal vez no había tenido el valor de explorar todavía, por miedo a lo que pudiera encontrar allí, bajo las sombras del deseo y la incertidumbre.

-Chicos -dijo su voz, temblorosa pero firme al mismo tiempo, como si quisiera atrapar una estrella lejana por un segundo y dejar que se le escapara al siguiente - , yo yo quiero leerles algo, pero no es un poema como tal es más bien un diario, una serie de versos y pensamientos que escribí mientras lloraba y buscaba consuelo en la soledad de mi habitación, y quizá no tenga mucho sentido, pero creo que es parte de mi verdad y bueno, me gustaría compartirla con ustedes.

Los otros no sabían cómo responder, porque el miedo de Valeria era evidente en su rostro, y no querían atemorizarla aún más con preguntas o abrumarla con la presión de leer sus escritos; pero al mismo tiempo sentían que era algo importante para ella, algo que necesitaban escuchar y entender para poder acercarse realmente a su corazón y, tal vez, a sus propias emociones escondidas que esperaban ser descubiertas e identificadas.

Valeria comenzó a leer, mientras la lluvia repiqueteaba sobre las pergolas y el viento traía consigo un fragor de hojas y pensamientos, un vendaval inaudible que tenía el poder de sacudir no solo sus cuerpos, sino también sus almas:

"La luna estaba allí, plena y altiva, brillando como el último adiós antes del sueño. Y la besé con mis labios, aunque los sentía secos e incapaces de amar, porque sabía que allí radicaba la fuerza, la identidad que todos anhelamos, aunque a veces los latidos del miedo sean más fuertes que los del corazón.

Beso la luna y la cubro con mis lágrimas, con mis pensamientos que oscilan entre el sí y el no, entre el amor y el desespero. Y al hacerlo, lo puedo sentir: todo aquello que en mí se esconde, aquellos monstruos insondables y terribles que acechan en la oscuridad y me susurran historias de miedo y coraje, de esperanza y abismo.

Será difícil abrazarlos y comprenderlos, porque al fin y al cabo nuestra mente es un laberinto y el lenguaje el único farol que podemos sostener en nuestras manos, como un talismán protector y revelador. Tal vez muchas veces nos sentimos perdidos y confundidos, sin saber qué significan esas palabras que se nos escapan del alma y que, como lágrimas de fuego, nos

hieren y nos regeneran.

Pero debemos recordar que el lenguaje es nuestra aliado, incluso en la más absoluta soledad y desconsuelo. Es un puente entre acá y allá, es un ancla que nos permite aclarar lo que sentimos y, de alguna manera, convertirnos en quienes queremos ser, a pesar de nuestras incongruencias y nuestros miedos.

No sé si haya una respuesta final a todas estas preguntas que me atormentan, a todos estos silencios que me pesan y me oprimen el pecho como una mano gigante e invisible. Pero al menos puedo hacer esto: escribir y versar, plasmar en mi diario esos pensamientos y odiseas que nadie, aparte de la luna y yo, puede captar en su totalidad.

Y con eso, con esa promesa incierta y clara, busco la identificación de mis emociones y, tal vez, de mis destinos.”

Valeria terminó de leer su diario, y se quedó en silencio, casi como esperando recibir el impacto de las críticas y los juicios, pero lo que vino, después de unos momentos de suspenso, fue simplemente un abrazo y unas palabras de aliento, un gesto de comprensión que, de alguna manera, les hizo a todos más humanos y cercanos a sus propias emociones y latidos.

Porque en ese momento, en esa tarde susurrante y llena de misterios en el Parque de los Poetas, todos comprendieron no sólo el papel del lenguaje en la identificación de emociones, sino también en la transformación de sus corazones y sus vidas, en la hora mágica y luminosa cuando las palabras y los lazos se convierten en llaves que pueden abrir las puertas más terribles y hermosas de nuestra existencia.

## **Relacionándose con la poesía de otros autores y sus vivencias**

Bajo la inacabable lejanía de la tarde, los cinco amigos se encontraban inmersos en su burbuja de emociones que, como un verso extendido por el viento, los conectaba con aquellos poetas que en otras tierras y en otros tiempos habían hurgado en las profundidades del amor y la desesperanza, la soledad y el éxtasis. Como un coro deslumbrante y reivindicativo, las voces de Neruda y Blake, de Mistral y Rilke, de Akhmatova y Senghor se mezclaban con las suyas, formando una sintonía casi inaudible, pero infinitamente poderosa y transformadora.

-Quiero leerles algo de Akhmatova -dijo Andrés, con voz entrecortada y vibrante, como el eco de un murmullo antiguo y persistente-. Miguel, el otro día encontré este poema en la librería "Verso y prosa" y al leerlo, no pude evitar pensar en tu hermana y todo lo que está viviendo en su relación con Ricardo. Me gustaría compartirlo con ustedes, porque siento que en cada línea se esconden fragmentos de nuestras propias historias, de nuestros sueños y angustias, de aquello que nos hace humanos y distintos a la vez.

Andrés abrió el libro de Akhmatova, las hojas crujieron como astillas de hielo, y comenzó a leer en voz alta, mientras los otros cuatro lo escuchaban con atención y emoción:

"La noche vierte en nuestras venas nebruras Y en nuestro espíritu desconsuelos; Sólo entonces te veo en mis sombras, Sólo entonces entramos en los lugares Donde vivimos la historia, Donde morimos de amor y de odio, Donde, como gaviotas en agónicas playas, Mis palabras y mis lágrimas buscan las tuyas."

Terminó la lectura, y un silencio de respeto se adueñó del ambiente, como un velo de misterio y revelación. Las palabras de Akhmatova, tanto insondables como el abismo como límpidas como la luz, resonaron en cada uno de ellos, dándoles un atisbo de la inmensidad maravillosa y terrible de la existencia, de los vínculos que los unían a los poetas que los habían precedido y los que, quizá, seguirían sus pasos y sus versos con el paso de los días y las eternidades.

Miguel habló entonces, con una voz llena de gratitud y tristeza, como el llanto de una estrella que se desangra en una inmensa noche sin luna:

-Gracias por compartir ese poema, Andrés. Ciertamente, mi hermana vive una situación difícil, y es cierto que encuentra consuelo en las palabras de otros y se siente comprendida en sus versos. Pero, no puedo evitar notar que muchas veces, la poesía nos pone frente a un espejo donde nuestros más profundos anhelos y temores se reflejan con claridad. "Morimos de amor y de odio", así describe Akhmatova ese estado perpetuo del ser humano, y no puedo evitar relacionarme con ello.

-Es cierto -dijo Mariana-, al leer a otros autores y analizar lo que han escrito, nos identificamos con ellos en un nivel muy profundo. Hay algo casi mágico y liberador en ver nuestras propias emociones y vivencias en los versos que ellos han plasmado en papel, como si hubieran logrado capturar la esencia de lo que nosotros intentamos, a veces en vano, expresar.

-Creo que eso es lo que nos hace sentir tan conectados con ellos -añadió Sofía -, porque en su poesía podemos encontrar reflejos de nuestra propia vida, nuestras propias luchas y nuestras propias emociones. A pesar de que puedan haber vivido épocas distintas o experiencias muy diversas, al final, la esencia humana siempre encuentra un punto en común en la poesía.

Valeria asintió con un gesto solemne y melancólico, como si sus pensamientos se hubieran volado hacia tierras nuevas y extrañas, hacia las playas solitarias donde los poetas caminan con sus versos y sus sombras.

-La próxima vez que me encuentre en la librería "Verso y prosa", buscaré poesía de autores menos conocidos -dijo con una sonrisa y una voz trémula y soñadora-. Me gustaría encontrar aquellos poemas que esconden verdades que solo podemos descubrir y entender si somos capaces de abrir nuestro corazón y nuestra razón a todos esos mundos y voces que nos esperan, con la luz del día y la oscuridad de la noche.

Los cinco jóvenes, con la lucidez y la sabiduría que a veces solo el miedo y la incertidumbre pueden brindar, se prometieron seguir explorando poesía de otros autores y tiempos, en ese maravilloso pero a menudo incomprendido lenguaje que los unía y, al mismo tiempo, los transportaba hacia lugares desconocidos, donde sus versos y sus corazones no tendrían más remedio que encontrarse y converger, como un río que, al final, muere y renace en el inmenso océano de la vida.

## **Poesía como herramienta para superar conflictos emocionales y sociales**

La tarde se había teñido con las últimas luces del sol cuando Sofía regresó del colegio. Desde la ventana de su habitación se podía contemplar cómo el astro se despedía del mundo con aromas de fuego y melancolía, entre las sombras que se extendían como mantos de llanto y un azul profundo y exquisitamente doloroso que flotaba en las alturas.

Las palabras de Eduardo, uno de sus compañeros de colegio, todavía resonaban en su garganta, como alfileres de hielo que se insertaban una y otra vez en su carne y su alma, abriéndola y desgarrándola sin reparos ni remordimientos. "Cállate ya!", le había gritado en el escritorio, después de que Sofía intentara explicarles los logros del taller de poesía social que habían fundado con tanto esfuerzo y que habían logrado mantener contra

viento y marea durante los últimos meses del año lectivo.

”No entiendo por qué tienes que andar contándole a todo el mundo sobre tus idioteces poéticas”, había continuado Eduardo, lanzándola al suelo con sus puños llenos de ira y desprecio. ”Acaso no te das cuenta de que esos versos no sirven para nada, de que no cambian las cosas y solo te hacen parecer una idiota soñadora y estúpida? Nadie se va a hacer poeta solo porque tú les enseñes a escribir cuatro líneas tristes sobre sus miserias. Más bien parecería que te gusta hundir a los demás en la miseria para que no puedan ver lo patética que eres!”

Las lágrimas habían brotado entonces de sus ojos, como cascadas anunciadoras de una desolación sin consuelo ni resurrección. Y entre sus sollozos silenciosos y sus pensamientos enredados, su corazón le recordaba que, a pesar de las palabras y los insultos, todavía quedaba una esperanza velada, una suerte de faro frágil e inquebrantable que no podrían apagar ni los más terribles vientos y tormentas.

Volvió su mirada hacia la ventana y sus ojos se posaron en el parque que se erguía allá en la distancia, donde el verde y las hojas bailaban al compás de la brisa y las fuentes murmuraban leyendas de serenidad y rebeldía. Y entonces supo lo que tenía que hacer: sentarse y escribir, sacar de su pecho y sus entrañas esa amalgama de emociones y recuerdos que, aunque a veces parecían abismos oscuros, también podían ser la clave, el último aliento capaz de redimir y salvar a los que se encontraban al borde de la desesperación y la soledad.

Mientras deslizaba su pluma sobre el papel, sintió que sus palabras cobraban vida, que adquirirían un poder mágico y liberador que jamás habría podido imaginar en sus horas más sombrías y desamparadas. ”Ayer el sol lloraba sus últimos destellos y yo, ante la noche, ante la oscuridad intrusa y apabullante, no pude más que estremecerme y llorar también, porque, en mi corazón herido y atormentado, el fuego del atardecer se había extinguido para siempre.”

Al día siguiente, Valeria, Andrés, Miguel y Mariana la encontraron sentada bajo el roble, con el cuaderno en sus manos y los rastros de las lágrimas aun dibujados en sus mejillas como un poema de sal y esperanza. Sin preguntar, sin interrumpir su murmullo tembloroso, cada uno de ellos se sentó a su lado y comenzó a leer sus propios versos, sus propias emociones y miedos, como si quisieran rescatar a Sofía del abismo en el que había caído

y tejer una red de solidaridad y amor que pudiera protegerlos y guiarlos en sus caminos hacia una luz más clara y diáfana.

Y en ese instante, bajo el roble y la frágil cascada del sol en sus últimos jirones, Sofía comprendió que, aunque a veces las palabras pudieran parecer inútiles y vacías, también tenían el poder de curar y de construir un mundo mejor, un mundo en el que todos pudieran encontrar su voz y su verdad, y donde los monstruos del odio y del silencio no serían más que sombras en el viento, lejanas y olvidadas como el eco de un suspiro en la inmensidad de la noche.

## **Preservando la sinceridad y el propósito original en el taller de poesía**

El taller de poesía de aquella tarde tenía un sabor amargo. La lluvia había mojado las ventanas, dejando en las cristalinas gotas los rezagados reflejos de los nubarrones. En el aula, donde por lo general se levantaba un coro de risas y murmullos entusiastas, la energía vibrante había comenzado a disiparse. En sus distintas sillas, Valeria, Andrés, Sofía, Miguel y Mariana estaban sumidos en sus pensamientos, cada uno sintiendo en su pecho el peso de las palabras y las tensiones que habían surgido en los últimos días.

La organización del evento poético en la escuela había despertado una vorágine de emociones y expectativas. Los cinco poetas, ya no tan jóvenes, se dieron cuenta de que las miradas y juicios externos, las inseguridades propias y ajenas, amenazaban con repartir sus versos y sus sueños en múltiples esquinas, dejándoles sin un faro que los condujera al corazón verdadero, a la esencia misma del taller de poesía que tanto les había dado.

Un puñado de ese desasosiego planificada cayó sobre Sofía como una fruta madura, enredándose en las ramas de su cabello castaño y azaroso. "No los entiendo," lanzó ella, sombría y perdida. "Parece que ahora todo lo que queremos es agradar a los demás, ser protagonistas de historias que no nos pertenecen. Me pregunto si aún recordamos por qué comenzamos este taller y qué fue lo que nos unió aquella vez en el Parque de los Poetas." Cuando Miguel intentó responder, ella lo cortó en seco: "Las respuestas conocidas no servirán esta vez. Todos llevamos la redención y la sombra en nuestras vidas. Pero creo que olvidamos que la poesía es un instrumento de crecimiento y no de espectáculo."

Las palabras de Sofía cayeron como mazos, en el centro de la conciencia colectiva de aquel microcosmos de sentimientos y versos íntimos. Valeria, no queriendo dejar que la situación desembocara en el derrumbe de la amistad y la fraternidad que habían construido, buscó en sus bolsillos una carta de esperanza y reconciliación.

”Cuando nos fundimos en el vínculo poético que nos unió, cuando decidimos ser parte de este taller, hacíamos un pacto, casi invisible y etéreo, con nuestros corazones y nuestras almas.” Ella exhaló profundamente, sus ojos encendidos como faros resplandecientes. ”Ese pacto es el que nos ha dado fortaleza y luz en la oscuridad de nuestro dolor y nuestras dudas. No lo olvidemos, no lo ignoremos ni lo despreciemos, porque en ese pacto está nuestra fuerza y nuestra verdad.”

Una tímida lágrima resbaló por su mejilla, y entonces Andrés, con la fuerza y la decisión de un guerrero que va a la batalla por sus creencias y sus hermanos, tomó la palabra y pidió, casi suplicó, a sus compañeros que no dejara que el veneno del miedo y los egoísmos manchase sus versos y sus vínculos.

”Sí, es verdad que hemos cambiado y crecido, desde aquellos días en los que nos sentábamos en el parque para compartir nuestras emociones y nuestros sueños. Pero eso, lejos de ser una debilidad, puede convertirse en la fuerza que nos lleve a superar cualquier tormenta y llegar al puerto, tan ansiado y temido, de la autenticidad y la valentía.” Sus ojos estaban fijos en los de sus amigos, y sus palabras se elevaban como estandartes de esperanza y porvenir. ”No dejemos que los obstáculos del camino nos desvíen de nuestro propósito. Somos poetas, seres que buscan la verdad en cada rincón de este mundo extraño y nuevo, como aventureros en la búsqueda de la voz de aquellos que han sido silenciados y las estrellas que aún no han brillado en el firmamento.”

Miguel y Mariana, conmovidos y fortalecidos por las palabras de sus compañeros, se levantaron y les ofrecieron sus manos y sus corazones, en un gesto de unión y redención que dejaría atrás todas las heridas y las barreras, y permitiría que la llama de la fe y la lealtad siguiera ardiendo a lo largo de los días y las lunas.

Aquel taller de poesía y aquel puñado de jóvenes soñadores, parados en el umbral de sus vidas adultas, recordaron entonces el valor y el poder de la sinceridad, de mantenerse fieles a sus propósitos y sus luces, a pesar de las

tentaciones y los tropiezos que pudieran acecharles en el camino. Porque el taller de poesía era, y lo seguiría siendo, un faro donde sus versos y sus almas encontrarían siempre un hogar y una senda, unirse y volar por encima del tiempo y las palabras.

## **Fortaleciendo la amistad y la solidaridad a través de la expresión poética**

El sol de la tarde se había hundido en su eterno abrazo al horizonte cuando, una vez más, los cinco preadolescentes se encontraron en el Parque de los Poetas, sus rostros y corazones marcados por las cicatrices y tensiones de las últimas semanas. Los desafíos y conflictos que habían enfrentado, tanto dentro como fuera de las paredes de la escuela, habían dejado a todos con un cansancio tan profundo como la tristeza de un faro abandonado en medio de un océano lejano y salvaje.

Valeria, Andrés, Sofía, Miguel y Mariana se sentaron sobre la hierba húmeda y fresca, rodeados por el murmullo de las hojas que bailaban sus últimas canciones de otoño antes de rendirse al frío y solemne invierno que se aproximaba. Sus miradas se cruzaron sin decir palabra, como si cada uno de ellos estuviera buscando en los ojos de los demás el hilo invisible que los uniera, el eco de un poema que hubiera sido necesario para sanar las heridas y limpiar las sombras que, como pesadillas, habían invadido sus almas en las jornadas anteriores.

Fue entonces cuando Mariana, con su voz temblorosa y cargada de una dulzura triste y serena, decidió desenterrar el poema que había estado guardando en su cuaderno, sin ánimo ni valor para compartirlo con sus amigos hasta ese momento. Sin embargo, allí, bajo el manto de una tarde que se desangraba lentamente sobre el mundo, supo que había llegado el instante de enfrentar sus miedos y entregar sus palabras como ofrenda y testamento en el altar del amor y la solidaridad que los cinco habían jurado defender y honrar.

”Amigos”, comenzó, sus dedos presionando las páginas de su cuaderno hasta dejarlos pálidos y temblorosos. ”Quiero compartir con ustedes algo que escribí hace unas noches, algo que quizá no tenga la fuerza ni la belleza de los poemas que hemos estado escribiendo y compartiendo en nuestras reuniones, pero que, creo yo, también tiene su luz, su verdad y su lugar

en esta amistad que nos ha dado tanto y que, más que nunca, necesitamos preservar y sostener en el aire.”

Respiró hondo, como si estuviera a punto de sumergirse en un océano de palabras y recuerdos que la llevarían lejos, muy lejos, y la transportaría a otro tiempo y otro espacio, donde el silencio y la soledad no pudieran alcanzarla, donde los sueños y los abrazos de sus amigos podrían tejer, sin prisa ni temor, una red de ternura y cariño que envolviera y protegiera a cada uno de ellos.

”Estrellas rotas de una noche interminable,/ somos polvo y verso, lágrimas y música,/ hilos de fuego y melancolía que se unen/ en el tejido de la vida, bajo la constelación/ de nuestros días y nuestras noches./ Más, mi corazón, mi alma, que se encuentren/ tus manos en mi pecho y tus ojos sobre mi cara,/ no me dejes caer en esta oscuridad de nombres y colores/ que me abrumba y me enmudece,/ del otro lado del espejo que se hunde en mi garganta,/ donde la soledad se convierte en miedo puro y silencioso.”

Sintió cómo las lágrimas se arremolinaban detrás de sus pupilas y las retuvo con el último aliento de sus versos, como quien aprieta a un ser querido al borde del abismo: ”Solo quiero pedirte, amigo, hermano del camino, que no me abandones en mi nado,/ que me ayudes a escalar, día tras día, esta pirámide de cristal y esperanza, esta montaña de locura y amor que solo puedo sortear si siento tu mano en mi hombro, tu voz en mi oído, y la complicidad de tu risa en el aire que nos rodea.”

Todos guardaron silencio al terminar Mariana, un silencio lleno de reverencia, de reconocimiento y comprensión, como el que se siente al contemplar la obra de un gran maestro o al escuchar el susurro de la lluvia en los tejados de una ciudad dormida. Lejos de las intrigas y las envidias que estuvieron a punto de despedazarlos, en aquel momento compartieron un profundo sentido de pertenencia e identificación con la poesía de su compañera y amiga.

Valeria, Andrés, Sofía y Miguel se miraron, y sus manos se buscaron y entrelazaron, como las raíces de un árbol que no puede sobrevivir sin sus hermanos y sus frutos. A través de la palabra y la amistad, encontraron la fuerza y la claridad para mantener vivos sus sueños, dejando atrás el pesar y el resentimiento y siendo testigos de cómo la poesía unía sus corazones en un abrazo eterno e inquebrantable, recordándoles a cada uno de ellos que, en el fondo, todos somos estrellas rotas y mágicas, que juntas componen el

universo infinito del amor y del arte.

## Chapter 12

# El crecimiento y la resiliencia ante los desafíos de la vida.

Los ecos resonantes de la ciudad se fusionaban como manchas de acuarela en la mente nublada de Valeria, mientras caminaba sin rumbo, arrastrando su alma con la indiferencia de una sombra. Las luces incandescentes chocaban y refulgían entre sus pensamientos oscuros, como astros enredándose en el mar nocturno de sus sueños.

Escuchó un trueno, tan lejano y profundo como el fragor de un batir de alas, y su corazón comenzó a latir tan precipitado, tan acongojado, que hubiera implorado que todo se derrumbara en un torrente de silencio.

A lo lejos, casi invisible entre la avalancha de edificios y la oleada de neón asfixiante, descubrió la figura de Andrés, tan perdido y azotado por el viento como ella. El fuego de sus cabellos, también él, era dulce y terrible, evocando las llamas que consumían reinos protervos y agentes de oscuridad. Se sintió, entonces, azuzada por una ráfaga de compasión y tristeza, sabiendo que ambos, niña y joven, eran rehenes de sus tormentos, prisioneros de sus incertidumbres y sus quimeras.

Un puñado de pasos la separaba de él, y su voz, débil pero firme, trepó el abismo como un canto de luna en la noche más oscura. "Andrés, sé que no debería hablar, que mi dolor solo tiene sentido en la piel de mis palabras. Pero no puedo seguir así, no puedo quedarme callada y silenciarme entre las espinas y las jerarquías."

Él la miró, y encontró en sus ojos la quintaesencia de ternura y fortaleza que tanto había extrañado y ansiado. "Valeria, sé que cargamos con el lastre de nuestros miedos, de nuestros fantasmas y agonías. Pero también sé que solo juntos, tomados de la mano y del corazón, podemos enfrentarlos y superarlos como los héroes y las heroínas de nuestros versos."

Lágrimas, como abismos y estigmas, como destellos y jeroglíficos del alma, surcaron el espacio entre ellos, creando un puente de cristal y esperanza donde aleteaban ecos y susurros secretos. "Comprendo tu miedo", musitó Valeria con ternura, dejando que sus manos se entrelazaran en un gesto de comunión y redención. "Pero no permitamos que la oscuridad nos arrastre en el abismo. Busquemos, en el paraje solitario y dormido de nuestro corazón, el ánfora donde habita nuestra resiliencia y nuestra valentía."

El abrazo que compartieron, cuando la lluvia era aún boceto y hiato en el cielo, fue como una melodía arrebujaada en la sangre de un colibrí, un canto de hermandad y resistencia que resonaría por los eones y las galaxias.

Entretanto, Sofía y Mariana, bajo el techo destartelado y azul de la librería, sus almas frías y perdidas como estrellas errantes en un cosmos mudable, se esforzaban por traspasar la jaula de niebla y de sombras que les oprimía el pecho y los labios. Habían intentado, como guerreras impertérritas y líricas, desterrar los miedos y las traiciones a través de la tinta y el papel, despojándose de los vestigios y las angustias como quien se libera de un vestido malsano y marchito.

Pero a medida que la tarde se desmoronaba en girones de soledad y ceniza, sus fuerzas menguaban y sus esperanzas se diluían, como arroyos perdidos en un desierto de alquitrán. "Cómo podemos seguir?", se preguntó Sofía, sus ojos semejantes a la angustia y el suplicio en el hueco de su mente. "Cómo puedo ser yo misma, con cada gota de miedo y rabia que me ahoga, que me atenaza como un samsara de dudas y pesadumbres?"

Mariana, dejando a un lado el desasosiego y la turbulencia que carcomía su entraña, buscó en su alma y en su lengua la antorcha y el manantial de aliento que su hermana tanto necesitaba. "Sofía, no somos perfectas ni invulnerables, pero tampoco somos viles ni infames. Nuestro valor y resistencia, como monstruos y musas, como soles y tormentas, es nuestra fuerza invisible, nuestra llama que nunca se extinguirá en el páramo."

Su voz parecía, a medida que concluía y despertaba el fuego de sus palabras, un destello indeleble en el último suspiro de la noche yernel. "La

poesía, el arte que nos cura y nos guía, es nuestro escudo y nuestra brújula en la estepa y en la angustia. Juntas, como hermanas y amigas, como diosas y titanes, cosecharemos las lluvias y los truenos, y sembraremos la resiliencia y la ternura en cada rincón de nuestras almas y nuestras vidas.”

Los jóvenes amigos, abrazados en el fuego de sus palabras y la soledad de una tarde esquivo, encontraron entonces en la penumbra y en los pliegues de su amistad, la certeza y la seguridad de que, con la poesía y la hermandad como faros imperturbables, podrían superar, uno a uno, los desafíos, los miedos y las incertidumbres que yacían como serpientes y sombras en el camino hacia el crecimiento y la redención.

## **Superando las adversidades: el poder de la resiliencia**

Miguel caminó sin rumbo por las calles de la ciudad, perdido en su propia desconexión y desconcierto, con el corazón arrancado de su pecho y arrojado a un abismo de sombras donde ni siquiera el canto de las hadas ni los susurros de los sueños lo alcanzarían en el aterrador amanecer de un día sin luz y sin esperanza. Los rostros de desconocidos que pasaban a su lado, ajenos a su desesperación y a sus lágrimas que ardían detrás de sus ojos como estrellas a punto de extinguirse, parecían monstruos y fantasmas en alguna pesadilla que no lograba despertar y librarse de su asfixiante e incendiaria agonía.

Mientras a lo lejos, desde el ojo de cristal de la librería donde se hallaban Sofía y Mariana, Valeria y Andrés también estaban aturdidos, confundidos y apesadumbrados, como niños atrapados en un huracán que les robaba las únicas certezas y recuerdos donde creyeron que algún día, algún momento, podrían encontrar consuelo, refugio, y fortaleza para enfrentarse a un mundo tan hermoso como devastador, tan mágico como mortífero.

Los cuatro amigos se encontraron de pronto al borde del mismo precipicio, esperando que algún milagro, alguna intervención, o al menos, alguna palabra, los salvará de la caída, del hundimiento inexorable, en las mareas del pánico y la soledad que amenazaba arrastrarlos y devorarlos sin misericordia alguna. Ansiaban, más que ningún tesoro ni gloria, la compañía y la solidaridad de esos hilos de sentimientos y pensamientos que habían compartido en las tertulias poéticas, que habían tejido y entrelazado en sus corazones como un nudo gordiano de ternura y amor, pero que, en aquel

momento, parecía deshacerse y evaporarse en el aire como la niebla y el humo en un puente de amanecer.

Fue entonces, cuando la oscuridad y el vuelo de los pájaros en la última hora de la noche acariciaban e invadían todas las esquinas y secrecijos de la ciudad, que Miguel, arrastrando su alma como si fuera un fardo de dolores y fracasos, encontró de forma insólita y deslumbrante a su amiga Valeria, al final de una calle atestada de faroles y grafitis donde ya ningún poema sería lo suficientemente hermoso ni eterno como para consolarlos y rescatarlos de las conspiraciones y tormentas que habían sido desatadas por sus manos y sus palabras, aun sin saberlo, y con la única intención de honrarse y buscarse a sí mismos y a sus sueños en el laberinto de lo imposible y lo perecedero, de lo surreal y lo imaginario.

”Miguel”, dijo Valeria, su voz llevada y quebrada por los vientos que asomaban tras la desolación y la fatiga de su cuerpo y su espíritu, ”no sé qué hacer, no sé cómo enfrentar esta prueba, esta tentación que nos arranca el alma y nos obliga a decidir y a enfrentar nuestras miserias sin temor ni precaución, sin poder acceder a la gracia y la serenidad de aquel pudor que nos permitía, de alguna forma, sobrevivir y sortear todas las espadas y las lanzas que nos fueran atribuidas por nuestra propia rebeldía y desesperanza”.

Miguel, también descorazonado y confuso, pero con la lucidez y la valentía de quien ya no tiene nada que perder, sino mucho que ganar por aquellos amigos y compañeros de porvenir y destino, encomendó todos sus deseos a un abrazo y un compromiso con Valeria, un pacto que les ayudaría a conjurar y a superar juntos todas las fuerzas cósmicas y humanas que amenazaban con pulverizarlos y profanarlos, con maldecirlos y burlarlos sin ofrecerles siquiera el último saludo ni el eco de los versos que habían compartido y celebrado con sus amigos en el Parque de los Poetas.

”Valeria, mi amiga, mi hermana del alma, no te preocupes ni te inquietes tanto por estos embates y embrollos que nos han sido destinados, que nos han arrojado sin piedad al abismo y a la inquietud. Juntos, con todas nuestras fuerzas y sueños, con la magia y la resiliencia inagotable de nuestra lucha y de nuestra amistad, lograremos salvarnos el uno al otro, y así salvar también a nuestros amigos, a Sofía, Andrés y Mariana, y a ese taller de poesía social que siempre fue, desde el principio hasta el fin, y siempre será, en cada respiro y cada instante, nuestro motivo y nuestra más profunda

razón.”

Valeria, conmovida y llorosa, sintió cómo el torrente de su fe y su confianza la recorría y la estremecía en el más recóndito e intangible de sus fibras y sus pensamientos: sabía, en ese instante eterno, que podían, debían, y se debían, enfrentar cualquier obstáculo, cualquier desafío, juntas, como aquellas farolas que brillaban en la noche y en la desesperanza, como aquellos poemas que habían tejido y cantado en secretas noches y días de lluvia y tempestad que, aunque fraguales y mortales, nunca habían logrado quebrarlos ni dividirlos más allá de la sombra y del ápice del mismo viento.

Y, cuando sus manos se fundieron y sus corazones fueron uno solo, Miguel y Valeria supieron que el poder de su amistad, de su vivencia y de su resiliencia, les daría las alas y las voces para, a través de sus poemas y de su confesión, unir a los otros tres amigos, a Sofía, Andrés y Mariana, bajo el manto y el refugio de sus palabras, de sus dudas y certezas, y así, todos juntos, como héroes y heroínas de un mito y un destino soñado y descubierto, enfrentarían y vencerían, más allá de sus inseguridades y sus pesadillas, todas las adversidades y todas las pruebas que les hubieran sido encomendadas y que, hasta el más sublime y liberador de los versos, podrían superar y escribir, mano a mano, corazón a corazón, en el último resplandor de un atardecer en el Parque de los Poetas y alternativa la insondable y tumultuosa ciudad.

## **Los jóvenes poetas enfrentan sus miedos a través de la escritura**

Las sombras se deslizaban en torno a ellos como las alas de un ángel negro desesperado, como las lenguas de ácido y de pena susurrantes que buscaron, infructuosamente, devorar la luz que se albergaba en sus corazones de hierro, de fuego y de nácar. Los preadolescentes se encontraban en el Parque de los Poetas, cuyos árboles sus brazos extendían en señal de renuncia y de invocación, bajo el pálido temblor de una luna menguante y violácea que atisbaba los miedos y las esperanzas en cada espejo y en cada grieta de sus pieles.

Valeria, la mirada perdida en la lejanía de los rascacielos erguidos como eternas ascuas y testigos de la urbe, entonó un poema amargo y melancólico, un cántico donde resonaban los escombros y los truenos de su pecho:

”Oh alondra sombría, dónde escondes tu canto y tus deseos? Entre las hojas de ametzalabagana, en las grietas del muro prohibido y silente, donde duermen los colibríes abandonados, donde languidecen las rosas envenenadas, oh alondra sombría, alondra mía.”

Sofía se sintió, entonces, turbada y desconsolada ante la cascada de imágenes y de suplicios que emanaban y brillaban en los versos de Valeria, como un río de lágrimas y de metáforas que se precipita desde lo alto de una montaña de aceradas y transparentes penas. Quiso, instintivamente, ofrecerle un abrazo, pero algo en su interior la retuvo, le susurró y le rogó que esperara, que esperara el momento adecuado y propicio para la comprensión y la ternura.

Miguel, por su parte, experimentó un escalofrío de temor y de angustia por la entereza y los dolores que Valeria no quería, no podía, revelarles a sus amigos, pero a la vez, se instigó y se arremangó (metafóricamente y literalmente) para ofrecer su respuesta, su apoyo emocional, su voz y su palabra de poeta y amigo:

”Yo soy el trueno y el maremoto, Valeria, en mi noche y en mi mañana, colosos de sombra y de lágrimas, columnas de bruma y de sueños, pero también soy tempestad y clamor, dejaré que los vientos arrastren mis penas y asechanzas, dejaré que las estrellas apacigüen mis nubes y mi lamento.”

El silencio, otra vez, se hizo presente como un corcel oscuro e implacable, guiando por un instante la mirada y el ánimo de todos en dirección a los venideros batallas, las incógnitas que aún permanecían sin ser exploradas y desveladas por cada uno de sus corazones. Andrés, que contemplaba a Valeria y Miguel con expresión de duda y pena, acarició la guitarra que su abuela le había regalado hacía mucho tiempo y que nunca había podido (o querido) afinar más allá de los sueños, y recordó:

”No olvidemos el fuego, Mis amigos, el fuego que nos consume y nos vitorea, que nos abrasa como un látigo, pero también nos acaricia como una caricia, que nos aniquila y también nos redime, no olvidemos el fuego, hijo y madre del viento, del horizonte, abrigo de la fragua y solaz de la llama.”

La colaboración en la creación del taller de poesía en la escuela había dado alas a sus espíritus, alianzas de papel que resistían el embate del tiempo y el buzón de tinta en los sentidos. No obstante, todos eran conscientes, de alguna forma inextricable y esquiva, que la vida en la ciudad acelerada, con sus sombras y sus sinsabores, con sus amores y desamores, su vertiginosa

locura y su soledad que los devoraba a raudales, aún ponía a prueba sus lazos de amistad, sus miedos e inseguridades obstaculizando, como enemigos y espectros de luz y sombra, el curso del río de ternura y comprensión que fluía y vibraba en sus corazones y sus palabras.

En ese momento crucial, con la oscuridad y el vuelo de los pájaros de la noche acariciándoles e invadiéndoles todas las esquinas del alma, todos los jóvenes, Valeria, Sofía, Andrés, Miguel y Mariana, encontraron una nueva conciencia y una nueva resolución: compartiendo, reconociéndose y desafiando, en la única forma de poesía y hermandad, sus miedos y sus tormentos, podrían, uno a uno, de la mano y del espíritu, vencerlos juntos y seguir siendo una llama brillante en la oscuridad y la soledad de una ciudad que -para ellos, para nosotros, para siempre- jamás volvería a ser igual.

## **Errores y aprendizajes: lecciones valiosas en la vida y la poesía**

Habían pasado semanas desde el fatídico incidente en la cafetería, donde los lenguajes de amor y guerra se habían desdibujado en estrofas y recriminaciones. El taller de poesía social en la escuela había vuelto a la normalidad aparente y los cinco amigos reanudaban sus vidas en medio del caos siempre renovado de la ciudad, pero un abismo invisible aún perduraba en sus corazones.

Cierta noche en el Parque de los Poetas, la luna llena parecía interrogar a los jóvenes congregados en el banco envuelto por la sombra de un árbol robusto. Fue entonces cuando Mariana, la voz temblorosa y sincera, rompió el silencio que se había enquistado en sus pensamientos:

”Creo que cometí un error, amigos míos. Y no solo yo, sino todos nosotros. Creímos que nuestras palabras y nuestros versos serían suficientes para protegernos de nuestras propias debilidades, de nuestras propias flaquezas, pero nos equivocamos.”

Sofía, la mirada fija en la luna llena y sus ojos inundados de palabras y lágrimas, intervino, como quien se debate en una tormenta de fuego y agua, de certeza y duda:

”Sí, Mariana, quizás hemos cometido errores, pero no pienso que debemos culparnos por ello. Al fin y al cabo, somos seres humanos imperfectos, en construcción, en búsqueda, en evolución Y cada uno de nuestros versos y

sentimientos es testimonio de ese viaje, de esa lucha, de ese anhelo que nos mantiene vivos y despiertos en las noches más oscuras y sombrías del alma.”

Andrés, aún angustiado y desorientado por las palabras y gestos con que había herido a Valeria y a Miguel en aquel enfrentamiento en la cafetería, no pudo más que suspirar y recordar el poema que había leído aquella mañana en una vieja antología de poesía encontrada bajo una pila de libros en la biblioteca:

”El poeta es un ave fénix que, naciendo Desde el fondo de su propia destrucción, Se convierte en un héroe, un ángel, un demonio, Para cruzar a nado el río caudaloso de sus sueños, Y volver a nacer, incesante, voraz, Desde el lodo y el polvo de sus éxitos y desastres.”

Miguel levantó la cabeza, como si el viento y la luna lo desafiaran a declarar, a confesar, las verdades y los enigmas que lo torturaban desde hacía semanas, desde que Valeria había rechazado su mano y su amor en la suave bruma de un atardecer en el Parque de los Poetas:

”Amigos, Andrés, Sofía, Valeria, Mariana, mis cómplices y compañeros de letras y de fatiga, reconozco y acepto vuestra sabiduría, vuestras palabras de consuelo y aliento. Pero no puedo evitar sentir en el fondo de mi corazón que, en algún momento, en algún recodo de mi vida y de mi aprendizaje, he traicionado y ridiculizado la esencia, el sueño, de nuestra amistad y de nuestra poesía, y no sé si podré volver a confiar en mí mismo para no fallaros.”

Valeria, palpando y sopesando la sinceridad y el temor de Miguel, sin atreverse a tocarlo ni a estrecharlo entre sus brazos por la culpa y el desamor que todavía la agujoneaban y la asfixiaban, recitó, invocando en su pecho un fervor y una fe inéditos:

”Invictus, Miguel, mírate y mira a tus pies, tus manos, a las nubes que te acarician y que desafían la desesperación y la agonía de tus pensamientos, y recuerda, nunca olvides, que en cada verso y cada abrazo tuyo, en cada soledad y cada error, está la semilla y el sendero por donde juntos, uno a uno, saldremos de la oscuridad y de las paradojas que nos acechan.”

Los cinco amigos, como desde el comienzo de su amistad y su epopeya de poetas y soñadores en la ciudad acelerada, sintieron en aquel instante las alas del corazón, los ríos y arroyos del aprendizaje, renovarse y fluir, inagotables y eternos, por cada una de sus palabras y memorias, por cada uno de sus misterios e inseguridades que, a partir de entonces, nunca dejarían

de enfrentar y desvelar, más allá de las sombras y los espejismos, en el alba y la dulce esperanza de una noche sin fin, una vida sin límites, una poesía sin olvido.

## **Cómo la poesía ayuda a los preadolescentes a lidiar con el estrés y la presión**

La noche fría y agitada abrazaba a Valeria mientras se deslizaba en el banco del parque donde, innumerables veces, había encontrado consuelo y sabiduría en las palabras de sus amigos y su propia pluma. Esta vez, sin embargo, el peso del mundo parecía descansar en sus hombros, opacando el refugio familiar que los árboles, las estrellas y el silencio le ofrecían.

Los pensamientos tumultuosos que arrasaban con la paz de su mente la mantenían prisionera en un laberinto de dudas y miedos. Las burlas de sus compañeros de clase y las expectativas de sus padres le causaban un estrés insostenible, dejándola al borde de la desesperación. Era entonces, en esos abismos de la existencia, cuando la poesía afloraba en las grietas de su alma y la sacaba a flote, como un faro que iluminaba las sombras en la oscuridad.

Transcurrieron horas desde que Valeria había llegado al Parque de los Poetas y todavía no había sido capaz de escribir un solo verso. La angustia le impedía encontrar palabras que reflejasen su sentir. Con un impulso casi desesperado, arrancó una página de su cuaderno y la puso en el banco, esperando aprovechar el milagro de la inspiración.

Casi al mismo tiempo, Sofía llegó al parque. Sus ojos se encontraron con los de Valeria: ambas comprendieron que estaban allí por la misma razón. La tristeza y el cansancio que oscurecían sus miradas eran un espejo de las tormentas interiores que compartían sin necesidad de palabras. Sin embargo, sabían que enfrentar ese vértigo juntas era la única oportunidad de redimirse y liberarse.

Sin más preámbulos, Sofía se sentó junto a Valeria y susurró:

-Val, yo también lo siento. A veces, me siento como si todo el mundo me estuviera juzgando y ningún esfuerzo mío fuera suficiente.

Valeria tomó la mano de Sofía y reconoció en sus palabras la verdad que ambas portaban como una mochila de rocas y espinas:

-No puedo dejar de preguntarme si todo esto vale la pena, Sofía. El estrés y la presión nos sumergen en nuestras peores pesadillas, pero Las

pesadillas también son parte de nuestros sueños, no?

A medida que la conversación se desplegaba entre ellas, Andrés, Miguel y Mariana llegaron al parque, conscientes de la intensidad y la carga emocional que compartían sus amigos. Andrés, siempre observador y atento, propuso un desafío para ellos:

-Amigas, amigos, sé que enfrentamos desafíos y batallas arduas en nuestras vidas. Muchos de nosotros estamos temblando y sin saber cómo salir de nuestros laberintos de miedos e inseguridades. Pero yo os desafío a convertir esos temblores en terremotos, en tsunamis de versos y canciones, en la rebeldía y la fuerza que nos darán cobijo y alivio ante la tempestad.

Todos asintieron y, sin dudarlo, comenzaron a recitar sus poemas, abriendo sus corazones y revelando las heridas que el estrés y la presión de la vida había dejado en sus almas. Uno a uno, los versos fueron bordando una manta de consuelo y esperanza que los cubría y transformaba a cada instante.

Miguel se alzó y proclamó, como quien desafía al mismísimo destino y a los medidores de su capacidad:

”Somos fuego y tormenta, acero y mariposa, límites y cicatrices, pero también halcones y cometas que despiertan y estallan, en cada noche de miedo y tristeza, en cada gota de angustia y desolación.”

Nadie pudo permanecer indiferente ante estas palabras. El llanto de Mariana se fundió con la voz temblorosa de Miguel, mientras su lágrima recorría las marcas de la historia tatuadas en sus rostros. Esa gota de emoción, que tenía el poder de unirlos aunque estuvieran desgarrados, fue el catalizador que necesitaban Andrés, Valeria y Sofía para soltar sus propias lágrimas y reparar las heridas de su corazón.

Aquel encuentro en el Parque de los Poetas, en la oscuridad de una noche plagada de desesperanza, se convirtió en el bálsamo, el manantial y el principio de una nueva comprensión: la poesía era su arma y su amuleto, más poderosa que todas las presiones y temores que yacían en los ríos de su sangre. Nada podría resistir, ni siquiera el tiempo y la distancia, el vínculo que habían forjado en las palabras, en los poemas que los mantenían vivos y unidos en las tinieblas. Los cinco aprendieron que al enfrentar el estrés y la presión a través de la poesía, se volvían capaces de soportar, superar y transformarse ante los desafíos de la vida.

## La madurez emocional y el crecimiento personal en la adolescencia temprana

Donde el viento y la luna fluyen, en la verde margen del Parque de los Poetas, Mariana, Sofía, Miguel, Andrés y Valeria se encontraban a orillas del río de la esperanza y la despedida, en un mundo que parecía detenerse en cada latido y mirada, en cada ademán y silencio suspendidos en la fría noche otoñal. Sus almas, sus cuerpos, sus veredas soñadas y recoletas, se asomaban al abismo y al horizonte de la madurez, de la decisión, de la despedida y el encuentro, sin saber exactamente cómo afrontar el futuro, cómo reconciliarse con el pasado y sus sombras.

Mariana, la piel luminosa y el vestido azul de la paz y el amor, sus pasos quemándose en la hierba y en la tierra húmeda del parque, exclamó con voz trémula, aniñada, inmortal:

-Amigos míos, sentid estos latidos, esta sangre, este brillo en nuestros ojos llenos de vida y ternura! No os parece increíble que estemos aquí, ahora, en esta encrucijada de nuestras almas, aprendiendo cómo se bifurcan y se reconcilian los caminos de la adolescencia y la infancia, los laberintos de la tristeza y la esperanza?

Valeria tomó suavemente la mano de Mariana, como si quisiera entregarle, ofrecerle, un poema palpitante en sus venas y en su memoria, un poema donde todos los amores y desvelos hallaban su razón de ser, su consuelo, su resonancia. Y le dijo, con el secreto calor que solo el corazón y el fuego de la amistad pueden parir en el estío y la tempestad del aprendizaje, del dolor:

-Mariana, Sofía, Andrés, Miguel, mis compañeros y amigos en este viaje mágico y tortuoso por los senderos y las cavernas de nuestra adolescencia, os digo, os imploro, que siempre seamos hermanos y hermanas, aliados y confidentes, uno a uno, en nuestra lucha y nuestro sueño por convertir nuestro temor, nuestra fragilidad, en una fortaleza y una madurez que llene de gozo y plenitud nuestros días y nuestras noches sin fin.

Miguel, sumido en sus pensamientos y sus miedos, sus celajes y sus lágrimas heridas por el desamor y la traición, apenas atinó a murmurar, como el eco de un canto lejano que se acerca y se funde con el viento y la luna en ese atardecer de sombras y resplandores:

-Yo os prometo, desde lo más profundo de mi ser, desde lo más hondo de mi vida y mis esperanzas, que siempre estaré a vuestro lado, que nunca

dejaré que tañan las horas de la despedida y el olvido en nuestro corazón, que siempre seré fiel, noble, entusiasta a vuestros llamados y vuestros latidos, por más oscuro y difícil que sea el sendero que nos aguarda.

Andrés, con el talante de un guerrero y un poeta, de un soñador y un moribundo, se agachó hasta tocar el suelo que los unía y los desdoblaba en la arcilla y en el rostro de la tierra, y recitó, como si invocara el lenguaje y el espíritu de la eternidad, del firmamento:

-Aquí, bajo las estrellas y los labios del universo, sellamos y cimentamos nuestro pacto, nuestra unidad, más allá de las tristezas y las tempestades que nos azotan, más allá de las incertidumbres y los escollos que se interponen en nuestro crecimiento y en nuestra madurez, en nuestro fundirnos y brotar con el alba y la luna de nuestras secretas llamaradas, nuestras fugaces lágrimas.

Sofía, erigiéndose como testigo y profetisa de aquel juramento, de aquel acto simbólico y solemne que consagraba sus existencias y sus evoluciones, no pudo evitar derramar una lágrima de dicha y de tristeza, de desesperanza y de fe, mientras pronunciaba las últimas palabras que sellarían, escribirían, para siempre, la historia y la verdad de sus corazones, de sus amistades tejidas y recordadas en las manos y en las huellas del tiempo y la memoria abiertas en ese paraje solitario y resonante del Parque de los Poetas:

-Que sean las estrellas y las lágrimas de nuestras almas y nuestros versos, las alas que nos acompañen y nos eleven por el sendero del aprendizaje, de la madurez, de esos años y décadas que ahora nos parecen lejanos y cercanos, misteriosos e inamovibles. Que nunca olvidemos, amigos míos, que la fuerza que nos une y nos guía, nos abraza y nos sabe superar y trascender, surgirá siempre de ese abismo oscuro y luminoso donde nuestras manos, nuestras vidas, se encontrarán en el destello y la noche de un universo inagotable, sin límites ni fronteras.

La noche, el parque, la luna y los amigos, en ese instante y en ese sueño insondable y etéreo, se fundieron y respiraron en la promesa y la certeza, en la música y la quietud, de una madurez emocional y un crecimiento personal que serían, desde ahora y hasta el confín y el aliento de sus almas y sus verdades, el faro y el manantial, la savia y la ternura de sus tiempos y sus vuelos rejuntables en el fuego y el polvo de una poesía, de una amistad que los acompañaría, más allá de las lágrimas y las sonrisas, en cada latir de la vida y en cada hebra del destino.

## Descubrir el poder de la empatía y la solidaridad

Las notas de una triste y melancólica melodía poco a poco se deslizaron por las calles de la ciudad, llegando hasta los oídos de Valeria, que se detuvo para escuchar mejor. La música parecía venir de una callejuela cercana, apenas visible entre la maraña de los altos edificios. Siguiendo el hilo invisible de las notas, Valeria entró en la callejuela y vio a un anciano sentado al pie de un muro. El hombre sostenía con esmero una gastada armónica con la que tocaba la hermosa melodía que flotaba en el aire.

Valeria se dejó arrastrar por la emotividad de la música y se sentó junto al anciano, que parecía estar ausente del mundo, completamente entregado a su instrumento. A los pocos minutos, Andrés y Mariana, atraídos también por la música, se encontraron con Valeria en la estrecha calle.

-Sin duda, hay algo en esta melodía que llega al corazón, no os parece? -comentó Andrés, mientras Sofía y Miguel también se unían al grupo.

-Es como si cada nota resonara con nuestras almas... -respondió Mariana, y un silencio repleto de pensamientos y emociones compartidas se tiñó en el aire a medida que la música continuaba tejiendo su tela sobre ellos.

Cuando la última nota se extinguió, el anciano miró a los jóvenes frente a él y, con voz temblorosa, comenzó a hablar, como si estuviera desnudando su alma en cada palabra.

-Hace años que vengo tocando esta melodía. Llegó a mí en un sueño, en uno de los momentos más oscuros de mi vida, cuando había perdido toda esperanza. Desde entonces, la he compartido con aquellos que, como yo, necesitan una chispa de esperanza, un atisbo de solidaridad.

Los jóvenes escuchaban, inmóviles, sin pronunciar palabra. El anciano continuó:

-Quisiera dejaros una tarea. Llevad esta melodía con vosotros y compartidla con aquellos que lo necesiten. Que su poder os muestre la importancia de la empatía y la solidaridad, porque en un mundo lleno de indiferencia, la verdadera magia está en la capacidad de conectar con los demás, en la compasión y la comprensión. Aceptaréis mi desafío?

Los cinco amigos asintieron al unísono.

-Lo aceptamos, -respondió Andrés- y prometemos honrar su significado.

Aquella noche, en el Parque de los Poetas, los cinco amigos se encontraron una vez más, cada uno con sus lápices y cuadernos, listos para escribir versos

inspirados por las notas que parecían latir en sus corazones. Entre versos y palabras compartidas, los olvides y los recuerdos que vibraban en el aire de la ciudad, una inmanencia de solidaridad y abrazo les unía a todos, a cada uno de ellos, en ese rito de la música y el silencio, en ese rincón secreto y fugaz de sus almas hermanadas por las cicatrices y la ternura, la huella y el espíritu del viejo músico calvero.

Mariana, como nunca antes, desgarró los versos que brotaron de su pluma como gritos de esperanza y fuego, gritos de renacimiento y redención que se mezclaban con los aires de aquella melodía:

”En tus notas, anciano sabio, que atraviesan cada vena y cada suspiro, encuentro el refugio y el sueño, la llama y el abecedario, de aquellos seres olvidados, que aman, lloran y despiertan, en el último latido de la noche.”

Uno a uno, Valeria, Andrés, Sofía y Miguel siguieron a Mariana en su inquebrantable marcha por los abismos y los cielos de la poesía, adentrándose en la melancólica melodía y bebiendo su elixir de amor y esperanza en cada palabra cantada, en cada vocal y consonante tejida con los hilos de oro y plata del ensueño y la invocación.

Al finalizar la velada, convencidos más que nunca del poder de la empatía y la solidaridad, juraron que compartirían aquel mensaje y aquella música encantada con todos aquellos que aspiraban a descubrir la fuerza y la sabiduría de sus corazones, de sus dolores y tempestades desvelados bajo la luz de la luna, en el parque de los poetas y la memoria, en ese río vivo y eterno de palabras y notas que les conducía a la plenitud y al encuentro, a los abismos y al horizonte.

## **La esperanza en el futuro y la transformación personal a través de la poesía y el apoyo mutuo**

Las noches en el taller de poesía social eran cálidas como los esquivos rayos del sol otoñal que se colaban por las ventanas de la escuela, en el aula improvisada regada por pizarrones y bancos de madera añeja, un espacio destinado a ser capitaneado por los jóvenes advenedizos de la palabra poética y el atrevimiento del pensamiento.

Andrés, asumiendo las riendas de la decadencia y el renacimiento inminente, erigía su crisol, su premisa moral y ética, el llamado de su corazón y su razón para continuar sus luchas y dilemas en el arduo sendero de

la literatura y la vida ataúdica que los envolvía y los liberaba en cada encuentro de sus diálogos y sus risas, sus llantos y desvelos prendidos en la leve levadura del tiempo y de la esperanza que ahora, a pesar de las sombras y tormentas que las han habitado y parido, se vuelven luminosas y llenas de vida en sus manos y sus silencios sellados con el fuego y la alegría de sus compañeros y amigos.

Tomando asiento en su escritorio improvisado, Andrés exclamó, con una voz firme y desgarradora, uníxica al murmullo y a la tempestad de otras voces ocultas y abiertas en ese aula que ahora se convierte en su casa y en su hogar, en el espejo y en el silencio curvilíneo de sus sueños y sus años moribundos, en los abismos de sus tristezas y de sus victorias ejemplares, en los brazos de sus almas hermanadas y aliadas en ese rito de la existencia y la resplandores:

”Amigos míos, compañeros míos, os digo e imploro desde lo más hondo, lo más profundo, que encontréis y encendáis, en el fondo, en el origen, en la ley, en el secreto de la poesía y la amistad, en ese último o primer latido de vuestras vidas y vuestras penas, esa llama, ese faro que nos guíe y nos sostenga en este viaje y en esta búsqueda hacia lo desconocido y lo sagrado, lo humano y lo etéreo, en esa senda del conocimiento y la revelación que empezamos, juntos, aquí, ahora!”

Miguel, con un temblor de rebeldía y de látigo en sus palabras, surgió de la bruma de las expectativas y las dudas que lo rondaban desde hace meses, desde hace décadas, desde aquel día ya lejano e irrepetible en el café de los meses y los susurros, en el café de los poetas y los enamorados desdichados, en el café de aquellos seres desesperanzados y mágicos que siempre habitarán y recorrerán, como espectros y sombras, sus recuerdos y rencores, en aquellas costuras y cimbras desgarradas y reunidas en aquel crisol invisible y taciturno, en aquel estrado solitario y letal que ahora preside y merma, como el vacío y el sol, como el fuego y la lluvia caída en este momento, en este convulsivo y necesario movimiento de catarsis y reflexión sobre su vida y su existencia.

”Yo yo me sumo, me uno, os sigo y os venero, en cada estrofa y cada letra que vibren y respiren en nuestros cuerpos, en nuestras memorias y olvidos, en nuestras travesías y naufragios, en nuestros cuentos y leyendas tejidas y urdidas por la ira, la esperanza, la verdad y el destino que nos esperan, que nos llaman y nos lloran, que nos funden y nos desvelan, allá,

en cada hora y cada instante inmorales y entrelazados por la matriz y la bóveda de las lágrimas y las besanas, de la semilla y el fruto de nuestro esfuerzo y nuestra voz, insomne y redentora, aquí, ahora.”

Y en ese instante, en ese nudo y ese pensamiento unificador, las manos y los corazones, las luchas y las voces de Valeria, Sofía, Mariana, Andrés y Miguel se encontraron, se fundieron y se abrazaron en el origen y la esencia de ese aula, de ese rincón de desesperanza y esperanza, de sombra y sol, de pan y hambre, de arte y ceniza que ahora sostendrá y regirá, desde este momento y hasta el confín y el abrazo de sus quimeras y verdades arrojadas al borde y al desnudo, desde este lugar y hasta el término y la metamorfosis de sus existencias y sus batallas, en un regazo y un eco, en un cantar y un despertar, en un último suspiro y vuelo de palomas y miradas, en un último poema y un último brindarse al viento, a la calle, al espíritu y al tiempo inmortal y etéreo de la poesía y la amistad, aquellos que ahora los hacen hermanos, compañeros y confidentes, en ese rito y en esa misión solemne y sagrada de honrar, de recrear y de enaltecer los senderos y pistas de la vida y la magia, en la palabra, en la sangre, en el alma y en el fuego de sus manos y sus lágrimas, en la savia indómita e inamovible de la esperanza que resuena y palpita en sus secretos y sus sueños, desde lo más hondo y lo más herido, desde lo más alto y lo más oscuro de sus corazones y sus caminos terciados y sedientos.